MANUEL MARLASCA

LUIS RENDUELES

TERRITORIO NEGRO

CRÍMENES REALES DEL SIGLO XXI

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Antes de empezar
Una vida en la maleta
Morir sin piedad
El asesino que quería serJack Nicholson
Un guerrillero en el Camino
La madre de sus hijos
El demonio paró en Usera
La sima no se tragó a Vanessa
Las marionetas de Maje
El síndrome del niño apaleado
La madrastra de Gabriel
Muerte de un concejal
«Me gustan los maduritos»
El asesino que no se confinó
Agradecimientos a cuatro manos
Créditos

Sinopsis

Por las páginas de este libro desfilan los autores de trece crímenes perfectos cometidos en España en los últimos veinte años: su obra, su mente y su sangriento legado se analizan sin amarillismos.

Los distintos tipos de asesinos son un buen indicador de los problemas de cada sociedad y reflejan nuevas realidades criminales: asesinos capaces de matar y cruzar Europa en muy poco tiempo; jóvenes criminales que cuentan su asesinato en directo por WhatsApp; mujeres que traman su delito sin mancharse las manos; homicidas que se apoyan en la tecnología para salir impunes.

Territorio negro también rinde homenaje al compromiso y la profesionalidad de los encargados de cazar a los criminales, que cuentan hoy con herramientas nunca vistas.

Los crímenes más famosos y sorprendentes del siglo XXI. Porque la historia de un país también puede contarse por sus tragedias.

Territorio negro

Crímenes reales del siglo XXI

Manuel Marlasca y Luis Rendueles

«Tú eres uno de los treinta y seis investigadores a los que se ha confiado la resolución del más extraordinario de los crímenes: el robo de una vida humana. Tú hablas por el muerto. Tú vengas a aquellos que ya no están en este mundo. Puede que el cheque con tu paga venga del departamento fiscal, pero, maldita sea, después de seis cervezas puedes convencerte sin demasiados problemas de que trabajas directamente para Dios, Nuestro Señor.»

David Simon, *Homicidio*

«Mi trabajo es como otro cualquiera: duermo poco, ando mucho y lo que veo no me gusta.»

El expolicía y detective Germán Areta (Alfredo Landa) en *El crack*, de José Luis Garci

«Ernest Hemingway dijo: el mundo es un buen lugar por el que merece la pena luchar. Estoy de acuerdo en la segunda parte.»

El detective Somerset (Morgan Freeman) en *Seven*, de David Fincher

Antes de empezar

Escribía Lorenzo Silva en el prólogo de nuestro primer libro, *Así son, así matan* (Temas de Hoy, 2002), que «una sociedad puede ser caracterizada a través de sus expresiones patológicas. El asesino español del siglo XX y principios del XXI es, sin duda, muy diferente del que se registraba en el siglo XIX o en los años cincuenta, porque la sociedad en la que nace y actúa difiere de forma muy sensible de aquellas otras». Han pasado casi dos décadas desde que publicamos esa obra. En estos primeros veinte años del siglo XXI hemos seguido siendo periodistas de sucesos y observando esas expresiones patológicas de la realidad, los crímenes y la delincuencia, desde nuestros puestos de reporteros para contarlas semana a semana en «Territorio Negro», la sección que tenemos desde hace trece años en el programa de Onda Cero *Julia en la Onda*, dirigido por Julia Otero. Y este puesto de observación nos ha servido para comprobar que los asesinos han cambiado, así como los investigadores y las técnicas que emplean para perseguirlos.

Corren tiempos vertiginosos en los que la pausa y la reflexión parecen cosas del pasado y el consumo instantáneo inunda todo, también nuestro oficio, cuyo ejercicio a veces se reduce a escuetos textos o a tuits urgentes. Hemos tenido el privilegio de escribir las páginas que siguen con la calma y el reposo necesarios para abordar en profundidad trece asesinatos. De algunos de ellos se ha hablado y escrito mucho; de otros, prácticamente nada.

Nuestra intención ha sido la de ofrecer una visión completa de la criminalidad en este siglo XXI en casi todos los rincones de nuestro país.

Por este libro pasan mujeres que mueren y mujeres que matan. Asesinos movidos por los celos, por dinero, por pragmatismo o por locura. Criminales que logran salir impunes y otros que cometen terribles actos empapados de odio, de droga o de alcohol.

Hemos pretendido en todo momento guardar un absoluto respeto a las víctimas, un principio que siempre ha guiado nuestros pasos profesionales, así como a quienes se encargan de sacar de las calles a aquellos que tanto daño han hecho. En las páginas que siguen verán a policías, guardias civiles y *mossos* haciendo su

trabajo, muchas veces poco comprendido o desconocido para el público. Sirva este libro de homenaje a todos ellos y a su inagotable lucha por esclarecer el más extraordinario de los crímenes, tal y como dice David Simon: el robo de una vida humana.

Una vida en la maleta

> «En la maleta le metimos toda su ropa, sus cosas del colegio, sus cromos, sus libros...»
>
> Josefa, abuela de César Juanatey

La vida cabe en una maleta. Los refugiados que huyen desesperados de una guerra arrastran maletas en las que meten lo imprescindible para recomponer sus vidas lejos del horror. Los prisioneros judíos subían a los trenes de ganado que los conducían hasta los campos de exterminio con maletas que eran saqueadas por los nazis mientras sus propietarios agonizaban al inhalar el Zyklon B en las cámaras de gas. Los españoles que en los años cincuenta del siglo pasado buscaban un futuro mejor para ellos y sus familias en fábricas alemanas o suizas cruzaban media Europa con maletas de aparatosos herrajes, tal y como habían hecho un siglo antes los emigrantes que llegaban a la isla de Ellis para vivir el sueño americano.

La vida de César, un niño de nueve años, también cabía en una maleta, la que encontraron el 23 de noviembre de 2010 dos hermanos que habían ido a desbrozar una zona boscosa de Binidalí del Camí, en el término municipal de Mahón, al sur de la isla de Menorca.

Era una maleta roja, grande, de fibra sintética, de las que se emplean en largos viajes o en mudanzas, en las que caben existencias enteras, sobre todo si son tan breves como la de César. Al abrirla, los dos hermanos vieron, entre montones de ropa y otros objetos, lo que claramente parecía un cráneo con fragmentos de pelo y cuero cabelludo aún adheridos. Junto a esos restos indudablemente humanos se apilaban prendas de verano e invierno, varios tebeos, cromos, un estuche escolar, un reloj digital con correa de plástico y dos pequeños cubos de metacrilato con una araña y un escorpión. La vida de César.

El hallazgo puso en marcha la maquinaria policial y judicial. El término municipal donde se encontró la maleta, Mahón, es demarcación de la Policía Nacional, así que el grupo de Homicidios de la Brigada de Policía Judicial se hizo cargo del caso. En pocas horas, los agentes supieron que necesitarían la ayuda de sus colegas de la Comisaría General, la élite de la investigación criminal, con sede en el complejo de Canillas, en Madrid, desde donde se manejan y centralizan las bases de datos de desaparecidos. Había dos sólidos hilos de los que tirar para comenzar las pesquisas: el cadáver y los efectos que lo acompañaban. No es frecuente que un asesino se deshaga del cuerpo de su víctima y deje junto a él sus objetos más queridos, tal y como hacían los antiguos egipcios en sus ritos funerarios.

Los forenses Víctor Verano y Juan Luis Poncela, del Instituto de Medicina Legal de Baleares, fueron los encargados de realizar la autopsia de los restos humanos, que fueron trasladados en helicóptero hasta Palma de Mallorca. Su examen determinó que el cadáver, que aún conservaba algunas partes blandas pese al avanzado estado de descomposición en el que se encontraba, era de un niño de entre diez y doce años, de origen español o latinoamericano. La dentadura y el estudio detallado de los huesos —en pleno crecimiento— arrojaron ese rango de edad. Algo más difícil fue fijar la data de la muerte, la fecha en la que el corazón del menor había dejado de latir. Los forenses se inclinaron por un cálculo conservador y establecieron una horquilla temporal muy amplia: los restos tenían entre uno y tres años de antigüedad. Y fue imposible averiguar las causas del deceso. No quedaba rastro de las vísceras, las pocas partes blandas que sobrevivieron a la fauna necrófaga no mostraban señales de violencia y, a la vista de los rayos X, los huesos del pequeño no presentaban fracturas.

Mientras el cuerpo del niño era revisado de forma concienzuda por los médicos encargados de hacer hablar a los cadáveres, los agentes de Homicidios y de Policía Científica se afanaban en encontrar algo de luz en los objetos que contenía la maleta. La ropa era convencional, adquirida en grandes almacenes o en tiendas con cientos de sucursales por toda España, lo que dificultaba averiguar la trazabilidad de las prendas. Sí llamaba la atención que hubiese ropa de verano y de invierno. Daba la impresión de que quienquiera que hubiese organizado el siniestro equipaje se había preocupado de vaciar el armario de la víctima.

En la maleta se encontraron dos cómics, los álbumes 7 y 9 de Naruto, uno de los personajes más populares de los dibujos manga.

La editorial Glénat certificó a la policía que las publicaciones habían sido puestas a la venta en toda España durante los años 2003 y 2004, período algo anterior a la fecha estimada de la muerte, lo que no ayudaba mucho a acotar el momento del crimen. Unas cartas de luchadores de la WWE —la liga de lucha libre profesional americana, una mezcla de deporte y espectáculo muy popular en Estados Unidos y que en España gozó de cierto éxito en los primeros años del siglo XXI— dieron una pista más fiable a los investigadores: las estampas de esas montañas de músculos con nombres tan peculiares como el Enterrador o Rey Misterio se habían empezado a distribuir en España en 2007, tres años antes del terrible hallazgo. La búsqueda comenzaría a partir de esa fecha.

Los agentes de Homicidios de Baleares y los de la Comisaría General de Policía Judicial escudriñaron sus propias bases de datos y las de la Guardia Civil y las policías autonómicas en busca de una denuncia por desaparición presentada entre enero de 2007 y 2010 que pudiese corresponder con el niño de la maleta. Cada año se notifican unas dos mil desapariciones de menores y es raro que a un niño se le pierda el rastro sin que nadie lo reclame o lo eche de menos. La búsqueda fue infructuosa. En la isla de Menorca no había una sola denuncia en esas fechas y en el resto de España tampoco encontraron ninguna que se ajustase a lo que buscaba la policía. El cuerpo que reposaba en una cámara frigorífica del Instituto de Medicina Legal de Baleares continuaba sin tener nombre veinticuatro horas después del hallazgo.

Los agentes regresaron a los efectos que había en la maleta: los dos cubos de metacrilato con un escorpión y una araña formaban parte de una colección que llegaba periódicamente a los quioscos cada mes de septiembre desde hacía años, así que iban a servir de poco. Solo faltaba por analizar el estuche escolar, que estaba carcomido por la humedad y la fauna necrófaga. Dentro había un compás; dos bolígrafos azules y uno negro de la marca Bic; varios lápices de colores y una goma de borrar cuadrada Milán de nata, muy popular entre los chicos por el dulzón aroma que desprende. Al retirar el borrador de la goma elástica que lo mantenía sujeto al estuche, los policías hallaron una inscripción que iba a resultar crucial para la investigación. Con una grafía propia de un niño, alguien había escrito «C sar J. F.». No era necesario haber vivido en el 221B de Baker Street en compañía del doctor Watson para concluir que el propietario del estuche, presumiblemente el niño de la maleta, se llamaba César y sus apellidos correspondían a las iniciales J. F.

Con ese dato seguro, los investigadores volvieron a la lista de denuncias, pero allí no estaba la respuesta. No había un solo César J. F. entre los miles de menores desaparecidos en España. Tampoco en los registros de los hospitales de Baleares ni en los centros escolares de la comunidad autónoma, por lo que ampliaron su búsqueda a los archivos del documento nacional de identidad (DNI). Buscaron menores con esas iniciales que tuviesen pendiente renovar el documento, con la esperanza de que el DNI del chico hubiese caducado en los últimos años, después de su asesinato. ¡Bingo! Esa inscripción que César escribió en su estuche fue la pista clave para esclarecer su muerte.

César Juanatey Fernández, nacido en Noia el 6 de marzo de 1999 y domiciliado en la misma localidad coruñesa, no había renovado su documento, caducado hacía dos años. En las bases de datos solo figuraba el nombre de su madre, Mónica Juanatey Fernández —de quien había tomado los dos apellidos—, lo que hacía pensar que nadie había reconocido la paternidad del pequeño. La policía comprobó que la mujer, que cobraba ayudas sociales como madre soltera, sí había renovado recientemente su DNI y residía en Mahón, apenas a siete kilómetros de distancia del lugar donde se encontró el cuerpo de César. Habían pasado cuarenta y ocho horas desde el hallazgo del cadáver y el cerco de la investigación policial se estrechaba sobre la ya entonces más que presunta filicida. ¿Una madre que no denuncia la desaparición de un hijo de apenas diez o doce años? Solo podía haber un motivo: ella era la responsable de esa desaparición.

Los policías de Homicidios diseñaron una estrategia para no dejar a la sospechosa ninguna opción de escapar. Comprobaron que los padres de Mónica vivían en Galicia y que César había estado matriculado hasta el 30 de junio de 2008 en el colegio Felipe de Castro de Noia, donde acabó tercero de primaria con buenas notas. Desde entonces había dejado de existir para el sistema educativo español. Y es que, ciertamente, había dejado de existir poco después, tal y como sospechaban a esas alturas los investigadores. Los policías hicieron pasar por rutinaria la llamada a Víctor, el abuelo materno. No querían levantar sospechas y que la madre se sintiese perseguida.

—No sabemos nada del niño desde hace más de dos años, vive con su madre en Menorca, pero ella no nos contesta al teléfono. A mí ella me da igual, ¿sabe?, pero del niño sí que nos gustaría saber, se ha criado con nosotros...

El hombre, pescador de profesión, parecía querer desahogarse

con el agente que lo llamó, al que habló de su nieto con pesar.

No quedaban más opciones que ir a por la madre de César. Los agentes pensaban que podía intentar huir después de ver la noticia del descubrimiento del cuerpo en la maleta, difundida, sobre todo, por los medios locales.

La mujer abrió la puerta de su vivienda a los policías el 26 de noviembre de 2010. No habían pasado ni setenta y dos horas desde el comienzo de las pesquisas.

—Mónica, ¿dónde está César, tu hijo? —le preguntó sin más preámbulos uno de los investigadores en el umbral de la casa de dos plantas del número 91 de la calle San Lorenzo.

Detrás de la mujer, los policías adivinaron la figura de un hombre.

—¿Quién es usted? —le espetaron los policías sin apartar la mirada de Mónica, que era incapaz de ocultar su nerviosismo.

—Soy su novio, ¿ocurre algo?

Mónica se acercó al policía que parecía estar al mando. Y casi en un susurro, haciendo lo posible para que nadie más lo oyese, respondió:

—César vive con su padre en Galicia desde hace siete años.

Mónica salió esposada de su domicilio. Y Víctor, el hombre que convivía con ella y que no entendía qué estaba ocurriendo, fue conducido a comisaría para prestar declaración, en principio como testigo. Los investigadores sabían que él, nacido en Almería, vigilante en una quesería de Mahón, tenía gran parte de las respuestas que buscaban. Fue el primero a quien escucharon.

—Conocí a Mónica en un chat de internet a finales de 2007. Se hacía llamar Muki. Nos caímos bien, ella vino a Menorca poco después, nos enrollamos y en febrero o marzo de 2008 vino definitivamente porque yo le dije que aquí había trabajo.

Víctor fue desgranando el recorrido vital de su novia desde su llegada a la isla. La mujer trabajó como auxiliar de vigilante de seguridad en el aeropuerto, en la panadería Macxipa y, en el momento de ser detenida, como limpiadora de un concesionario de coches, contratada por el grupo Eulen.

—¿No sabías que tenía un hijo? ¿No te habló de él?

—No, nunca. Nunca me dijo que tuviese un hijo.

—¿No te habló de César, su hijo, un niño nacido en 1999? —Los agentes tenían delante la ficha del DNI del crío, con su fotografía.

—Conocí a un niño llamado César, pero Mónica me dijo que era su sobrino. Es ese mismo niño —dijo señalando la foto—. Estuvo con nosotros unos días en el verano de 2008, pero es su sobrino...

Los agentes de Homicidios supieron que Víctor decía la verdad. Era una víctima más de Mónica Juanatey, la mujer que había construido una nueva vida en Menorca tras eliminar cualquier rastro de su existencia anterior. El novio de la detenida contó que Mónica le había dicho que era huérfana. Según ella, su padre había fallecido en un accidente en el mar cuando era pequeña y su madre en 2007, el año anterior a conocerlo. Nada la ataba ya a Galicia.

—Háblanos del niño. ¿Cuándo llegó? ¿Cuándo dejaste de verlo?

—Llegó a principios de julio, me dijo que era el hijo de su hermana y que pasaría diez días con nosotros. Fuimos a recogerlo al aeropuerto, traía una maleta grande.

—¿Se parecía a esta? —Los agentes le mostraron la imagen de la maleta hallada en Binidalí.

—Sí, se parece mucho a la que trajo César. Puede que sea la misma.

Las piezas iban encajando y el cerco se iba cerrando sobre Mónica, a quien los investigadores preferían dejar madurar en los calabozos antes de interrogarla. Pretendían apurar el límite legal de setenta y dos horas por el que la policía puede retener a un detenido antes de ponerlo a disposición judicial. En ese tiempo, armarían todo el edificio acusatorio contra la mujer gracias a las declaraciones de los testigos y a las pruebas que encerraban sus dispositivos: el teléfono móvil y el ordenador.

—¿Cuánto tiempo estuvo César con vosotros? ¿Dónde vivíais entonces? —Víctor era un testigo valiosísimo, tal y como habían sospechado los investigadores. Contaba la verdad porque, a medida que pasaban los minutos y se daba cuenta de la gravedad de los hechos, quería despejar cualquier duda sobre su responsabilidad en la muerte del niño.

—Estuvo diez días, vivíamos en un piso en la calle Amazonia, 38. Yo pasaba todo el día fuera de casa, trabajando de ocho a ocho. Mientras, Mónica y el crío se iban a la playa. El chaval leía cómics y libros, dibujaba... Era muy cariñoso con ella, la abrazaba continuamente y recuerdo que la llamaba «mamá» y Mónica le decía: «No soy mamá, soy la tita». Ella me dijo que se había criado en su casa y que por eso estaba tan unido a ella. Un día, cuando volví de trabajar, el chaval ya no estaba. Mónica me dijo que había vuelto a Galicia con sus padres.

—¿Volviste a verlo?

—No, ya no lo he vuelto a ver. De hecho, pensaba que había muerto...

—Está muerto, desde luego, pero ¿qué te dijo ella?

—Le pregunté el verano siguiente, el de 2009, si el chico iba a volver a pasar unos días con nosotros. Ella se puso a llorar, me dijo que nunca más le preguntara por César, que había muerto en Galicia en un accidente.

La gigantesca mentira de Mónica Juanatey se iba desmoronando progresivamente a medida que avanzaba el testimonio del hombre por el que ella decidió dejar atrás su vida en Galicia. Y allí, en Noia, la policía buscó las piezas que faltaban para desenmascarar a la detenida.

Víctor y Josefa, los padres de Mónica, relataron a los agentes que César era hijo de un joven de Noia llamado Iván con quien Mónica ni siquiera llegó a convivir. De hecho, tuvo al niño cuando ya habían roto su relación y negó al progenitor una prueba de paternidad, pese a que él insistió mucho en hacérsela porque estaba dispuesto a ejercer como padre del bebé. Poco después del nacimiento del pequeño, Mónica comenzó a convivir con Alberto, un chico de Lousame, una villa situada a siete kilómetros de Noia. Él fue quien hizo de padre de César, que también recibió los mimos y el cariño de los padres de Alberto, convertidos en abuelos de hecho, aunque no de derecho.

Los padres de Mónica, que conocieron en comisaría el fatal destino de su nieto, contaron que Alberto y su hija, que trabajaba en un supermercado, convivieron hasta finales del año 2007 en Noia. Incluso tenían fecha para la boda, prevista para el año siguiente, y habían repartido las invitaciones. En los últimos meses de ese mismo 2007 fue cuando Mónica, convertida en una Emma Bovary de las redes, decidió dejar atrás su vida y viajar hasta Menorca en busca de su particular señor Boulanger: Víctor, el vigilante de una quesería de quien decía haberse enamorado después de unas cuantas conversaciones virtuales subidas de tono. La mujer no tuvo reparos en dejar a César a cargo de Alberto y los padres de este.

Ya instalada en Mahón, Mónica decidió regresar a Galicia en los primeros meses de 2008 para llevar al niño con los abuelos maternos, Víctor y Josefa, y romper así cualquier vínculo con Alberto, el hombre al que había dejado plantado al pie del altar. El pequeño terminó el curso en el colegio de Noia donde estaba matriculado y los padres de Mónica insistieron en que asumiera su responsabilidad como madre y se llevara al chaval con ella. Los abuelos sabían que en cualquier momento el padre del pequeño podía intentar reclamar su paternidad y, después, la custodia del niño. Según contaron a la policía, en junio Mónica aceptó quedarse

con César y prometió buscarle un buen colegio en Menorca.

—¿Cuándo vio por última vez a su nieto? —Josefa, deshecha, rememoró en comisaría aquel 1 de julio de 2008. Habían pasado más de dos años.

—El 1 de julio lo llevamos al aeropuerto de Santiago para que se fuera con su madre a Menorca. Le compré el último número de Naruto, unos cuentos que le gustaban mucho, para que se entretuviera en el avión. En la maleta le metimos toda su ropa, sus cosas del colegio, sus cromos, sus libros...

César llevaba en esa maleta toda su existencia, lo que él consideraba imprescindible para seguir con su vida junto a su madre.

—Después de ese día, ¿no hablaron con él? ¿No supieron nada de él? ¿No les decía nada la madre del niño?

—El mismo día que se fue, su madre nos llamó. Nos dijo que el avión había llegado con retraso, pero que el chico estaba bien y contento. Nunca más hemos podido hablar con ella... Al principio la llamaba seis, siete, diez, veinte veces al día, pero nunca contestaba. Al pequeño le mandábamos regalos, hasta que empezaron a venir devueltos por destinatario desconocido.

—¿Y no supieron nada más de su nieto?

—Sí, sí que sabíamos cosas de él. Su prima, una sobrina nuestra, hablaba con ella por internet, le enviaba fotos de César... Y ella nos lo contaba.

A más de 1.300 kilómetros de Galicia, donde declaraban los abuelos del niño asesinado, los agentes de la Jefatura Superior de Policía de Baleares destripaban el ordenador y el teléfono móvil de la detenida y ponían al descubierto el manto de embustes con el que Mónica Juanatey había pertrechado su nueva existencia. Encontraron en su teléfono móvil unas cuantas imágenes de César en Menorca, tomadas en los primeros diez días de julio de 2008. Algunas de ellas, como una en la que se le ve en un bar dibujando, se las envió a su prima, la mujer que mencionaron los abuelos en su declaración ante la policía. En Facebook y en Windows Live —la red social de Microsoft—, Mónica fue tejiendo una red de mentiras para hacer creer a sus familiares que César seguía vivo:

«En el trabajo me acaban de trasladar a Mallorca. César está muy contento y está yendo a clase. Allí le buscaré un colegio», le escribió Mónica a su prima el 12 de julio, cuando el niño llevaba ya dos días muerto, según los cálculos de la policía. Y cinco días después, volvió a escribir a su prima para darle más explicaciones de su supuesto traslado: «Estoy muy liada preparando las cosas, nos

vamos a Mallorca. Te mando un beso muy grande de parte de César». Unos días después, el 30 de julio, mandó un mensaje a unos amigos de Noia: «El niño está bien. Va a clases de verano para que aprenda el catalán y no lo coja demasiado mal cuando el curso empiece».

Durante meses, Mónica Juanatey fue soltando lastre, rompiendo amarras con su vida anterior, de la que había eliminado su principal huella, su hijo César. De cuando en cuando, y siempre a través del espacio en el que mejor se desenvolvía, las redes, hacía llegar algún mensaje para apuntalar su enorme farsa:

«Por aquí todo bien. Al niño le hice ayer la comunión, lo pasó muy bien. Eran él y cinco amiguitos que hizo en el cole. Una pequeña merienda y listo. Muchos besos de César que habla de ti todavía, creo que eres la única de la que no se olvida», le escribió Mónica a su prima el 2 de noviembre de 2008. Cuando la mujer, cinco días después, le pidió detalles de la ceremonia, la madre de César se los dio: «El niño no fue de marinerito, fue bien vestido, pero no de marinero». Mónica Juanatey incluso suplantó a su hijo en Facebook, saludando a sus amigos y visitando una página web de cómics a la que el chico era asiduo.

Internet era el universo en el que había conocido a Víctor, en el que había tramado su impostura para encubrir su crimen y en el que pasaba muchas horas alimentando su blog en My Space, «Terror a la gallega», en el que firmaba como Muki, la excarceladora. Tras ser detenida, el juez ordenó clausurarlo y dejó en el limbo digital los siniestros dibujos de su autora.

Si en Galicia los allegados de Mónica vivían convencidos de que César seguía vivo junto a su madre, en Baleares la mujer se preocupó de montar otra historia que encajase con su vida. La contable del concesionario de coches en el que trabajaba como limpiadora y con quien hizo buenas migas manifestó que la detenida le había contado que su hijo murió en un accidente de tráfico cuando conducía su hermano: «Me dijo que por eso no se llevaba con su familia, su hermano se sentía culpable y sus padres se lo reprochaban». En ese mismo trabajo se inventó un marido con el que llevaba casada once años.

El 28 de noviembre de 2008, dos días después de ser detenida, la policía decidió interrogar a Mónica Juanatey. Habían levantado en muy poco tiempo una monumental catedral de pruebas contra ella. La Comisaría General de Policía Científica había certificado que el niño hallado en la maleta compartía material genético con la arrestada: era el hijo de Mónica, sin posibilidad de error. El

testimonio de Víctor y el de los abuelos del niño y todo lo que encontraron en su teléfono y en su ordenador convertían el interrogatorio en un mero formalismo, en una oferta al arrepentimiento y en una posibilidad de explicar lo inexplicable. En el primer intento, Mónica se derrumbó muy pronto. Contó que estaba en casa con su hijo, que el chico se metió en la bañera y que ella se marchó al piso de arriba:

—Cuando bajé, el niño se había ahogado. No respiraba. Lo metí en una maleta con sus cosas y lo llevé al monte.

En presencia del abogado de la detenida, Carlos Maceda, los agentes decidieron posponer la declaración, darle una nueva oportunidad, porque la mujer estaba rota anímicamente. Y porque su versión tenía poca credibilidad.

Horas después, recuperada, Mónica Juanatey confesó. Empezó por hablar de su vida, trufando el relato con unos cuantos embustes.

—Cuando César tenía un año su padre se marchó sin dar explicaciones y estuve cuatro años sin saber nada de él. No me ayudaba económicamente, así que me volví a casa de mis padres, con los que no me llevaba bien.

Los agentes sabían ya que el padre de César ni siquiera tuvo la oportunidad de reconocer a su hijo porque ella le negó una prueba de paternidad. Las mentiras siguieron: dijo que se fue desde Galicia a Menorca «a trabajar», omitiendo la figura de Víctor, el hombre del que se enamoró a través de internet. Mónica aseguró que fueron sus padres quienes, de manera súbita y sin contar con ella, decidieron enviar a César a Menorca, algo que negaron los abuelos del niño.

—En ese momento yo no tenía trabajo, solo cobraba la ayuda familiar. Le dije a mi madre que esperase hasta septiembre, pero no hubo manera, ya estaba sacado el billete.

La detenida confesó que había mentido a Víctor, que hizo pasar a César por su sobrino porque «no sabía cómo se iba a tomar él que fuese madre».

—Mónica, ¿por qué lo mataste?

—No quería matarlo. Quería mandar a César de vuelta a Galicia y no sabía cómo. Un día perdí la cabeza, estaba agobiada, estresada, mi pareja no conocía la verdad, yo no tenía trabajo... Ahogué a César en la bañera y cuando ya no respiraba traté de reanimarlo..., no respondía. Yo no me enteraba de nada. Tuve a mi hijo muerto en brazos, llorando. Estuve así tres o cuatro horas. Luego me di cuenta de lo que había hecho.

La mujer reconoció que metió todos los objetos de César en la maleta y que quemó su DNI. Salió en coche de su casa sin rumbo y

arrojó la maleta en el bosque de Binidalí, donde fue encontrada más de dos años después.

El titular del Juzgado de Instrucción número 2 de Mahón, Carlos Javier García Díez, envió a prisión a Mónica Juanatey. Mientras, en la vivienda de la que salió esposada, Víctor trataba de reponerse de lo vivido. Pocos días después de la detención, recibió una llamada en el teléfono de casa:

—¿Está Mónica? —preguntó una voz de hombre.

—No, no está.

—¿No está? Es que estoy preocupado, siempre hablo con ella y lleva varios días sin contestarme.

—¿Y quién es usted?

—Soy Agus, el novio de Mónica.

Víctor no daba crédito. En los últimos días había descubierto que había convivido con una mujer de cuyas palabras ya no podía distinguir qué era verdad y qué era mentira.

—El novio de Mónica soy yo. Soy Víctor.

—No, yo soy su novio. Tú debes de ser Víctor, su compañero de piso. Me ha hablado de ti.

Víctor se desvinculó por completo de Mónica Juanatey, mientras que Agus, un hombre residente en Tarragona al que la mujer también había conocido por internet, continuó su relación con ella, aun a sabiendas de quién era y de lo que había hecho. Más aún, contrajo matrimonio con la parricida en la prisión de Palma en noviembre de 2011, poco antes de que ella se sentase en el banquillo de la Audiencia Provincial en octubre de 2012. Al juicio llegó tras ganar en abril de ese año un certamen literario convocado en la cárcel de Palma de Mallorca con un cuento de terror titulado «El hermano gemelo que era el diablo». La narración está protagonizada por dos hermanos gemelos, llamados Kensuke y Namie —nombres propios de los cómics manga, a los que su hijo era tan aficionado—. El cuento narra cómo la madre de los dos niños muere en el parto, justo cuando Namie comienza a respirar. La abuela materna considera, según el relato, que la chica ha traído al mundo un espíritu maligno. El texto prosigue con la vida de Namie, introvertida y reservada, aislada del mundo en su habitación, donde su familia la ha encerrado convencida de que es una encarnación del mal.

El juicio de Mónica Juanatey, que duró tres días, sirvió para dejar claro que todo funcionaba bien en su cerebro, que su crimen no estuvo provocado por patología alguna. Los psiquiatras hicieron en la vista oral un retrato de la acusada que podría coincidir con la

definición de psicópata de cualquier manual: «Miente, engaña, viola los derechos de los demás, falta de sentimientos, fría, actúa sin pensar si puede dañar a los demás, si puede hacer sufrir o no... Le da igual, actúa como quiere, pero eso no le impide en absoluto tener capacidad para conocer lo que está bien y lo que está mal, controlar su conducta, sopesar y valorar las consecuencias de sus actos».

Mónica se presentó en la vista cabizbaja, hablando casi en susurros, como una mujer desmemoriada, y atribuyó su confesión en comisaría y en el juzgado a las presiones de los policías. Volvió a su versión inicial:

—Preparé el baño a César, fui a la cocina a limpiar los cacharros de la cena y no recuerdo más. La siguiente imagen que tengo es en el cuarto de baño con el niño ya muerto... Aún lo quiero —remató entre sollozos.

—¿Considera la posibilidad de que hubiera sido usted quien matase al niño? —le preguntó el fiscal.

—Sí.

El jurado apenas tardó diez horas en decidir el veredicto de culpabilidad. Ocho de los nueve miembros del jurado consideraron que Mónica mató a César con alevosía —sin que la víctima tuviese posibilidad de defenderse— y que lo hizo en plenitud de sus facultades mentales. El presidente del tribunal, el magistrado Eduardo Calderón, tradujo el veredicto en pena de prisión: veinte años de cárcel, la máxima solicitada por el fiscal. En su sentencia, el juez narró los últimos momentos de la vida del pequeño César: «Confiado y sin esperarse en modo alguno lo que iba a suceder, estaba ya metido en la bañera para, de forma sorpresiva y totalmente inesperada para el menor, sujetarle la cabeza con su mayor fuerza y sumergirlo en el agua manteniéndolo así hasta llegar a la asfixia total, de modo que las posibilidades de defensa quedaron por completo eliminadas».

Mónica ha cumplido ya la mitad de su condena. En menos de diez años será una mujer libre. Hoy su crimen habría sido castigado con prisión permanente revisable.

Morir sin piedad

> «Esa hora en la que no me tienen localizado es su problema, no el mío.»
>
> Julio Araújo,
> sospechoso del asesinato de Sonia Iglesias

El subinspector Carlos y el sospechoso se volvieron a sentar uno frente a otro en 2017. Sonia Iglesias llevaba más de siete años desaparecida. Julio Araújo, la pareja de Sonia, miró con hartazgo al policía, su bestia negra desde que se vieron por primera vez en esa misma comisaría de Pontevedra en agosto de 2010. El rostro de Julio, enjuto, con la piel pegada a los huesos y prematuramente envejecido por la mala vida, el alcohol y el tabaco, esbozó una mueca de fastidio. El subinspector —«ese hijo de puta con pinta de rapero», tal y como lo describió un hermano de Julio que vio en el policía un lejano parecido a Eminem— sabía que aquel gesto era el mayor alarde de expresividad que se iba a permitir el sospechoso en las horas siguientes. Los dos hombres conocían bien el guion de la conversación que iba a tener lugar. Lo habían repetido en muchas ocasiones en los últimos años desde su primer encuentro, días después de la desaparición de Sonia Iglesias Eirin, treinta y ocho años, madre de un niño y dependienta de una tienda Massimo Dutti del centro de Pontevedra. Entonces, Julio ya era el principal sospechoso. Los agentes de la brigada local trazaron en los primeros días de las pesquisas unas líneas de investigación que han permanecido inalterables desde entonces. La llegada del subinspector y sus compañeros del grupo de Homicidios de la UDEV Central —la élite de la investigación criminal de la Policía Nacional— sirvió para reforzar esa hipótesis, que apuntaba en un único sentido: Julio Araújo era el responsable de la desaparición de su pareja. Fue el último que la vio, tenía un móvil para acabar con su vida y tuvo la oportunidad.

La conversación fue un calco de las anteriores. Carlos, con gesto amable pero mirada dura, repitió las mismas preguntas y recibió las mismas respuestas.

—Julio, ¿qué hiciste con Sonia el 18 de agosto de 2010? La mataste, te deshiciste del cuerpo y regresaste a casa, ¿verdad?

—Eso es lo que usted dice, pero tendrá que demostrarlo.

—Julio, sabemos que tuviste una hora para hacerlo, tiempo de sobra. Una hora en la que no puedes explicar dónde estabas, en la que nadie te vio.

—Esa hora en la que no me tienen localizado es su problema, no el mío.

La policía ha dedicado miles de horas, cientos de miles de euros y un buen puñado de sus mejores hombres y mujeres para dar con el paradero de Sonia Iglesias, para entregar sus restos a sus padres y a su hijo, Alejandro, un crío que tenía nueve años cuando perdió a su madre y que ya es mayor de edad. Pero nada ha servido hasta el momento para encontrar a una mujer que no tenía ninguna razón para abandonar a su familia el 18 de agosto de 2010. Todos los investigadores que han participado en la operación Baute y sus responsables tienen la misma convicción y así se lo han hecho saber a los jueces que han llevado el caso: solo Julio Araújo sabía dónde estaba el cadáver de Sonia.

A punto de cumplirse diez años de la desaparición, mantuve una reunión en las dependencias de la UDEV Central con varios de los policías que han intentado encontrar a Sonia y reunir las pruebas suficientes para acusar a su pareja. La frase de uno de ellos resume a la perfección una década de investigación y refleja la frustración de todos ellos:

—Nos hemos enfrentado al peor sospechoso posible. Tienes que conseguir que confiese algo que solo sabe él.

Ni siquiera en sus últimos meses de vida, con el organismo carcomido por un cáncer que acabó con su existencia el 8 de septiembre de 2020, Julio Araújo tuvo un mínimo de piedad para contar lo que solo él sabía: qué ocurrió la mañana del 18 de agosto de 2010.

Ese día, Sonia y Julio salieron del domicilio que ambos compartían en el número 3 de la calle Campo de la Torre en torno a las diez de la mañana. Su hijo, Alejandro, estaba pasando unos días en casa de su tía Mari Carmen, la hermana de Sonia. Julio condujo el coche de su pareja, un Daewoo Kalos, hasta el local de un zapatero de la calle Arzobispo Malvar, un trayecto de apenas cinco minutos. Sonia se bajó del vehículo y dejó dos zapatos para reparar,

mientras Julio esperaba fuera del coche. Ella regresó, se montó en el automóvil y, cuando habían circulado durante quince metros, decidió apearse y seguir su camino andando porque había un pequeño atasco.

Esta versión es a la que se aferró Julio Araújo durante diez años, sin variar ni una sola coma y pese a todos los indicios que la pusieron en duda. Él siempre aseguró que Sonia se bajó del coche llevando dos bolsas en dirección al centro de la ciudad, donde iba a hacer unas gestiones, y que él regresó a casa y a las 11:40 llamó a su primo José Antonio Araújo desde el teléfono de su domicilio. La llamada, comprobada por la policía, marca el final del tramo horario crítico, del vacío que los investigadores no han podido rellenar en una década. El espacio temporal que discurre entre que Sonia salió de la zapatería —el zapatero confirmó que estuvo allí— y la conversación telefónica de Julio con su primo. Algo más de una hora que hasta hoy nadie ha podido reconstruir y durante la cual la policía está convencida de que Julio mató a Sonia y se deshizo de su cadáver.

En las primeras horas de la investigación la desaparición de Sonia ya se consideró como inquietante, de alto riesgo, según la nueva terminología policial. La dependienta de Massimo Dutti no se presentó al trabajo al inicio de su turno —13:30—, y eso era algo insólito. Sonia era seria, cumplidora y especialmente puntual. Sus compañeras fueron las primeras en dar la voz de alarma apenas cinco minutos después. A las 13:35 llamaron a Julio Araújo preguntándole por Sonia y avisándolo de que no había aparecido por la tienda y que en su teléfono saltaba el buzón de voz. Esa tarde, el propio Julio y los padres y la hermana de Sonia recorrieron hospitales, tiendas y bares en busca de algún rastro de la mujer, sin resultado. A las 21:00, Julio y uno de sus dos hijos fruto de una relación anterior acudieron a la comisaría de Pontevedra a presentar la denuncia por la desaparición de Sonia.

A mediodía del 19 de agosto de 2010, cuando habían pasado algo más de veinticuatro horas desde que a Sonia se la tragase la tierra, los agentes de la Brigada de Policía Judicial de Pontevedra comenzaron a apuntar hacia Julio. A la misma hora, en despachos distintos, declararon él y Mari Carmen, la hermana de Sonia. Los agentes escucharon de boca de la mujer algo que podía constituir el móvil de un crimen.

—Vi a Sonia por última vez el lunes 16 de agosto por la noche, en su casa. Fui a recoger a su hijo Alejandro porque iba a estar en mi casa hasta el sábado.

—¿Por qué se llevó al chico?

—Sonia estaba a punto de separarse. Esos días en los que yo me quedaba con el niño serían los que Julio tenía que emplear para recoger sus cosas y marcharse. Mi hermana llevaba dieciocho años con él y en los últimos cuatro le fue dando plazos para que buscase un empleo. Pero ya se había dado por vencida y decidió separarse.

Muchos crímenes machistas llegan justo antes o después de una separación. Allí había una razón para matar, un patrón de actuación entre los hombres que asesinan a sus parejas.

—¿La decisión de separarse era de mutuo acuerdo?

—Mi hermana me contó la semana pasada que sí, pero ayer, cuando Sonia desapareció, le pregunté a Julio y él me dijo que no sabía nada, que antes del verano lo único que ella le había dicho era que si no encontraba trabajo iban a acabar mal.

—¿Conoce alguna otra relación sentimental de su hermana?

—Ayer mismo, cuando buscábamos a Sonia, mi madre me contó que había un señor venezolano llamado Nito que al parecer le gustaba. Como los dos tenían pareja, se dieron un plazo para dejar sus relaciones.

Nito, que en realidad es gallego y se llama Rafael, residía habitualmente en Venezuela y fue quien dio nombre a la operación. Las canciones del cantante venezolano Carlos Baute sonaban en esos momentos en todas las emisoras de España. Su apellido sirvió para bautizar la investigación policial.

Al mismo tiempo que Mari Carmen dejaba asomar en su declaración un posible móvil, Julio Araújo daba por primera vez su versión de los hechos, la misma que repetiría a lo largo de toda la instrucción: Sonia se bajó del coche y él se marchó a casa. Y ante la policía, negó rotundamente que se fuese a separar de forma inminente.

Las primeras gestiones de los investigadores de la Brigada de Pontevedra se encaminaron a buscar algún rastro de Sonia la mañana de su desaparición. Para ello, solicitaron las grabaciones de las cámaras de los establecimientos y de las de tráfico en las zonas por las que pudo haber circulado la mujer, sobre la base del testimonio de Julio y de dos personas que creyeron haberla reconocido. Varios agentes recorrieron a pie los posibles itinerarios de la desaparecida y comprobaron dónde existían dispositivos de vídeo que pudieran haber registrado su paso. Las imágenes desmintieron la presencia de Sonia allí a esas horas. Cuando la policía estaba dando sus primeros pasos, una llamada de la Comandancia de la Guardia Civil de Pontevedra dio un giro a las

pesquisas. Un toxicómano llamado Francisco Miguel había encontrado la cartera de Sonia Iglesias la mañana de su desaparición en la cuneta izquierda de la carretera que sube al poblado de O Vao. El hombre iba a comprar droga al mayor supermercado de estupefacientes de la ciudad y halló en el suelo el billetero con cinco euros y la documentación de la mujer. En un arranque de buen ciudadano, acudió a la Comandancia a entregar la cartera... sin los cinco euros, por supuesto.

Los investigadores se situaron delante de un mapa de la ciudad y todos llegaron a la misma conclusión. La carretera que va hacia O Vao está en dirección opuesta a la casa de Sonia Iglesias y Julio Araújo. Cotejaron los testimonios recabados hasta ese momento y esbozaron un primer cronograma. Dos testigos situaron a Julio en las inmediaciones de su domicilio a las 11:30, una hora cercana a la llamada que hizo desde su casa, algo más de una hora después de que Sonia estuviese con el zapatero; un tiempo excesivo para hacer ese recorrido, pero más que suficiente para acabar con la vida de Sonia, deshacerse de su cuerpo y arrojar la cartera en las inmediaciones de O Vao.

Julio Araújo, cincuenta y dos años, con tres hermanos; hijo del propietario de una fábrica de muebles; padre de tres hijos, dos de ellos con su primera mujer, tenía ya el cartel de sospechoso en esas primeras horas de la operación Baute. Un cartel que acabó de apuntalar la madre de Sonia con su testimonio ante la policía, dos días después de la desaparición de su hija. Mari Carmen Eirin fue tajante:

—Mi hija no es capaz de marcharse y dejar a su hijo.

—¿Qué cree que pasó?

—Mientras buscábamos a Sonia le pregunté a Julio si había pagado a algún portugués para que matase a mi hija. Él me contestó que no lo había hecho, que la quería mucho. Su padre también me dijo que era un pobre infeliz y que él no la había matado. Le pregunté eso porque creo que él es incapaz de hacerlo y pensé que se lo habría encargado a otras personas.

La mujer acabó de dibujar la situación familiar. Sonia mantenía la casa con su trabajo en Massimo Dutti, mientras que Julio había agotado el subsidio de paro dos años atrás y no hacía nada por encontrar trabajo. Ella le daba entre diez y veinte euros al día y le pagaba hasta el tabaco, lo que había colmado la paciencia de la desaparecida. Mari Carmen Eirin le contó a la policía que la separación de la pareja estaba prevista para esa misma semana, después de que su nieto Alejandro hiciese la primera comunión, el

15 de agosto, y habló a los agentes de los amoríos de Sonia con Nito.

En apenas dos días, la policía disponía de un completo análisis victimal de Sonia Iglesias: no tenía ningún motivo para desaparecer voluntariamente, estaba a punto de romper la convivencia con su pareja y en el horizonte vislumbraba una nueva relación. Los investigadores también comenzaron a conocer a Julio y a estudiar sus reacciones, que eran, cuando menos, curiosas. Yasmina, una empleada del mesón El Albero, cercano a su domicilio, contó que Julio iba allí dos veces al día a tomar café o cerveza y a gastarse en las máquinas tragaperras todo el dinero que llevaba. También lo hizo el día de la desaparición de Sonia: con su pareja ya en paradero desconocido, él se tomó un quinto de cerveza acodado en la barra, pagó y probó suerte con el cambio. Horas antes, según el testimonio de Patricia, una dependienta de la tienda de Massimo Dutti en la que trabajaba Sonia, el mismo Julio que echaba monedas a la máquina del bar entró en la tienda llorando y gritando, preguntando por su pareja, que apenas llevaba cuarenta y cinco minutos desaparecida. Patricia se sorprendió: «Daba la impresión de que sabía que algo grave le había pasado».

Pese a estas tempranas sospechas sobre Julio, la investigación de la desaparición de Sonia siguió los cánones habituales: su fotografía se mostró en taxis, trenes y autobuses de toda la ciudad, se controlaron los puestos fronterizos terrestres, aéreos y marítimos, se comprobaron las bases de datos de hospedería de todo el país por si se había registrado en algún hotel, se monitorizaron los movimientos de sus tarjetas y de su cuenta bancaria, se contactó con el agregado de la policía española en Portugal para ampliar la búsqueda por el país vecino, se visitaron los establecimientos de compraventa de joyas... Ninguna de las gestiones dio resultado. A Sonia se la había tragado la tierra. Los investigadores incluso reconstruyeron la comunión de Alejandro, celebrada el día 15 de agosto en el restaurante Quinta de San Amaro, en Meaño. Al convite acudieron treinta y nueve adultos y diecisiete niños, y costó 2.104 euros, que pagó Sonia Iglesias. La policía preguntó a todos los invitados en qué establecimiento habían comprado los regalos para el chico y comprobaron si la desaparecida había ido a cambiar alguno de ellos el día clave, el 18 de agosto. La gestión tampoco dio fruto.

Apenas una semana después de la desaparición de Sonia Iglesias, llegaron a Pontevedra los agentes del grupo de Homicidios de la UDEV Central. Para ellos, acostumbrados a los *cold cases* —«casos

fríos» en su traducción textual, crímenes o desapariciones que llevan mucho tiempo sin resolver—, abordar un asunto tan en caliente era una excepción, una oportunidad única. Los policías repasaron el trabajo de sus colegas de Pontevedra, que trasladaron a sus compañeros las sospechas sobre Julio Araújo. La labor de la Brigada local había sido impecable, no habían dejado un solo resquicio sin revisar, pero los orfebres de la investigación analizaron minuciosamente todas las declaraciones tomadas por sus compañeros y decidieron convocar de nuevo a unos cuantos testigos en busca de algún detalle, de un agujero o de una contradicción que destapase una mentira.

El 25 de agosto, una semana después de la desaparición de Sonia, el subinspector Carlos y Julio Araújo cruzaron sus miradas por primera vez. El policía quería comprobar si, como le habían dicho sus colegas, el sospechoso era un témpano de hielo.

—Julio, quiero que nos cuentes con todo detalle lo sucedido el día 18 de agosto.

—Me levanté a las nueve de la mañana...

—Con todo detalle, Julio...

—Bien, me levanté a las nueve. Sonia se quedó en la cama durmiendo. Fui a la ducha y, cuando estaba bajo el agua, Sonia entró en el baño para decirme que me había llamado al teléfono de casa mi hermana Teresa.

—¿Qué quería tu hermana?

—Hablarme sobre un tema de la tienda de decoración que regenta.

—Sigue, cuéntanos todo lo que recuerdes.

—Sonia volvió a la cama y estuvo allí como quince minutos más. Se levantó y puso una lavadora con unos pantalones vaqueros, una camisa y ropa interior. —Araújo seguía el juego a los policías. ¿Querían detalles? Se iban a hartar de ellos—. Luego Sonia fue al cuarto de baño, se duchó y se lavó la cabeza, y mientras tanto yo preparé el desayuno, que consistió en café con leche y tostadas.

Julio continuó su relato, plagado de detalles sin ninguna trascendencia: el contenido del bocadillo que le preparó a Sonia, cómo iba vestida... Luego repitió su versión de los hechos: salieron de casa, pararon en el zapatero, Sonia regresó al vehículo y se apeó al ver un pequeño atasco.

—Ahora dime por dónde regresaste a casa, qué itinerario seguiste.

Julio detalló su ruta y dijo que entró en su casa a las 10:45.

—¿Qué hiciste al llegar a casa?

—Saqué la ropa de la lavadora, cogí el tendedero, lo abrí en la cocina porque el día estaba nublado y podía llover, y tendí la colada. Luego fregué unos cacharros que había en la pila, planché unas camisas mías y cuatro piezas más de ropa, me tomé un café con leche y sobre las 11:30 u 11:35 llamé desde el teléfono fijo de casa a mi primo José Antonio para saber cuándo iba a ir a Portugal para ver un tema de unos muebles. Nada más acabar la conversación bajé al bar El Albero, donde bebí dos botellines de la marca Estrella y leí el *Marca*, *La Voz de Galicia* y el *Diario de Pontevedra*.

Nadie podía corroborar que Julio Araújo entró en su casa a la hora que él dijo. Ningún testigo lo había visto antes de las 11:30 y solo la llamada de las 11:40 acreditaba su presencia en el domicilio. Un vacío demasiado grande, un vacío suficiente para matar a Sonia y esconder el cadáver.

Julio contó con detenimiento lo que hizo tras recibir la llamada de una compañera de su mujer, la visita a la tienda, la búsqueda por los hospitales... Su relato estaba corroborado por numerosos testigos y él era consciente de ello, así que lo contó de forma relajada. La tensión volvió al interrogatorio cuando los investigadores le preguntaron por lo que ya consideraban un posible móvil del crimen.

—Julio, ¿sabías que Sonia quería acabar con vuestra relación y que incluso había una fecha, el 21 de agosto, para que dejases el domicilio familiar?

—No.

—¿No es más cierto que incluso ya tenías un piso para vivir, propiedad de tu hermano David?

—No.

—¿No es verdad que desde el 16 de agosto tu hijo estaba en casa de su tía para que no estuviera presente cuando te marchases?

—No.

—¿Sabías que Sonia mantenía desde hace tiempo una relación con otro hombre conocido como Nito, el venezolano?

—No.

Julio Araújo contestaba con monosílabos, sin alterarse, sin cambiar el gesto. Negaba la existencia del móvil del crimen, la inminente separación de la que todo el entorno de Sonia había hablado.

Parte del trabajo de los encargados de cualquier investigación de secuestros, asesinatos o desapariciones es poner un enorme foco sobre la vida de la víctima y de las personas que la rodean. La

casuística es abrumadora: la mayor parte de los crímenes son cometidos por personas próximas a la víctima. Por eso, los investigadores no pueden dejar ni una zona de sombra, ni un rincón oscuro en sus vidas y en las de los sospechosos. La policía accedió al único espacio sombrío de Sonia, su relación con un hombre conocido como Nito, el venezolano.

Rafael —es su nombre de pila real—, de cuarenta y dos años, declaró en la Consejería de Interior de la Embajada española en Caracas (Venezuela) pocos días después de que los encargados de la operación Baute hablasen con él por teléfono. Contó que conoció a Sonia en 2006 comprando en la tienda donde ella trabajaba. Desde entonces, se veían dos veces al año y hablaban por teléfono una o dos veces al mes con un móvil que ella guardaba en la taquilla de su lugar de trabajo y que solo empleaba para comunicarse con él. Su relación no había pasado de alguna cena en compañía de amigos; negó que hubieran mantenido relaciones sexuales y dijo que sabía desde marzo de 2010 que Sonia y Julio habían roto su relación de pareja.

—¿Le dijo Sonia que tenía intenciones de separarse de su pareja y cuándo lo quería hacer?

—La última vez que hablé con ella, el día anterior a su desaparición, me dijo que dos o tres días más tarde él se iría definitivamente de casa. Hacía muchos años que había perdido la ilusión, aunque nunca me habló mal de él.

Los investigadores completaron el cuadro familiar de Sonia y Julio. Las declaraciones dejaron claro que todo el entorno de él desconocía las intenciones de la mujer de separarse y la fecha de salida de casa que le había señalado a Julio. Sus hermanos, Teresa, Beatriz y David, y sus hijos, Jorge Juan y Julio, aseguraron que no sabían nada de la inminente ruptura, al igual que su primo José Antonio y su padre, Julio. Entre el círculo del sospechoso había una sola excepción: Luisa, la novia de Julio Araújo Gómez, hijo de la pareja de Sonia, a la que la desaparecida había conseguido un empleo en la misma tienda donde ella trabajaba. Luisa, al igual que el resto de sus compañeras y la familia de Sonia, dijo a la policía que estaba al tanto de que Julio Araújo debía salir del domicilio familiar la misma semana de la desaparición y también conocía la relación de la mujer con Nito.

El empeño de Julio Araújo en negar la crisis de pareja lo puso en el punto de mira de los investigadores, sobre todo cuando su empeño lo llevó a la sobreactuación. La madre y la hermana de Sonia volvieron a declarar en los primeros días de septiembre y

contaron un extraño episodio. En las primeras horas de la búsqueda, en presencia de las dos mujeres y del padre de Sonia, Julio insistió en que no tenía ningún problema de pareja, tal y como todos ellos decían, hasta el punto de que la noche anterior había mantenido relaciones sexuales con ella. Para acreditarlo, dijo que en el cubo de la basura aún estaba el preservativo que usaron en su encuentro íntimo.

En el registro de la casa de la pareja, efectivamente, apareció un condón con esperma en su interior, que fue remitido al laboratorio de biología. Los técnicos de la policía revelaron un dato que se convirtió en uno de los indicios más sólidos contra Julio Araújo: en el preservativo solo hallaron ADN del hombre, ni rastro de la huella genética de Sonia ni de ninguna otra mujer, algo insólito cuando existe una relación sexual completa, pues el látex queda impregnado del ADN de los dos participantes en el acto.

Desde finales de agosto, la policía escuchaba las conversaciones telefónicas de Julio Araújo, que se mostraba indiferente y hasta jocoso ante la aparente tragedia que suponía la desaparición de su pareja: «Sin novedad en el frente, mi teniente», le dijo a un amigo cuando le preguntó por los avances en la investigación. Cada vez que alguien encontraba ropa o zapatos de mujer en las calles de Pontevedra, se remitían a la comisaría para comprobar si podían pertenecer a Sonia Iglesias. Para ello, los agentes llamaban a Julio, que no mostraba interés por esos efectos ni ninguna prisa por acudir a identificarlos. Un informe de la Sección de Análisis de la Conducta de la Unidad Central de Inteligencia Criminal de la Policía —los *mindhunters* españoles— interpretó este comportamiento como un indicio de culpabilidad: «Julio sabe a ciencia cierta que es imposible que sean los zapatos de Sonia porque solo él sabe dónde se encuentran sus restos y, entre ellos, su ropa y sus zapatos».

Araújo siguió haciendo su vida normal en los meses posteriores a la desaparición de Sonia: cafés, tragaperras, alcohol... Uno de sus amigos, que lo conocía desde treinta años atrás, contó a la policía que una o dos veces al mes tenía que acompañarlo hasta su casa porque se emborrachaba y era incapaz de llegar a su domicilio. Los investigadores escucharon como el sospechoso le decía al contestador de una empresa, en evidente estado de embriaguez: «Pues no me toques más los huevos, que esa mujer *monó*». Nadie ha descifrado el significado de esa expresión.

Los responsables de la operación Baute desplegaron todos los medios humanos y técnicos a su alcance para hallar los restos de Sonia, convencidos de que su cadáver estaba en algún rincón de

Pontevedra, en un lugar al que Julio pudo ir y volver durante esa hora de vacío en la que no estuvo localizado. Centenares de voluntarios y miembros de Protección Civil de toda la provincia se unieron a la búsqueda, en la que la policía empleó un helicóptero y a los submarinistas del GEO (Grupo Especial de Operaciones), que se sumergieron en varios puntos del río Lérez, cuyos márgenes también fueron revisados a pie. Se rastrearon las inmediaciones del campo de Monte Castrove, la Escusa, la zona de Vilariño de Poio; se inspeccionaron fincas en las inmediaciones de la avenida de Uruguay y una depuradora de agua. En semanas posteriores, la búsqueda se amplió y no se dejó sin comprobar ni un solo terreno, pozo, arqueta, granja, canal o acequia en Boca, O Castrado, Obispo, A Cañota, O Queimado, Pontecabras, Santa María de Alba-Banqueira, Soutonovo y A Chamiceira.

Paralelamente a estas exploraciones, la familia y los amigos de Sonia Iglesias, encabezados siempre por su hermana, Mari Carmen, convocaban batidas y manifestaciones por la desaparecida y empapelaron toda la ciudad con carteles con la imagen de Sonia. En todas esas actividades hubo una ausencia clamorosa, la de Julio Araújo, que nunca se dejó ver.

—¿Por qué no acudes nunca a los dispositivos de búsqueda de Sonia ni a los que organizan por su cuenta sus familiares? —le preguntó la policía en uno de sus interrogatorios.

—No tengo el cuerpo para batidas. Todo eso me parece un circo y no voy para evitar escuchar comentarios hirientes hacia mí y mi familia. Creo que ir me traería más problemas que soluciones.

—¿No vas porque tienes un carácter explosivo y violento?

—No, tengo un carácter normal hasta que alguien me lleva al límite, aunque no es fácil que me lleven hasta allí.

—¿Dónde crees que está Sonia, Julio?

—Está muerta. Nunca se hubiera marchado dejando a su hijo.

Esta declaración, hecha en los primeros días de septiembre de 2010, chocaba con la de al menos otros cuatro testigos, amigos de la pareja, que contaron a la policía que Julio decía a sus conocidos que Sonia había abandonado a su familia para irse a Venezuela con otro hombre.

Julio Araújo era convocado periódicamente en la comisaría de Pontevedra con cualquier excusa, llamadas a las que él respondía con desinterés, tedio y hasta hartazgo. Cada vez que los agentes de la UDEV Central viajaban a Galicia, se entrevistaban con él de manera informal o le tomaban declaración, siempre en calidad de testigo, sin acusarlo de nada, sin darle la posibilidad de no

responder a las preguntas que le hacían —facultad que solo tienen los encartados en procesos penales—. Querían estudiar su carácter, sus reacciones, pero el sospechoso nunca se apartaba de su papel de tipo gélido, sabedor de que no había nada suficientemente contundente en su contra como para ponerlo contra las cuerdas. Mientras, la policía seguía investigándolo a través de otros testimonios. Teresa Carril, presidenta de Luz, una asociación de mujeres maltratadas, acudió a la comisaría de Pontevedra cuando vio en los medios de comunicación la imagen y el nombre de Sonia Iglesias. Era la misma mujer que a finales del año 2009 le pidió ayuda: quería separarse de su pareja porque se sentía amenazada y contó que su compañero le había enseñado un arma de fuego. Lo cierto es que nadie más habló a los investigadores de estas amenazas. La exmujer de Julio y madre de sus dos hijos mayores reveló que se había separado de él tras ocho años de matrimonio después de descubrir numerosas infidelidades, muchas de ellas con prostitutas, y no describió ningún comportamiento violento, más allá de un episodio en el que rompió una carta de su abogado sobre la separación y arrojó toda su ropa sobre la cama.

El 11 de mayo de 2011, los responsables de la operación lanzaron un órdago. Era el día fijado por el juzgado para la reconstrucción de hechos, así que aparecieron sin avisar en casa de Julio. El subinspector Carlos, junto a otros compañeros, llamaron a su puerta a las ocho de la mañana y le presentaron al entonces responsable de la UDEV Central, el comisario Serafín Castro, como parte de la estrategia de intimidación. No funcionó. El sospechoso repitió lo que tantas veces había dicho, aunque esta vez sobre el terreno, indicando a los policías por qué calles circuló, dónde se paró... Los agentes pusieron a prueba los nervios de Araújo: le hicieron recomponer con detalle toda la jornada del 18 de agosto de 2010, de nueve de la mañana a nueve de la noche, hora en la que presentó la denuncia en la comisaría.

Los movimientos que dijo haber hecho la pareja de la desaparecida fueron contrastados con la información que facilitaron las operadoras de telefonía. La policía estudió detenidamente la actividad de los teléfonos de Julio y Sonia y del entorno del sospechoso. El de la mujer dejó de funcionar en las horas críticas, y el de Julio registró una llamada hecha al de Sonia a las 15:11 del 18 de agosto que lo situaba lejos de donde dijo estar en ese momento: la señal del móvil de Araújo quedó registrada en la antena de Monte Castrove, un paraje distante del centro de la ciudad, una zona que se presentaba como un escenario ideal para deshacerse de un

cuerpo. La policía dio muchas vueltas en torno a esa conexión, le preguntó al sospechoso varias veces por qué había estado allí, pero él lo negó siempre. Meses después, la tecnología, tantas veces aliada de las investigaciones criminales, se puso del lado de Julio. Se realizaron varias pruebas llamando desde el punto en el que la pareja de Sonia dijo que había marcado el número de la mujer. En un diez por ciento de las llamadas, estas pasaban por la antena de Monte Castrove, un porcentaje suficiente como para desechar esa conexión como prueba definitiva.

A medida que avanzaban los meses, se afianzaba cada vez con más firmeza entre los investigadores el convencimiento de que Julio Araújo era el responsable de la desaparición de Sonia. Los indicios —nunca pruebas concluyentes— y su propia actitud sostenían esta hipótesis, pero el equipo de la operación Baute se planteó la posibilidad de que la pareja de Sonia hubiese contado con la ayuda de alguien muy cercano a él. Los datos de las operadoras de telefonía situaron a dos personas en el foco de la sospecha: José Antonio Araújo, el primo de Julio al que llamó desde su casa aquella mañana, que tuvo su teléfono apagado el 18 de agosto hasta las 10:58, hora en que posicionó en Marín, a siete kilómetros de Pontevedra; y David Araújo, el hermano de Julio, que tampoco pudo ser localizado hasta las 11:20, cuando su teléfono quedó registrado en Sanxenxo, a treinta y dos kilómetros del lugar de la desaparición. La policía prestó especial atención a David por su perfil conflictivo y una declaración en comisaría llena de lagunas: dijo haber pasado la mañana del 18 de agosto en su casa de Sanxenxo y suponía que su mujer estaba en casa, aunque no lo pudo asegurar. Los investigadores encontraron una veta buena en sus dubitativas palabras:

—¿Su casa es tan grande como para no saber quién está allí?

—Tiene 160 metros cuadrados y sé perfectamente quién está dentro y quién no, pero ese día en concreto no sé si estaban mi mujer y mis hijos.

—¿Estuvo esa mañana, la del 18 de agosto, en Pontevedra?

—No lo sé.

—¿Con qué frecuencia viaja desde Sanxenxo a Pontevedra?

—Casi todos los días.

—¿También en agosto, en el mes de vacaciones?

—Sí, también.

—¿Qué hace cuando va a Pontevedra en agosto?

—Voy a ver a amigos y a pillar cocaína.

—¿A qué zona suele ir a pillar cocaína?

—A muchas, entre ellas a O Vao.

Los investigadores levantaron las orejas. La cartera de Sonia había aparecido en una cuneta de la carretera de acceso a ese poblado, como si alguien la hubiese arrojado desde un coche el día en que desapareció.

—¿Es posible que ese día, 18 de agosto, estuviese comprando cocaína en O Vao?

—No lo sé, pero de estar estuve por la mañana.

Sin nada más contra él, tuvieron que pasar varios años hasta que David volviese a estar en el centro de la investigación.

Cuando se habían cumplido veintitrés meses de la desaparición de Sonia Iglesias —julio de 2012—, el fiscal solicitó por primera vez la imputación de Julio Araújo. Quería escucharlo frente al juez, asistido por un abogado y en un marco distinto al de las dependencias policiales, de donde salía indemne, sin un solo rasguño en su presunción de inocencia. La policía había aportado días antes un informe de la Sección de Análisis de Conducta de la Unidad Central de Inteligencia Criminal en el que se apuntaban las razones por las que Julio Araújo era, en opinión de los perfiladores —agentes titulados en Psicología que estudian los comportamientos de víctimas y victimarios—, el único sospechoso de la desaparición de su pareja: sus actitudes y gestos, sus contradicciones en las declaraciones y la inconsistencia de su coartada en la hora crítica desde que dejó a Sonia en el zapatero hasta que hizo la llamada a su primo desde su domicilio, no dejaban lugar a dudas para los analistas. El informe fue la excusa perfecta para que el fiscal pidiera la declaración de Julio como imputado.

El sospechoso se mantuvo fiel a su personaje en las dos ocasiones en las que declaró en sede judicial, en julio de 2012 y diciembre de 2013. No se apartó de su primera versión, aunque el paso del tiempo la iba difuminando y desvanecía los detalles que dio en sus primeros testimonios. Declarar como imputado le permitió negarse a responder a preguntas como si trasnochaba con frecuencia o las razones por las que no acudía a las manifestaciones en recuerdo de su pareja. Tras las dos declaraciones, Julio Araújo regresó a su casa sin pasar un solo día por prisión, aunque esta vez con la condición de investigado, de la que se libró en agosto de 2014, cuando el Juzgado número 3 de Pontevedra —especializado en violencia contra la mujer— archivó por primera vez la desaparición de Sonia Iglesias al no encontrar indicios suficientemente sólidos contra Julio Araújo. El Tribunal Superior de Justicia de Galicia y la Audiencia de Pontevedra ratificaron la

decisión de la jueza instructora y rechazaron los recursos de la acusación particular y la Fiscalía. En cuatro años, la policía no había sido capaz de aportar nada que sirviera, al menos, para continuar con el procedimiento.

Pese a que la Justicia dio por cerrado el caso Sonia Iglesias a los cuatro años de que se la tragase la tierra, los investigadores siguieron empeñados en buscar el resquicio por el que sacar de las entrañas de Julio Araújo al menos el lugar en el que había dejado el cuerpo de su pareja. Le hicieron llegar varios mensajes que apelaban a una piedad de la que no dio ni una sola muestra. Le ofrecieron que revelase el lugar del enterramiento mediante un anónimo o un intermediario, eximiéndolo así de tener que confesar. Para los encargados de la operación Baute, la prioridad había dejado de ser la puesta a disposición de la justicia de un asesino. Lo más importante era dar con el cuerpo de Sonia Iglesias. Ninguna de las tretas funcionó: Araújo siguió impenetrable, pétreo.

Varios jefes de grupo, de sección y de unidad de la UDEV Central y de la comisaría de Pontevedra se comprometieron con la búsqueda de Sonia desde 2010 hasta la actualidad, implicándose mucho más allá de lo que les dictaba su deber y su profesionalidad. A la hora de redactar estas líneas, el comisario Enrique Juárez, jefe de Brigada de la UDEV Central, se encontraba a pocas semanas de su jubilación, que llegó en octubre de 2020. Me dijo en su despacho: «Me voy con la espina de no haber encontrado a Sonia, de no haberles dado a sus familiares unos restos para enterrar. De Julio ya se ha ocupado la justicia divina, ya que la de aquí no se encargó, pero teníamos que haber dado con Sonia y créeme cuando te digo que lo hemos intentado todo».

El comisario Juárez estaba al mando de los agentes que en los últimos meses de 2017 y primeros de 2018 gastaron las últimas balas —hasta la fecha— para encontrar a Sonia. Los investigadores del grupo de Homicidios volvieron a revisar el expediente completo de la operación Baute. Buscaban una fuga de agua en la versión tantas veces repetida por Julio Araújo, una oquedad por la que poder colar una palanca con la que abrir la caja blindada de las mentiras del único sospechoso. Su exagerada reacción, encaminada a negar que Sonia y él estuviesen al borde de la separación, hasta el punto de asegurar que habían mantenido relaciones sexuales la noche antes de que se esfumase, había sido su error más grueso. El análisis de ADN dejó muy claro que el preservativo que Julio dijo haber arrojado a la basura con su esperma dentro no pasó por el cuerpo de Sonia. Era una puesta en escena. Y el análisis detallado

de sus declaraciones lo ratificó. El condón fue hallado por agentes de la Policía Científica a las 15:30 del día 19 de agosto en la parte superior del cubo de la basura, como si acabasen de arrojarlo allí. En sus declaraciones ante la policía, Julio aseguró que la mañana del día anterior, mientras esperaba a que Sonia bajase, aprovechó para echar la basura al contenedor. Si hubiera tirado el preservativo al cubo de casa durante la noche del 17 o la mañana del 18, lo habría arrojado al cubo comunitario con el resto de los desperdicios. Si se le hubiese olvidado y no se hubiese deshecho de él hasta el día 18, cuando regresó a casa tras dejar a Sonia, encima de él se habrían depositado los restos de todo el día. Aunque su hermano y su sobrino pasaron la noche con él y debieron de comer y beber algo —de hecho, en la basura se encontraron un envase de leche, envoltorios de embutido y un paquete de cigarrillos—, el condón estaba en la capa superior del cubo. Para la policía, estaba claro que Julio se había masturbado con el condón puesto —de ahí que solo estuviese su huella genética— tras deshacerse de Sonia y se había desprendido del preservativo con la clara intención de que los familiares de la mujer o la policía lo encontrasen.

Las cámaras de seguridad también apuntaron algún indicio que desmontaba la versión de Araújo, que repitió en infinidad de ocasiones, incluso reconstruyó, su recorrido tras dejar a Sonia en el zapatero. Según él, regresó a casa directamente, pero dos cámaras grabaron un coche idéntico al que conducía —Daewoo Kalos de color gris plata, con cuatro puertas y retrovisores negros— en direcciones opuestas a las que Julio dijo haber seguido en las horas críticas, las cercanas a la desaparición de Sonia. La calidad de las imágenes hizo imposible averiguar la matrícula, pero se trata de un modelo muy poco extendido y aún menos en una ciudad pequeña como Pontevedra. El recorrido del coche grabado por las cámaras conducía hasta la calle San Mauro. Y allí, en el número 33 de esa vía, Julio y Sonia vivieron durante sus primeros años de relación, en una casa en la que en 2012 un primo del sospechoso halló una pistola detonadora modificada para usarla con cartuchos de fuego real. La vivienda, propiedad de la familia Araújo, llevaba años abandonada y en las intervenciones telefónicas la policía comprobó que Julio se negaba en rotundo a vender esa finca, pese a sus estrecheces económicas, que se agravaron con la desaparición de Sonia.

Una confidencia recibida por un agente de la comisaría de Pontevedra también ayudó a dar un nuevo impulso al caso. El policía elaboró una nota en la que se aseguraba que el 22 de marzo

de 2016, Ana, la pareja de David —el hermano de Julio Araújo—, dijo en un restaurante de Sanxenxo, visiblemente afectada por la ingesta de alcohol y el consumo de drogas, que «Sonia Iglesias estaba muerta, la mató su pareja, Julio Araújo, y él y su hermano la llevaron a un cementerio y la enterraron en un nicho propiedad de la familia».

David, el hermano de Julio que acudía regularmente a O Vao a comprar cocaína, volvía a ser objeto de la investigación y tenía todas las papeletas para haber asumido el rol de colaborador de su hermano. Los agentes comprobaron que, en efecto, la familia Araújo poseía en el cementerio de San Mauro un total de veintiocho nichos, de los que once estaban ocupados. El camposanto se ubicaba muy cerca de la vivienda de San Mauro, 33, es decir, en la dirección que el Daewoo Kalos había seguido la mañana de la desaparición de Sonia.

Con todos estos indicios, fruto de una minuciosa revisión de todo lo que se había investigado durante siete años, la policía pidió a la jueza en diciembre de 2017 que reabriese el caso, decretase el secreto de las actuaciones, permitiese la intervención de varios teléfonos vinculados a Julio, David y la pareja de este, y autorizase la colocación de cámaras de grabación en los cementerios de San Mauro y de La Graña, la población en la que habitualmente veraneaba la familia Araújo, y en la casa de San Mauro, 33. El objetivo de los agentes era lanzar al entorno de Julio la idea de que sabían que el cuerpo de Sonia podía estar allí y forzar así a que acudiesen a mover el cadáver, lo que quedaría registrado por las cámaras instaladas por la policía. Los investigadores hicieron varios movimientos para provocar al sospechoso: primero llamaron a declarar a Ana y el 21 de febrero citaron como investigados a David y a Julio. Ambos se negaron a declarar y asistieron a los registros del panteón familiar de San Mauro y de la vivienda de la misma calle. Aquel día hacía mucho frío y llovía en Pontevedra. Julio permaneció a la intemperie muchas horas, las que tardaron los agentes en inspeccionar cada rincón de la finca y del cementerio. El registro no dio resultado, pero Julio ingresó en un hospital días después, aquejado de una neumonía, agravada por el cáncer de pulmón que padecía desde hacía tiempo. La justicia no terrenal empezaba a caer sobre él, mientras que la humana volvía a archivar el caso en junio de 2018.

Diez años después de la desaparición de Sonia Iglesias, sus padres sobreviven, su hermana intenta mantener abierto el caso, su hijo residió con su padre hasta la muerte de este en septiembre de

2020, y el subinspector Carlos vuelve periódicamente a los legajos de la operación Baute para tratar de devolver algo de paz a la familia de Sonia. La paz que Julio Araújo se negó a darles hasta el final de sus días.

El asesino que quería ser Jack Nicholson

«Si papito se muere, mejor.»

Ruth Bretón, seis años

Hacía un mes que ella había decidido, por fin, separarse de él. Contó a una psicóloga y luego puso por escrito que tenía miedo «por mí y por mis hijos», Ruth y José, de seis y dos años. El 8 de octubre de 2011, su marido denunció que había perdido a los críos en el parque Cruz Conde, en Córdoba. Seis días después, mientras la policía investigaba por tierra, mar y aire su paradero, Ruth Ortiz venció el miedo y llamó por teléfono a José Bretón. La conversación fue grabada por orden del juez y escuchada atentamente por la policía.

Eran las 13:17 del 14 de octubre de 2011. Los dos hablan de varios temas sin relevancia durante un minuto y medio, hasta que la mujer no puede más y se enfrenta con él:

—Bueno, ¿y los niños, José?

José Bretón tiene a su mujer donde quería. A su merced. Por fin ella vuelve a llamarlo, vuelve a cogerle el teléfono, no como antes de que sus dos hijos se esfumaran. Entonces decide responderle en tono serio, en el papel de un padre responsable y preocupado ante la falta de resultados de la investigación que la policía está llevando a cabo para encontrar a los críos.

—Los niños no saben todavía dónde están ni *na*, aunque a mí me gustaría...

Ruth cree que su marido tiene algo que ver con la desaparición de los pequeños; aquel día se fueron con él, está convencida de que él sabe dónde están. Lo interrumpe y le pregunta directamente

—¿Y tú, y tú?

—Y yo tampoco, Ruth.

—Claro, y yo me lo creo, ¿no?

José Bretón siente que su mujer vuelve a estar en sus manos: la misma que no quería regresar con él, la que le había anunciado que a partir de ahora solo lo vería por temas de los niños, como le dijo aquel mes de septiembre cuando le comunicó que iba a separarse de él. Que nunca más serían pareja. En esas tres semanas en las que él luchó por recuperarla y hacerla cambiar de idea, no sirvieron sus disculpas, sus promesas de cambio, tampoco el regalo de aquel libro, *El caballero de la armadura oxidada*. Ni siquiera el ramo de flores ni la carta manuscrita que le había entregado a Ruth el 7 de octubre, cuando él se llevó a los niños para pasar el fin de semana en Córdoba, un día antes de que se perdieran para siempre. Ahora, él vuelve a tener el control. Y trata de jugar con su mujer, de fijar una cita a solas con ella, de recuperar la intimidad.

—Pues por eso quiero yo contártelo, por lo menos para que me lo veas...

—Sí, contármelo a mí, ¿no?

—Claro.

—Claro...

—Ruth...

La mujer rechaza verse a solas con él. Los investigadores no se lo recomiendan. Es sospechoso de haber hecho daño a sus hijos. Si acepta verlo, su propia vida puede correr peligro.

—Y a la policía, ¿por qué no se lo cuentas a la policía?

Bretón comprueba que su truco no ha funcionado. De momento, no volverá a estar a solas con su esposa. Y decide volver atrás. El padre que ha perdido a sus hijos, un pobre hombre.

—Yo a la policía ya le he contado todo lo que sé.

—No, no, ¡no has contado nada!

—Pero, Ruth...

—No le has contado nada a la policía, tú no le has contado nada.

—Sí.

—¡Tú te los llevaste y tú me los devuelves!, ¡tú te los llevaste y tú me los devuelves!

Se hace un silencio breve y Bretón vuelve a hablar:

—Ruth, por eso quiero que...

—Tú no le has contado nada a la policía, tú te los llevaste y tú me los devuelves, tú te los llevaste y tú me los devuelves.

La madre quiere recuperar a sus hijos, no sabe si están vivos o muertos, lo único que tiene claro es que su exmarido, el padre de Ruth y José, sabe qué les ha pasado y dónde están. Ruth Ortiz sube el tono y grita, cada vez más alto:

—¡Tú te los llevaste y tú me los devuelves!

Ruth Ortiz, una veterinaria de Huelva, había roto con su marido el 15 de septiembre de 2011. Antes, acudió a una psicóloga en busca de ayuda. Su hija Ruth había llegado a decir a la pediatra semanas atrás: «Si papito se muere, mejor». El 22 de septiembre, la doctora exploró a los dos hijos para descartar que fueran víctimas de abusos por parte del padre. Apuntó que podían estar sufriendo malos tratos psicológicos. Las manías del hombre, criado entre mimos y golpes de correa por sus padres, soldado involuntario en Bosnia y en los últimos tiempos sin trabajo, habían ido a peor. No por casualidad, José Bretón era un fanático seguidor del actor Jack Nicholson, sobre todo de dos de los papeles que había interpretado. Uno era el del escritor de la película *Mejor... imposible*, un tipo insoportable lleno de manías de limpieza y fobias que se redimía por el amor de una mujer; el otro era el del asesino de *El resplandor*, la película de Stanley Kubrick donde un padre de familia que trabaja como vigilante en un hotel de montaña va actuando de forma cada vez más violenta contra su mujer y su hijo.

Casi desde el principio de la desaparición de los niños, la policía sospechó que el padre no decía toda la verdad. Bretón comenzó explicándoles que los había recogido de casa de los abuelos para llevarlos a una comida con un amigo. Que aquella comida se había suspendido. Que luego habían ido a la Ciudad de los Niños y al parque Cruz Conde, donde los había perdido. Los investigadores dudaron. Para empezar, Bretón les dio mal el número de teléfono móvil de su amigo Alberto, con el que supuestamente iba a comer aquel día. Un número le había «bailado» en su memoria; se disculpó luego, pero lo cierto es que ese error retrasó las pesquisas. Cuando los policías encontraron a Alberto, este explicó que aquel día no había quedado con Bretón para comer.

Otros hallazgos de la policía tampoco cuadraban con el relato del padre. Solo tras varias horas hablando con dos agentes, Bretón recordó de pronto que también había llevado a sus hijos a la finca familiar de Las Quemadillas, la que él mismo había ayudado a construir con sus propias manos. Son casi las doce de la noche cuando los policías lo acompañan a la finca. Comprueban que a la entrada, aún calientes, quedan los rescoldos de una enorme hoguera. El padre no les había hablado de nada de eso. Los agentes, que tienen que ayudarse con linternas para poder distinguir algo, ven que allí hay decenas de pequeños huesos, casi doscientos, algunos del tamaño de una uña. Bretón les dice que son restos de «bichos» que su mujer utilizaba en sus prácticas de veterinaria y que, dolido por la separación, también ha quemado en esa pira

otras cosas de ella, como algunos apuntes y libros. El forense acude esa noche, pero no puede determinar si son huesos humanos o de animales. Al día siguiente, llegará desde Madrid la antropóloga de la policía Josefina Lamas, que había participado en la identificación de cadáveres de víctimas del accidente de Spanair y de los atentados del 11-M. Ella se encargará de cuadricular la zona de la hoguera y recoger los restos para analizarlos luego en el laboratorio.

Desde el principio, los investigadores de la UDEV, dirigidos por el comisario Serafín Castro, tienen claro que deben mirar en tres direcciones: el lugar donde el padre dice que sus hijos se perdieron, la finca de la hoguera y, sobre todo, el propio padre: su vida, su comportamiento, su historia. La misma noche que descubren la hoguera, suceden, allí mismo, dos episodios sorprendentes. El primero lo protagoniza el cuñado de Bretón. El hombre está fuera de sí cuando entra en la finca y llega a darle una colleja a su pariente mientras le grita:

—¿Dónde están los niños, José?

Los agentes, que han dejado un poco de manga ancha al cuñado para ver si ocurre algo de interés, deciden separarlos y evitar males mayores. Entonces, el cuñado de Bretón se dirige a ellos:

—Él sabe dónde están los niños, él lo sabe. Péguenle si hace falta para que se lo diga.

Poco después llegará a la zona uno de los mejores amigos de Bretón. Es un antiguo guardia civil, y también le grita y lo increpa. A los policías les explicará la última conversación que habían tenido, apenas unos días antes:

—Me preguntó por las cámaras de vídeo y de seguridad que había instaladas en el parque Cruz Conde, el mismo sitio donde dice ahora que ha perdido a los niños.

Se trataba de saber con cuál de esos dos personajes de Jack Nicholson, el de la comedia agridulce o el de la película de terror, tenía más que ver José Bretón. Y si eso había influido en el destino de sus hijos. Cuando los investigadores de la UDEV encontraron en un cajón de su dormitorio de Córdoba la novela de Stephen King en la que se basa la película de Kubrick, decidieron bautizar el caso como operación Resplandor.

En la casa de los padres de Bretón, adonde había regresado después de que Ruth rompiera con él, los policías hallaron también manuscritos escritos por los dos personajes: el Bretón enamorado y el Bretón calculador. Las dos caras de ese hombre se dejaban ver en la carta que le había entregado a Ruth el día antes de la

desaparición de los niños, cuando quedaron a tomar un café. Él se iba a llevar a los críos a Córdoba el fin de semana. Ruth no se fiaba; incluso avisó a su cuñada, Leticia, para que vigilara al padre y cuidara de los críos. Aquella mañana, Bretón se presentó ante su mujer con un ramo de flores y un sobre. Dentro había una carta de cinco páginas en la que hacía un repaso de su historia de amor, le pedía perdón por sus errores y le suplicaba que volvieran a vivir juntos. Su mujer no quiso abrir la carta allí, en la cafetería.

—¿No vas a leerla?

—La leo luego en casa, José.

—Muy bien, pues ya te llamaré mañana a ver qué te ha parecido.

Felipe, uno de los inspectores de la UDEV Central encargados del caso, estudió los cinco folios e hizo un informe sobre su contenido cuando nada se sabía del destino de los chicos y el padre aún no estaba acusado. En su opinión, aquello podía parecer una carta de amor, pero escondía mucho más. Escribió el veterano inspector: «Más allá del contenido destacan algunos párrafos que parecen no guardar una relación con el contexto de la carta». En efecto, es un texto donde Bretón aparentemente pide perdón y muestra su amor, pero en el que asoman varios reproches a su mujer.

> Soy de la opinión de que siempre se pueden hablar las cosas, que no se tire la toalla sin antes haberlo intentado todo, y sobre todo hablarlo... No nos neguemos esa oportunidad de cambio de actitud por mi parte... ¿Qué es lo que nos separa? ¿Tanta repelencia te produzco?... No me digas que después de tanto tiempo juntos no nos queda un poco de rescoldo a la esperanza, ya me encargaré yo de avivarlo, tengo la eternidad para hacerlo.

El inspector concluyó que «lejos de ser una carta de amor, como aparenta, podría considerarse una estrategia destinada a reconquistar a su mujer». La investigación y la escucha del teléfono de Bretón, intervenido poco después de la desaparición de sus hijos, fueron mostrando su otra cara, sus verdaderos sentimientos y, quizá, sus planes de futuro.

En la casa de la familia Bretón, en la cordobesa calle Carlos Romero, los policías encontraron también varios folios escritos por el hombre, que los definió como «un borrador». En esas líneas se dibuja ya, según el investigador Felipe, «una fuerte carga de emotividad que guarda estrecha relación con el móvil que se perfila y que dio origen a los actos criminales que presuntamente José Bretón ejerció sobre sus hijos».

En un primer papel, Bretón ensaya el personaje de hombre enamorado y familiar, arrepentido de sus errores:

> Los niños y tú sois mi familia y no quiero renunciar a vosotros... No me quiero perder ni un solo momento ni segundo de vuestra vida. Démosles una vida ideal, poder pasear, llevarlos al colegio, viajar, llevarlos al médico. ¿Tanta repelencia te produzco? Disfrutar de la Navidad. Decirte te quiero por las mañanas, flores, detalles de todo tipo, ¡qué guapa!... Yo he fracasado al perderos, soy un alma en pena. Sin vosotros no soy nada. Déjame el domingo volver, no me hagas encadenarme pidiendo una oportunidad, déjame quedarme un día, envenéname y tírame al río, por lo menos moriré feliz. Crees que te puedo dar paz. Mejor un matrimonio que ha superado la crisis y se ha hecho más fuerte, ahora va a ir cada día mejor... ¿Cuál es el impedimento? ¿Cuál es mi inconveniente? Te lo dije el miércoles, que eras la persona en la que más confiaba, y el viernes tiras la toalla, eso es duro. Déjame compartir este maravilloso regalo que es la vida contigo.

Pero en el mismo cajón guarda otro borrador, mucho menos romántico. Parece escrito por otra persona mucho más calculadora y fría.

> ¿Me interesa que [Ruth] esté trabajando o no? ¿Qué posibilidades tengo? Se fue el 15. Aunque se quede con la custodia, ¿cómo puedo hacer constar el ambiente que hay en la familia? Me dice que será justa con el piso si yo soy justo con la ayuda compensatoria [a los hijos]. Cuánto me puede pedir, tope máximo, va en relación con mi paga. No sé qué piensa, si está esperando al máster, al querido, a la renovación o no sabe lo que quiere. Dice que no está con nadie.

En otros párrafos, Bretón deja ver su estado emocional y cómo sus manías, igual que las de Jack Nicholson en *Mejor... imposible,* su película favorita, hacían cada vez más insoportable la vida en su familia.

> Tengo muchas manías, escrupuloso, me molesta que tosa, que sorban los mocos, escuchar comer... Tengo conceptos que me parecen inamovibles para tener un patrón que seguir, pero a veces no sé si merece la pena. A lo mejor necesito estar con alguien igual exactamente como yo o no salir con nadie. ¿Sería bueno desprenderme de las cosas que me recuerdan a ella? Soy mala persona.

Y, de nuevo, en otra hoja, Bretón muestra su otra cara:

> Si le pongo la denuncia es como declarar la guerra. Pensión para la mujer. Mientras yo no trabaje le tengo que pagar, se acumula para cuando tenga. ¿Puede decir que mi familia pague, porque tiene recursos, lo que yo no pueda? Custodia para mí. ¿Demanda ya? ¿Ver los niños ya? Grabadora digital. No tienes derecho. Piso a medias 70/30. Custodia total madre. Fines de semana alternos. Libertad de ver. Ortodoncia, gafas, clases de apoyo. Coche mío. Ajuar. Gastos 70/30. Inventario. Bloquear cuenta. RUTH NO EXISTE.

Cuando todavía no se conocía el destino de los niños, el inspector Felipe, instructor de las diligencias, escribió que «esa dualidad en la personalidad de José Bretón inquieta sobremanera si se piensa en cuál pudo ser el destino de sus hijos ahora desaparecidos, y es por ello que deberá ser tenido en cuenta a la hora de tratar de localizar el paradero de los menores y la situación en la que estos puedan encontrarse».

La vida de Bretón ofrecería también algunas claves sobre la desaparición de sus hijos. Fue un niño revoltoso, estudió en los Trinitarios y luego en el instituto, sus amigos lo llamaban el Cebollo. Se matriculó en Derecho «solo para conseguir una beca y la prórroga para la mili», pero no iba a clase. En el año 1993 se alistó como soldado profesional porque «me pagaban y estaba al lado de casa». No contaba con la guerra de Bosnia, donde acabaría sirviendo como conductor de ambulancias entre abril y octubre de 1994. A su regreso, con unos ocho millones de pesetas ahorrados, según sus palabras, empieza «mi época más golfa: no trabajaba y salía con frecuencia».

Mientras buceaban en su pasado, los investigadores derribaban la versión de José Bretón. El hombre había declarado que el 8 de octubre llevó a sus hijos la Ciudad de los Niños y al parque Cruz Conde, donde dijo haberlos perdido hacia las 18:15. Era una tarde de sol en Córdoba y ningún padre ni vecino de los interrogados por la policía había visto a los niños. El comisario Castro y sus hombres y mujeres de la UDEV estaban convencidos de que los huesos de la hoguera eran de los menores. Pero la antropóloga Lamas se había pronunciado ya aquella tarde, señalando una de las piezas quemadas allí:

—Es un fémur de ratón.

El comisario no se fiaba. Desde el domingo 9 de octubre colocó a un hombre de su confianza, el subinspector Luis, como la sombra de José Bretón. No podía elegir a una mujer policía: Bretón es machista y no funcionaría. Luis debía ganarse la confianza de Bretón, ayudar a que cantara, a que derrotara. Es un tipo observador, sensato, veterano, cincuentón, casado y con hijos. Entonces empezó una rutina diaria. Luis solo se separaba de Bretón para dormir. Cada noche, después de todo el día en la finca de Las Quemadillas, el agente lo llevaba a casa de sus padres, los abuelos de los niños desaparecidos. Cuando lo dejaba en el portal, la sombra de Bretón le recordaba el número de su teléfono móvil —«Me puedes llamar a cualquier hora si quieres contarme algo»— y le daba un último mensaje de buenas noches, casi una orden: «No

hagas gilipolleces».

No hagas gilipolleces. Los investigadores habían descubierto ya entonces que Bretón tuvo otra novia y que esa novia también rompió con él. Fue a principios de 1997. Ella se llamaba Mari Carmen y lo dejó por otro chico. Entonces, el fan de Jack Nicholson fue a la finca familiar y trató de suicidarse dentro del coche. Antes, acudió a un psiquiatra, el doctor Guiote, que le había recetado tranquilizantes. Tomó ochenta pastillas y se metió en su automóvil, donde había dejado abiertas dos bombonas de *camping* gas. Aquella vez su padre lo rescató y lo trasladó al hospital. A finales de 1998 conoció a Ruth Ortiz. «Fue un flechazo.» Se casaron en 2002 y vivieron juntos en Córdoba. En 2007 se fueron a Huelva. Hasta que ella decidió romper, en septiembre de 2011.

Las declaraciones de la mujer a los policías que tratan de encontrar a sus hijos explican el final del matrimonio. Bretón había acusado a su familia política incluso de querer envenenar a su hijo pequeño y había prohibido que se acercaran a ellos: «Me dijo: "Tú puedes tener los niños que tú quieras, pero son para ti". Los niños le tenían miedo. Cuando el pequeño no quiere comer, él le da en la boca. Pedí ayuda en el Instituto Andaluz de la Mujer. Me derivaron a un psicólogo y ahí lo entendí todo. José me anulaba, me ha hecho odiar Huelva, me ha cerrado el círculo de mis amistades, de mis raíces, tiene celos de todo lo que me rodea». La mujer decidió separarse y se lo dijo a su marido, que respondió así:

—¿Cómo me has hecho esto? Es la segunda vez que me pasa.

Bretón prometió entonces dejar que su familia política viese a los niños, empezar un tratamiento para sus manías... Pero Ruth se fue a casa de sus padres. No iba a volver con él. El mismo día en que sus hijos iban a morir, Ruth escribió una carta a su abogada en la que definía a su marido como «manipulador, celoso, envidioso, obsesivo, machista, intolerante, nada cariñoso y no atento».

Durante aquellos días de octubre, el subinspector Luis pasó con Bretón casi doscientas horas, mientras sus compañeros seguían desmontando su versión. Comprueban cámaras de seguridad, reconstruyen con el propio padre, con muñecos y con otros niños el lugar y la forma donde dijo haberlos perdido... Nada cuadra. Ni siquiera el lugar donde dijo haber aparcado para bajar con sus hijos al parque. La reconstrucción muestra que aquella tarde una señal de tráfico no dejaba suficiente espacio para abrir la puerta del coche por la que dijo que había bajado a su hijo pequeño.

En sus charlas con el subinspector dentro de Las Quemadillas, Bretón parece confiado, incluso alegre. Repite la versión que ha

contado sobre cómo perdió a los pequeños. Y no se interesa por la hoguera, a la que el policía lo hace acercarse hasta tres veces, sin resultado. Para vencer su frialdad, su armadura, el agente le pregunta entonces:

—¿Cómo estará Ruth?, porque tiene que estar sufriendo mucho...

La respuesta deja pocas dudas de sus sentimientos

—Más he sufrido yo. Ruth es una hija de puta, una hija de puta, lo digo aquí, lo digo delante de un juez y donde sea.

Apenas un día después, Bretón recibe una excelente noticia. El informe de la doctora Lamas concluye que los huesos hallados en la hoguera de su finca son de animales, ante el desconcierto de los propios policías, convencidos de haber encontrado el lugar del crimen y los restos de los pequeños. Bretón y su sombra están dentro de la casa mientras otros agentes, derrotados, siguen recogiendo huesos.

—Ruth me ha traicionado, su familia le ha comido el coco. Ahora quería quedarse con la mitad de un piso que pagamos mis padres y yo. También quería quedarse con los niños, cuando he sido yo el que me he ocupado de ellos, el que los bañaba, el que les daba de comer, el que los llevaba al médico...

—Pero es que Ruth trabajaba, José.

—A mí no me gustaba que ella trabajara, pero tuve que ceder, hasta hizo un máster que le hacía pasar más tiempo fuera de casa.

El policía tiene que escuchar más vejaciones de Bretón hacia su mujer:

—Yo soy el que paga y aquí se folla todos los días, tanto si ella quiere como si no.

Aquel día, tranquilo porque la científica de la policía le había dado la razón, Bretón habla también de su experiencia en Bosnia como militar:

—No sé cómo me dieron varias medallas, porque yo era el más cobarde.

Pero muy pronto sigue mostrando su odio a su mujer. De sus hijos no habla, está cómodo insultando a su esposa:

—No la quiero, sabes, creo que nunca la he querido. Cuando la conocí me pareció buena persona y por eso me casé con ella. Yo no quería tener hijos y ahora era yo quien los tenía que cuidar. Cuando conocí a Ruth tenía otra novia, Conchi. Me casé con Ruth porque un día Conchi no me quiso dar un beso. Me dijo que no podía porque tenía un flemón. Por eso me casé con Ruth... No me fio de Ruth, tiene secretos que yo no conozco. Una vez, cuando vivimos en esta

finca, le leí su diario. Leí poco, eran sobre todo cosas de mujeres. Luego, lo estuve buscando y ya no estaba. Supongo que se lo llevaría a casa de su madre, porque lo busqué muchas veces y nunca lo encontré.

—No pasa nada, José. Yo también me he separado dos veces, claro que en mi caso fui yo quien las dejó. En tu caso fueron ellas —le miente el policía, que busca provocarlo para que confiese lo que ha hecho.

Bretón baja la cabeza y no responde. El agente trata de retomar el hilo, quiere que siga hablando, si es posible del futuro, de sus hijos...

—No pasa nada, hombre, tienes tiempo para rehacer tu vida.

—Sí, Ruth ya está olvidada. Pero, eso sí, con el piso no se queda, ¿eh?

Aquella noche Bretón está satisfecho. El registro ha durado todo el día y no han encontrado nada. La hoguera está descartada, la investigación debe empezar desde cero. Agotados, los policías piden unas pizzas para cenar con él. Y se suelta. Comienza a contar chistes. El agente que es su sombra trata de calmarlo:

—Tienes ganas de fiesta, ¿eh? Porque no hay una guitarra, que si no, te ponías a tocar...

Bretón no se corta.

—Guitarra, no, pero música sí que tengo. Ahora, yo no voy a ser el primero en bailar, ¿eh?

Ante el estupor de los agentes, el padre de los dos niños desaparecidos entra en la casa de la finca y regresa con un viejo radiocasete. Poco después, parece alterado. Solo ha encontrado una cinta de José Luis Perales, y dice que le recuerda a Ruth. Ya no habrá música, pero muy pronto se recupera y cuenta, en tono divertido, otra historia que deja atónito al policía que ejerce de sombra:

—Hace unos días me fui de putas. Yo nunca había ido, pero un amigo me animó. Íbamos a ir juntos, pero al final él no estaba en Córdoba. Una noche fui solo. Joder, por entrar ya me cobraron veinte euros. Aquello estaba muy oscuro, había varias putas y me decidí por una, Roberta se llamaba, era rumana, muy alta y con muchas curvas. Me dijo que me cobraba sesenta euros por chupármela y me fui a un cuarto. Cuando se desnudó, vi que ya no tenía curvas ni era alta. Llevaba tacones y relleno, ella empezó a chupármela pero yo no me empalmaba. Al final me animé y quise puntearla.

—¿Qué es eso, José?

—Darle por el culo... Bueno, pues quise puntearla, pero me dice que son noventa euros más...

Las risas de Bretón llaman la atención de otros policías, que acuden a escuchar la historia.

—¿De qué habláis? —le preguntan a su compañero.

—Nada, este, que está muy relajado y que dice que se fue de putas.

Bretón vuelve a repetir para ellos su encuentro con Roberta. Luego, pletórico, entra en la casa y aparece en el porche con una botella de vino blanco.

—Está fresco, eh, lo tenía en la nevera. ¿Nos tomamos unas copitas?

Aquello resulta demasiado para el policía sombra:

—No, José. Son las dos de la mañana, no son horas de tomar vino. Mañana hay que trabajar.

Bretón acepta, disciplinado. Acaban las bromas. Se muestra preocupado por la enfermedad de su padre. Y vuelve a señalar a su esposa.

—En esta casa viví con Ruth cuatro años. Fuimos muy felices. Un día ella me dijo que el techo del salón era muy alto y yo se lo bajé un metro. ¿Tu coño quiere el techo más bajo?, yo te lo bajo y se acabó. Otro día dijo que en el dormitorio hacía calor y le dije: ¿tu coño tiene calor? Pues yo te pongo aire acondicionado. Siempre hice lo que quería su coño. No entiendo que ahora la gran puta me deje tirado. Ella tenía un amigo, Alfonso, siempre estaba pensando en él. Una vez le dije: «Si quieres follártelo, yo te llevo a Madrid para que te lo folles...». En la calle soy un mierda, pero en mi casa mando yo. Ruth se puso en un plan... Me tuve que bajar los pantalones y escribirle esa carta para que volviera, le puse cosas que yo no pensaba, pero que sabía que le iban a gustar. Y la gran puta ni me contestó. ¿Qué más puedo hacer?

El 12 de octubre los agentes llevan a Bretón a casa de sus padres. En ese registro, los policías encuentran la receta del doctor Guiote, fechada el 27 de septiembre, en que le prescribe Motivan y Orfidal. El policía sombra lo vigila. Parece tranquilo. Unos minutos después, van al salón y el agente ve que Bretón está pegado a la pared, «tenso, como si se le desencajara la mandíbula, con la mirada perdida». Decide dirigirse a él:

—¿Dónde están esas pastillas, José?

—No sé.

—¿Dónde las compraste?

—En una farmacia, no me acuerdo cuál.

El policía comprueba que Bretón controla muy bien sus emociones. Sabe que el hallazgo de la receta lo ha puesto en tensión, pero el Cebollo, un tipo listo, con un cociente intelectual de 121, muy por encima de la media, es capaz de dominarse y disimular durante unos minutos. Poco después, sin embargo, Bretón estalla y grita a su hermano Rafael y también a su madre. La mujer, derrotada, se sienta en un sillón y no vuelve a hablar más. El padre ya estaba sentado y cabizbajo mientras los agentes registraban las habitaciones.

Al acabar el registro, en la puerta de la casa, Bretón se acerca al policía. Sabe que las cámaras de la zona y las reconstrucciones lo han desmentido, sus hijos no pudieron perderse en el parque porque no llegaron a entrar. Y va a improvisar otra historia sobre cómo desaparecieron:

—Lo he estado pensando mucho. Creo que a los niños los perdí de vista cuando los dejé solos un ratito. Salimos del coche y yo tuve que volver a por una cosa, los dejé solos ahí un ratito, en la calle, antes de llegar al parque, y ya no los volví a ver.

Dos días después, Bretón está con su policía sombra y otro agente. Hay mucha gente en la puerta de la comisaría y también en la de la casa de sus padres. Les pide un favor:

—No quiero ver a la prensa, no quiero que me saquen fotos. Vamos a un lugar más tranquilo, venga.

Los agentes lo siguen. Bretón los conduce a una zona apartada, en Villafranca. El subinspector Luis decide recordarle las pruebas que desmontan su historia, algunas de las cuales ya han salido en la prensa.

—Hay una cámara de seguridad que ha grabado cómo llegaste solo al parque, José. Eso es una prueba muy contundente y muy seria. Tú verás lo que haces, pero yo creo que es mejor que digas ya lo que pasó de verdad y que termines con todo esto. Es lo mejor para todos.

Bretón insiste en su historia una vez más. Pero el subinspector apuesta fuerte para tratar de cerrar la historia.

—Muy bien, si crees que puedes engañar a los demás, sigue contando esa historia. Pero yo llevo muchas horas contigo. Lo del parque conmigo no te vale, José. Los dos sabemos que los niños nunca llegaron al parque, que tú los has matado y que no quieres hablar de eso.

Bretón rompe a llorar. Se acerca al policía y lo abraza. El agente responde cerrando los brazos sobre la espalda del sospechoso mientras oye como le pide ayuda sollozando:

—¿Qué hago?, ¿qué hago?

—Pues di la verdad, José. Nosotros estamos dispuestos a ayudarte, pero tienes que decir dónde están los niños.

El policía ve a Bretón preocupado, casi mudo. Sabía que su versión se estaba cayendo en pedazos ante la investigación. Pocos minutos después, sin embargo, el hombre que quería ser como Jack Nicholson se rehace y muestra una «gran fortaleza mental». El agente se da cuenta de que todo ha sido una escena teatral montada por Bretón para ganar algo de tiempo y pensar. De pronto, sugiere ir a otro lugar y conduce a los policías hasta el pantano de Navallana. Pocos minutos después, les pide irse, dice que puede haber algún periodista cerca. Los conduce a la urbanización El Sol. Y parece venirse arriba otra vez, se ha rehecho. Vuelve a hablar de trivialidades, vuelve a insultar a su exmujer y a su familia política. Frustrado, el policía sabe que ha perdido una oportunidad para resolver el caso.

—Mira, José, ya está bien. Nos estás haciendo perder el tiempo. Yo lo único que quiero saber es dónde están los niños. Dime dónde están los niños, joder.

Bretón reacciona con calma, casi retando al policía. No va a ayudar a que se sepa la verdad.

—Pues si es eso, detenedme ya y que pase lo que tenga que pasar.

—No, José. Primero los niños y luego si quieres te vas. Tú no eres el importante aquí, los importantes son los niños.

Caía la noche en Córdoba cuando el policía insistió:

—Entonces, qué, ¿vamos a por los niños?

Bretón no responde. Pese al dictamen de la doctora Lamas de que los huesos de la hoguera no eran de los críos, el agente y todos sus compañeros están convencidos de que Ruth y José no salieron vivos de Las Quemadillas. Así que insiste:

—¿Vamos a por los niños a la finca?

Bretón se queda pensando y responde:

—Pero allí habrá periodistas...

—Podemos ir a mirar, es casi de noche, no creo que quede nadie por allí. Si vemos periodistas, lo dejamos para otro momento.

Bretón acepta y van hacia Las Quemadillas. No se ve a nadie por la zona. Pero el policía siente que el Cebollo se ha recompuesto mentalmente en el trayecto. Y va a volver a echarse atrás a su policía sombra:

—Si quieres que entremos, entramos, pero es una pérdida de tiempo.

—Vale, no entramos. Total, ya no hay luz, ya lo miraremos con calma.

El policía no pierde la paciencia ni la convicción de que Bretón asesinó a sus hijos en la finca familiar.

—Piensa que cada día que pasa así es peor para ti. Es difícil que aguantes así mucho tiempo y nosotros no nos vamos a ir hasta que aparezcan los niños.

Ese fin de semana, el policía sombra descansó de su agotadora misión. Pero el domingo, Bretón lo llamó al móvil. Eran las 18:35. Le pregunta dónde está y le sugiere ir a la finca.

—¿Puedo llevar allí a mis padres? Han pasado un día muy malo y quiero llevarlos a que les dé un poco el aire y se tranquilicen.

El investigador gana tiempo y le pide que espere. Bretón no le hace caso y apenas cuarenta y cinco minutos después se planta en la puerta de la finca. Ve un coche de la policía aparcado en la entrada y decide no seguir. Esa tarde de domingo, Bretón llama a su mujer, Ruth. Le comenta que la carta que ha leído sobre los niños en Huelva es muy bonita y que tiene clavado lo que le ha dicho de que debe traerlos. Apenas treinta segundos después de terminar la conversación, vuelve a marcar el móvil. Esta vez llama a Conchi, la joven con la que tonteó años atrás. Los agentes que escuchan la llamada no pueden creer cómo cambia de tono en tan poco tiempo. Otra vez los dos personajes de Jack Nicholson.

—Me estoy acordando de hace catorce años, cuando me rechazaste un beso porque dijiste que tenías un flemón.

—Uy, hace un montón de años de eso, José.

—Tengo grabadas todas las conversaciones que tuvimos. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, estuve de despedida de soltera.

—Cuando puedas, nos vemos. Hace mucho que no te veo, pero seguro que tú estás más guapa. ¿Dónde estás trabajando ahora?

—En una asesoría, antes estuve catorce meses en el paro. Y tú, ¿dónde estás ahora? ¿Trabajas?

—Estoy en Córdoba, no tengo trabajo... Pero tú, ¿tú cuándo te casas, Conchi?

—Cuando encuentre novio... ¿Tú estás casado?

—Uf, eso es una historia muy larga, te la tengo que contar en persona. Se me acelera el corazón cuando recuerdo las pocas vivencias que tuvimos juntos. ¿Sigues viviendo con tus padres?

—Con mi madre. Mi padre murió.

—Seguís en el mismo barrio, Ciudad Jardín.

—Sí. Aquí sigo.

—¿Has dejado de fumar?

—No. Beber no bebo nada.

—Yo he intentado ponerme a fumar y no puedo... Cuando bebo más de la cuenta me da sueño... Oye, ¿tú me dejarías acompañarte un día a casa después del trabajo?

—Sí, cuando quieras.

—¿Cómo estás físicamente? La última vez que te vi no nos saludamos, yo iba con una novia que tenía entonces, hará unos ocho años. No me olvides, el día que menos te lo esperes te iré a buscar al trabajo. Quizá mañana. A ver si me haces un poquito de hueco en tu vida...

Presionado por la policía y la prensa, con sus hijos desaparecidos, Bretón estaba llamando a una antigua novia para pedirle una cita. Los investigadores descubrirán luego que un día antes de matar a sus hijos, el 7 de octubre, ya había llamado a casa de Conchi, sin encontrarla y haciéndose pasar por un compañero de trabajo.

El lunes 17 de octubre el policía sombra ve muy inquieto a Bretón. Nota que quiere hacerse el simpático con él. Y le cuenta los planes que tiene. Ha quedado con una antigua novia.

—He quedado con Conchi a las ocho de la tarde.

—¿Para qué?

—Pues para recordar viejos tiempos.

Mientras van caminando, el Cebollo recuerda ante el policía su historia con Conchi, le explica que la había llamado, rememora su pequeña amistad de catorce años atrás... El agente decide cortarlo.

—José, esa historia ya me la sé. No me interesa. Estamos aquí por los niños. Vamos a por los niños.

La respuesta de Bretón sorprende al agente, que cree que puede ser otro intento para ganar tiempo.

—¿Puedo hablar antes con mi familia?

—¿Para qué? Ya les has hecho bastante daño. ¿Qué es lo que quieres?, ¿meter en esto a tu familia para salvarte tú?

Bretón se queda en silencio unos segundos y hace una petición:

—¿Puedo quedarme aquí unos minutos y pensar?

El policía nota que está a punto de romperse y aprieta.

—No hay nada más que pensar, José. Da la cara de una vez. Ya sabes lo que hay, tienes muy poco que pensar.

El agente lo acompaña hasta el coche y lo deja sentado atrás, solo, con la puerta abierta. Bretón se queda pensativo, el policía se retira unos metros, unos minutos, hasta que regresa:

—El tiempo se ha acabado, José. ¿Vamos a la finca y me dices dónde están los niños?

Bretón asiente y acude con los dos policías a Las Quemadillas. Entran con él en el coche y cierran la puerta. Nada más bajarse, caminan hacia la zona de los naranjos. Pisan las cenizas de la hoguera. El policía se frena en seco, Bretón también:

—¿Te trae algún recuerdo este fuego, José?

El sospechoso agacha la cabeza.

—Tienes que ser valiente, José. Lo que hiciste ya no tiene remedio, pero puedes acabar con el dolor de otras personas si cuentas lo que pasó... José, están aquí los niños, ¿verdad?

Bretón solo pronuncia entonces una palabra:

—Cerca.

Entran en la casa y se sienta en el sofá. Agacha la cabeza y se la coge con las manos.

—José, tenemos que ir a comisaría para tomarte declaración y que cuentes dónde están los niños.

—Vale, vale. ¡Detenedme ya!

Los dos policías salen de la finca con Bretón hacia la comisaría. Durante el camino, solo va a romper su silencio en una ocasión:

—Tengo que llamar a Conchi. Había quedado con ella y no podré ir...

Los agentes le dejan hacer la llamada. Cuando lo oyen hablar con su antigua amiga, comprueban asombrados que aún no está derrotado. El tipo no suspende la cita, solo la aplaza hasta más tarde; cree que no le dará tiempo a llegar a las ocho, pero pueden verse más tarde. De hecho, cuando luego le registren, los policías encontrarán dos preservativos en su bolsillo, por si aquella cita terminaba bien.

Ya en la comisaría, los agentes lo animan a declarar la verdad. Lo hacen pasar por despachos y salas donde han dejado, como siempre en los últimos días, fotografías y recuerdos de sus hijos para ver si le remueven por dentro. Pero la declaración de Bretón va a ser decepcionante. Vuelve a insistir en su versión. Cuando concluye, pide que le dejen llamar a Ruth.

—¿Para qué?

—Para que sepa lo que ha pasado por mí.

Los policías acceden. Quizá por fin diga la verdad. O quizá utilice esa llamada para seguir torturando a su mujer. Cuando responde, Ruth no deja de preguntarle dónde están los niños. Él casi los da por muertos y hasta le ofrece un futuro.

—Los niños siempre estarán y ya está. Hay que tirar para

adelante, es la ventaja que tenemos.

—Entonces, ¿los vas a traer? —pregunta desesperada la madre.

—Yo los tengo que traer, tarde más o tarde menos, si no, no soy hombre.

Ha vuelto a hacerlo. Finalmente, lo detienen y lo llevan ante el juez, que ordena su ingreso en prisión. Nada se sabe del destino de los niños. El 28 de diciembre, Ruth Ortiz acude a ver a su marido a la prisión. La han preparado psicológicamente y lleva un micrófono que grabará la conversación. Volverá a preguntar por sus hijos, volverá a ser inútil. Bretón le responde que no había hecho nada a los niños, que no se los había entregado a nadie.

En esa situación, Bretón fue capaz de echar en cara a su mujer que no le hubiera cogido el teléfono cuando la llamó el 8 de octubre, ya en la finca de Las Quemadillas, instantes antes de matar a sus hijos, según la investigación.

—Tu madre le mintió a mi hermano. Le dijo que tú no estabas y a los cinco minutos ya estabas llamando. ¿Dónde estabas el sábado?

Desde la cárcel, Bretón seguía clamando por su inocencia. A una enfermera que le preguntó su nombre le espetó: «¿Pero usted no sabe quién soy yo?». Decía que en cuanto saliera de prisión iba a descubrir dónde estaban sus hijos y apuntaba a la familia de su mujer como responsable. Reclamaba disponer de una videoconsola y leía mucho, especialmente la saga de *El Señor de los Anillos*. Fue capaz de iniciar una supuesta huelga de hambre porque no le dejaban ver la televisión ni leer periódicos. No quería perderse los partidos del Real Madrid. La concluyó cuando le prometieron que podría leer el *As* y el *Marca*.

Poco después de la visita de su esposa, empezó otra huelga de hambre. Era Navidad. Once días después, pesaba dos kilos y medio más que al iniciar su protesta. El 30 de diciembre protagonizó un intento de suicidio simulado, que se saldó con algunas lesiones en el codo.

El tiempo pasaba sin noticias de los niños. Se había levantado la finca de Las Quemadillas sin ningún resultado. El comisario Castro estaba convencido de que Bretón los había quemado en aquella hoguera, pero la jefa de Antropología de la Comisaría General de Policía Científica había dicho que eran huesos de animales. Por si acaso, después de comprobar miles de pistas, miles de alternativas, desde videntes hasta disparates varios, decidieron enviar imágenes de aquellos huesos al doctor Francisco Echeverría, uno de los forenses más prestigiosos de España. Cuando vio las fotos, no tuvo dudas. Eran huesos humanos. Cuando los examinó, reunió a los

investigadores en una sala y les dio una clase magistral. La doctora Josefina Lamas tuvo que reconocer su error.

Uno de los investigadores recordaría después que la doctora Lamas se había implicado excesivamente aquellos días de trabajo en la finca. Incluso le habían permitido acercarse demasiado al sospechoso y hablar con él en aquellos días interminables. Era una científica. Y Bretón la acabó manipulando, también a ella. Le había vendido su película. Ese policía no olvida que, cuando la doctora Lamas se reunía luego con ellos al caer la noche, la antropóloga de la policía les decía: «Yo creo que él no lo hizo. Pobre hombre, ¿cómo va a matar un padre a sus dos hijos? Los huesos son de animales».

José Bretón fue condenado a cuarenta años de cárcel. Ruth Ortiz trata de rehacer su vida. El comisario Serafín Castro, ya jubilado, está convencido de que cualquier día, ahora que su caso se ha olvidado y no sale en la televisión, el padre asesino de sus dos hijos en Córdoba confesará por fin sus crímenes. Y lo hará por el mismo motivo por el que los cometió: para hacer daño, de nuevo, por última vez, a su exesposa.

Un guerrillero en el Camino

«Le quité la ropa, un cuerpo se descompone más rápido sin ropa, eso lo sabemos todos, no hace falta estudiar.»

Miguel Ángel Muñoz,
asesino de Denise Thiem

Mi madre murió cuando yo tenía tres años. Mi padre decidió que mis dos hermanos fueran a vivir a internados y que yo me quedara con mis abuelos. Cuando llegué, vi que allí éramos hasta dieciséis personas viviendo en setenta metros cuadrados. A la hora de comer, aquello era imposible poderlo soportar...

Luego, mi padre se casó otra vez, pero yo me llevaba muy mal con mi madrastra. Ella hacía ritos de santería, echaba las cartas y se comportaba de forma extraña. Mi hermano tuvo un accidente de tráfico muy grave, quedó inválido de por vida [...]. Mi hermana se fue de casa a los dieciséis años.

De adolescente, tomé marihuana y me uní a grupos antisistema. Hice la mili con dieciocho años. Pasado un tiempo, me fui a vivir a un piso vacío propiedad de mi padre. Allí acondicioné un trastero para tomar marihuana. Para compensar los gastos, tuve que alquilar habitaciones a dos mujeres extranjeras. Yo no estaba conforme con que estuvieran allí y les hacía la vida imposible. Les quitaba la ventana de la cocina para que pasaran frío, ponía una mano negra en la puerta de la habitación... Por su culpa yo no podía llevar a mis colegas a fumar marihuana cada tarde...

Me hice anarquista, me afilié a la CNT y fui un okupa activo. En el año 2001, me detuvieron en Italia durante unas protestas antiglobalización. Tengo una hija de tres años, luego me separé y hace algo más de dos años me vine a vivir a este paraje inhóspito y solitario. He fracasado en casi todo lo que he intentado. No quiero ni espero nada de la vida.

[Declaraciones de Miguel Ángel Muñoz
a los psiquiatras José Cabrera y Alfonso Garrido.]

Es solo un kilómetro andando, unos diez minutos. Merece la pena. Lo dicen las guías mejor informadas y también los peregrinos más

veteranos. Si estás haciendo el Camino de Santiago por la ruta francesa y sales de la ciudad de Astorga, hay que desviarse un ratito para pasar por Castrillo de los Polvazares. Es un pequeño pueblo que conserva la esencia de los maragatos, la vieja ruta de los judíos.

Josefin, una mujer alemana, morena, de veinticuatro años y metro ochenta de estatura, hizo caso a las guías. El 20 de septiembre de 2014 salió temprano desde Astorga y se desvió para ver aquel pueblo. Hacia las diez de la mañana, desayunó ya en Castrillo. Poco después, reanudó la marcha y llegó a un paraje con mucha vegetación. Se sintió perdida; la guía no explicaba con claridad cómo volver al Camino y continuar la ruta hacia el final de la etapa del día, en la localidad de El Ganso. La mujer estaba algo inquieta porque no había ningún otro peregrino a la vista. Entonces, vio una flecha amarilla junto a un cruce. Parecía diferente a las otras que marcaban el Camino: era más cutre, estaba impresa en un papel y luego coloreada. Decidió seguirla y echó a andar.

Pocos minutos después, Josefin vio un seto grande y, al fondo, la silueta de una casa solitaria. Había un gran arbusto, que dejó a su derecha. Veinte metros más allá, comprobó con temor que la vegetación de esa zona estaba pisada, con huellas recientes, como si alguien se hubiera sentado allí. Unos metros más adelante, encontró unos prismáticos tirados en el suelo, como si una persona se hubiera apostado en la zona, posiblemente para cazar.

De pronto, la joven alemana oyó la voz potente de un hombre que la llamaba: «Wrong way, wrong way», y le pedía que fuera hacia él. Al acercarse, se dio cuenta de que el tipo se cubría la cabeza con un pasamontañas y trató de huir, pero él saltó a su lado, mientras le hablaba casi a voces en una extraña mezcla de inglés y español. La extranjera recordaría luego tres frases que su asaltante le repetía:

—¡No Camino! ¡No Camino!

—¡Alemania!

—¡No policía! ¡No policía!

La joven le enseñó entonces a su atacante la guía del Camino de Santiago para hacerle ver que era una peregrina y que se había perdido. Pero el encapuchado ya sabía todo eso. Era él quien había pintarrajeado aquella flecha amarilla para desviar a las mujeres hacia su lugar de caza. Y no iba a dejarla ir. Con un movimiento rápido, la cogió de la cabeza y la tiró contra el badén del lado contrario del camino. Ya en el suelo, se lanzó sobre ella y sacó una pistola eléctrica con la que le provocó descargas en el cuello y la pierna izquierda.

Le tiraba del pelo tratando de arrastrarla hacia algún lugar, como si fuera una presa vencida y atrapada, pero la peregrina alemana se defendía a puñetazos y patadas. También gritaba. Hasta que vio que su agresor se detenía, entre sorprendido y estupefacto. Derrotado, el hombre del pasamontañas ya solo acertaba a repetirle: «No policía, no policía», y renunciaba a llevársela adondequiera que tuviera su guarida.

Josefin aprovechó el momento para sacar un billete de cincuenta euros y tirarlo a los pies del encapuchado antes de salir corriendo. A sus espaldas, mientras huía sin atreverse a girarse para mirarlo, volvió a oír al hombre gritando: «¡No policía!». Siguió corriendo y la voz se fue apagando. Se sintió aliviada. Estaba convencida de que ese hombre no buscaba dinero, sino que iba a por ella, a cazarla. La peregrina alemana había sobrevivido para contarlo y denunciarlo.

El encapuchado de la zona de los maragatos no es el único peligro del Camino de Santiago. A lo largo de esas formidables rutas hacia Compostela hay ladrones, rijosos, exhibicionistas y hasta agresores sexuales que buscan peregrinas solitarias, preferentemente extranjeras. Se trata de un tema poco menos que tabú, nadie quiere hablar de ello; no hay datos oficiales ni unificados de todas las zonas de España por las que pasan diferentes tramos del Camino de Santiago. No se difunden quizá porque se correría el riesgo de asustar a los peregrinos, que dejan, solo en la provincia de León, cerca de doce millones de euros anuales. Unas 130.000 mujeres hacen el Camino cada año, según los datos oficiales. Algunas se atreven a recorrerlo solas. Son las víctimas preferidas de esos depredadores. Muchas de quienes sufren esos ataques más o menos graves no los denuncian y regresan a sus países.

Un año antes de aquel asalto en el corazón de la Maragatería, un vecino de Valladolid confesó que se apostaba en diferentes lugares del Camino Francés a Compostela, entre las provincias de Palencia y León. Lo llamaron el violador de las peregrinas y atacó al menos a una mujer norteamericana de veintiséis años, una coreana y otra alemana, ambas de treinta y seis. En el mismo 2014, un paquistaní fue detenido y condenado tras obligar a una peregrina sueca a hacerle una felación en el Camino Norte a su paso por Deba (Guipúzcoa). Y en Portomarín (Lugo), la Guardia Civil detuvo a un peregrino irlandés acusado de violar a una turista alemana.

> En el año 2000, mi hijo se vino a vivir a un apartamento adosado que teníamos en el chalet donde estábamos viviendo mi mujer y mi otro hijo, inválido. Miguel no quería llevar a su hermano al centro de rehabilitación si

yo no le daba dinero. Era muy mal estudiante. Con catorce años, lo puse a trabajar conmigo, repartía carne por Madrid. Luego, se fue a la mili y empezó a torcerse, se juntó con gente que fumaba marihuana. Ya no quería trabajar. Nos hacía la vida imposible en casa y le dije que se fuera. Se metió a vivir en un coche de segunda mano.

En el año 2003 decidí poner a la venta aquel chalet. Miguel se quedó en la vivienda mientras yo conseguía un comprador y cerrábamos todo. Estuvo allí unos meses y se dedicó a destrozar el chalet. Una vez que se lo eché en cara se puso como una fiera. Ese día no pasó nada porque yo no quise enfrentarme a él. Me di cuenta de que, en aquel momento, Miguel no era una persona normal.

Un día, celebrando el cumpleaños de mi mujer, lo invitamos y no quiso venir. Estando en el restaurante, me llamó por teléfono y me dijo que escuchaba reír a los demás. Le dije que estábamos de fiesta, pero me respondió que pensaba que se estaban riendo de él. Se puso hecho una fiera y se presentó allí. Salí a frenarlo y le paré los pies. Iba amenazando a todos. Desde entonces, Miguel siempre creía que la gente hablaba de él, que lo miraban.

[Declaraciones del padre de Miguel Ángel Muñoz
a los psiquiatras que examinaron a su hijo.]

Son solo diez minutos de recorrido. Merece la pena. Javier Pombo había conectado bien con Denise Thiem, una peregrina nacida en Hong Kong y criada en Estados Unidos. Ambos habían coincidido en algunos tramos del Camino y le sugirió a la mujer, que había sido jefa de proyectos de una compañía de mascotas y se había tomado un año sabático para viajar por el mundo, que al día siguiente cruzara por Castrillo de los Polvazares. Había otras guías que también lo recomendaban. Incluso la que usaba la propia Denise. Y Javier no era un cualquiera, era bisnieto de la escritora Concha Espina, pionera feminista que puso a Castrillo de los Polvazares en el mapa de la literatura al escribir en 1914 su novela *La esfinge maragata*.

Denise, a la que algunos compañeros que había conocido haciendo el Camino llamaban Arizona porque iba siempre con un sombrero del Oeste, decidió seguir aquellos consejos. Inició el Camino justo un mes antes, el 6 de marzo, en Pamplona, y recorría unos veinte kilómetros al día. Tenía treinta y nueve años, estaba soltera y había roto con su novio. Decidió dejar su trabajo, viajó por diferentes lugares de Asia y, después de ver la película *The Way*, se animó a hacer el Camino. Quería cambiar de rumbo y pensó que esa experiencia la ayudaría a reflexionar y cargar las pilas antes de

iniciar su nueva vida. A su regreso a Estados Unidos tenía pensado instalarse en Oregón. Nunca lo haría.

Nadie volvió a verla desde que salió de Castrillo de los Polvazares, solo su asesino. Su hermano, Cedric Thiem, denunciaría ante la policía española desde Estados Unidos que no sabían nada de ella desde el 4 de abril. En esa fecha, Denise había sacado dinero en Hospital de Órbigo. Al día siguiente la esperaban en un hotel de la localidad de El Ganso, final de etapa. No llegó. Su teléfono móvil estaba apagado. No había respuesta a los mensajes del correo electrónico.

Cuando su familia puso la denuncia, habían pasado quince días sin noticias de Denise. La policía de Astorga inició entonces un barrido para tratar de averiguar qué pudo haberle ocurrido. La mujer padecía una arritmia, de forma que podría haber sufrido un accidente cardiaco. En principio, se confió en que la peregrina hubiera dejado huellas de los últimos días a través de la señal de su teléfono móvil, pero esa vía no dio fruto. Ahorradora y metódica, Denise solía apagar su teléfono mientras realizaba los distintos tramos del Camino, incluso durante días enteros.

En el año 2010, me enteré de que Miguel Ángel estaba viviendo con una chica. Ella se quedó embarazada, pero él no estaba de acuerdo y rompieron la relación. Miguel llegó a decirle que iba a denunciarla por quedarse embarazada. Al final, ella se fue a vivir a una aldea de *hippies*, en una caravana, en el pueblo de Navalquejigo.

Cuando ella dio a luz, Miguel andaba por el norte de España. Al día siguiente llegó a Madrid: en el hospital estaban mi mujer y una amiga que habían ido a ver al bebé y llevarle unos detalles. Cuando las vio, Miguel Ángel se enfadó mucho y dijo que iba a denunciarlas por hacerle fotos a la niña. Luego, cuando se fueron, obligó a su pareja a devolver los regalos y llamó a su madrastra para decirle de todo y amenazarla para que no volviera a aparecer más por ahí. Mi hijo nunca confió en nadie, nunca.

[Declaraciones del padre de Miguel Ángel Muñoz.]

Conocí a Miguel Ángel en el año 2010. Los dos estábamos entonces en el sindicato CNT, en lo que se llamaba oficios varios. Él trabajaba como jardinero en el Aquópolis de Villanueva de la Cañada. Me dijo que lo habían detenido hacia el año 2000 en Italia durante una protesta contra la globalización. También había estado en Centroamérica, en Colombia y en México, donde tuvo relación con grupos guerrilleros y zapatistas.

Vivimos juntos un año en una urbanización okupada. Cuando yo me quedé embarazada, él rompió la relación. Yo me fui entonces a Navalquejigo, cerca de El Escorial, y él andaba por pueblos okupas cerca de

Pamplona, en Lakabe o Urialto, creo. Desde que nació mi hija, en 2012, nos hemos visto pocas veces. Yo me fui a vivir con mi hija a una residencia de monjas, donde sigo. A Miguel lo echaron de los pueblos okupas en Navarra y se instaló sin mi permiso en una caravana mía. Luego se fue a un pueblo a unos ocho kilómetros de Astorga. Algunas veces me ha pedido que nos fuéramos allí con él, pero no me fío, creo que solo quiere que vaya para que le haga todos los trabajos diarios.

Al principio, Miguel parece una persona afable, calmada, pero cuando lo conoces te das cuenta de que es una persona agresiva, no se le puede llevar la contraria, le gusta dominar la situación. A mí no me ha pegado, pero ha estado a punto y me ha amenazado varias veces. Es envidioso, celoso y un mentiroso compulsivo. Es racista, sexista y hace comentarios homófobos. No quiero saber nada de él.

[Declaración de María José, expareja
de Miguel Ángel Muñoz y madre de su hija.]

Los investigadores recopilan datos de rijosos, exhibicionistas e incidentes varios que hubieran tenido lugar en esa zona del Camino y en las localidades más cercanas. Recuerdan el ataque sufrido por otra mujer morena de rasgos asiáticos, dos años atrás, en una zona muy próxima. Y también el de la peregrina alemana, el año anterior. El 23 de abril, la inspectora Patricia, una joven policía madrileña destinada en la comisaría de Astorga, tiene una corazonada y decide acercarse hasta la casa del ermitaño, un tipo que vive solo cerca de Castrillo de los Polvazares y al que ella misma había detenido después del ataque a la alemana.

El hombre que se ha aislado del mundo se llama Miguel Ángel Muñoz; lleva algo más de dos años viviendo allí, en una casa prefabricada dentro de una finca de más de 5.300 metros cuadrados. Tiene algún pariente por la zona, pero no hace vida social. Está separado y es padre de una niña. La mujer alemana había sido atacada cerca de su casa, lo que lo convirtió en sospechoso. Después del asalto y la denuncia, un subinspector de policía acudió con ella a la vivienda, pero la peregrina no pudo reconocerlo como su agresor, que llevaba pasamontañas. Tampoco encontraron la pistola táser ni más pruebas para acusarlo, tan solo unos prismáticos. Muy cerca de la casa, eso sí, estaban las gafas rotas de la peregrina. Días después, el juez ordenó poner en libertad a ese tipo, pero había algo en él que no le gustó a la joven policía Patricia, que le advirtió en voz alta sobre lo que le decía su intuición: «No sé por qué me da que tú y yo vamos a volver a vernos».

Este era un pueblo muy tranquilo hasta que llegó él. Empezó a tener problemas con la gente que pasaba cerca de su casa. Una vez discutió por eso con Fernando, el médico; casi llegan a las manos. La gente del pueblo ya no pasaba cerca. Además, ha habido robos en la zona, en los huertos; también se llevaron los carteles de los cotos de caza. Han cambiado las flechas del Camino de Santiago a la salida del pueblo, de forma que los peregrinos tienen que pasar irremediablemente junto a la casa de Miguel Ángel. El año pasado vi cómo él molestaba a varias peregrinas, poniéndose a su lado y diciéndoles cosas. Trabajadores del restaurante Cuca La Vaina me han dicho que ha ido varias veces a pedirles comida de las sobras de muy malas maneras.

[Declaraciones de Esteban Salvadores, presidente de la Junta Vecinal de Castrillo de los Polvazares.]

Un año después de su primer encuentro, la inspectora Patricia vuelve a personarse, por sorpresa, en la casa prefabricada de aquel ermitaño. Esta vez Muñoz le sale al paso, molesto, y proclama no saber nada de la mujer norteamericana. «Lo primero que hacen siempre los peregrinos es dar problemas», protesta. De nuevo registran su casa y su finca, sin encontrar nada.

A finales de abril de 2015, se incorporan al caso policías de un grupo de Homicidios de la UDEV Central, una unidad de élite con base en Madrid encargada de resolver los crímenes más complicados por todo el país. Agentes de la UDEV viajan a la zona, observan el comportamiento de Miguel Ángel Muñoz y recopilan también todo el trabajo de sus compañeros de Astorga.

Algunos datos son alarmantes. Otro hombre que atacaba a peregrinas por la zona había desaparecido. Se trataba de un cazador furtivo que apenas quince días antes había asaltado a una mujer para tocarla. Sobre el terreno, dos de esos agentes, Miguel y Carlos, localizan luego a otro rijoso más, un tipo que trabajaba como ayudante en una finca cercana y que tenía algunos antecedentes por delitos sexuales. No olvidarán aquella entrevista:

—Venimos a preguntarte por la peregrina desaparecida.

—Yo no sé nada.

El hombre estaba muy nervioso, así que los policías decidieron apretarlo un poco.

—¿Qué le hiciste a Denise?

Delante de los dos policías que lo interrogaban, en pleno campo, el tipo cayó al suelo desmayado. Los agentes creyeron entonces haber descubierto al secuestrador de Denise Thiem. Lo reaniman y

lo levantan. Siguen haciéndole preguntas, pero el hombre vuelve a desplomarse delante de ellos dos veces más. Luego descubrirán que no es el secuestrador de Denise. Es, simplemente, un asaltante de peregrinas despistadas frente a las que se masturbaba, que incluso se revolcaba sobre las huellas de algunos animales que cazaba. La última vez, confesó, lo había hecho con otra mujer dos o tres días antes de la desaparición de Denise.

Las investigaciones van descubriendo más personajes de interés para el caso. Otro hombre, con antecedentes por violencia de género, también se ha ido de su casa coincidiendo con la desaparición de la mujer norteamericana. Los policías encargados del caso tienen hasta ocho sospechosos, incluyendo entre ellos al ermitaño Muñoz. Todos viven o merodean en torno a los veinte kilómetros de la etapa del Camino donde ha desaparecido Denise.

El noveno sospechoso tiene un perfil muy diferente. No tiene rostro ni nombre, solo se deja ver por las redes sociales. A finales de abril, escribe un mensaje estremecedor en la página de Facebook que está abierta en busca de pistas para localizar a Denise: «Vi a una señora idéntica haciendo el Camino de Santiago». Al lado del texto incluye una fotografía de un cuchillo de campo ensangrentado. Firma con el hashtag «aquítepilloaquítemato». Los investigadores de la policía rastrean el ordenador desde el que se escribió el mensaje. Se había difundido a través de varios perfiles falsos que llevaban hacia una joven de una familia de la provincia de Ávila. Cuando llegan hasta su puerta, descubren que el responsable de aquel mensaje sangriento era el hermano de la chica, un crío de doce años que solo buscaba llamar la atención.

Tres meses después de la desaparición de Denise Thiem, el caso parece estancado. Es en ese verano cuando el entonces presidente del Gobierno español, Mariano Rajoy, recibe una carta muy especial: «Sé que esto puede herir algunas sensibilidades en su país, pero considere pedir ayuda inmediata al FBI». La enviaba desde Estados Unidos el senador John McCain, antiguo aspirante a la presidencia de aquel país. El senador, veterano de guerra y representante de los vecinos de Arizona, el estado donde vivía la familia de Denise, animaba a Rajoy a que recurriera a la policía federal norteamericana para resolver el caso de la peregrina.

El presidente Barack Obama recibió en la Casa Blanca otra carta, mucho más personal, aquel verano de 2015.

> Nuestra amada hija Denise ha desaparecido en España desde hace más de ciento veinte días... Usted tiene dos hijas encantadoras... Desde que llegamos a Estados Unidos, hemos trabajado duro para ser buenos

ciudadanos y transmitir los valores americanos a nuestros hijos. Les dimos la educación necesaria para que, según su compromiso y su talento, pudieran alcanzar el sueño americano. Denise había alcanzado su sueño, pero ahora está desaparecida. La Embajada de Estados Unidos nos dice que dependemos de la policía española para conocer las novedades de la investigación. Después de más de ciento veinte días seguimos esperando alguna noticia. Por favor, ayúdenos a encontrar a nuestra hija, llame al primer ministro señor Rajoy y pídale que dé instrucciones a su Gobierno y que nos diga lo que saben, lo que no saben y lo que están haciendo para encontrar a nuestra hija.

Desde Estados Unidos se anima al Gobierno español a que ofrezca una recompensa por cualquier pista sobre Denise Thiem. Se convocan reuniones en el Ministerio del Interior... La embajada americana está apretando. A ellas acuden policías de la UDEV Central, que participan por primera vez en encuentros de tan alto nivel diplomático. Frente a los políticos, los policías rechazan con firmeza la idea de la recompensa y trasladan que la investigación va bien y que ya hay indicios sólidos contra una persona, Miguel Ángel Muñoz, el ermitaño.

Mi sobrino volvió a aparecer en Madrid en el año 2011, cuando las manifestaciones del 15-M. Vino a mi pescadería y me dijo que estaba viviendo en Brunete. Volví a verlo tiempo después, en el verano de 2014, en Astorga, y lo invité unos días al pueblo, a Valdemanzanas, donde la familia tiene algunos terrenos. Eran las fiestas, estuvimos unos días y vi que andaba nervioso y mal de dinero. En septiembre me llamó y me pidió que le dejara decir que vivía en mi casa del pueblo porque necesitaba un lugar para empadronarse y recibir una ayuda económica. Quedamos el 12 de octubre y le di la llave de la casa. Me dijo que cuando la asistenta social hubiese pasado a visitarlo, se la entregaría a una vecina. El caso es que luego me enteré de que se quedó allí varias semanas. Cuando decidí reformar algunas cosas de la casa, cambié también las cerraduras. Una semana después, un vecino me llamó para decirme que alguien había talado los ocho árboles frutales del huerto y que me habían jodido los rosales. En febrero de 2015, fui al pueblo y ya no pude entrar en la casa. Llamé a un cerrajero y descubrió que habían metido grapas en las cerraduras de las puertas. No lo denuncié, pero el que hizo todo eso tuvo que ser Miguel Ángel.

[Declaración de Jesús, tío de Miguel Ángel Muñoz.]

Un informe policial del 10 de julio considera ya «agotada» la posibilidad de que Denise hubiera desaparecido por su propia voluntad. También descarta que sufriera un accidente cardiaco durante su última etapa en el Camino. Allí ya se señala a Miguel

Ángel Muñoz, el ermitaño, como el principal sospechoso de la desaparición de la peregrina norteamericana. Los investigadores han reconstruido su pasado y afirman que se ha ido «desvinculando de la sociedad». Solicitan permiso al juez para pinchar el teléfono móvil de ese personaje huraño.

Aquello no va a servir, porque Muñoz se comporta como un guerrillero o un maquis. Fabrica su propio pan, cría algunas gallinas, vende unos pocos huevos. Conoce la zona palmo a palmo y toma medidas de seguridad; aparecía por cualquier recoveco del camino, andando o en bicicleta... El 15 de junio de 2015, además, había dejado de usar su viejo teléfono móvil. Cuando quería hablar por teléfono con alguien, se desplazaba hasta Astorga y se metía en un locutorio llamado Hablaya.

> Vi dos estacas de madera con flechas amarillas pintadas, parecidas a las que se usan para señalar el Camino de Santiago. Una estaba entre el Camino de Villatán y el Camino de Jauja, donde vive Miguel Ángel. La primera flecha confunde a los peregrinos, que si la siguen tienen que pasar por la casa de Miguel Ángel. La segunda, al final de ese camino, ya lleva de vuelta hacia la verdadera ruta de los peregrinos.
>
> Le dije a mi primo que yo tenía miedo de pasar por allí. Dos veces que salí a pasear cerca de la finca de Miguel Ángel vi que alguien había usado ramas de encinas para hacer más estrecho el camino, de forma que solo se podía pasar por un lado. Me recordó a los sitios de espera que usan los cazadores para atrapar a su presa. Todas esas cosas nunca habían ocurrido en el pueblo hasta que llegó Miguel Ángel.

[Declaración ante la policía de una vecina de Castrillo de los Polvazares.]

En agosto, las noticias sobre el interés por el caso en Estados Unidos y la posible colaboración del FBI en la investigación llegan a oídos de Muñoz, que va a protagonizar un episodio arriesgado. Se presenta en el juzgado y denuncia que la policía lo está acosando. Habla de cámaras geotérmicas y de helicópteros. Lo escuchan pacientemente y lo mandan de vuelta a casa. La inspectora Patricia acude por allí durante las semanas siguientes: «Me paseaba por el monte, por su zona. A veces pensaba que, como yo soy morena, como todas las peregrinas a las que habían atacado, quizá habría suerte y nos llevábamos una sorpresa».

Pero el cazador de peregrinas no atacó a la policía de paisano. Sabía perfectamente quién era ella. Más suerte iba a haber muy pronto con otra gestión de los investigadores. Habían averiguado

que Denise, la mujer desaparecida, llevaba en su macuto unos 500 dólares de fondo de emergencia por si le ocurría algo durante el Camino de Santiago. Decidieron preguntar a los bancos si Muñoz había hecho algún ingreso sospechoso de dinero. Oficialmente, aquel ermitaño solo recibía una pensión de 426 euros al mes, la renta ciudadana.

El 7 de septiembre llega la respuesta del banco donde la Junta de Castilla y León le ingresaba esa ayuda. Muñoz había estado allí el 17 de abril, apenas doce días después de la desaparición de la peregrina. Y cambió billetes de dólares americanos por valor de 1.033, 60 euros en su cuenta. La empleada de la sucursal no se fio de que fueran auténticos y fotocopió los billetes. El análisis de aquellos dólares revelaría que dos de ellos tenían números correlativos. Era el fondo de emergencia de Denise Thiem.

Los investigadores acudieron a ver a Victoria, la empleada de la sucursal de Cajamar en Astorga donde Muñoz había cambiado los dólares por euros para su cuenta. Reconoció la fotografía del ermitaño y recordó lo sucedido. Él quería que le dieran el dinero inmediatamente, pero ella le explicó que no podía hacerlo así; debía comprobar que los billetes fueran auténticos. El hombre insistía en cobrarlo pronto y ella hizo unas fotocopias después de comprobar que no tenía mucho efectivo en la cuenta y nunca había cambiado divisas.

Muñoz no había ido al extranjero en los últimos tiempos y compró poco después un teléfono móvil nuevo. Algunos vecinos explicaron a la policía que lo habían visto más arreglado, con mejor aspecto y hasta vistiendo ropa de montaña cara. Diez días más tarde, canceló su vieja cuenta corriente y abrió otra. Adquirió una motosierra y una bomba de extracción para la fosa séptica situada en su enorme parcela del Camino de Jauja. También se hizo con unas bolsitas que sirven para guardar residuos orgánicos descompuestos.

Los agentes tratan de no perderlo de vista, pero no es sencillo. El sospechoso de la desaparición de la peregrina tomaba muchísimas medidas de precaución, dejaba escondida su bicicleta en diferentes sitios... Es muy difícil seguirle la pista porque no tiene horarios ni costumbres fijas. Solo hay un lugar adonde no suele faltar. Está sacándose el graduado escolar, el título de la ESO, y acude a clases de apoyo en la escuela de idiomas de Astorga. El 3 de septiembre, Miguel Ángel Muñoz tiene dos exámenes en el Centro de Estudios Faustina Álvarez de León. Por la mañana se examina de Ciencias y a las cuatro de la tarde, de Inglés. Cuando termina, los investigadores

ven que otro hombre lo lleva en coche desde León hasta Astorga, unos cuarenta y cinco minutos de camino. Se trata de un joven soldado de la Unidad Militar de Emergencias que participaría en la búsqueda del cuerpo de Denise sin saber que había estado tan cerca de su asesino. Se despiden en Astorga; luego, Miguel Ángel regresa hasta su finca de ermitaño. No volverán a verlo por allí.

> Íbamos juntos a clases de apoyo de inglés en Astorga. Aquel día le dije que lo había estado llamando para pedirle unos apuntes, pero que su teléfono me daba siempre apagado. Me dijo que lo tenía roto. Le pregunté si iba a volver a las clases que empezaban el 24 de septiembre y me dijo que no podría, tenía que visitar a su pareja en Madrid, y que pensaba que iba a suspender los exámenes. Tenía pensado presentarse otra vez en Asturias.

[Declaraciones del compañero de estudios de Miguel Ángel Muñoz.]

Muñoz se siente vigilado por la policía, casi cercado, como un animal acorralado. Ha visto un helicóptero sobrevolando su finca. Piensa que hay incluso investigadores del FBI que han llegado para cazarlo con los métodos más sofisticados posibles. Decide huir, pero antes de hacerlo deja, como cada tarde, un par de calcetines y un par de botas colgando de la barandilla de la entrada para que quienes lo vigilan piensen que sigue dentro. El 4 de septiembre, dos policías de paisano que acuden a su finca ven que en la parte de atrás de la casa ya no están las grandes placas solares que proporcionaban electricidad. Son enormes, no pueden llevarse muy lejos. Quizá las haya vendido. Los policías rastrean en chatarrerías y en puntos limpios, en empresas y por redes sociales. Sin resultado.

Se personan en dos centros okupas en la montaña maragata y en las afueras de Astorga. Envían un compañero a la vieja ciudad okupa navarra de donde fue expulsado; comprueban las casas de su familia y la de su exnovia. El ermitaño se ha esfumado. Un conductor de autobús asegura que viajó hacia Benavente, en la provincia de Zamora. Los investigadores localizan a otros viajeros, que no reconocen a Muñoz.

El rastro del dinero y la tecnología traicionarán otra vez al ermitaño. A las 13:40 horas del 11 de septiembre, alguien saca cincuenta euros en un cajero automático de Grandas de Salime, una localidad asturiana del Camino. La policía recibe el aviso inmediatamente. Las cámaras de seguridad del banco muestran a Muñoz entrando en la sucursal con bastón, mochila y botas de

peregrino. Grandas de Salime está bastante aislado y no es fácil llegar por carretera. No existe comisaría de policía. Allí solo hay dos agentes municipales que jamás han tratado con asesino alguno. Los investigadores de Madrid tienen que ganar tiempo hasta que sus compañeros lleguen desde Luarca, el lugar más cercano, a 93 sinuosos kilómetros de distancia. Uno de los inspectores de la UDEV llama al móvil de un policía local.

—Tienes que buscar al tío de las imágenes del banco. Hemos mandado gente nuestra de Luarca, pero tardarán un rato en llegar. Localízalo y vigila que no se vaya del pueblo. Que no sepa que eres policía. Es un asesino.

—Pero es que estoy de uniforme...

—Cámbiate y sal a buscarlo.

Cinco policías se ponen en camino. Dos van en coche desde Luarca; la carretera es enrevesada. Desde Madrid, el subinspector Carlos sube a un helicóptero con dos agentes del GEO. No saben siquiera dónde podrán aterrizar en Grandas de Salime. Su jefe de grupo se encarga desde Madrid de localizar un sitio adecuado.

Ajeno a todo el movimiento desplegado para su captura, Muñoz está, como otros peregrinos, tomando tranquilamente una cerveza en la terraza del bar Castro. Allí lo detienen y lo suben al helicóptero para trasladarlo cuanto antes a la zona del crimen. El subinspector Carlos sabe que el momento de pisar tierra firme en su terreno, en Astorga, es fundamental. En ese instante el detenido sabrá que su fuga ha terminado y no habrá vuelta atrás. Y es entonces cuando Muñoz se acerca al policía y le dice que quiere contarle dónde está el cadáver de la peregrina. Carlos lo escucha atentamente. Anochece, llueve y esa madrugada Muñoz indica dónde está el cuerpo de Denise, aunque asegura que lo encontró por casualidad, por el olor, pensando que se trataba de un animal muerto. Lo van a llevar al calabozo para que duerma allí.

Los policías compran bocadillos de jamón y Coca-Colas y cenan con él. Para evitar problemas, se sitúan cerca de las cámaras de seguridad, que graban esa velada improvisada. A la mañana siguiente, realizan una reconstrucción de lo ocurrido. Quieren salir de la puerta de la casa de Muñoz, donde creen que él provocó el encuentro con la peregrina para luego atacarla. Cuando están empezando, el inspector Jesús, el jefe de grupo de Homicidios, se acerca al sospechoso y le pregunta:

—¿Necesitas algo?

A punto de reconocer como primero atacó a Denise con un palo y luego le cortó el cuello con un arma blanca, Muñoz le muestra al

policía su preocupación... por su graduado escolar.

—¿Aprobé el examen de inglés? Seguro que vosotros lo sabéis...

El investigador decide aprovechar la oportunidad para ganarse su confianza:

—Para que veas que no te voy a mentir en nada, te lo digo: lo sabemos y has suspendido, no te quiero engañar.

De camino hacia el lugar donde va a confesar su crimen, Muñoz observa por la ventanilla los campos maragatos donde terminó por aislarse del mundo, de una sociedad en la que no encajaba. Mira al policía y le dice:

—Después de hoy, ya no volveré a ver esto.

El inspector Jesús sabe que es cierto. Baja el cristal para que respire, por última vez en muchos años, el aire que viene del monte Teleno, la cumbre que separa la Maragatería de la Cabrera. Cuentan las leyendas que sus vientos, llamados bufas o brujas según de dónde vengan, perturban el comportamiento de los más inestables. Miles de años atrás, los astures rendían allí culto a Tilenus, dios de la fuerza, el brillo y la lucha. Aún hoy se dice que existía una escalera de cien peldaños de oro que llegaba hasta la cumbre, donde había también un toro de oro, y que los pobladores de la montaña bajaban montados en las nubes.

La grabación judicial muestra a Muñoz rodeado de gente y de cámaras. Están la jueza, a la que él tutea, y también los investigadores. El asesino de la peregrina parece un misionero o un cooperante. Lleva barba, va desaliñado. Va a explicarles que asaltó a Denise, pero que no quería matarla, que luego dejó su cuerpo desnudo en una oquedad donde duermen los jabalíes, a unos ciento cincuenta metros de su casa. Que quemó su ropa, su teléfono móvil y sus bastones de peregrina. Que cuando la policía empezó a investigar, aprovechó una noche de luna llena para, vestido totalmente de negro, transportar el cadáver en una carretilla hasta otro lugar mucho más lejano y oculto, casi dos kilómetros a través de campo, monte y dos carreteras comarcales. El mismo camino por el que ha guiado ahora a los investigadores.

> Un cuerpo muerto pesa tres veces más, la gente no lo sabe, pero yo sí lo sé. Fue muy loco todo. De repente, todo el estrés que yo tenía hizo ¡bum! Le quité la ropa. Un cuerpo se descompone más rápido sin ropa, eso lo sabemos todos, no hace falta estudiar. Le tuve que quitar las manos porque al agarrarme pensaba que entre las uñas o lo que sea podía dejarme sus huellas. Se las corté con un hacha pequeñita de cocina. Luego, puse unos puntos de referencia, como esa piedra.

[Miguel Ángel Muñoz, durante
la reconstrucción de su crimen.]

Muñoz se siente protagonista. Cuando el inspector Jesús le pregunta dónde están las manos de Denise Thiem, se gira hacia él y responde:

—Todo a su tiempo.

> Estamos ante un varón enjuto, callado y desconfiado, de mirada fija y penetrante... En la cárcel está habitualmente solo, sospecha de todos, cree que lo escuchan y están pendientes de él... Estamos ante un hombre relativamente joven, con una infancia y juventud rotas y sin referentes estables, con una personalidad inestable y errática... Siempre se ha considerado un don nadie que ha fracasado en la mayoría de sus proyectos personales, sociales y laborales, todo lo cual le ha hecho desarrollar un sentimiento de hostilidad hacia la sociedad en la que vive, con la afiliación a todo tipo de grupos antisistema, okupas, anarquistas y en general marginales...
>
> Tras los episodios trágicos que se le investigan ha pasado a ser alguien importante (cámaras, policías, periodistas, médicos...), lo que le ha dado los únicos momentos de gloria en su azarosa vida... No espera nada de la vida.

[Informe médico forense de los doctores Cabrera
y Garrido, que se entrevistaron con Miguel Ángel Muñoz
en la prisión de Mansilla de las Mulas.]

Aún excitado por sus días de gloria, Muñoz acudió por última vez a su finca, acompañado por el inspector Jesús y el agente Javier, para recoger algunas cosas que llevarse a la cárcel.

—Vas a pasar un tiempo allí, aprovecha y coge algunas cosas —le dice uno de los agentes de la UDEV—. Coge algunas novelas, te van a hacer falta para matar el tiempo.

Hay muchos libros: ficción, ensayos, temas políticos... Le explican que puede llevarse cuatro, no muchos más. Cuando ve que el asesino ha elegido, el policía no puede resistirse:

—¿Me recomiendas alguno?

El ermitaño le enseña un libro de Luis Sepúlveda, el escritor chileno afincado en Asturias hasta su muerte, años después. Se llama *Un viejo que leía novelas de amor*. Cuando, a su regreso a Madrid, el jefe de grupo de Homicidios leyó aquella estupenda novela, no pudo evitar sonreír. Era la narración del viaje a la selva, del retiro de un tipo huraño que vive como ermitaño en Sudamérica

y su relación con el entorno, con una tribu que lo acoge hasta que un incidente hace que lo expulsen y lo deja totalmente solo. El tipo entonces se dedica a leer novelas, que se aprende casi de memoria. Era la imagen de lo que Miguel Ángel Muñoz pensaba que era él mismo antes de convertirse en asesino.

Muñoz está en prisión desde entonces. En su casa, los policías encontraron más de 38.000 euros procedentes de una herencia familiar. No los había llevado al banco y no necesitaba el dinero que le quitó a Denise Thiem. Dos años después, alguno de los habitantes del monte Teleno fue a su finca y quemó su casa. Nadie sabe quién fue.

La prima de Denise, Desiree Yao, fue la encargada de representar a la familia en su relación con los investigadores. Desde Hong Kong, donde vive, ha seguido manteniendo el contacto con los policías a lo largo de estos años. En abril de 2020, durante los peores días de la pandemia del coronavirus, la familia de aquella mujer asesinada en campos españoles envió un nuevo mensaje a los agentes de la UDEV. Esta vez no era para hablar de Denise, tampoco sobre su asesino.

> Hola, perdona que te moleste. Acabo de ver en las noticias que en España médicos, enfermeras, auxiliares... no cuentan con mascarillas ni trajes protectores. Voy a comprar unas cuantas mascarillas N95 o de nivel médico 3 para mandarlas a algún hospital de Madrid. ¿Me podrías sugerir a qué centro médico sería mejor que las enviara? ¿Sabes si los agentes de policía también andan cortos de material de protección personal, como mascarillas y guantes? Espero que estéis bien. Rezo por vosotros todos los días.

Días después llegaron a España 1.100 mascarillas FPP2 que fueron entregadas a Protección Civil y repartidas por varios hospitales de la Comunidad de Madrid.

La madre de sus hijos

> «Si las entierro bien, no me pilláis ni de coña.»
>
> Sergio Morate, asesino
> de Laura del Hoyo y Marina Okarynska

Acaban de conocerse. Ella se llama María Jesús, todos la llaman Mariaje y es un ama de casa de Cuenca que también trabaja en la empresa familiar de muebles. Parece frágil, pero ha sacado adelante a su familia, dos hijos varones criados. Él tiene veinte años menos y no había estado nunca en esa ciudad. Es andaluz, gaditano, un tipo grande, fuerte, con el pelo rapado. Se llama Fran y forma parte de una unidad de élite de la Policía Nacional, la UDEV Central, encargada de investigar los casos criminales más complejos de España. El hijo menor de ella, Sergio, un joven de treinta años, amante del gimnasio y la informática, está desaparecido. Lo mismo que dos jóvenes amigas, Marina Okarynska, de veinticuatro años, nacida en Ucrania, y Laura del Hoyo, de veinticinco y de una familia muy conocida y respetada en Cuenca.

Las tres madres han acudido a la policía para poner tres denuncias por desaparición. Muy pronto, las investigaciones apuntan al hombre, a Sergio Morate. Una de las desaparecidas, Marina, fue su novia durante cuatro años y había roto con él unos meses atrás. La otra, Laura, era la mejor amiga de Marina. La policía de Cuenca pide ayuda a la UDEV Central y el caso se asigna al grupo 1 de Homicidios. La primera tarde, dos policías de esa unidad de élite, el oficial Fran y la inspectora Adriana, se trasladan a Cuenca.

La historia tiene mala pinta desde el principio. El 6 de agosto, varios agentes rastrean el domicilio de la calle Río Gritos, en la urbanización Ars Natura, donde vivía Sergio Morate en el piso que sus padres le habían regalado. Allí encuentran dos bolsas con la ropa de su exnovia, Marina, que aquella tarde había ido a

recogerlas acompañada de su amiga. Era el último capítulo de su relación con Sergio, el fleco que tenían pendiente. En el piso, donde no se encuentran restos de sangre ni señales de violencia, los policías han descubierto también un buen montón de bridas negras de las que se usan para dominar a los caballos. Estaban debajo de la cama de Morate.

Muy poco después, los investigadores localizan el coche de Laura, un Chevrolet Kalos, aparcado a unos quinientos metros de la casa de Sergio Morate. Dentro hay objetos personales de las dos amigas, incluidos sus teléfonos móviles, sus bolsos y hasta la medicación que una de ellas tomaba para un problema cardiaco. Pintaba fea aquella intriga, pintaba a que el hombre podía haberles hecho algo a su exnovia y a su amiga y luego quizá suicidarse, como hacen algunos asesinos machistas.

La tarde del 7 de agosto, en Cuenca, la madre y el policía andaluz están sentados en la parte de atrás de una furgoneta. La mujer, una señora, comienza a abrirse ante ese desconocido que muy posiblemente, sospecha ella, haya llegado para encontrar a su hijo, detenerlo y meterlo en la cárcel.

—Verá, mi hijo Sergio llevaba un tiempo perdido. Algunas noches, cuando estaba cenando, de pronto se quedaba en silencio, mirando un punto fijo en la pared. Yo le preguntaba qué le pasaba y él me decía: «Nada, mamá, estoy pensando en mis cosas».

Aquella madre había sufrido mucho en otra ocasión por culpa de su hijo pequeño. Fue después de que otra novia suya rompiera con él, siete años atrás. Sergio no aceptó la ruptura y dos semanas más tarde la citó en su casa con la excusa de que tenía que entregarle algunos objetos. Una vez que estuvieron solos, le quitó su teléfono móvil, la encerró en una habitación, la desnudó arrancándole la ropa a tirones y tomó varias fotografías que metió en un *pen drive*, una tortura de dos horas que acabó con él vencedor, dando órdenes.

—Ahora vístete y pírate de mi casa. Si no vuelves conmigo, colgaré tus fotos en todas las redes sociales, las va a ver todo el mundo. Esto se tiene que arreglar por las buenas o por las malas. Si no vuelves conmigo, me mato.

Aquella vez, Morate fue denunciado y condenado a tres años y dos meses de prisión por detención ilegal y amenazas. Cumplió solo año y medio de cárcel y volvió a la calle. Fue entonces cuando empezó a ir al psicólogo y al psiquiatra, animado por su madre, que estaba preocupada por esas explosiones violentas de su hijo. Así que en el verano de 2015 la mujer que hablaba con el policía andaluz estaba muy angustiada con la posibilidad de que Sergio hubiera

podido repetir esos comportamientos con Marina y Laura. El investigador la ve sufrir y la oye llorar. El oficial ha estudiado dos años de Psicología, pero sobre todo ha tratado con muchos asesinos y ha conocido a muchas víctimas que sobreviven. La madre le parece, desde el principio, una de esas víctimas. Ella le va contando el patrón de comportamiento de su hijo desaparecido, sus rasgos autoritarios también con ella, con su padre...

Mientras procesa toda esa información, el policía no sabe bien qué le ocurre, pero siente que cada vez le pican más la nariz y los ojos. Constantemente. No deja de estornudar durante uno de los registros de las casas y las fábricas. Muy próximos al dispositivo policial se encuentran los perros de Morate, de los que ahora se encarga su madre. Al final de ese largo día, el oficial de la UDEV descubrirá que padece alergia a los perros.

Sus compañeros de Cuenca no dejan de buscar pistas sobre los desaparecidos. Localizan a un vecino que vio a las dos mujeres abajo, en la urbanización, a punto de subir a casa de Sergio.

—Yo estaba paseando al perro. Una de las chicas estaba hablando por el móvil, parecía que discutía con alguien.

Era Marina. Hablaba con Sergio. Ella quería que él le bajara a la calle las bolsas con su ropa. Él quería que subiera a recogerlas a su piso. Sola. Nada de ir con su amiga. Al final, Marina cederá. Va a subir, pero con Laura. Quiere terminar con esa historia. No ver a su exnovio nunca más.

Los agentes mueven cielo y tierra. Una joven de la localidad de Palomera, el pueblo de la madre de Morate y donde él pasaba muchos veranos desde su infancia, les explica que lo ha visto pasar varias noches de la última semana conduciendo su viejo todoterreno Opel Frontera hacia los montes cercanos. Iba y venía. Algunos testimonios apuntan que el fugitivo puede tener una plantación de marihuana oculta por la zona y que subiría de noche a controlarla. Los montes están cerca del lugar en que tiene su origen el río Huécar, con cientos de caminos por los que nadie pasa.

Cuando registran el todoterreno, los agentes encuentran una vieja pala comprada en un bazar chino y un paquete de pilas en el que solo quedaba una. En la finca familiar habían hallado una linterna con el ADN de Morate. Dentro tenía las otras pilas, idénticas. Todo indicaba que el hombre había estado preparando el ataque a su exnovia y también el lugar y la forma de esconderla sin ser visto.

Varios amigos de Sergio recordarían —no la olvidarán jamás— una conversación que tuvieron con él en la terraza de un bar de

Palomera días antes de que todo cambiara para siempre. Sergio se acercó y les preguntó:

—Si cometierais un delito, ¿adónde os iríais para que no os cogieran?

Él mismo dio la respuesta. El mejor sitio para esconderse era Brasil. Había visto en alguna serie de televisión que ese país no tenía tratado de extradición.

El 12 de agosto de 2015, seis días después de la desaparición de Morate y las dos mujeres, un grupo de policías registra la fábrica de muebles que la familia tiene en Chillarón, en la carretera de Cuenca hacia Guadalajara. Allí están también los padres de Morate. El policía andaluz está muy pendiente de ellos mientras sus compañeros van buscando cualquier pista que permita encontrar a Marina y a Laura; también a Sergio. Trata de hacerles pasar el trago lo más humanamente posible y también intenta, es su trabajo, escuchar algo de lo que dice ese matrimonio por si pudiera servir para resolver el caso. De pronto, el policía empieza a notar que algo está pasando. Ve que sus compañeros murmuran y se mueven rápido, entran y salen. Entonces la inspectora Adriana se acerca a él y lo aparta unos metros para que la madre de Sergio no pueda oír lo que va a decirle.

—Nos vamos, Fran.

—¿Qué hay?

—Las chicas.

Hay que interrumpir el registro. Un hombre que paseaba a sus perros ha encontrado los cadáveres de Laura y Marina en una zona de matorrales, cerca del nacimiento del Huécar. El cuerpo de Sergio no está allí. El caso pasa a ser un doble asesinato con un solo sospechoso, un fugitivo al que hay que dar caza. Sergio Morate. El hijo pequeño de Mariaje.

A muy pocos metros, la madre de Sergio Morate contempla la escena sin saber con certeza qué está ocurriendo. Entonces, el hombretón andaluz, ese policía desconocido que la está ayudando en los momentos más difíciles de su vida, se acerca a ella. Y le habla con delicadeza:

—Lo siento, Mariaje, nos tenemos que ir.

La madre lleva seis días temiendo que aquello pueda pasar. Ha preferido pensar que su hijo se había marchado con las dos mujeres. Quizá podría haberlas amenazado, como hizo con aquella otra chica hace años, quizá se las ha llevado a algún sitio, pero quiere pensar, desesperadamente, que todos están bien.

En esos momentos de angustia, la madre llega a desear incluso

que los tres hayan sufrido un accidente, pero su cabeza le dice que no es eso lo que ha ocurrido. La madre no deja de suplicar que su hijo no haya hecho daño a Laura y Marina. Mariaje es muy religiosa. Cree especialmente en la Virgen de Lourdes. Pero en ese momento, en la nave de la empresa familiar, la madre comprende lo que está pasando. Por eso le pregunta al policía cuántos cadáveres han encontrado y si Sergio también está muerto.

—Dime si están los tres o no.

El oficial de policía agarra la mano de la madre de Morate. Es una escena dura. Parece que casi se disculpa por no haber encontrado el tercer cadáver. Pero, en el fondo, le está diciendo que su hijo no es una víctima, que Sergio es el asesino.

—Lo siento, Mariaje. Están solo ellas dos.

La mano enorme del policía no basta para sujetar a la mujer. La madre cae de rodillas en el suelo de la vieja nave. El oficial y sus compañeros ven como se rompe por la mitad, pero ellos tienen un trabajo que terminar y deben irse de allí. No olvidará aquella escena. Apenas dos meses después, él mismo será padre de su primer hijo. Cuando investigaba la desaparición de las tres personas en Cuenca, cuando hablaba con aquella madre, su mujer estaba embarazada. Años después, al recordarlo, sus ojos aún se humedecen.

Cuando el policía y su compañera llegan a las pozas del río, a unos once kilómetros de Palomera, otros agentes les explicarán que un hombre paseaba a los perros por la zona, conocida como El Bodegón, y que los animales detectaron un olor muy fuerte, salieron corriendo y descubrieron la tumba improvisada. El hombre pensó que podría tratarse de un animal muerto. Eran Marina y Laura. Junto a ellas, los agentes recogen unas viejas herramientas oxidadas, como una azada. También, una garrafa de agua muy especial, con la imagen de la Virgen de Lourdes y el santuario donde los peregrinos acuden a pedir o agradecer algo a Dios.

Los policías deciden detener a Morate por asesinato. Sus investigaciones los han llevado hasta Rumanía. Saben que su viejo coche está aparcado en la puerta de la casa de su compadre Istvan, en el pueblo de Lugoj. Los dos se habían conocido en una cárcel española cuando Sergio cumplía condena por el ataque a su primera exnovia. Y hasta allí había llegado Sergio Morate conduciendo. Al coche alguien le ha arrancado la matrícula, pero es el mismo Seat Ibiza, con el mismo abollón viejo en un lateral. Dos agentes españoles acompañan a los policías rumanos que entran en la casa y se lo llevan. Él era el padrino del niño que había tenido su antiguo

compañero de talego.

Días después, cuando el policía Fran vuelve a ver a la madre de Morate, la mujer está destruida. Su hijo es un asesino. Un doble asesino. La mujer sufre por las otras familias, también por su hijo. Su hijo, que volverá a España cualquier día. Fran la visita y le pregunta por algunos detalles. Le muestra la garrafa de agua que se ha encontrado junto a la fosa. Es una botella muy extraña, casi única. La mujer va a resolver sus dudas con la misma actitud sincera que ha tenido desde que empezó todo ese infierno.

—Sí, es una botella con agua de la Virgen de Lourdes. Yo tengo una igual aquí en casa. ¿Quieres verla?

El policía cree que puede estar ante algo interesante. Mucho más cuando la madre de Morate vuelve unos minutos después con las manos vacías y le explica:

—Qué raro. Tenía una botella igual aquí, en casa, pero ya no está.

Ambos comprenden sin hablarse. La garrafa era la misma. Su hijo la había cogido para cavar bien el hoyo donde quería dejar el cadáver de su exnovia. Las pruebas de laboratorio sobre esa botella de agua milagrosa abandonada junto a la fosa descubrirán ADN de Sergio Morate. Cuando sale de la casa de esa señora, el policía gaditano, el martillo pilón, el grandullón que consigue que los asesinos confíen en él, se da cuenta de que esa tarde no ha estornudado ni una sola vez. No había un solo pelo de perro, especialmente en la salita donde ambos habían estado hablando. La madre del asesino, conocedora de su alergia, había limpiado a conciencia toda la casa para que él pudiera respirar bien mientras buscaba pruebas contra su hijo.

La tarde del 5 de septiembre de 2015, un avión militar del Ministerio de Defensa aterrizó en Torrejón de Ardoz. Dentro, vigilados y esposados, venían Sergio Morate y otro delincuente detenido en Rumanía, que se mostró mucho más nervioso y agresivo durante el vuelo. Nada más tocar suelo español, agentes de los GEO tuvieron que llevárselo rápidamente y allí, sentado en el avión, se quedó esperando Sergio Morate.

Unos minutos después, por la escalerilla suben el oficial de la UDEV, Fran, y el inspector jefe de Cuenca, Francisco Sánchez, Paco. Fran había conversado largo y tendido con la madre y teme que el detenido no quiera hablar. Se lo comenta a su compañero.

—Yo creo que este va a venir cerrado, en plan roca. Se ha tirado semanas en Rumanía viendo y escuchando todo lo que se contaba del caso. Sabe que lo aguardamos aquí. Y cree que vamos a entrar a

saco contra él.

El inspector jefe está de acuerdo con el joven oficial andaluz. Los dos deciden «romperle los esquemas» al asesino de Marina y Laura. Entran en el avión y lo ven. Se acercan y se sientan en los asientos de enfrente. Están los tres solos.

—Buenas, Sergio, ¿qué tal ha ido el viaje?, ¿habéis tenido turbulencias?, ¿te han tratado bien?

El asesino no esperaba esas preguntas. Responde en voz baja mientras observa especialmente a uno de los policías, ese tipo grande como un armario, pelo corto, acento inconfundiblemente del sur.

—Pues la verdad es que he estado bien.

Los agentes le ofrecen tomar algo y Morate confiesa que tiene sed. Lo dejan allí, sentado en el avión, y regresan con una botella de agua. Cuando se la dan, el policía andaluz le comenta:

—¿Cómo ves tú la situación? ¿Qué esperas que pase ahora?

La mayoría de los asesinos, los policías que los detienen lo saben, no son grandes cerebros ni ofrecen respuestas brillantes a los motivos de sus crímenes. Casi siempre responden con frases hechas, niegan ser culpables o amagan con intentos más o menos torpes de disculpar lo que han hecho. Algunos rompen a llorar. Morate no lloró ni una vez, pero tampoco se quedó callado. Dijo cuatro palabras:

—La que he liado.

Luego, se acordó en voz alta de la persona que más lo había ayudado en su vida. La persona a la que no había escuchado. Y de lo que estaría sufriendo.

—Mi madre… ¿Qué tal está mi madre? Porque tú eres Fran, ¿verdad? —dice mirando al policía.

Sergio Morate se ha puesto en contacto con su madre varias veces desde que fue detenido en Rumanía, tres semanas atrás. Y la mujer, rota por lo que ha hecho su hijo, le ha suplicado que no añada más dolor a las familias de Marina y Laura y le ha hablado también del policía con el que ella ha pasado horas desahogándose, sincerándose desde aquella terrible tarde de agosto.

—Mi madre me ha hablado de ti. Dice que te haga caso, que eres un buen tío —le espeta Morate al especialista en ganarse la confianza de los asesinos.

El investigador responde rápido, sabe que no debe mentir al detenido ni darle falsas esperanzas si no quiere perder su confianza.

—No sé si soy un buen tío o no, Sergio. Lo que sé es que yo estoy aquí para intentar que pases muchísimo tiempo en la cárcel.

Morate estaba inquieto, quería saber cuántos años de condena podían caerle. Había seguido otros casos famosos de asesinato y observaba con interés la polémica abierta en España por la prisión permanente revisable que se acababa de aprobar en el Congreso. Decidió preguntarle al policía:

—¿Me van a meter la prisión permanente? Yo no quiero eso. Es verdad que maté a Laura, claro. Pero es que ella estaba allí, ¿qué iba a hacer yo?

El investigador sabe que a Morate no pueden condenarlo a prisión permanente por temas legales. Decide no explicárselo. Ambos están jugando una partida de ajedrez o de mus. El asesino quiere saber qué sabe él sobre sus crímenes, qué pruebas hay, qué parte de la verdad puede seguir ocultándole. El policía quiere que hable, pero no puede preguntarle directamente, sería ilegal. Solo puede conseguir que él cuente cosas por sí mismo, durante una conversación banal, porque él quiera hacerlo. Y, de forma espontánea, Morate acaba de asumir que él mató a las dos mujeres. Cuando lo explica, no se rompe en ningún momento. No transmite ningún sentimiento. En cuanto a Marina, a la que estranguló con una brida para caballos con tal fiereza que redujo de veintitrés a ocho centímetros el diámetro de su cuello, no explicará nada, tan solo que, cuando su exnovia entró en su piso aquella tarde, él cerró la puerta con llave. Luego, fue a por ella.

Morate dice que no se acuerda de más, pero insiste en que Marina se lo merecía. La mató primero. Laura intentó escapar, pero no pudo abrir la puerta. Su asesino no lo contará, pero persiguió a la aterrorizada joven, la golpeó por detrás en la parte izquierda de la cabeza, luego le dio un puñetazo en el pómulo y finalmente la estranguló. Laura del Hoyo murió porque pasó por su casa cuando él había planeado matar a Marina. «Pobre Laura», llega a decir Morate sin demasiado convencimiento, una sola vez, al policía que lo escucha.

La primera conversación entre el policía y el asesino, dentro del mismo avión en el que lo han traído desde Rumanía, dura casi una hora. El inspector jefe de Cuenca, testigo de esa charla, se da cuenta de que Morate ha conectado con su compañero. Está hablando con toda naturalidad. Pero deben abandonar el avión, hay que trasladar al asesino desde la terminal de Torrejón de Ardoz hasta Cuenca, un viaje de unos ciento veinte kilómetros. Casi sin palabras, los dos policías deciden que Fran se meta en el coche con Morate y no se separe de él. Quizá, durante el trayecto hasta la comisaría y los calabozos, el asesino siga conversando con el policía que le ha

recomendado su madre. Morate continúa inquieto, quería conocer qué indicios lo señalaban. Ya dentro del vehículo en dirección hacia Cuenca, el policía conduce la conversación hacia el motor, los automóviles, otra de las aficiones del asesino.

—Menuda aventura irte con un Seat Ibiza cascado hasta Rumanía, ¿no? Seguro que le pegaste bien de zapatilla.

—No tanto. Yo iba pendiente de los radares. Si veía un lector de matrícula, daba la vuelta y cogía por otro lado...

Morate sigue hablando. Cuenta que durante su fuga de más de 1.800 kilómetros estuvo casi treinta y seis horas sin dormir, que paró dos veces a comprar Red Bull para mantener los ojos abiertos. Que también tuvo que detenerse muchas veces en gasolineras, cada dos por tres, para echar combustible. Y lo explica:

—Echaba muy poca gasolina cada vez, de veinte en veinte euros. No podía quedarme sin dinero si el coche me dejaba tirado antes de llegar a Rumanía. Y yo estaba muy cansado.

No solo por el viaje. Morate le cuenta al policía que tuvo agujetas durante más de una semana después de cometer los asesinatos.

—Es que cavar una zanja en el monte, como tú lo hiciste...

—Joder, tío, no te haces una idea. La piedra estaba muy dura, era imposible cavar ahí. Yo he picado muchas veces, pero eso estaba durísimo, yo venga a darle pam, pam y aquello no bajaba.

Había abierto un agujero para meter solo a una persona, para su exnovia. No contaba con que iba a matar también a Laura, la amiga. Así que cuando, agotado, no pudo seguir profundizando, las dejó allí, desnudas, tiradas. Era un lugar seguro, nadie iba a desviarse por ese camino, pero en ese momento decidió que tenía que cambiar de planes y marcharse de Cuenca. Supo que ya no le serviría la coartada preparada los días anteriores. Aquella tarde, otro amigo de la cárcel, un delincuente colombiano, iba a pasar por Cuenca a recogerlo. Ambos irían luego a Alicante, a un concierto de reguetón. Más tarde, él volvería a casa. Tendría testigos, había estado fuera. Cuando le preguntaran por su exnovia desaparecida, diría que no sabía nada de Marina. Él había estado de marcha muy lejos de allí.

Al recordar cómo se habían torcido sus planes, Morate no puede evitar unas palabras que sonaron casi como un reto hacia el investigador con el que iba cogiendo confianza:

—Si las entierro bien, no me pilláis ni de coña.

Enterradas en cal viva. Los sacos de cal. Ha roto el hielo. Morate ya no es una roca. Quiere saber las pruebas que tienen contra él. Y

el policía lo deja hablar. A este asesino le gusta la informática, se dedicaba a instalar aplicaciones de forma más o menos pirata, actualizaba los TomTom de algunos amiguetes... Pasaba mucho tiempo navegando. El policía Fran arriesga y envida:

—Me apuesto contigo lo que quieras a que cuando terminen el análisis forense de tu ordenador te sacamos hasta dónde compraste la cal para enterrarlas.

Morate ve la apuesta y la sube. Con todo:

—Ni de coña. Yo uso un servidor... En la red Tor...

El policía escucha atento. Se da cuenta de que Morate conoce la *deep web*, la zona oscura de internet, y que sabe cómo no dejar rastro de sus búsquedas. Sospecha que en el ordenador del asesino no van a encontrar nada, ni una pista de los preparativos de sus crímenes. Esta vez, Morate lo ha derrotado, pero Fran sabe que tiene que decir algo, no puede dejar terminar así ese tema. Así que improvisa:

—Sí, hombre, un VPN de la NASA tienes tú.

Animado por esa pequeña victoria, Morate da detalles también de su momento de mayor peligro durante la fuga. Sucedió ya en territorio italiano, cuando un coche golpeó el suyo por detrás. No podía permitirse parar y rellenar los papeles del accidente, lo detendrían.

—El tipo que conducía el otro coche vino a pedirme perdón, quería arreglar los papeles del seguro y eso. Decía que había sido culpa suya. Yo no podía quedarme, le di la mano y me fui corriendo de allí.

La sombra de la prisión permanente revisable. ¿Qué saben de él, de lo que hizo? ¿Qué pruebas tienen? ¿Algún vecino lo vio sacando los cuerpos de Marina y Laura de su casa, bajándolos al garaje, metiéndolos en el automóvil? ¿Hasta qué punto está jodido? Sergio Morate quiere sonsacar información al policía que había hecho buenas migas con su madre. No queda demasiado para llegar a Cuenca. Allí lo meterán en el calabozo. Será tarde, ya no podrá preguntarle nada más, así que acelera su relato:

—Cuando estaba bajando a Marina al *parking* para meterla en el maletero del coche, escuché un ruido y me cagué.

La investigación policial aún no había descubierto en qué vehículo trasladó Morate los dos cadáveres de sus víctimas para enterrarlos en el monte. Él tiene su viejo Seat Ibiza, con el que viajó a Rumanía, también el Opel Frontera... Algunos testimonios apuntan a que quizá pudo usar otro coche, el de su amigo Raúl, también un Seat Ibiza. Fran decide probar suerte:

—El maletero de un Seat Ibiza es muy pequeño y tú lo tienes petado de cosas, además. ¿Cómo pusiste a Marina y Laura allí?

Morate presume de inteligente. Y al presumir, responde:

—Sí, tío. Teniendo el coche de otro, voy a usar el mío para eso.

—Pues peor me lo pones, el coche de tu amigo Raúl, otro Ibiza con un maletero pequeño.

—No las metí a las dos en el maletero. Solo a una, a Marina. A la otra la puse en el suelo de la parte de atrás tapada con bolsas de basura negras. Ese coche tiene los cristales tintados, no podía verla nadie. Pero el puto vecino me vio.

En realidad, no hubo ningún vecino. A pesar de que todo ocurrió hacia las cinco de la tarde, nadie descubrió a Morate bajando los cadáveres en el ascensor desde su tercer piso hasta el garaje para meterlos luego en el coche de su amigo. Primero el de Marina, luego el de Laura. Pero el asesino está convencido de que hubo un testigo, él oyó un ruido. Y el policía no va a sacarlo de su error:

—Ya lo sabemos, Sergio.

—Joder, cómo no lo vas a saber, si me vieron. Porque el vecino os lo ha contado, ¿no?

—Tú qué crees, si ve a una persona cargando un bulto en el garaje...

Esta vez, Morate compra el farol del policía:

—Lo sabía, joder. Mira que me cagué en el *parking* cuando oí el ruido ese. Me quedé parado detrás de la columna del *parking,* pero me vio, sé que me vio.

El coche ya enfila las calles de Cuenca. El asfalto está mojado. Morate mira por la ventanilla y muestra cierto alivio:

—Menos mal que ha llovido, ¿eh?

—¿Y a ti qué más te da?

—Si ha llovido tanto, habrá menos gente en la puerta del juzgado para decirme cosas...

Morate no quiere que lo metan en la cárcel de Cuenca. Allí todo el mundo lo conoce. Irán a por él después de lo que ha hecho. Le harán la vida muy difícil. Ya ha estado en prisión después de atacar a aquella otra novia que tuvo el valor de dejarlo. Conoce ese mundo, sabe qué les hacen a los asesinos y violadores famosos. La fama. La vanidad tiene también un lado morboso para algunos criminales. Cierto orgullo enfermizo. El ciudadano cero que, como en la vieja canción de Joaquín Sabina, se convierte en alguien gracias a la sangre que hizo correr. Aquella frase del que luego será su tronco en prisión, Patrick Nogueira, el tipo que mató a cuatro familiares en Pioz: «En dos días seré portada de todos los periódicos

del mundo».

—¿Tú llevas mucho tiempo en Homicidios?

—Cuatro años —responde Fran.

—Y en ese tiempo habrás estado en casos famosos...

—En algunos, sí.

—¿En el de Bretón también?

José Bretón, que en octubre de 2011, casi cuatro años antes de los crímenes de Morate, quemó vivos a sus dos hijos en Córdoba para vengarse de su mujer, Ruth Ortiz. Ella, como Marina con Sergio, había tenido el coraje de romper con su hombre y tratar de iniciar una nueva vida.

Morate quiere dejar claro que él no es Bretón. Para él, hay mucha diferencia entre ellos dos. O quiere que la haya. Él también ha matado a dos personas, pero en realidad solo quería matar a una. Y eran adultas.

—A Bretón le cayeron cuarenta años de cárcel. A mí no me puede caer tanto, ¿no? Joder, Bretón mató a dos niños.

En la entrada de la comisaría de Cuenca no hay nadie reclamando que lo linchen. Morate respira. Entonces ve una cara conocida, han crecido juntos, han coincidido en Cuenca cientos de veces, en el gimnasio adonde acudía a ponerse mazas antes de tener aquel cáncer de testículos tan jodido. Animado, el asesino lo saluda.

—¿Qué haces aquí, Javi?

—Ya ves, empiezo en la Judicial y el primero al que me toca detener es a un conocido. Detenerte a ti, Sergio.

Morate responde rápido. Él ya no es solo aquel chaval anónimo de Cuenca, aquel ciudadano cero.

—Has detenido a un famoso, Javi. Me han traído en el avión de los ministros. He estado en la sala de espera del aeropuerto que usa el rey. Soy como Bretón, soy famoso.

Cuando van a meterlo en el calabozo, Morate insiste ante el oficial Fran, que ha observado la escena. Quiere que no lo lleven a la cárcel de Cuenca, pero sobre todo quiere saber si es verdad lo que han dicho por televisión mientras él estaba escondido en Rumanía en casa de su amigo Istvan. Quiere saber si Marina, su exnovia, la mujer a la que estranguló con una brida para sujetar caballos, se había casado con otro hombre mientras estaba en Ucrania. Lo han dicho por televisión.

—Tienes que decírmelo, tío. ¿Es verdad que se había casado? Me han dicho que hay fotografías de la boda y todo. Seguro que tú las tienes. Tienes que enseñármelas. Si me las enseñas, yo te cuento cómo lo hice.

El policía sabía que era cierto. Incluso tenía en su teléfono móvil algunas imágenes de Marina con su marido. Pero decidió no jugar esa carta. Le pareció que era un sufrimiento innecesario para Morate y que, además, ver esas fotografías podía hacer que se cerrara, que se quedara mudo para siempre.

—No las vas a ver hoy, Sergio. Y yo no tengo por qué enseñártelas. Intenta dormir algo. Mañana nos vemos.

A la mañana siguiente, Fran baja a calabozos. Morate está despierto, esperándolo. Ha pedido que baje él, no quiere hablar con nadie más. El día empieza como terminó la noche anterior.

—Tío, por favor, enséñame las fotos de la boda.

—No empieces, Sergio.

El asesino sabe que el policía tampoco va a ceder esta vez. Él mismo le ha entregado una carta con la que puede jugar. Morate quiere dos cosas: no entrar en la cárcel de Cuenca y ver las fotos de la boda de Marina. Pero también sabe que debe ser práctico y pregunta:

—Oye, ¿cuándo voy a poder vender mis coches?

—¿Para qué quieres hacer eso ahora?

—Tendré que pagarme un buen abogado, ¿no?

Hay asesinos que quieren demostrar a la policía lo bien que lo han hecho, lo bien que lo han planeado. Morate tuvo algún momento de esos con el agente de la UDEV. Como cuando explicó lo que hizo después de matar a las dos mujeres y meterlas en el coche. Que la tarde de los asesinatos, posiblemente con un cadáver en el maletero y otro bajo los asientos traseros, pasó por la residencia donde estaba viviendo su abuela. Que su madre, extrañada, lo vio en la puerta y lo saludó. Que decidió no entrar. Que, con los cuerpos en el coche, acudió también a la terraza de un bar donde estaban algunos amigos... El policía le hace ver que corrió unos riesgos enormes, que eso fue una torpeza.

—¿Por qué hiciste eso?

—Me interesaba que me vieran, que vieran todos que yo había hecho lo mismo que un día normal.

Sus amigos lo recordarán luego. Le ofrecieron que se quedara a tomar algo, pero Sergio dijo que le dolía la cabeza. Su primer plan había fallado. Iba a matar a Marina y luego iba a irse a un concierto de reguetón en Alicante con un amigo suyo de prisión, un colombiano que esos días estaba de permiso. Cuando el hombre llegó a Cuenca a buscarlo, Morate le comentó que tenía a Marina dentro del piso, que la había matado, la había liado parda. El colombiano no quiso comerse el marrón y se fue en tren hacia

Alicante; luego, regresó a la cárcel. No dijo ni una palabra a nadie, tampoco a la policía.

Fran y otros policías y guardias civiles encargados de hablar con los criminales saben que hay muy pocos asesinos natos. Para la mayoría, la clave está en cruzar la línea roja. Matar, quitar la vida a una persona. Una vez que se ha traspasado, todo puede ocurrir. Se trata de salir indemne, de subsistir, ocultarse, buscar una excusa. Sergio Morate decidió cruzar esa línea roja y matar a su exnovia. Lo preparó a conciencia desde que ella regresó a Cuenca. Lo fue rumiando mientras compraba la linterna, la pala, las pilas, la cal... En sus conversaciones con el policía de la UDEV no se mostró nunca arrepentido de lo que había hecho. Es más, cuando hablaba de Marina subía el tono, hasta se enfurecía.

—Dicen que ella me había dejado en Navidades, pero yo fui su novio hasta el mes de marzo. Joder, si me mandó un selfi antes de subirse al avión en el que se marchaba a Ucrania y me dijo que me iba a echar mucho de menos.

El rencor lo hacía mentir. Marina se lo había merecido. No había otra forma de solucionar aquello. Lo de Laura era distinto; Morate había preguntado por su familia, la conocía. Ella no tenía que haber subido a su piso aquella tarde, pero...

—Había épocas, cuando éramos novios, en que Marina me mentía. Me decía que estaba trabajando en una tienda de ropa en Alicante y estaba de fiesta en Barcelona, con su amiga Laura, ¡que colgaban fotos, joder! Cada vez que discutíamos, ella subía fotos de fiesta con Laura en alguna parte.

Marina, una mujer fuerte, valiente, de inmensos ojos azules, dejó a Morate harta de sus celos y de sus películas, de las broncas que le montaba y de sus lloriqueos pidiéndole perdón. María Luisa, que había sido primero su jefa en el restaurante El Secreto de la Catedral, en Cuenca, y luego también su amiga, lo explicaría después:

—Marina me dijo que había escrito una carta y que iba a mandársela al abogado de la familia de Morate por si le pasaba algo. Me dijo: «Si me pasa algo, no quiero que este cabrón se vaya de rositas».

La policía nunca encontró ese testamento de Marina; quizá ella nunca lo escribió. Al menos no llegó a enviarlo. Simplemente decidió romper con Sergio y empezar una nueva vida, lejos. Otra amiga suya, Varvara, contaría al tribunal que condenó a Morate que había visto varias veces marcas y moratones en los brazos y la cara de Marina.

—Una vez nos contó a mí y a mi madre que después de una discusión él quiso ahogarla con sus propias manos. Ella le dio entonces una patada en los huevos.

Morate acusaría luego a Marina incluso de provocarle el cáncer en los testículos por esa patada. Quería darle pena y miedo, miedo y pena. Mantenerla atada a él, bien sujeta, como con unas bridas de caballo.

Varvara llegó a grabar en su móvil una conversación de las que tuvo con Marina. Fue el 7 de abril de 2015, cuatro meses después de que ella quisiera romper la relación y cuatro meses antes de que Sergio la asesinara.

—Decía: «El cabrón me sigue a todos lados. Si lo dejo, me liquidan. Tendré que irme a Ucrania para escapar de él». Marina tenía miedo, pensaba que Sergio era capaz de contratar a alguien para acabar con ella.

Durante todos esos meses, desde la Navidad de 2014, Sergio Morate no dejaba de dar la lata a Marina para que volviera con él. Ella nunca denunció el acoso y los malos tratos. No quería hacer eso, sobre todo para que no sufriera la madre de Sergio, a la que había cogido mucho cariño. La madre, Mariaje, no tenía culpa de lo que hacía su hijo.

Finalmente, Marina se fue de Cuenca y de España, pero él viajó a Ucrania para pedirle perdón. La familia de ella, asombrada, aceptó que se instalara en casa de una tía. En esos días, Marina no quiso siquiera verlo, aunque hablaron por teléfono antes de que Morate regresara a España, solo y derrotado. Aquellos días en un país del que no sabía nada, alojado en casa de unos extraños, tampoco le abrieron los ojos.

Tiempo después, enterado del día en que Marina iba a volver a Cuenca, el 3 de junio, Morate decidió presentarse en el aeropuerto de Barajas para recogerla y llevarla en su coche. Aquello tampoco salió bien. El padre de la chica vio a Sergio en la terminal y lo obligó a regresar a Cuenca solo. Ella no quería verlo. Pero estaba allí, en su ciudad, en su territorio. Volvería con él. O moriría.

El tiempo para el policía se acababa. Muy pronto llevarían a Morate a la cárcel de Estremera, en Madrid, lejos de Cuenca, como él quería. El tribunal lo iba a condenar a cuarenta y ocho años de cárcel, ocho más que a José Bretón, el asesino a quien decía no parecerse. Antes de despedirse, Fran quiso saber por qué no había intentado pedir ayuda antes de cometer los crímenes:

—Y tú, sabiendo como lo sabías que estabas con ese runrún, dando vueltas a matar a Marina, ¿por qué no le dijiste al psicólogo

o al psiquiatra: «Mira, estoy pensando en hacer esta locura, ayúdame...»?

—Alguna vez pensé en decírselo, sí. Pero ¿qué habrían hecho conmigo entonces? ¿Darme unas pastillas?

La madre de Morate seguía sufriendo. Lo seguirá haciendo. En ocasiones no podía evitar sentir la culpa, pensar qué había hecho mal para que su hijo pequeño se hubiera convertido en un criminal. Su hijo debía ir a la cárcel, claro, el daño cometido era enorme, pero ella tenía miedo de que allí dentro le pegaran, lo acosaran, que pasara frío, que no comiera bien... Las familias de sus víctimas nunca recuperarán sus vidas. Al policía Fran, que sigue escuchando las excusas de toda clase de asesinos, no se le olvida lo que Morate pretendía con su acoso a su exnovia. Se lo confesó varias veces. Sergio Morate había elegido a Marina. Ella tenía que ser «la madre de sus hijos». Eso o nada.

El demonio paró en Usera

> «Me han entrenado para matar y voy a ir a por ti a matarte, ya sé quién eres.»
>
> Dahud Hanid Ortiz,
> sospechoso del asesinato de Maritza Osorio,
> Elisa Consuegra y Pepe Castillo

Estar de guardia en los grupos de Homicidios significa comerse el marrón que surja en la demarcación policial correspondiente durante las horas que dure esa guardia. Sin horarios ni conciliación posible. El teléfono puede sonar en mitad de la noche, con las primeras luces del alba o cuando la hija de un policía sale a bailar al escenario de la gala de fin de curso. Si hablamos de Madrid, estar de guardia supone, con toda seguridad, que en cualquier momento hay que levantar el cadáver de alguien que ha decidido acabar con su existencia; acudir a una vivienda donde un tipo ha terminado con sus problemas de pareja a las bravas o enfrentarse a un enigma cuyas pistas no pasan de un cuerpo perforado por balas, lacerado a golpes o rajado con un arma blanca. Estar de guardia en Madrid equivale, casi siempre, a comerse un marrón de dimensiones bíblicas, pero lo de aquel 22 de junio de 2016 superaba cualquier expectativa. Y los policías de Homicidios no son gente precisamente optimista. Les va en el cargo.

Los que estaban de guardia aquella tarde eran el subinspector Vadillo, el oficial Manu y el policía Budy, todos adscritos al grupo V de la Brigada de Policía Judicial. Vadillo y Budy habían levantado muchos muertos en sus ya dilatadas carreras profesionales, pero la escena que vieron al llegar frente al portal del número 40 de la calle Marcelo Usera, al sur de la capital, no era usual, ni siquiera en una ciudad como Madrid: tres cuerpos tapados con sábanas y mantas térmicas, rodeados del aparataje de los sanitarios, que nada pudieron hacer por encontrar un soplo de vida.

Los policías de Homicidios se abrieron paso entre la nube de agentes uniformados y sanitarios y echaron un vistazo a los cadáveres, que los bomberos habían sacado minutos antes cuando extinguían un pequeño fuego en el primero izquierda de ese inmueble. Dos mujeres y un hombre. Ellas, con las gargantas rajadas; él, con la cabeza machacada a golpes. Primera conclusión: nadie muere así en un incendio.

El fuego —provocado, según los bomberos y el sentido común— había destruido una parte del piso que alojaba un despacho de abogados. Muy pronto, los agentes conocieron las identidades de los tres cadáveres: dos empleadas del bufete, Maritza Osorio Riverón, de cincuenta y un años, y Elisa Consuegra Gálvez, de treinta y uno, y un cliente, el taxista Pepe Castillo Vega, de cuarenta y dos. Amigos, familiares y compañeros de piso de los fallecidos aparecieron por el escenario cuando los cuerpos aún no habían sido retirados y confirmaron de forma oficiosa las identificaciones. Todos se arremolinaban llorosos junto a un hombre que captó rápidamente la atención de los policías. Era el abogado Víctor Salas, el titular del despacho convertido en la escena de un triple crimen.

—Llegué aquí a las seis y diez, más o menos, porque dormí más de lo que tenía previsto después de comer. Había dos clientes en la calle que me dijeron que llevaban un rato esperando porque nadie les abría la puerta. Observé que de las ventanas del despacho salía humo y, cuando subí, vi que no podía entrar y avisé a los bomberos.

Víctor Joel Salas Coveñas nació en Perú en 1980. Allí se estaba forjando una prometedora carrera en el mundo del derecho cuando en 2008 se topó, desde su puesto de relator de sala —equivalente a nuestro letrado de la Administración de Justicia—, con un proceso en el que había varios encartados pertenecientes a un poderoso clan de traficantes de droga mexicanos e israelíes. Una magistrada rebajó sustancialmente las condenas para los narcos, un fallo que había redactado el propio Víctor Salas, quien denunció a la jueza por prevaricación. Poco después, uno de los magistrados que tuvo en sus manos el procedimiento fue asesinado y Víctor Salas acabó repentinamente su carrera en la justicia peruana. Puso a salvo a su familia, cruzó el océano Atlántico y se instaló en Madrid.

El que fuera ayudante de Fiscalía más joven de Perú trabajó como pintor y repartió pizzas mientras estudiaba para convalidar sus estudios de Derecho en la Universidad Complutense, hasta que en 2009, con el título español bajo el brazo, abrió un despacho en el populoso barrio de Usera. Eran los tiempos más duros de la crisis bancaria e inmobiliaria, en la que Salas supo ver un próspero

caladero: su negocio se centró en la compraventa de inmuebles y sus principales clientes fueron los comerciantes chinos, que se hacían con los locales que la crisis había dejado a precios irrisorios. El dinero de los chinos le sirvió al abogado para abrir su bufete y contratar a sus primeras empleadas, las cubanas Maritza, madre de una hija, y Elisa. Sus cadáveres, junto al del ecuatoriano Pepe, aún estaban calientes cuando Víctor comenzó a hablar con Vadillo y Manu, los agentes del grupo V, en la sede de la Brigada de Policía Judicial. Su compañero, Budy, se quedó en el escenario del crimen junto a los miembros de la Policía Científica, con la esperanza de que el fuego hubiese dejado alguna pista sobre el autor del triple crimen.

Un policía desconfía de un abogado penalista como un paciente lo hace de un dentista. Nunca se sabe qué sorpresas pueden deparar uno y otro. Vadillo, un tipo grandote y con maneras y gestos de policía paciente pero implacable, escuchó estoicamente lo que contaba Víctor: su huida de Perú, sus duros inicios en Madrid... El oficial Manu, espigado, callado, con mirada de tipo listo, permanecía expectante.

—Vamos a lo que ha pasado hoy, Víctor. Cuéntenos... —El subinspector Vadillo tenía tres personas asesinadas y necesitaba respuestas.

—Hoy, a las 14:41, recibí una llamada de Elisa, una de las abogadas del bufete. Me contó que había llegado a la oficina un cliente desconocido que solo quería entrevistarse conmigo sobre un caso de empresas en el que había un millón de euros por medio. Le pregunté a Elisa que cómo era esa persona y me contestó que era un hombre de constitución fuerte, que se había metido en el baño y que era un tipo raro. Decidimos decirle al cliente que regresara a las cinco, cuando yo volviese al despacho. Me sorprendió oír a Elisa con la voz algo temerosa, porque es una mujer de mucho carácter. Unos minutos después la volví a llamar, preguntándole si el hombre había salido del cuarto de baño y me dijo que no. Luego, al despertarme de la siesta, no localicé ni a Elisa ni a Maritza, otra empleada. No cogían ni sus teléfonos ni el del despacho.

Vadillo y Manu se pusieron alerta. Ese «tipo raro» podía ser un sicario enviado por un cliente descontento con el trabajo de Salas como abogado, pero un profesional del crimen es más pulcro a la hora de matar. Lo ocurrido en el despacho de Marcelo Usera, 40 era una chapuza.

—¿Ha recibido amenazas de alguien en los últimos tiempos desde que está en España?

—La semana pasada discutí con un cliente por un proceso laboral que se archivó porque él no se presentó a la vista. Me dijo: «Te vas a acordar de mí».

—Algo más, Víctor. Sabemos qué tipo de clientes tiene su despacho. —Los agentes ya habían averiguado que el letrado Salas había hecho fortuna representando a narcotraficantes.

—Miren, yo tengo un sospechoso claro. —Víctor quería despertar el interés de los investigadores y lo consiguió.

—¿Quién es?

—Es la expareja de mi novia, Irina, una mujer que vive en Fráncfort. El hombre se llama Dahud Hanid Ortiz, un venezolano nacionalizado estadounidense. Ha servido en el ejército, ha estado en Afganistán y de allí regresó con estrés postraumático. Estaba muy celoso y me llegó a amenazar por teléfono hace un mes.

—¿Qué le dijo ese hombre?

—Me dijo: «Yo he sido soldado en Estados Unidos, me han entrenado para matar y voy a ir a por ti a matarte, ya sé quién eres, deja en paz a Irina, que es mi mujer». Yo nunca pensé que cumpliría la amenaza e incluso le dije que tenía amigos en el cartel de Juárez.

Aquella amenaza tenía color para los agentes del grupo V. Vadillo, Manu y el jefe de grupo, Bernal, estaban de acuerdo en que el hilo del exmilitar podía ser bueno, pero no quisieron descartar el resto de las líneas, especialmente las que tenían que ver con la actividad en los tribunales, en Perú y en España, de quien había salvado la vida por haber prolongado su siesta más de la cuenta. Víctor Salas salió de la Brigada como testigo protegido y con escolta policial las veinticuatro horas del día.

Mientras, en el lugar del crimen los agentes de Policía Científica se afanaban en encontrar algún indicio en un escenario desastroso como lo es cualquier incendio. La inspección sirvió para determinar el comportamiento del fuego: el asesino cubrió con papeles los cadáveres y los prendió. El olor y las pruebas delataron que para acelerar las llamas se había empleado gasolina. Los agentes se llevaron los restos de una botella y su tapón —hallado bajo la mesa del despacho—, junto a docenas de muestras y un objeto peculiar que encontraron en el cuarto de baño: una tarjeta de visita con un siniestro logotipo y las palabras «Cartel de Juárez», exactamente el mismo sindicato del crimen del que Víctor había hablado a Dahud.

Los investigadores pidieron a Metro las imágenes de las cámaras de las dos estaciones más cercanas al lugar del crimen e hicieron lo mismo con cuatro líneas de autobuses de la EMT y una docena de establecimientos situados en las inmediaciones del despacho de

abogados. El asesino debió de pasar por delante de alguno de esos sitios y su imagen tuvo que quedar registrada. Empezaba una de las labores más tediosas de un investigador de homicidios: interminables horas metido en un despacho, frente a un ordenador, viendo imágenes en busca de una sombra, de un fantasma.

No muy lejos de los despachos de la Brigada de Policía Judicial, en el Instituto Anatómico Forense de la Ciudad Universitaria, los cuerpos de Maritza, Elisa y Pepe eran estudiados con detenimiento para certificar las causas de su muerte y reconstruir los movimientos de su asesino en plena furia homicida. Elisa tenía puñaladas en el pecho, la mejilla derecha y el cuello y un gran corte en la nuca que le seccionó la médula. A Maritza, el criminal le rajó el cuello de un solo tajo y a Pepe le reventó el cráneo con cinco fuertes golpes asestados con un objeto duro y romo.

El 23 de junio de 2016, apenas veinticuatro horas después del triple crimen, Víctor Salas regresó al grupo V con novedades. Había hablado con Irina, su novia alemana y la esposa de aquel a quien el abogado había apuntado como sospechoso:

—Me ha contado que desde el día 20 Dahud no ha vuelto al domicilio de la madre de ella, donde vive desde que abandonó su casa. También me ha dicho que no está el Volkswagen Polo que él utiliza habitualmente.

—¿Irina lo ha localizado? ¿Ha hablado con él?

—Sí, hoy mismo. Le ha dicho que no ha contestado a sus llamadas porque tenía el teléfono en modo avión y no se había dado cuenta. Le ha contado que ya no vive con la madre de Irina porque se ha mudado a casa de un amigo de la universidad, un hombre llamado Aditiya. Además, le ha mandado por WhatsApp una foto en la que se ve el ticket de una compra que hizo con su tarjeta de crédito en un establecimiento de Wurzburgo a las 14 horas de ayer.

Dahud, el único sospechoso con nombre y apellido, había aportado a su esposa una coartada para el día del crimen sin que nadie se la pidiese. Tan sorprendente como incriminatorio. Los agentes del grupo V estuvieron de acuerdo en que era imprescindible escuchar a la mujer que estaba en el centro de la trama. El 28 de junio, recién llegada desde Alemania, declaró ante los investigadores.

Irina Trippel, treinta y seis años, nacionalidad alemana, rubia casi platino, con unos rasgos que delataban su origen eslavo, explicó a los policías españoles, con la ayuda de una intérprete, que se había casado nueve años antes con Dahud Hanid Ortiz, un hombre de cuarenta y seis años nacido en Venezuela y

nacionalizado estadounidense. Se conocieron cuando él estaba destinado en la base militar norteamericana de Schweinfurt. Tras diecinueve años de servicio en el ejército y con el grado de sargento, Dahud fue expulsado por falsificar unos documentos para recibir una subvención, un fraude que le costó una condena de cuatro meses en prisión. Desde que salió en libertad en 2014, el exmilitar no había vuelto a trabajar, aunque en 2015 se matriculó en un máster en dirección de empresas. Era ella quien, con su empleo en una farmacia, sostenía la economía familiar.

Los investigadores ya tenían nombre, apellidos y hasta una historia de su sospechoso. Pero necesitaban conocer más acerca del matrimonio, los motivos por los que alguien podía haber desencadenado una matanza a casi dos mil kilómetros del lugar de residencia de la pareja.

—¿Cómo era su relación con Dahud? ¿La ha maltratado en alguna ocasión?

—He sufrido malos tratos psicológicos de forma puntual, pero más últimamente. Nunca lo he denunciado, pero sí he ido a terapia.

—Cuéntenos cómo conoció al señor Víctor Salas...

Irina relató el flechazo. El 16 de abril acudió a Madrid, junto a su madre y su hermana, para asistir a un curso de español y conoció al abogado en una discoteca el día 21. Unos bailes sirvieron para que no se separasen hasta la marcha de ella, el 23 de abril. La relación continuó a distancia, con mensajes y llamadas clandestinos, hasta que el 19 de mayo Dahud le arrancó el teléfono de las manos y vio una conversación en WhatsApp entre la mujer y el abogado afincado en Madrid.

—¿Qué pasó? ¿Cómo reaccionó él?

—Llamó a Víctor a través de la aplicación de WhatsApp y le preguntó quién era. Ese mismo día, el 19 de mayo, se marchó de casa y estuvo una semana desaparecido, hasta que se presentó en casa de mi madre, con la que se lleva muy bien, a unos sesenta kilómetros de mi domicilio.

Irina contó a los agentes que, mientras su marido estuvo fuera del hogar común, mantuvieron el contacto. Dahud le envió un par de conversaciones que él había tenido con Víctor, su amante. El exmilitar se mostraba enamorado de su esposa —«es todo lo que tengo»— y le decía al abogado que, para él, ella solo era una aventura: «La quiero mucho y la voy a tratar mejor, reconozco que no lo he hecho muy bien». La mujer dijo a los investigadores que esos días Dahud se mostró arrepentido, con miedo a perderla. Desde el 14 de junio la llamaba a diario, hasta tres veces en la misma

jornada.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Dahud?

—El lunes 20 de junio. Él vino a casa a ver a los perros, comimos juntos, se marchó a las 19:00 y media hora después me llamó por teléfono. Estaba normal. Al día siguiente, 21 de junio, no me llamó, lo que me extrañó.

Los agentes de Homicidios se acercaban al día clave, el 22 de junio. Ellos ya estaban casi convencidos de que esa tarde Dahud estaba muy lejos de Alemania, pero necesitaban situarlo en Madrid, en el barrio de Usera.

—¿Qué pasó el día 22?

—A las 18:42 —Irina consultaba su móvil para asegurarse de las horas mientras hablaba—, Dahud me llamó. Le dije que no podía atenderlo y que lo llamaría cuando llegase a casa. Se escuchaba muy mal, muy lejos, y le pregunté dónde estaba, pero él no me contestó. Nada más colgar me envió la ubicación, algo que no entendí. A las 20:06 me volvió a llamar, hablamos dos minutos, porque se escuchaba como antes, muy lejos, y él me dijo que estaba en un sótano. Dos horas después, a las 22:00, me llamó Víctor y solo me dijo que debía protegerme, que me metiese en un lugar seguro, y me preguntó dónde estaba mi marido.

—¿Qué pensó cuando la llamó Víctor? ¿Pensó que su marido había hecho algo?

—Pensé que algo malo había pasado e intenté localizar a Dahud. Lo llamé hasta once veces, pero no lo localicé. No lo cogía o estaba apagado. A las 15:16 del día siguiente, 23 de junio, conseguí hablar con él. Dahud me llamó, hablamos dieciséis minutos, le hice muchas preguntas, sobre todo dónde había estado y por qué no se había puesto en contacto conmigo. Me dijo que no se dio cuenta de que tenía el teléfono en modo avión y que me mandó la ubicación el día anterior porque yo le había preguntado dónde estaba. Me contó que estaba en casa de un amigo de la universidad, un chico indio llamado Aditiya con el que se había ido a vivir. Me explicó que se oía tan mal porque la vivienda era un sótano y cuando se asomaba a la ventana hacía mucho viento.

En las horas anteriores y posteriores al crimen, Dahud mostró un comportamiento errático, inusual, pero nada lo situaba en Madrid. Irina contó a los policías que su madre le confirmó que Dahud había desaparecido esos días con el vehículo de ella, un Volkswagen Polo con trece años de antigüedad y que usa gasolina como combustible, el mismo acelerante del fuego empleado en el incendio de Usera. A su suegra no le dijo nada sobre la supuesta mudanza y la mujer le

comentó a su hija que solo se había llevado un par de cosas. Además, Dahud envió a Irina varias fotos: unas tortugas, el ticket de un restaurante de Alemania correspondiente al día 22 de junio y una imagen de él mismo con un chico de rasgos orientales.

Irina cerró su declaración relatando una serie de extrañas llamadas que había recibido en las últimas horas.

—Ayer mismo, 27 de junio, a las cuatro de la mañana, recibí una llamada de un número oculto. Era una grabación en español de un hombre con la voz distorsionada. No pude entender mucho, pero sí escuché el nombre de Víctor, algo referente a que le cortarían la lengua, un aviso para que no fuera a Madrid y que mi familia estaba en peligro. A continuación, saltó una grabación en inglés, que decía lo siguiente: «Escucha atentamente, estás interfiriendo con nuestra organización. No viajarás a Madrid para ver a Víctor Salas. No viajes a Madrid esta noche ni nunca, estás en peligro si lo ves. Tú y tu familia estáis en peligro. Se te cortará la lengua». También he recibido mensajes parecidos en ruso y alemán.

—¿Quién sabía que venía a Madrid?

—Solo Víctor, aunque Dahud me llamó hace unos días para decirme que me mantuviera al margen de cualquier problema y que era peligroso acercarme a Víctor. Sé que él ha estado recopilando noticias sobre el crimen a través de internet. Comprobé que consultó una página de la BBC donde se decía que a una de las víctimas le habían cortado la lengua. De hecho, Dahud le enseñó esas noticias a mi madre para que viese con qué clase de gente me relacionaba yo y para que evitase que fuera a Madrid. Se volvió loco y comenzó a dar gritos y golpes al darse cuenta de que el hombre al que había matado no era Víctor, sino un cliente del despacho.

Esa confusión explicaba el trato especial que el asesino dispensó a Pepe, la saña con la que le había fracturado el cráneo. Dahud pensaba que había cumplido su misión en Madrid, pese a dos bajas colaterales —Elisa y Maritza—, en terminología militar.

Irina declaró durante cuatro horas. Había sido valiente y había contado a los agentes todo lo que sabía. Su testimonio sirvió para certificar que Dahud era una bomba de relojería, pero no era suficiente para situarlo en la escena del crimen, la clave de cualquier investigación de homicidios. A la mañana siguiente, la mujer volvió al grupo V y refirió a los investigadores que Dahud la había llamado en las últimas horas varias veces. Ella solo contestó en una ocasión y el exmilitar le dijo que sabía que había ido a Madrid con Víctor, lo que ella negó. Además, la mujer aportó las

grabaciones con las amenazas recibidas en su teléfono y los posicionamientos y las fotografías del ticket de un restaurante que Dahud le envió el día del triple crimen. La coartada del sospechoso.

Tras escuchar a Irina, los encargados de las pesquisas tuvieron pocas dudas de que Dahud era el responsable del crimen. Su imagen, que encajaba perfectamente con la de un veterano guerrero —alto, fuerte, con el cráneo pelado—, llegó a todos los ordenadores del grupo V.

La historia del crimen y sus resoluciones está llena de pequeños detalles. Ya Conan Doyle, en el siglo XIX, dotó a su Sherlock Holmes de una capacidad de observación por encima del común de los mortales. Todos los investigadores no son más que herederos del detective de Baker Street. Gemma, una de las componentes del grupo V, se fijó en el tapón de la botella de agua recogido bajo la mesa del despacho donde había tenido lugar el crimen. Era pequeño, de rosca, de color verde, y en él se podía leer la marca Volvic. «Esa agua mineral se vende mucho en Alemania», dijo como si tal cosa. Fue el vestigio más válido hallado por los agentes de la Policía Científica, la pista que unía el escenario de Usera con Alemania, el país del que procedía el principal sospechoso. Para confirmarlo, los agentes se pusieron en contacto con el distribuidor comercial de Volvic en España, que corroboró a los agentes que esa agua solo se vende en nuestro país con el tapón sport (en forma de boquilla) y que la marca, efectivamente, es líder de ventas en Alemania y en Inglaterra. Con ese dato, los investigadores concluyeron que la botella llegó llena de gasolina hasta Madrid. El tapón era la última pieza del puzle y la más importante. Ocho días después del crimen, los agentes del grupo V enviaron al juez el relato de cómo pudieron suceder los hechos, basándose en las pruebas obtenidas durante una semana febril.

Según esta reconstrucción, Dahud, loco de celos tras comprobar que su mujer tenía una aventura, recabó en internet información sobre Víctor Salas y viajó a Madrid por carretera. Antes, extrajo del depósito del vehículo la gasolina necesaria para llenar la botella de agua Volvic y dejó su teléfono en Alemania preparado con algún dispositivo para acceder a él de manera remota y, en caso de realizar alguna llamada, que el posicionamiento del móvil lo ubicase en territorio alemán. Los investigadores destacaron ante el juez la formación militar del sospechoso, que podía incluir conocimientos en manipulación de comunicaciones. El día 22, hacia las dos de la tarde, subió al despacho y preguntó por Víctor Salas, y, al no encontrarlo, se encerró en el baño, momento en el que Elisa

habló por teléfono con el titular del bufete. Dejó en el aseo la tarjeta del cartel de Juárez como pista falsa y extrajo el arma blanca que llevaba encima. Salió del baño y amenazó a Elisa y a Maritza para que se metieran en una habitación, donde las ejecutó degollándolas con la precisión de un matarife profesional. Después, esperó varias horas a que llegase Víctor Salas. En ese tiempo, encontró una palanqueta, que usó para matar a golpes a Pepe, el cliente, al que pudo haber confundido con Salas. A continuación, vació la botella que había llenado de gasolina, extendió los papeles encima de los cadáveres, prendió fuego y abandonó el lugar del crimen. En la carretera, a las 18:42, poco después de que el letrado llegase a su despacho y se diese cuenta del desastre, telefoneó a Irina para asegurarse su coartada y regresó a Alemania.

El relato llegó en la primera semana de julio al titular del Juzgado de Instrucción número 41, Juan Carlos Peinado. El magistrado recibió a Manu y Vadillo, los policías que habían llevado el peso de la investigación, y a Bernal, el jefe del grupo V, tras leer la reconstrucción de los hechos elaborada por los agentes. No le entusiasmó demasiado. Se mostró incrédulo con la teoría del exmilitar transmutado en un Otelo del siglo XXI. Pidió más pruebas, más cimientos para levantar su acusación, porque él seguía pensando que la clave del crimen estaba en las relaciones de Salas con sus clientes vinculados al narcotráfico. Los investigadores sabían que solo encontrarían más pruebas en Alemania. Allí residían dos personajes claves en esta historia: Aditiya, el amigo de Dahud, y la madre de Irina, que había estado con el sospechoso en las horas previas al crimen.

Los tiempos de la justicia van casi siempre por detrás de los de las pasiones humanas. Mientras el juez Peinado releía el atestado del grupo de Homicidios con grandes dosis de escepticismo, Irina permanecía en Madrid, protegida por Víctor Salas y sus escoltas, y Dahud continuaba su viaje a ninguna parte. Entre el 29 de junio y el 5 de julio, la mujer recibió veintisiete llamadas de su marido y un centenar de SMS y wasaps. No contestó nunca. El 5 de julio, sin una orden de detención que se lo impidiese, Dahud viajó en avión desde Fráncfort a Madrid en un vuelo de Iberia. Estuvo menos de una hora en el aeropuerto y a las 11:47 salió en dirección a Bogotá. Habían pasado dos semanas desde el crimen. Las imágenes del asesino cruzando las puertas de Barajas —alto, fornido—, captadas por las cámaras de seguridad, sirvieron de pistoletazo de salida para que el grupo V iniciase la cacería de su pieza por medio mundo, una búsqueda en la que jugarían un papel fundamental la sección de

Localización de Fugitivos de la Comisaría General de Policía Judicial y sus relaciones con agentes de varios países. Pese a que Dahud voló a Colombia, sus perseguidores sospechaban que recalaría en Venezuela, su país de origen, donde tenía familiares que lo podían cobijar. Mientras, el juez Peinado, en su despacho de la plaza de Castilla, se hacía el remolón cuando los investigadores le solicitaban que les permitiera viajar a Alemania en busca de más testimonios que «abrochasen» definitivamente la acusación contra el exsoldado.

El mismo día de la salida de Dahud hacia Sudamérica, una atemorizada Irina regresó al grupo V para prestar declaración, sin saber que su marido estaba ya a miles de kilómetros. La mujer les contó a los policías las llamadas y mensajes que había recibido de su esposo, en los que la culpaba de todos sus males y amenazaba con quitarse la vida. Irina enseñó a los agentes un mensaje de WhatsApp de Dahud que daba una buena idea de su estado mental:

> Ahora entiendo por qué me has abandonado. Soy una mierda y un dramático. Yo no puedo seguir así, estoy desilusionado, espero poder recuperarme. No quiero seguir viviendo así, esto no es vivir. No lo quiero más. Estoy sentado en el Polo porque no puedo encontrarme a mí mismo, te acabo de molestar veintidós veces y sigues estando allí. Por favor, no te involucres en nada malo y, si sigues con ese hombre, entrégate por completo, no te cohíbas. Si de verdad quieres ayudarlo, no te involucres en esta investigación, no des información ni opiniones, deja que hagan su trabajo, tú eres tú misma y es mejor por tu bien que te mantengas neutral y fuera del asunto independientemente de si puedes ayudar. No te expongas a peligros innecesarios, disfruta de la vida, mereces tener suerte, lo que nunca te he podido dar. Lo siento.

Mientras estaba declarando, Irina recibió un nuevo SMS de Dahud, que mostró a los policías: «Ayer estaba ido cuando te mandé esos mensajes, me había tomado varias pastillas tranquilizantes y no estaba bien. Por favor, contéstame, necesito aclararte algunas cosas». El SMS acrecentó el temor de la mujer, que confesó tener miedo de regresar a Alemania, desconocedora de que Dahud estaba muy lejos:

—Necesito pensar, estoy desconcertada. Sé que mi marido lo está pasando mal, pero no creo que haya sido tan loco como para venir a Madrid y matar a tres personas. Es verdad que podría hacerlo, tiene la fuerza y la preparación militar suficientes, pero no puedo ni imaginármelo.

La mujer reconoció días después las imágenes de su marido en el aeropuerto y proporcionó a la policía un dato inquietante: minutos después de haber hablado con Víctor en su casa de la posibilidad de

irse a vivir juntos a Barcelona, recibió un SMS de Dahud en el que le decía, en inglés: «En Barcelona hace mucho calor para los perros». La mujer entregó su ordenador portátil a los agentes. Sus colegas del grupo XXV de la Brigada dictaminaron en pocos días que alguien había introducido en su dispositivo dos programas espía que permitían conocer toda la actividad del aparato e incluso ver a través de su cámara y escuchar a través de su micrófono. Todos los datos eran enviados a cuentas de correo del sospechoso. Dahud creía tener todo bajo control.

Irina perdió su trabajo en la farmacia porque no quiso regresar a Alemania, aterrorizada por la sed de venganza de su exmarido. Los meses de verano transcurrieron sin grandes avances en las pesquisas, más allá de la comprobación de que Dahud había cruzado la frontera entre Colombia y Venezuela por el paso de Cúcuta el 7 de julio de 2016, al día siguiente de su llegada. Los agentes del grupo V regresaban periódicamente al despacho del juez Peinado para solicitarle que agilizase la comisión rogatoria a Alemania que les permitiría viajar hasta allí e interrogar a Aditiya, el amigo de Dahud, y a la familia de Irina. El magistrado les daba largas e incluso, ante el asombro de los agentes, anunció que pediría ayuda a su profesora particular de alemán en el caso de que necesitase traducir algo.

Mientras, la sección de Localización de Fugitivos de la UDYCO Central movía sus hilos desde la sede del complejo policial de Canillas. La nacionalidad norteamericana de Dahud motivó que la policía española se pusiese en contacto con los US Marshals, que centraron sus pesquisas en Miami, donde el exmilitar tenía fijada su residencia y lo arropaba su entorno más cercano. Los agentes estadounidenses incluso prepararon una trampa, en complicidad con el ejército, para hacer viajar a Dahud hasta territorio norteamericano con la falsa excusa de regularizar su situación.

Jordania fue otro de los escenarios de la búsqueda. El padre del sospechoso tenía esa nacionalidad y hasta allí llegaron las pesquisas, que se dirigieron de forma definitiva a Venezuela y Colombia, adonde se desplazaron agentes españoles para aportar datos a sus colegas sudamericanos.

El 16 de septiembre de 2016, Irina regresó por quinta vez al grupo V. Dahud estaba lejos, pero quería seguir manteniendo el control de la situación. La había llamado exigiéndole que le diera poderes para vender una casa que ambos tenían en Carolina del Norte (Estados Unidos). A cambio, le dijo, le facilitaría la separación matrimonial.

—Me amenazó diciendo que, si no lo hacía, llegaría hasta mí y la policía no podría impedírselo, y me dijo que estaba más cerca de mí de lo que imaginaba.

Los agentes, que a esas alturas se habían ganado la confianza de Irina, la tranquilizaron. Le dijeron que Dahud estaba muy lejos y que ella tenía protección en España y en Alemania. La mujer les enseñó una conversación de WhatsApp que tuvo lugar instantes después de la llamada.

—Esta vez no voy a fallar, lo prometo.

—¿En qué no vas a fallar?

—Quiero a toda la familia Trippel, no quiero ningún otro apellido. Europa es fantástica, me encanta, pero no me gusta que todos los terroristas y los sirios lleguen de forma muy fácil a través de otros países y me sorprendo de cómo pueden llegar a Europa. Lo sé. Has destrozado mi vida, no seas responsable de causarme más dolor, haz lo correcto.

Inmediatamente, le envió una fotografía de Madrid con las palabras: «Muy bonito» y el siguiente mensaje:

—Una persona que yo amé un día dijo «amo Madrid» y yo lo odio, procura no odiarlo también.

Irina entendió los mensajes como una amenaza. La referencia a los terroristas no era más que un aviso: si ellos llegan, yo también puedo llegar hasta Alemania o España y acabar contigo.

El tiempo se agotaba para los investigadores. El crimen ocurrió en junio de 2016 y los agentes sabían que, si había que solicitar datos a una operadora de telefonía, el plazo acababa en junio de 2017. Después de un año, cualquier información sobre los movimientos o las llamadas de un teléfono eran irrecuperables. Finalmente, en mayo de 2017, Vadillo y Manu viajaron hasta la localidad alemana de Wurzburgo. El juez Peinado accedió a dinamizar la comisión rogatoria gracias a la mano izquierda del subinspector Vadillo. En esa ciudad de poco más de 120.000 habitantes, en el corazón del estado de Baviera, destruida casi por completo por las bombas de la aviación británica en 1945, los agentes españoles encontraron las respuestas que les faltaban para completar el endiablado rompecabezas del triple crimen de Usera.

La declaración más esperada para los agentes del grupo V era la del indonesio Aditiya Petru Dolontelide, el compañero de estudios de Dahud, el hombre que, según todos los indicios, le había proporcionado una coartada al autor del triple crimen. A las 8:50 del 15 de mayo de 2017, Vadillo y Manu se sentaron con Aditiya y comenzaron a interrogarlo en presencia de un fiscal y dos policías

alemanes. Con la ayuda de dos intérpretes, extrajeron durante cuatro horas la información que necesitaban para estrechar el cerco policial y judicial en torno al exmilitar.

Aditiya, estudiante de Economía de veintiocho años, comenzó su testimonio de forma esquiva, acogiéndose a las lagunas de su memoria. No recordaba nada de lo sucedido en junio de 2016. Sí reconoció que Dahud había dormido en alguna ocasión en su casa, «porque me contó que tenía problemas con su mujer», pero no precisó las fechas. Los agentes fueron refrescándole la memoria con la información que tenían: le mostraron una foto de Aditiya y Dahud en un restaurante, la misma imagen que el exmilitar había hecho llegar a su mujer para hacerle creer que no se había movido de Wurzburgo.

—¿Se acuerda de esta imagen?

—Era una tienda de kebab. Encargamos pizza y unas cervezas.

—¿Se acuerda del día que estuvo allí?

—Solo sé que era por la tarde.

—¿Se acuerda si ese encuentro tuvo lugar entre el 20 y el 26 de junio de 2016?

—No me acuerdo.

Los policías españoles estaban al tanto de que esa imagen había sido tomada en las horas posteriores al crimen, con Dahud recién llegado desde Madrid, así que variaron su estrategia.

—El día que se hicieron esa foto, ¿notó algo que le llamara la atención en el comportamiento de Dahud?

—Tenía una herida en la mano, dos grandes cortes. Me contó no sé qué historia que le había ocurrido en la autopista. Había utilizado pegamento rápido para cerrar la herida.

Los agentes de Homicidios sabían que Maritza y Elisa murieron a consecuencia de las heridas de un cuchillo de grandes dimensiones con el que el asesino pudo haberse cortado. Le mostraron otra vez la foto, en la que se apreciaba un vendaje en la mano de Dahud.

—¿Se acuerda del vendaje con el que se había cubierto la herida?

—Yo le di ese vendaje. Dahud había puesto pegamento rápido encima y yo le di el vendaje. Era una tirita.

Los policías llegaban al momento clave del interrogatorio. Aditiya era una pieza fundamental para reconstruir el recorrido del asesino y necesitaban curarle la amnesia con la que se había presentado ante ellos. Empezaron a apretar.

—Es muy importante que se acuerde de lo ocurrido al menos los

tres días previos al encuentro de la foto.

—Es difícil, no me acuerdo.

—Lo puedo ayudar a recordar. Esa imagen se tomó el 23 de junio de 2016.

—Eso no me ayuda.

—¿Cuándo fue la primera vez que se vieron ese día?

—Fue por la mañana, entre las siete y las nueve.

Vadillo y Manu se miraron cómplices. Ya había un punto de partida. A Dahud le habría dado tiempo a recorrer en algo más de doce horas la distancia que separa Madrid de Wurzburgo. La coartada se iba viniendo abajo.

—¿Nos puede decir de dónde venía el señor Dahud?

—No hizo ningún comentario sobre de dónde venía. Tan solo dijo que tuvo un accidente en la autopista y que la herida se debió a ello.

—¿Tenía el señor Dahud su coche consigo cuando fue a verlo?

—Sí, siempre está con él.

—¿Estaba el coche dañado?

—Dijo que había cambiado una rueda y que se había herido al hacerlo.

—¿Quién tomó la foto?

—Dahud. Quería enviársela a su mujer para que ella supiera que estábamos juntos.

—Usted vio las heridas, ¿podría describirlas de manera más exacta?

—Tenía un corte abierto de dos centímetros de largo en una mano, no recuerdo en cuál. Todavía sangraba cuando llegó a mi casa. Además, tenía unas rozaduras en una pierna. Se duchó en mi casa y por eso pude ver las rozaduras.

—¿Creyó usted que esas heridas se podían producir por cambiar el neumático?

—No.

El fiscal alemán tocó la tecla idónea para activar a Aditiya.

—¿Le quedó claro que Dahud Ortiz lo quería tomar por estúpido?

—Sí. Él solo quería que pensara que las heridas se las había producido al cambiar el neumático. Sabía que eso no podía ser verdad. Tampoco lo creí. Me quería tomar por estúpido. Ese también fue uno de los motivos por los que terminé mi amistad con él. Era simpático por interés.

El fiscal siguió escarbando en la vía abierta con su aparentemente impertinente pregunta.

—¿Y qué es lo que él quería de usted?

—Me dio su teléfono móvil y su tarjeta de crédito. Me dijo que los utilizase para que su mujer pensara que se encontraba en Wurzburgo.

—¿Puede recordar cuándo le devolvió a Dahud el móvil y la tarjeta?

—No me acuerdo... —Los presentes en el interrogatorio guardaron un silencio expectante—. Pensándolo bien, creo que le devolví el móvil y la tarjeta el día que se tomó esa foto. Después de ese día no lo he vuelto a ver. Hemos hablado por teléfono. Quería que, cuando su mujer volviera a llamar, le dijera a ella que había estado con él. Al principio le dije que lo iba a hacer, pero yo no quería tener nada que ver con eso. Por eso no contesté a sus llamadas y después bloqueé su número. Entonces se puso cada vez más violento. Pero yo no quería hablar con él.

Los agentes españoles dejaron que el fiscal alemán siguiera llevando las riendas del interrogatorio.

—¿Le dijo Dahud el motivo por el que quería que se quedase con su móvil y su tarjeta?

—Me dijo que se veía con otra mujer. Tuve su móvil y su tarjeta unos cuantos días. Solo me dio esas cosas una vez.

—¿Y en el tiempo que tuvo el teléfono de Dahud en su poder recibió alguna llamada de Irina Trippel a ese móvil?

—Sí.

Vadillo y Manu no aguantaban más. Estaban muy cerca de desenmascarar por completo la coartada del asesino. Lanzaron la pregunta en espera de la respuesta que necesitaban.

—¿Qué hizo usted?

—Mientras sonaba el teléfono con la llamada de Irina, yo llamé al que se había llevado Dahud y pegué los dos móviles para que Dahud pudiera hablar con su mujer.

Misterio resuelto. Con este rudimentario procedimiento, muy alejado de las cábalas que los propios investigadores habían hecho basándose en los conocimientos en comunicaciones del exsoldado, Dahud hizo creer a su mujer que respondía a sus llamadas desde Alemania, cuando en realidad estaba matando en España. Eso explicaba que Irina lo escuchase «muy lejos», tal y como dijo.

—¿Quién le dijo que procediera de esa manera?

—Dahud.

Aditiya pareció venirse abajo. El interrogatorio, todo un arte policial, estaba dando el resultado esperado, hasta el punto de que en ese momento el indonesio enseñó a los agentes su móvil, abrió la

aplicación de contactos y mostró el número que Dahud había utilizado en las horas previas y posteriores al crimen de Usera. Era el teléfono que los agentes españoles necesitaban rastrear para fijar con precisión los movimientos del criminal.

Los encargados del interrogatorio querían acabar de demoler la coartada de Dahud. Le mostraron a Aditiya la fotografía del ticket de un restaurante que el sospechoso le había mandado a Irina.

—¿Nos puede decir cuándo, por qué y quién tomó esta imagen?

—La imagen la tomó Dahud, pero más tarde. Él me encargó que pagara mi comida en el restaurante Dahimy con su tarjeta ese día, el 22 de junio de 2016. Así lo hice a las 14:01. —A esa hora Dahud estaba en el escenario del crimen—. Es más, Dahud me encargó también que tras la comida fuera al gimnasio McFIT en Wurzburgo y me registrara con su tarjeta de miembro, y así lo hice sobre las 15:00. Además, Dahud me había encargado que comprara y pagara alimentos en el supermercado con su tarjeta. No lo hice y Dahud estaba bastante enojado por eso.

—¿Le explicó Dahud por qué tenía que hacer todo eso?

—Me dijo que debía asegurarme de que su mujer pensara que se encontraba en Wurzburgo.

Pocas veces nuestra policía se había enfrentado a alguien con una conciencia forense tan grande. El asesino de Usera preparó minuciosamente el crimen y su coartada. Aun así, el grupo V la había derribado por completo. Tanto, que cuando Aditiya abandonó el despacho en el que estuvo declarando, Manu y Vadillo intercambiaron una sonrisa cómplice, el equivalente al «ya lo tenemos» tan ansiado por cualquier investigador.

Los agentes de Homicidios se vieron con Irina en Alemania. La volvieron a interrogar en presencia de policías alemanes y el fiscal de Wurzburgo. La mujer repitió lo que había dicho en sus declaraciones en Madrid, aunque aportó algún detalle más: contó que Dahud agarró un cuchillo y amenazó con suicidarse cuando se enteró de su aventura con Víctor y se golpeó la cabeza contra la pared, hasta el punto de hacerse una brecha en la frente. Además, detalló el historial militar de su marido, que incluía misiones en Corea del Sur y en Irak, donde fue herido, lo que le valió el Corazón Púrpura, una distinción del ejército que premia el valor en combate.

Svetlana, la hermana de Irina, también declaró ante los agentes españoles y aportó un correo electrónico que Dahud le envió el 5 de septiembre de 2016 y que es lo más parecido a una confesión: «He hecho cosas horribles. Esto ha sido un accidente o lo que sea, créeme. Las personas pueden perder la cabeza y yo la he perdido».

A su regreso a Madrid, Vadillo y Manu sabían que no podían dejar pasar ni un segundo. Solicitaron al juez que pidiese a las compañías telefónicas el tráfico de llamadas y los posicionamientos del número que Aditiya les había facilitado: el teléfono que Dahud tuvo en su poder mientras desapareció de Alemania. El 22 de junio se cumplía un año del crimen y ese era el plazo límite para acceder al almacenamiento de datos. El 9 de junio de 2017, Bernal, el jefe del grupo V, le contó al escéptico juez Peinado los pasos que su sospechoso había dado: entre las 21:16 del día 21 de junio de 2016 y las 22:21 del día 22 de junio, Dahud había permanecido en territorio español. La información de la compañía Movistar permitió trazar un mapa detallado de sus movimientos.

A las nueve de la noche del día 21 —el anterior al crimen—, Dahud estaba en la localidad guipuzcoana de Oiartzun, un paso lógico desde Alemania a Madrid. Al día siguiente, en torno a las ocho de la mañana, las antenas situaban el teléfono del sospechoso a escasos metros del portal de Marcelo Usera, 40, el escenario del crimen. Allí permaneció hasta las 14:37, momento en el que el móvil se apagó, coincidiendo con la hora en la que irrumpió en el despacho preguntando por Víctor Salas. Al poco de finalizar la matanza y abandonar el lugar, a las 18:29, el teléfono de Dahud se encendió junto a la glorieta de Pirámides, muy cerca del lugar de los hechos. Las antenas registraron incluso la llamada que Dahud simuló hacer a Irina mediante el primitivo sistema revelado por Aditiya. En ese momento no estaba en ningún sótano de Alemania, tal y como le dijo a ella, sino en el madrileño barrio de Moratalaz. Posteriormente, y siguiendo la ruta lógica de vuelta a Alemania, el teléfono quedó registrado a su paso por San Sebastián de los Reyes (Madrid) y Pradales (Segovia).

El 15 de junio de 2017, el jefe del grupo V entregó al juez un pormenorizado relato que resumía un año de investigaciones, un año en el que sus agentes lograron apuntalar todas las acusaciones contra quien había sido desde el primer momento su principal sospechoso. El juez, esta vez sí, dictó una orden internacional de detención contra Dahud Ortiz por los asesinatos de Pepe, Maritza y Elisa.

Poco después quedó una vacante en la Sección de Homicidios, en ese momento dirigida por Quique González Reales, un atípico policía apasionado de la investigación, del Real Madrid y de Led Zeppelin. Quique le había echado el ojo a una prometedora inspectora que no acababa de decidirse a dar el paso de entrar en Homicidios. Le entregó a su candidata un informe que resumía la

investigación del crimen de Usera.

—Toma, aquí hacemos estas cosas. Léelo y me dices si te vienes.

Hoy, esa prometedora inspectora es la jefa del grupo V.

Las investigaciones de la sección de Localización de fugitivos hicieron posible que Dahud fuese finalmente detenido el 12 de octubre de 2018 en Puerto Ordaz (Venezuela), donde residía protegido por su hermana y su madre. Las autoridades españolas solicitaron su extradición inmediata, que iba por buen camino hasta que el Gobierno español reconoció en febrero de 2019 a Juan Guaidó, el líder de la oposición, como «presidente encargado» de Venezuela. La *realpolitik* no entiende de crímenes y desde entonces nada se sabe de la posible entrega del asesino. Víctor Salas sigue su rastro —«porque se lo debo a Elisa, a Maritza y a Pepe»— y algunas informaciones aseguran que su condición de exmilitar de Estados Unidos le ha servido a Dahud para disfrutar de un cómodo encarcelamiento mientras revela informaciones a la cúpula militar bolivariana.

La sima no se tragó a Vanessa

> «No puedo vivir con esta pesadilla, pero no he tenido el coraje de quitarme la vida.»
>
> Rubén Maño, asesino de Vanessa Ferrer

Colgada en el vacío, la cintura apoyada sobre dos ramas de un árbol y los brazos y las piernas suspendidos en paralelo, hecha un guiñapo. Con la piel clara lacerada y cubierta de hematomas y una camiseta gris llena de manchas rojizas y subida hasta el pecho, lo que deja a la vista un sujetador blanco del mismo color que el tanga. No lleva más ropa y los pies desnudos revelan la huella de la tierra pegada, como si la hubiesen arrastrado hasta ese agujero sobre el que ondea la melena castaña suelta, salpicada de briznas y sucia de su propia sangre, que cae y le tapa un rostro congestionado por la muerte.

Un agente del Seprona de la Guardia Civil divisó el cuerpo desmadejado, colgado de un árbol a unos ocho metros del suelo, a las once de la mañana del viernes 28 de octubre de 2016, en la sima de los Borricos, un agujero de treinta metros de profundidad donde los habitantes del cercano pueblo de Chella (Valencia) arrojaban los cadáveres de los animales de labranza para que la tierra se los tragase. El hallazgo puso fin a una búsqueda que había comenzado catorce horas antes, cuando Carmen Ciges acudió al cuartel de la Guardia Civil de Enguera para denunciar la desaparición de su hija Vanessa. Había vuelto de trabajar a las siete de la tarde del jueves y la comida que había dejado preparada a la chica estaba intacta. Se había despedido de ella la noche anterior y a la mañana siguiente la menor no había aparecido por el instituto.

Los especialistas de rescate en montaña de la Guardia Civil sacaron el cuerpo del fondo del agujero con mimo, como si se tratase de un superviviente de un accidente, y lo izaron por las paredes verticales hasta la superficie de la sima, el lugar desde

donde debió de ser arrojado. También extrajeron de allí un edredón sucio, viejo y maloliente —la improvisada mortaja— y una chaqueta vaquera de mujer, que estaban a escasos metros del cadáver y habían quedado enganchados en la vegetación. El cuerpo quedó tendido boca arriba sobre la camilla con la que lo rescataron. Los agentes de Criminalística de la Guardia Civil impregnaron con tinta el dedo índice de su mano derecha y obtuvieron una impresión de la huella dactilar antes de tapar sus manos con bolsas para preservar cualquier rastro que hubiese podido quedar en sus uñas. En pocos minutos, la coincidencia de esa reseña necrodactilar con la de la base de datos del documento nacional de identidad puso nombre, apellidos e historia al cadáver rescatado del agujero. El cuerpo pertenecía a Vanessa Ferrer Ciges, nacida el 24 de abril de 2001 y asesinada treinta y seis horas antes de que encontrasen su cadáver. Tenía quince años.

Un día antes de morir, el 25 de octubre de 2016, Vanessa estuvo en Navarrés, un pueblo cercano a Chella. Allí vivían una de sus mejores amigas, Sara, y su novio, Marc. Al día siguiente no había clase en el instituto por una huelga de estudiantes y Vanessa cenó en casa de Sara y pasó la noche con Marc, un chico de dieciocho años con el que salía desde el mes de febrero. Formaban la pareja más popular del pueblo. El último día de su vida Vanessa comió con su novio, se tomó un refresco en un pub de Navarrés y esperó a que Julia, otra de sus amigas más cercanas, la recogiese para ir al cine a Játiva con ella y con Stefan, otro chaval de la pandilla. A las 20:30, Vanessa llegó a su casa de Chella. Allí, su madre le preparó un vaso de leche con galletas. Mientras la mujer trasteaba en la cocina, la chica repitió la cantinela de las últimas semanas:

—Mamá, para Navidad quiero que me compréis una moto.

Carmen Ciges no recuerda si le contestó. Tampoco si le dio un beso después de que Vanessa le dijese:

—Me voy con mis amigos, vuelvo a las doce.

A las doce de la noche, Carmen ya solía estar profundamente dormida. A las 6:30 se iba de casa para trabajar en una fábrica de puros canaleños y se acostaba siempre entre las 22:00 y las 22:30. El accidente de tráfico de su marido, que lo tenía postrado desde 2004 en una silla de ruedas con la médula partida, hizo recaer sobre ella toda la carga del hogar. La hermana mayor de Vanessa, Alba, estudiaba un módulo sanitario en Valencia y Carmen se afanaba de sol a sol para hacer frente a todos esos gastos.

La chica salió de su casa en dirección al centro del pueblo. Por el camino se cruzó con Sissi, una conocida, y se saludaron. En Chella

—2.400 habitantes— era difícil encontrarse a un desconocido. Vanessa recorrió novecientos metros a pie antes de llegar al número 48 de la calle San Antón, una vía en cuesta, con escaleras. Por el camino se cruzó varios mensajes de WhatsApp con su amiga Sara, trufados con emoticonos.

—Me voy ahora a casa de Rubén. Pero yo de fumas con Luis y mi primo.

—¿Y mañana qué?

—Insti. A las 12 me iré a casa.

—Buena vida. Adiós neuronas de Vanessa.

—Yo controlo.

Marc también fue el destinatario de algunos de los mensajes que Vanessa envió mientras caminaba. El chico acababa de regresar de entrenar:

—Ya estoy.

—¿Y qué tal?

—Bah, regular.

Marc nunca vio el doble *check* azul que verificaba que su novia había leído su último mensaje, enviado a las 22:25. Minutos después, Vanessa llegó a su destino, una casa de dos plantas deshabitada y sin luz eléctrica. Allí la esperaba quien estaba a punto de convertirse en su asesino. Tenía el cuerpo rebosante de alcohol, drogas y testosterona.

La casa de San Antón, 48 era el picadero y fumadero de Rubén Maño Simón, uno de los gallitos del pueblo, un malote rural con pretensiones de hampón. En la vivienda estaban habitualmente Capitán y Kira, los dos perros de la familia, y hasta allí llevaba Rubén a sus conquistas y a sus amigos para ponerse hasta arriba de alcohol, porros y cocaína. El joven acumulaba a sus veintiún años varias detenciones por robos, peleas y violencia de género. En su currículum delictivo lucía una orden de alejamiento de su última pareja, Alvija, una menor de edad de origen lituano, y un quebrantamiento de la medida. Desde su adolescencia, Rubén era un asiduo de los servicios de salud mental. Diagnosticado con trastorno de déficit de atención e hiperactividad, el consumo de alcohol, cannabis y cocaína había agravado su estado, hasta el punto de convertir la convivencia con su hermana menor y sus padres en inviable. Su historial habla de falta de control de los impulsos, de reacciones explosivas, de rotura de objetos, de fugas y de llamadas a la Guardia Civil para pararle los pies. Rubén hacía lo que le daba la gana, sin que nadie le pusiese límites, ni sus padres ni la ley. Aquel 26 de octubre de 2016 parecía que iba a ser un día

más en la plomiza y anodina existencia de Rubén Maño. Se levantó tarde, como siempre. Nunca madrugaba y comenzaba pronto a consumir alcohol y drogas. Casi siempre en compañía de Luis, del que no se separaba desde que tenían siete años.

Luis, nano, vamos de pesca a la Albufera de Anna con la banda, que por ahí están Ahmed, Víctor, Chaid, Rumen y Judith. He pillado dos gramos, que se los cambié a un fulano por hierba. Nos hacemos unas rayas para que la pesca vaya mejor. Esto es un coñazo, venga, ye, vamos a Chella, que tengo que pagar una pella de treinta euros de hierba al Potro. Llévame en tu coche, Luis. Otra raya mientras esperamos al Potro. Va, nano, te acompaño a la autoescuela de Játiva, Luis, a ver si puedes recuperar los puntos. Conduzco yo para que no te pillen. A Chella de vuelta. Para aquí, que me queda un poco de farlopa y la acabamos. Joder, nano, nos hemos comido ya los dos pollos. Para en Bolbaite y pillamos otro medio gramo para seguir la fiesta. Vaya globo que tenemos, mejor vamos a casa de Gabri, que no quiero que nos vean así de castañas por el pueblo. Unos cubatas de coñac con cola con Gabri y con Vicente, el primo de Vanessa. Qué guapa se está poniendo la chavala, ya es toda una mujer, veo sus fotos en Snapchat y me pone mucho. Unos canutos y vamos a acabar con el medio que hemos pillado. Hay que ir a por más. Ya he quedado en el cementerio con uno que nos pasa otro medio. ¿No me fías? Pero si me conoces de toda la vida. Va, vamos a un cajero, me acompañas y te doy la pasta. De vuelta a casa de Gabri. Más copas con él, con Vicente y con el Polero, que ha llegado ahora. Los más reventaos del pueblo, los que tienen más vicio, che. Dejad la puta consola y vamos a meternos. Ye, qué poco dura la farlopa entre tantos. Va, Luis, déjame treinta pavos y pillo otro medio, que me quiero follar a una pava y le va el perico. Va, Luis, va, treinta pavos. Va, nano, va. Venga, me piro, que he quedado.

Luis, amigo íntimo de Rubén desde que eran niños, siguió la fiesta por su cuenta. Poco antes de las once de la noche llegó a casa de Eloy, otro de los veinteañeros que formaban la pandilla de la ermita, como ellos mismos se hacían llamar porque la ermita de Anna era su lugar de reunión habitual. Luis siguió fumando porros y bebiendo. Antes de salir de casa de Gabri —la que Rubén había abandonado minutos antes—, comenzó a recibir comunicaciones de WhatsApp de su amigo. La primera llegó a las 22:42.

—¿Qué haces?

—Aquí aún.

—Yo fumando, ya casi seco, jeje. Después me dejas el coche diez

minutos solo. No preguntes para qué.

—Jajajaja. Tú flipas, mamón.

Entre las 22:42 y las 23:42, Rubén Maño envió noventa y un mensajes a su amigo. Le pedía el coche de forma insistente, sin darle las razones de esa urgencia. Minutos antes de las doce de la noche, Luis llegó en su vehículo al número 48 de la calle San Antón. Rubén lo esperaba frente a la puerta del garaje.

—Si no me dices para qué quieres el coche, no te lo dejo. ¿Para qué lo quieres? ¿Para follarte a Alvija? —Luis sabía que su amigo y su expareja se veían ocasionalmente, pese a la orden de alejamiento que pesaba sobre él.

—Sí, sí, es para eso, es para follármela. Tardo solo diez minutos.

Luis le dio las llaves del coche de mala gana.

—Al menos, déjame entrar en casa y espero ahí.

—No, no, que Alvija está dentro y no quiere que nadie nos vea juntos.

—No me jodas, Rubén, que ya os he visto más veces.

—No, por favor, espérame aquí fuera.

Luis esperó sentado en una piedra de la calle mientras su colega movía el coche hasta la puerta del garaje. Pasó diez minutos oyendo el motor del vehículo encendido y se dirigió hasta la cochera, que estaba cerrada. Rubén salió sudoroso y lloroso.

—Rubén, no te voy a dejar el coche para follarte a nadie, joder.

Luis abrió la puerta del copiloto e inspeccionó los asientos delanteros y traseros. Allí no había nadie. Rubén, con la mandíbula desencajada, los ojos vidriosos, sudando por todos sus poros y hecho un manojo de nervios, le imploró una vez más.

—Cinco minutos, Rubén. Te lo dejo cinco minutos.

Rubén arrancó antes de que Luis terminase la frase. No fueron cinco minutos. Rubén tardó algo más de media hora en regresar a la casa de San Antón. Al llegar, se acostó. Pocos minutos después, Luis, incapaz ni siquiera de tumbarse por el efecto de la cocaína que había consumido, oyó roncar a su amigo. A las dos de la madrugada, Luis llegó a su casa y se tomó un vaso de leche procurando que su padre y su hermana, que estaban despiertos, no le vieran. La coca y el alcohol habían dejado en él una huella más que reconocible. Otra noche que acababa con una castaña.

A las siete y media de la tarde del 27 de octubre, Carmen Ciges, la madre de Vanessa, llegó a casa tras su larga jornada laboral. En la cocina seguían intactos los platos que le había dejado a su hija para que comiese al regresar del instituto. Un mal pálpito comenzó a latir en el corazón de la mujer. Llamó a Julia, la mejor amiga de

Vanessa, por si había dormido con ella. No había estado allí ni había ido a clase. Julia pensó que, como en otras ocasiones, las dolorosas reglas de su amiga la habían obligado a quedarse en casa. Sara, otra de las chicas de la pandilla, empezó a recibir mensajes de WhatsApp, al igual que Alvija, Stefan, Judith... Vanessa no había ido a clase, su madre no sabía nada de ella y Marc, su novio, tampoco. La cuadrilla de quinceañeros que compartían con la desaparecida clases en el instituto, ratos muertos en la plaza y confidencias propias del paso a la edad adulta, se movilizó. En Chella, los lazos familiares y de amistad mantenían unidos a casi todos sus habitantes, especialmente a los jóvenes. Vanessa era prima de Vicente y de Carlos, dos de los mejores amigos de Rubén Maño y de su inseparable Luis, que estaban entre los mayores, los que cortejaban a las chicas más jóvenes, los que les vendían la marihuana que fumaban Vanessa y sus amigas. Los mayores también se enteraron pronto de la desaparición de la menor. Rubén escribió a las 19:46 del 27 de octubre a su amigo Luis:

—Vanessa no ha ido a casa.

Luis le contestó que ya lo sabía y Rubén se ofreció a promover una batida:

—¿Vamos a buscarla o algo?

A las nueve de la noche, Carmen, la madre de Vanessa, se presentó en el cuartel de la Guardia Civil de Enguera para denunciar la desaparición de su hija. Natalia, la madre de Julia, había ido a buscarla a su casa. Antes de ir al cuartel, las dos preguntaron por Vanessa en el pub Harlem, el centro de reunión del pueblo, por donde todos los jóvenes acababan pasando en algún momento del día. Nadie sabía nada de ella.

—Carmen, hay que ir a la Guardia Civil —le dijo Natalia a la desconsolada madre—. Si no le ha pasado nada, le damos dos hostias, pero hay que denunciar.

Natalia conocía bien a Vanessa. Ese verano de 2016 se la había llevado de vacaciones y había sido la depositaria de algunas confidencias de la menor: su relación con Marc, su primer amor, los problemas en su casa... Su condición de madre la hacía presagiar que a la chica le había pasado algo terrible.

Carmen Ciges dio a los agentes todos los datos de la joven y los contactos de sus amigas más íntimas. Una de ellas, Sara, habló con la Guardia Civil en los primeros minutos de la investigación:

—Anoche, Vanessa me dijo que iba a casa de Rubén, un chaval del pueblo. Me mandó un mensaje diciéndome eso a las 22:20.

Ya había un nombre, alguien por donde empezar a buscar. Los

agentes pidieron a Sara el teléfono de Rubén y lo llamaron inmediatamente.

—¿Vanessa? No sé nada de ella desde hace tres días. Estoy preocupado, como todos. Había quedado ayer con ella, pero no apareció.

A los investigadores no les gustó la reacción del joven. Menos aún cuando comprobaron que tenía ya un abultado historial delictivo. Querían verle la cara, mirarlo a los ojos y comprobar cómo respondía con dos guardias delante de él. Cerca de las diez de la noche, una pareja de agentes llamó a la puerta del domicilio familiar de Rubén Maño.

—A ver, ¿tú no estuviste anoche con Vanessa?

—No, no, qué va. Estuve con unos colegas fumando porros hasta tarde.

—¿Seguro, Rubén? Hace un rato, al teléfono, nos has dicho que no sabes nada de ella desde hace tres días y nos cuentan que no, que la viste anoche.

—No, lo único que hice fue cruzarme unos wasaps con ella. Íbamos a vernos, pero no apareció.

—Ah, pues enséñanos esos mensajes, venga.

—Es que borro las conversaciones. Los he borrado.

Los agentes tenían ya un primer sospechoso. La reacción de Rubén, sus antecedentes —los investigadores marcaron en rojo la línea de la denuncia por violencia de género— y el hecho de que alguien lo situase con la desaparecida en las horas clave lo puso bajo el radar de la Guardia Civil. La llamada a Rubén tuvo un efecto inmediato.

El pub Harlem, un rancio local en el centro del pueblo, es el punto de reunión de los jóvenes de Chella. La noche del 27 de octubre, cuando la noticia de la desaparición de Vanessa ya se había extendido por todo el pueblo, pasaron por allí Luis, el amigo íntimo de Rubén, Carlos, primo de la desaparecida, y Alvija, la expareja de Rubén.

Luis, convencido de que la noche anterior Alvija había mantenido relaciones con Rubén en su coche, vacilaba a la menor:

—Te he pillado, lo sé todo, ya sé de qué palo vas.

—No sé de qué me hablas, Luis. No sé qué sabes, no sé a qué te refieres. —Alvija, amiga íntima de Vanessa, estaba a esas horas pendiente de las noticias sobre la desaparecida.

En mitad de la conversación, Rubén apareció sudoroso y acelerado. Luis le hizo un gesto a Alvija para que se callara.

—¿Cómo podéis estar ahí sentados con Vanessa desaparecida?

¿Quién se viene en mi coche? Joder, la Guardia Civil ha venido a buscarme. ¿Nadie? Luis, estate pendiente del WhatsApp.

Pocos minutos después de abandonar el pub, Luis comenzó a recibir en su teléfono mensajes de su amigo, que Alvija pudo leer perfectamente y le hicieron ver a su expareja como sospechoso de la desaparición de Vanessa. Alvija llamó al padre de su novio, guardia civil en el cercano puesto de Canals, y le contó lo que había visto:

—Nada más irse Rubén del pub, le ha mandado a Luis un mensaje en el que le decía que, si la Guardia Civil le preguntaba por lo que habían hecho la noche de la desaparición de Vanessa, dijese que habían estado juntos toda la noche.

Vaya agobio. La Guardia Civil preguntando por todo el pueblo. Luis ya sabe lo que tiene que decir. Que estuvimos toda la noche juntos, que no cuente lo del coche, que lo jode todo. Todos buscando a Vanessa, ye. Pero allí, en las simicas no la encuentran. Seguro. Los guardias van a preguntar a todo el mundo. Voy a escribir a todos para que lo tengan claro. Al Gabri, que está reventao y no sabe ni lo que dice, lo aviso ahora mismo:

—Gabri, ayer desapareció una chica, ella vino del cine, estábamos en tu casa, iba a venir, pero no vino y Luis y yo nos fuimos a casa de mi madre a dormir. Seguramente te llamen. Di la verdad, que estábamos en tu casa y nos fuimos a sobarla.

—Vaya tela, colega.

—Te acuerdas, ¿no? Nos fuimos Luis y yo a sobarla. Que la Guardia Civil investiga todo.

—Sí, bro.

—Yo creo que estará con alguno. Por ahí o a saber.

El Gabri y el Luis, controlados. Al Vicente no le digo nada, que está volao y se le va la olla. Las amigas de Vanessa, que la estarán buscando como locas. Julia, voy a escribir a Julia.

—Qué fuerte, macho, ha venido la Guardia Civil. Nos ha preguntado. Ayer me dijo, ya voy, que estábamos en casa de Gabri fumando. Y no vino. A las once y media estaba ya en casa de mi madre con Luis. Que casi siempre dormimos juntos. La vieron en el mirador, me han dicho. ¿No puede ser que esperara a alguien? Llevo un mal de estómago, como todos.

—A ver, ¿tú ayer quedaste con ella, aunque no os vierais? ¿Hablaste con ella?

—Sí, la Guardia Civil lo sabe.

—¿Y quedaste con ella en el mirador?

—Qué va.

Julia se lo contará al resto de la pandilla. Que Vanessa no vino, que yo estaba en casa de mi madre sobando. Voy a escribir a su novio, Marc, por el Facebook, que no tengo su teléfono. Que se entere también.

—Yee. La gente flipa. Ayer sí que nos habló. Le dijimos estamos fumando, vente si quieres. Pero no vino. No sé nada más. Dijo ya voy y no vino. Ha venido la Guardia Civil a hacer preguntas.

—¿A qué hora te habló a ti?

—No tengo ni idea porque borro todos los chats. Y yo y Luis nos fuimos a casa de mi madre a dormir.

—Joder, tío, qué rabia. Estoy que me subo por las paredes.

—Yo ni he cenado. Y encima viene la Guardia Civil y me hace preguntas y aún me dice que me tocará declarar. Estoy hasta mareado. Y encima mi amiga no sé dónde está. Me voy a pillar un cabreo con ella.

Sí lo sé, sí. Sí sé dónde está. Pero allí, en las simicas, no la encuentran. Se la tragará la tierra, como a los animales del campo que tiraban allí.

La noche del 27 de octubre de 2016 casi nadie durmió en Chella. En Jorge y Carmen, los padres de Vanessa, el miedo a un desenlace fatal crecía a medida que pasaban las horas. Los amigos de la chica se cruzaron mensajes durante toda la noche haciendo cábalas sobre lo que le habría pasado a su amiga. Rubén Maño creía haberse construido una sólida coartada con los mensajes que envió situándose la noche de los hechos durmiendo en casa de su madre en compañía de su amigo Luis. La Guardia Civil preparaba el dispositivo de búsqueda, con la seguridad de que estaban ante una desaparición con muy mal pronóstico.

Julia, la mejor amiga de Vanessa, no pegó ojo. Durante toda la noche releyó los mensajes que se había intercambiado con Rubén. Sabía que la relación entre Vanessa y él no iba mucho más allá de fumarse unos porros juntos o de haber coincidido con más gente. Y también sabía que Rubén se había puesto pesado con su amiga alguna vez, comentando sus fotos en Snapchat, diciéndole lo guapa que estaba. A las seis menos cuarto de la mañana retomó la conversación con Rubén:

—Es que las cosas no cuadran, Rubén.

—Le dije que estábamos fumando, le dije vente si quieres, me dijo vale, le dije avísame, me dijo aún estáis ahí y le dije sí. Y no vino. ¿Qué te crees, joder? Es mi amiga también. No sé nada más, Julia. Dime algo.

—Rubén, estoy bloqueada. No sé qué decirte ya.

—Normal, lo estamos todos. ¿Pero has leído bien lo que te he dicho?

—Sí, tranquilo.

La Julia lo tiene claro. Si la llaman los guardias les enseñará lo que le he escrito. Y se lo dirá a Sara, a Fani y a todas las de la pandilla. Y a Marc, el novio de Vanessa. A ese lo habrá ido a ver la Guardia Civil ya. Voy a escribirle otra vez por el Facebook.

—¿Cómo vas? Ven a hablar conmigo si quieres.

—Ha venido ahora a hablar la judicial conmigo. Seguro que también van a hablar contigo, porque fuiste el último en hablar con ella. ¿A qué hora te dijo que ya iba? ¿A las once menos cuarto?

—Qué va. Pronto, a las nueve.

—A las nueve, imposible, si acababa de llegar a casa y tenía que cenar y todo.

—Y cuarto, y media. Más de las diez no eran. A las once ya estaba en casa con mi madre.

—Ella se conectó a las 10:47 la última vez.

—¿Con quién habló?

—Pues no sé, que mire sus wasaps la Guardia Civil.

—Eso van a hacer.

—Che, che, ¿cuándo vendrán?

—Te llamarán. Tienen tu número.

A ver si llaman ya los guardias. Les cuento esto y prou. Que miren lo que quieran, que en las simicas no la encuentran. Allí se la traga la tierra.

Apenas unas horas después de que Rubén se comunicase con Marc, un agente del Seprona divisó el cuerpo sin vida de Vanessa colgado de las ramas de un árbol, casi en el fondo de la sima de los Borricos. La vegetación evitó que el cadáver cayese al fondo del agujero, donde habría resultado prácticamente imposible encontrarlo. Cuando aún no había sido identificada de forma oficial, la noticia del hallazgo del cuerpo de Vanessa saltó de teléfono en

teléfono. Los agentes de Enguera, que se habían hecho cargo de la denuncia, avisaron a sus colegas del grupo de Homicidios de la Unidad Orgánica de Policía Judicial de Valencia. Por el camino, los especialistas en resolver crímenes fueron recabando información de sus compañeros del puesto de Enguera. Rubén Maño era el principal sospechoso: su reacción cuando fue interrogado de manera informal, el mensaje que Alvija contó que había mandado a su amigo Luis y sus antecedentes lo pusieron en el foco. Alrededor del lugar del hallazgo, acordonado por los agentes de la Guardia Civil, comenzaron a arremolinarse vecinos del pueblo y amigos y conocidos de la chica. A la una de la tarde, el hallazgo del cuerpo de Vanessa ya era una certeza para todos. También para Rubén.

La han encontrado. Me cago en todo. Qué hago. Yo no quería hacerle daño. Iba todo castaña. A la cárcel, ahí voy a ir. No sé qué hacer. Voy a buscar en internet: «¿En la cárcel se pasa tan mal? ¿Qué tienes que hacer?». A la cárcel, che, a la cárcel. Tengo que escribir a Luis.

—¿Qué dices, tío?
—Yeeee. Me acaba de decir eso Amanda, tío.
—¿El qué?
—Que la has matado tú.
—Estabas conmigo, tío. Ye.
—Ye, que sí, macho, me cago en Dios.
—Luis.
—¿Qué?
—¿Qué hago, macho? Todos contra mí.

Al pie de la sima, junto al cadáver de Vanessa, los agentes de Homicidios observaron las evidentes señales de violencia en el cuerpo de la chica sin necesidad de que las certificase un forense. La Guardia Civil planificó allí mismo los pasos a dar en las horas siguientes. Las contradicciones de Rubén y su estrecha relación con su amigo Luis pusieron a los dos en el punto de mira de los investigadores. El sargento del puesto de Enguera comenzó a marcar el teléfono de Rubén, que no respondía. Mientras, el joven buscaba información sobre el hallazgo del cadáver en la web del diario *Las Provincias* y comenzaba una huida hacia ninguna parte.

Voy a coger la moto y a ver a la yaya a Bolbaite, que no sé si la veré más. Yaya, no sabía lo que hacía, me voy a tirar desde lo alto del castillo. He matado a una chica, a la chica esa que han encontrado.

Yaya, yo no quería, discutimos, se me fue de las manos. Yaya, me había metido de todo. Voy a llamar a la mamá. Mamá, que me voy a matar, que he matado a una amiga, sin querer. No sé lo que pasó. Tomé muchas drogas, Mamá, me voy a tirar del castillo. Yaya, me voy, que no quiero vivir.

Beatriz Simón llevaba muchos años padeciendo los excesos de su hijo. Llegó hasta a meterle la medicación entre los bocadillos para amainar a la bestia que parecía llevar dentro. La llamada de su hijo anunciándole que se iba a quitar la vida desde las ruinas de la fortaleza del siglo XVI erigida sobre el cauce del río Sallent era el final lógico de una vida de peleas, broncas y detenciones. Desesperada, la mujer llamó a su marido. El hombre marcó el teléfono de Rubén con la esperanza de evitar el suicidio.

Papá, la he matado yo. Fue sin querer. Había bebido, había tomado muchas drogas. No quería matarla. No quiero ir a la cárcel, me quiero morir.

Eduardo Maño convenció a su hijo de que debía entregarse, de que, al fin, debía hacer frente a alguno de sus actos. Acordó con él que lo iría a buscar a Bolbaite y juntos se presentarían ante la Guardia Civil, que a esas horas ya lo buscaba como autor del asesinato de Vanessa Ferrer. Una patrulla que participaba en el dispositivo se encontró con el abuelo paterno de Rubén en las inmediaciones del domicilio familiar.

—Mi nieto ha dicho que mató a la chica que han encontrado en las simas. Dice que se va a suicidar, que se va a tirar desde lo alto del castillo de Bolbaite.

El sargento de Enguera volvió a marcar el teléfono del sospechoso y, al fin, logró hablar con él. Intentó por todos los medios rebajar su tensión y su ansiedad:

—Rubén, tienes que entregarte. Vamos a quedar en un sitio y te recogemos.

—No quiero que me vea la gente. Tengo miedo de lo que me puedan hacer, me voy a matar.

—No, Rubén. Nada de matarte. Nos vemos y nos lo explicas todo. No te va a ver nadie. Te metemos en un coche y nos lo cuentas a nosotros en un sitio tranquilo. Ve a tu casa y te esperamos allí.

Mientras tanto, el padre del sospechoso llamó al 062. Anunció que su hijo le había confesado el crimen y que quería suicidarse.

Los agentes acordaron con él recogerlo en su casa de Chella.

Minutos después de las tres de la tarde, Rubén y su padre aparecieron por las inmediaciones de su casa, en la calle Joaquín Navarro. Alrededor del lugar habían comenzado a congregarse decenas de vecinos, hasta los que había llegado ya un anticipado veredicto de culpabilidad de Rubén. El gallito del lugar, el hampón local, mutó en un crío asustado que apenas se atrevía a levantar la mirada cuando se encontró con los agentes. Los guardias lo metieron rápidamente en un coche camuflado y lo condujeron lejos de la ira del pueblo hasta el cuartel de la Guardia Civil de Játiva. Durante los veintitrés kilómetros que separan las localidades de Chella y Játiva, Rubén no paró de llorar. El teniente y el guardia civil de Homicidios se habían cobrado ya su pieza y ahora necesitaban tranquilizarlo y cerrar el caso con la confesión del autor.

—Tengo miedo de ir a la cárcel, quiero matarme... —repetía una y otra vez Rubén Maño.

—Venga, chico, tranquilo. Ahora, al llegar a la comandancia, nos cuentas con calma lo que pasó. Nadie te va a hacer nada.

El camino sirvió para sosegar al detenido, que de manera espontánea comenzó a contar lo que había hecho.

—La maté en mi casa de San Antón, allí nos veíamos siempre Vanessa y yo.

—¿Qué pasó el miércoles por la noche?

—Me había metido mucha coca, había fumado porros, había bebido mucho. No sé cómo pasó. Fue todo muy rápido...

—Cuéntanos con detalle. ¿Cómo quedaste con ella?

—Le mandé un wasap y quedé con ella en la casa de San Antón cuando ella volviese del cine. Al llegar nos fumamos unos porros y nos acostamos.

—¿Ella quería? ¿No la forzaste?

—No, no. Fue todo consentido. Cuando estábamos aún en la cama, le dije a Vanessa que había conocido a una chica de Chella que me gustaba y ella se volvió loca. Para que se calmase, la cogí por la espalda y le rodeé el cuello con el brazo derecho para que dejara de gritar. Estaba como loca.

—¿Y qué pasó después?

—Me di cuenta de que no se movía, empecé a llamarla por su nombre, pero no respondía. Le miré los ojos y los tenía abiertos. Me di cuenta de que estaba muerta.

—¿Qué hiciste con el cuerpo?

—Cogí una manta de casa, la que utilizan los perros de cama, y

la envolví. Para trasladar el cuerpo le pedí el coche a mi colega Luis.

—¿Él sabía lo que habías hecho? ¿Vio el cuerpo de Vanessa?

—No, no. Luis no se dio cuenta de nada. Le dije que iba a llevar a una chica a su casa. Metí el cuerpo en el maletero del coche y lo llevé a las simas. Allí lo tiré.

—¿Qué hiciste con sus cosas?

—Por la tarde del día siguiente, el jueves, volví a la casa de San Antón. Cogí una bolsa de plástico blanca de un supermercado y metí dos latas de Coca-Cola, varias colillas y el teléfono móvil, las zapatillas y los pantalones de Vanessa. Tiré la bolsa en un contenedor de la calle San Antón.

Los investigadores tenían lo que querían. Una confesión en toda regla, aunque hubiese sido de forma espontánea y sin la presencia de un abogado, requisito imprescindible para que tenga validez. Los agentes de Homicidios mimaron a Rubén veinticuatro horas para que ratificase su confesión al día siguiente, con las exigencias de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Así fue. Rubén Maño amplió su declaración, dijo que desde hacía meses mantenía relaciones sexuales de forma esporádica con Vanessa. La noche de su muerte, con el cuerpo lleno de alcohol y drogas, la penetró anal y vaginalmente y el ataque de ira de la chica provocó que él la quisiese acallar e inmovilizar, quitándole la vida de manera involuntaria. La historia mil veces repetida: la misma que contaron Enrique Abuín, el asesino de Diana Quer, o Ana Julia Quezada, la autora de la muerte del niño Gabriel Cruz. Ambos quisieron hacer creer al jurado que mataron sin querer y ambos acabaron con una pena de prisión permanente revisable, la misma que solicitaron para Rubén Maño la Fiscalía de Valencia y la acusación particular, ejercida por el abogado Juan Molpeceres en nombre de la hermana y los padres de Vanessa.

En julio de 2020, la Audiencia de Valencia fue el escenario del juicio contra Rubén Maño, una vista que la pandemia de la COVID-19 retrasó varios meses. En una sala con poco público y llena de mascarillas, el acusado declaró durante veintisiete minutos y se limitó a contestar a las preguntas de su abogado. El joven varió su versión de los hechos con respecto a las respuestas que había dado ante la Guardia Civil y el juez de instrucción. Ya no mantenía relaciones sexuales de forma esporádica con Vanessa, solo eran amigos que quedaban de vez en cuando para fumar porros.

—¿Mantuvo esa noche relaciones sexuales con Vanessa? —le preguntó su letrado.

—No, solo nos dimos cuatro besos y nos hicimos cuatro caricias superficiales.

—Pero usted no declaró eso cuando fue detenido. Ante la Guardia Civil y ante el juez dijo otra cosa.

—Sabía que todo el mundo iba a pensar mal, que todos pensarían que la había violado. Si pensaban que había tenido relaciones íntimas con ella, no quería que pensasen que la maté a propósito. Fue un desgraciado accidente.

—¿Por qué no contó la verdad ante el juez?

—La abogada que me pusieron me dijo que mantuviese la misma versión, que si me contradecía nadie me iba a creer.

—¿Nunca tuvo intención de matarla?

—Nunca. Lo llevaré clavado en el alma mientras viva. No puedo vivir con esta pesadilla, pero no he tenido el coraje de quitarme la vida.

—¿Se arrepiente usted? —El letrado de Rubén quería un final de declaración impactante.

—Cómo no me voy a arrepentir, si era un encanto de chica. Yo no le quise hacer daño. Dios lo sabe. Nunca quise mal para ella y encima he destrozado la vida de dos familias: la suya y la mía. Yo ya no valgo para nada, a mí me da igual, como si me llevan a la silla eléctrica. No me puedo ni me voy a perdonar en la vida. Lo siento y le pido perdón a ella, a su familia y a la mía.

—¿Asume la pena que le imponga el tribunal?

—La asumo.

La pena que Rubén aseguró asumir en el final de su testimonio ante el tribunal, entre sollozos, fue la máxima que contempla nuestro Código Penal: prisión permanente revisable. El acusado contó al jurado su verdad, pero el tribunal popular no le creyó y, basándose en los testigos y en los peritos que pasaron por la Audiencia de Valencia, lo declaró culpable. La presidenta del tribunal redactó una sentencia que en su apartado de hechos probados relata, aun con el frío lenguaje jurídico, el tormento sufrido por Vanessa Ferrer, una chica de quince años:

> Así, Vanessa acude a aquella casa, que carecía de luz eléctrica, porque pensaba que el acusado se encontraba en compañía de sus amigos. Vanessa llegó a ese domicilio minutos después de las 22:23 horas. Una vez en su interior, el acusado, quien realmente la había engañado y se encontraba solo, y con el fin de satisfacer sus deseos sexuales, tras la negativa de Vanessa de mantener cualquier relación sexual, comenzó sorpresivamente a darle fuertes golpes en la cabeza, cara y cuerpo, que la dejaron semiinconsciente o conmocionada. El acusado, aprovechando ese estado de semiinconsciencia y conmoción de Vanessa, tras quitarle las zapatillas y los

pantalones, la tiró al suelo y poniéndola de rodillas y con los codos apoyados en el suelo, la penetró bruscamente anal y vaginalmente, causándole lesiones en la vagina y desgarro anal. Seguidamente, aprovechando que Vanessa se encontraba semiinconsciente o conmocionada por los golpes recibidos, sin posibilidad alguna de defensa, la estranguló por detrás con uno de sus brazos, causándole la muerte por asfixia. El acusado tenía conocimiento de que Vanessa contaba con solo quince años de edad.

Las marionetas de Maje

«Ya en el hospital. Goza de esa empanada hecha con amor.»

Mensaje de María Jesús Moreno a su marido horas antes de que fuera asesinado.

—Viuda Negra... Así llamaremos a esta operación. —Esther, la jefa del grupo de Homicidios, esbozó una sonrisa pícara.

El día anterior, 16 de agosto de 2017, un vecino de la calle Calamocha, en el valenciano barrio de Patraix, encontró en el garaje comunitario el cuerpo cosido a cuchilladas de Antonio Navarro Cerdán, un ingeniero de treinta y seis años. Esther y su grupo se habían hecho cargo de las pesquisas desde el momento del levantamiento del cadáver y llegaba la hora de bautizar la investigación recién abierta.

Los nombres de las operaciones son un sello de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, que le echan talento e imaginación para elegir la palabra que acompañará a todas las diligencias que se instruyan. La operación Malaya, por la «gota malaya» que caló y acabó por inundar de corrupción la Costa del Sol; la operación Púnica, palabra latina para designar el granado, el árbol que coincide con el apellido del que fue todopoderoso jefe del PP madrileño, Francisco Granados; la operación Nemo, en relación con el *pescadito*, el apelativo familiar del niño Gabriel Cruz... Pocas veces los nombres de las operaciones desvelan tan abiertamente su objetivo como el elegido aquella vez por Esther, la veterana inspectora que comandaba el grupo de Homicidios de la Brigada de Policía Judicial de Valencia. La viuda negra —*Latrodectus mactans*— es una pequeña araña muy extendida en el continente americano, una especie cuya peculiaridad radica en que las hembras matan a los machos tras el apareamiento.

La viuda de Antonio Navarro acababa de abandonar el despacho del grupo cuando la jefa decidió bautizar la operación con el

nombre común de la *Latrodectus mactans*. María Jesús Moreno Cantó, una atractiva enfermera de veintisiete años, acudió a la sede de la Brigada acompañada de su mejor amiga, Rocío. En despachos separados, Esther y otro veterano inspector de Homicidios, Leo, junto a otros miembros del grupo, pasaron una hora larga con ellas indagando sobre todos los detalles de la vida de la víctima. Antes, sin que ninguna lo supiera, contactaron con la familia y los compañeros de trabajo del fallecido.

En ese primer vistazo a su entorno —hecho a partir de llamadas de teléfono—, Antonio Navarro parecía no tener mácula: sin problemas económicos, sin enemigos, sin adicciones, cumplidor en la empresa de ingeniería para la que trabajaba y muy enamorado de María Jesús, Maje, con la que se había casado once meses antes, el 3 de septiembre de 2016. El retrato urgente de la víctima encajaba mal con las circunstancias de su asesinato: seis certeras cuchilladas en el pecho, cuatro de ellas directas al corazón, asestadas cuando estaba a punto de subirse a su coche para ir a trabajar, antes de las ocho de la mañana. Los «sirleros» —atracadores con arma blanca— no suelen madrugar tanto, no emplean una violencia tan letal y certera, y, sobre todo, se llevan el botín, y Antonio conservaba todos sus efectos, incluido el billetero con dinero y tarjetas. Lo primero que pensaron los investigadores al ver la escena del crimen y las heridas de la víctima fue que alguien esperó al ingeniero agazapado entre los coches y lo atacó de forma sorpresiva —el cuerpo no presentaba una sola herida de defensa— y con la intención de asegurarse su muerte. ¿Un crimen por encargo? ¿Un sicario que se había equivocado de objetivo? Los policías comprobaron que uno de los vecinos de Antonio Navarro era abogado penalista —un fangoso mundo en el que todo es posible—, pero pronto descartaron que el letrado fuese el verdadero objetivo del crimen y que Antonio hubiese muerto por una fatídica confusión.

No habían pasado ni veinticuatro horas desde el hallazgo del cadáver y los agentes de Homicidios tenían mucha información sobre la víctima cuando su viuda comenzó a declarar y a pintar un Antonio bien distinto al que ellos habían empezado a conocer gracias a los testimonios recabados. El fallecido, según su mujer, tenía «un carácter muy fuerte» y no habría dudado en enfrentarse a cualquier caco al que hubiese sorprendido robando o, simplemente, merodeando por el garaje, y, por supuesto, se resistiría a un atraco. Sin que nadie le preguntase, Maje habló de su relación matrimonial a los policías que la interrogaban:

—Era muy posesivo, no le gustaba que tuviese amigos ni que saliese con ellos, así que alguna vez le mentí y Antonio me pilló porque siempre estaba mirando mi móvil.

—¿Te maltrató? ¿Te pegó alguna vez?

—No, nunca.

Al mismo tiempo, en un despacho cercano, la jefa de grupo, Esther, hablaba con Rocío, la mejor amiga de Maje, que insistió en el carácter «controlador y posesivo» del ingeniero asesinado.

—Maje me ha contado que Antonio no la llevaba a las cenas de empresa ni a ninguna reunión de compañeros porque no le apetecía que comentasen lo buena que estaba.

La inspectora, curtida en mil interrogatorios, vio en su testigo un resquicio, una rendija por la que podía entrar alguna luz para empezar a iluminar el caso y lanzó un anzuelo:

—¿Y ella tenía algún rollo, algún amigo con el que se veía más?

—El 21 de mayo salimos de fiesta las dos y conocimos a dos chicos. Uno de ellos, José, se intercambió el teléfono con Maje. Han seguido hablando por WhatsApp y viéndose a escondidas, porque Antonio era muy celoso.

Cuando las dos mujeres abandonaron las dependencias policiales, Leo, Esther y sus compañeros intercambiaron impresiones.

—¿Te ha contado Maje lo del chico que conoció en mayo, un tal José? —preguntó la jefa.

—No, nada de eso, solo que el muerto era muy celoso...

—Pues la amiga sí ha cantado. Dice que Maje estaba feliz e ilusionada desde que se veía con él. A ver si van a ir por ahí los tiros... Vamos a pedir al juez que nos deje intervenir el teléfono de la viuda.

El juez de guardia no autorizó el pinchazo del teléfono de Maje. No creía que hubiese indicios suficientes para una medida que limitaba el derecho a la privacidad de las comunicaciones de quien en ese momento solo era una víctima. La inspectora Esther no se desanimó. Estaba segura de que iba a ser cuestión de poco tiempo que, a ojos de su señoría, la doliente viuda comenzase su metamorfosis a *Latrodectus mactans.* Por eso, la jefa de grupo hablaba casi a diario con Maje y comprobaba cómo respiraba. La llamaba con cualquier excusa: datos de cuentas corrientes, horarios de su esposo... Cinco días después de su declaración en el grupo de Homicidios, la enfermera dejó al descubierto su estrategia. Quería tomar la iniciativa, llevar los mandos de las pesquisas en torno al crimen, no dejar un solo cabo suelto:

—Quería contaros algo... El día que estuve allí, en comisaría, dije alguna mentira. Me he enterado de que Rocío os habló de un chico, José, y quiero contar todo sobre él...

Esther se mostró extremadamente comprensiva, falsamente cercana.

—No pasa nada, esta misma tarde vamos a Novelda y nos cuentas.

Esther, el subinspector Blas, uno de los más veteranos investigadores del grupo, y Jony, un policía, se desplazaron hasta la localidad alicantina de la que eran originarios Maje y Antonio. Ella había ido allí a pasar los primeros días del duelo, arropada por su familia. Su declaración fue una mina para los policías:

—No conté algunas cosas por vergüenza. Antes de casarme tenía muy buena relación con Antonio, pero tras la boda él se volvió muy controlador, cambió mucho. Yo estaba muy decepcionada y empecé a conocer a otros chicos en las noches que salía de fiesta... Solo he seguido viéndome con dos de ellos.

—¿Quiénes son? Necesitamos sus nombres.

—Al primero lo conocí en marzo de 2016, es un fisioterapeuta que se llama Tomás. Empezamos a quedar para pasear, comer, cenar... Teníamos relaciones sexuales, aunque él sabía que yo tenía pareja y que me iba a casar. Me intentó convencer para que no me casara, conocía las conversaciones que tenía con Antonio y me decía que no me convenía. Nos seguimos viendo hasta la boda. Después de la luna de miel, aunque él quería seguir con nuestra relación, solo quedábamos como amigos.

—¿Antonio se enteró de esta historia?

—En junio o julio de 2016 me cogió el teléfono y encontró un wasap de Tomás en el que me mandaba una canción y un mensaje romántico. Antonio me pidió explicaciones, yo le mentí y le quité importancia, le dije que solo era un buen amigo y él me creyó.

Los agentes se dieron cuenta de que Maje encadenaba mentiras con naturalidad pasmosa. Empezó diciendo que antes de contraer matrimonio todo iba muy bien con Antonio, pero reveló que le fue infiel hasta poco antes de su boda. Los investigadores olieron la sangre, las lagunas en el testimonio de la viuda.

—Y José, ese chico del que nos habló Rocío, ¿quién es?

—Después de casarme solo había tonteado con algunos hombres. Bailaba, algún beso, nada serio... Pero en mayo Rocío y yo conocimos a dos chicos y empecé a verme con uno de ellos, José. No le dije que estaba casada, me gustaba mucho y me daba miedo que dejase de salir conmigo si se enteraba.

Maje enseñó a los policías las fotos de José en el teléfono móvil: él solo, los dos posando... Parecía entusiasmada y orgullosa de su conquista.

—Es licenciado en Publicidad. Nos veíamos siempre en su casa.

—¿Cómo es posible que él no supiese que estabas casada? —Los agentes recordaron que la foto de perfil de WhatsApp de la mujer mostraba una imagen de ella y del fallecido en actitud melosa.

—Ni siquiera lo sospechaba. Por eso, ayer quedé con él para contarle que estaba casada y lo que le había ocurrido a Antonio. Le dije que, como pasé con él la noche anterior al crimen, se lo tenía que contar a la policía y dar su nombre. Me respondió que por supuesto, que hiciese lo que tuviese que hacer, y se quedó muy sorprendido, en *shock*.

—Ya, claro. Explícanos. Entonces, ¿dónde estuviste la noche anterior al asesinato de Antonio?

—En comisaría os dije que estuve trabajando, pero no es verdad. Pasé la noche con José. Durante el día, Antonio y yo fuimos a la playa, estuvimos bien. Como otras noches, le dije a mi marido que me iba a trabajar, pero fui a casa de José. Llevé empanada para cenar. A la mañana siguiente fui al hospital y al mediodía me enteré de lo que le había pasado a Antonio.

Los policías salieron de la casa de Novelda aparentando normalidad, intentando disimular la satisfacción del cazador que sabe que ha encontrado el rastro bueno de su presa. Así lo plasmaron en su siguiente informe al juez, en el que solicitaron intervenir los teléfonos de Maje y José:

> Antonio llevaba una vida muy normal, sin enemigos, sin deudas, lo cual deja como móvil más probable de su muerte las infidelidades de su mujer.

[Oficio del grupo de Homicidios al Juzgado de Instrucción 14 de Valencia del 23 de agosto de 2017.]

La última semana de agosto y la primera de septiembre de 2017 —con los teléfonos de Maje y de su amante ya intervenidos por orden judicial—, el grupo de Homicidios se encontraba a medio gas, con buena parte de su plantilla de vacaciones. A la vuelta, una tragedia golpeó al equipo de la operación Viuda Negra. El subinspector Blas Gámez fue asesinado el 12 de septiembre de 2017 cuando trataba de identificar al sospechoso de haber matado y descuartizado a un hombre en el barrio de Rusafa. Unas horas

antes, un vecino encontró una maleta con un torso dentro, sin cabeza ni extremidades. El rastro de la sangre que goteó en el traslado del siniestro equipaje llevó a Blas y a otro compañero hasta un portal, el número 77 de la calle Sueca. Allí se toparon con el asesino, Pierre Danilo, un sueco de treinta y seis años que apuñaló mortalmente a Blas cuando se dio cuenta de que era policía. Su compañero mató a tiros a Danilo, pero no pudo hacer nada por salvar la vida del subinspector, padre de dos hijos y con veintidós años de experiencia en la investigación de homicidios.

El luto por la trágica pérdida de Blas fue en paralelo con los avances en la investigación del crimen de Patraix. Las escuchas del teléfono de Maje sirvieron para conocer las dos caras de la viuda. Cuando hablaba con viejos amigos o con personas cercanas a Antonio, la mujer era una doliente de manual: contaba que llevaba un mes sin salir de la cama y que su dieta se limitaba a un yogur al día. La realidad era bien distinta: en el mes que siguió al crimen, Maje se fue de viaje con su amante a Denia y con su amiga Rocío a Barcelona y salió varias noches de fiesta. En esos días intimó con Sergio, un agente de la Guardia Urbana de la capital catalana. Un encuentro que rememoró con deleite al hablar por teléfono con su amiga Rocío el 13 de septiembre de 2017 en una conversación que escucharon los agentes de Homicidios:

> Maje: Tú y yo estamos muy locas.
>
> Rocío: Pero, Maje, que ya lo sé.
>
> Maje: Nos gusta la movida, vamos a ser sinceras, eso sí, la movida con tíos buenos, yo la movida con Antonio, que en paz descanse, no la quería.
>
> Rocío: Ya, claro, es que tiene que ser movida con sexo.
>
> Maje: Porque si yo luego me lo tenía que tirar después de la reconciliación no me apetecía, ¿vale? Y con este, este me va a follar como me folló en el baño.
>
> Rocío: Pero, Maje, ¿este te lo hizo bien o qué?
>
> Maje: ¿Que si me lo hizo bien? Casi me como el cristal, Rocío. Casi me como el puto cristal y tenía más culo que yo...

El propio Sergio contó a la policía meses después su encuentro con Maje, que tuvo lugar en Alicante el fin de semana del 9 y 10 de septiembre:

—Un amigo y yo conocimos a dos chicas, una se llamaba Rocío y la otra, María. Empecé a bailar con María, que después he sabido que se llama Maje, y mi amigo con Rocío. Me enrollé con ella en la discoteca y luego nos fuimos los cuatro a nuestro hotel. Como mi amigo y Rocío se fueron a la cama, le propuse a María subir a la planta superior, donde había un jacuzzi. A ella le gustó la idea y subimos hasta la última planta del hotel, que daba acceso a la

terraza. Como la puerta de la terraza estaba cerrada, María se puso de rodillas y me hizo una felación. Luego la penetré en el rellano del ascensor. Cuando acabamos bajamos a la habitación y al ver que mi amigo y Rocío seguían enrollados en la cama, nos metimos en el baño, donde volví a penetrarla. Ella era muy fogosa y llevaba la iniciativa.

Sergio y Maje no repitieron la tórrida cita, aunque, según contó él, hablaron varias veces y ella le enviaba fotos en las que aparecía desnuda. La viuda se sentía liberada y feliz, tal y como le dijo a Rocío en una conversación grabada por la policía el 14 de septiembre:

> Maje: Yo ahora soy feliz, y gracias a Dios que no se me ocurrió tener un nene, por mucho que me gusten los nenes.
>
> Rocío: Tía, pues sí.
>
> Maje: Y yo ahora voy a ser feliz y voy a hacer la vida que quiera, no sé aún con quién, me da igual, yo me lo estoy pasando bien y ahora contigo puedo hacer los planes que me dé la gana.

La personalidad de Maje sorprendía y repugnaba a partes iguales a los encargados de escudriñar sus rincones oscuros. Los investigadores del grupo de Homicidios averiguaron que la viuda había tenido una infancia y una juventud acomodadas, gracias a los ingresos de la empresa de fontanería de su padre. Maje tenía tres hermanos, pero uno de ellos falleció en 1990 en un accidente, lo que hizo crecer la religiosidad en la que vivía sumida la familia, miembros de una orden neocatecumenal. Maje, como sus hermanos, acudió a colegios religiosos y sus relaciones, hasta que comenzó la carrera de Enfermería en Barcelona, se limitaban a un estrecho y asfixiante círculo de compañeros de los grupos cristianos a los que pertenecía. A Antonio Navarro, la víctima del crimen, diez años mayor que ella, lo conoció porque era el mejor amigo de su hermano y en el último año de carrera comenzó a salir con él. Luego llegaron el compromiso, la boda y el crimen. Y todo salpicado de pequeñas y grandes infidelidades.

Los investigadores de homicidios repiten que en su especialidad las prisas son muy malas compañeras. Las pesquisas de un crimen poco o nada tienen que ver con las de tráfico de drogas o las de atracos, en las que necesariamente se actúa en un momento preciso —la llegada de un cargamento, evitar el siguiente golpe a un banco—. La acción del homicida acaba en el instante en que su víctima deja de respirar. A partir de ahí, los investigadores tienen veinte años —el plazo de prescripción de un asesinato, según nuestro ordenamiento jurídico— para acumular pruebas y encerrar al

responsable del crimen, aunque el chispazo que enciende la resolución suele llegar mucho antes, sobre todo si se cuenta con un sospechoso, que siempre va a cometer un error. Esther sabía que esa chispa llegaría y que su viuda negra resbalaría en algún momento, pese a que tres meses de escuchas de su teléfono solo habían servido para acusar a Maje de ser una frívola y a su amante, con el que prácticamente convivía, de no enterarse de los escarceos sexuales de su pareja.

La chispa llegó el 8 de noviembre. Maje llamó a las 10:27 de la mañana a un hombre identificado como Salvador Rodrigo Lapiedra. Nunca habían hablado por teléfono desde que la policía monitorizaba las conversaciones de la mujer. La charla puso en alerta a los investigadores. Maje se mostró en los primeros compases de la llamada en su versión doliente, llorosa —«no estoy bien»—, hasta que Salvador prendió la mecha que necesitaba el grupo de Homicidios. La policía transcribió el diálogo tal y como sigue, con apuntes y mayúsculas incluidos:

> Salvador: Tu madre tiene toda la razón, que tienes que desconectar de tu casa y me ha venido a la cabeza que en cierta medida también tendrás que desconectar de mí, porque yo te lo voy a recordar cada día que me veas entonces.
>
> Maje: Qué va, jamás.
>
> Salvador: Pues me ha dado un bajón bestial.
>
> Maje: Ya, pero es que eso te lo pondrás tú en tu cabeza, o sea, no intentes poner tus pensamientos en los míos porque te vas a equivocar.
>
> Salvador: El otro día llamé a la policía.
>
> Maje: ¡¿Qué dices?! (*GRITANDO*)
>
> Salvador: A mi amigo.
>
> Maje: Aaaah. (*SUENA ALIVIADA*)
>
> Salvador: A mi amigo, a mi amigo.
>
> Maje: ¡¡¡Dios!!! Salva, no hagas locuras, ¿eh?
>
> Salvador: No, llamé a mi amigo, no, no voy a hacer locuras, no, no te preocupes.
>
> Maje: Qué...
>
> Salvador: Y le pregunté, así... ¿Tú me puedes mirar? Y me ha mirado, me ha mirado. ¿Tú no les has hablado de Tomás?
>
> Maje: Sí.
>
> Salvador: Pues hay otra persona ahí que no sé quién es. Un tal José Antonio no sé qué, no me acuerdo del apellido.
>
> Maje: Sí, sí, él. También le hable de él, el publicista, ¿te acuerdas del publicista?
>
> Salvador: Y también me han dicho que te vas con él... A Italia.
>
> Maje: Sí, pero con más gente.
>
> Salvador: (*SOLLOZOS*) Ya, entonces, nada, pues me ha dado un bajón, porque claro... (*SUSPIROS*)

Los investigadores escucharon perplejos la conversación. Salva era un pelele en manos de Maje. Lloraba como un crío al enterarse de que la mujer tenía previsto irse de viaje con su amante. La charla siguió dando material de primera a la policía.

> Maje: Escúchame, o sea, ¿me están investigando a mí?
> Salvador: A ti o a él, porque él... Lo saben.

Salvador se lamentaba al darse cuenta de la dimensión de la relación entre Maje y José, pero ella solo quería saber hasta qué punto estaba en el foco de la investigación.

> Maje: Yo pensaba que iba a estar descartada y me están a saco investigando.
> Salvador: Por lo menos a él... Si tú le has dicho que tienes algo con él, pues ellos investigan y habrán visto que... Que te vas a Italia.
> Maje: O sea, que están pinchando mi teléfono y todo.

Hasta ese momento, Maje creía tener todo bajo control. La llamada a Salvador Rodrigo, desconocido hasta entonces para la policía, la alteró y acordó un encuentro con su amigo ese mismo día, media hora después de colgar. Los investigadores no tenían ninguna duda de que Salvador estaba de alguna manera implicado en el crimen —«tendrás que desconectar de mí, porque yo te lo voy a recordar cada día que me veas», dijo—, y la desmedida reacción de Maje cuando él le anunció que había hablado con la policía —su mujer conocía a un agente y Salva le había preguntado por el viaje a Italia— era un indicio tan sólido de su participación en los hechos como una pistola humeante en la mano de un asesino.

La cita fue vigilada a distancia por los agentes de Homicidios. Maje y Salva pasearon por la calle Jesús hasta llegar a una cafetería, donde la policía los fotografió y pudo ver de cerca al que en ese momento se convirtió en el principal sospechoso del asesinato de Antonio Navarro. Esther, la jefa de grupo, plasmó en un informe su impresión sobre Salva como investigadora y como mujer:

> Llama la atención que Salva no responde al mismo perfil que el resto de los amantes de Maje de los que tenemos conocimiento. Tomás, José Antonio y Sergi, todos chicos jóvenes, atléticos y atractivos como ella; Maje es una mujer de solo 27 años, con un físico muy atractivo y que se arregla mucho, y Salva tiene 47 años y es poco atractivo, para nada el tipo de hombre que le gusta a ella. En cuanto a la conversación, él tiene en todo momento una actitud sumisa y dócil hacia ella, casi suplicante, durante gran parte de la conversación está sollozando, mientras ella se muestra más dominante y fría.

[Oficio del grupo de Homicidios al Juzgado
de Instrucción número 14 de Valencia
del 10 de noviembre de 2017.]

Salvador, veinte años mayor que la viuda de Antonio Navarro, estaba casado y tenía una hija. Trabajaba como auxiliar de enfermería en el mismo hospital que Maje, La Salud. Los investigadores recopilaron toda la información posible sobre ese hombre lloroso y humillado por la viuda negra, sin dejar de escuchar todas sus conversaciones. Los pinchazos descubrieron la existencia de un teléfono «culebra» (oculto) en poder de Maje, una línea a nombre de Salva que solo utilizaban para hablar entre ellos. Desde el mes de julio hasta octubre, ambos se comunicaron treinta y cuatro veces por este procedimiento, mientras que, con su teléfono «oficial», Maje y Salva hablaron en veinte ocasiones —siempre llamaba él— desde mayo hasta el 9 de agosto, una semana antes del crimen. Después, absoluto silencio, hasta la llamada que los puso definitivamente bajo el foco de la sospecha.

Durante tres semanas, los agentes del grupo de Homicidios escucharon las conversaciones entre Maje y Salva. Ni las mujeres fatales de la era dorada del cine negro de Hollywood llegaban a tanto: mientras oían a la mujer hacer planes con José Antonio, que incluían la compra de un piso y la posibilidad de tener un hijo, se espantaban al ver como Salva se ofrecía a ir a su casa cuando fuera necesario a arreglarle el calentador, a llevarla hasta Novelda... Ella, a cambio, le permitía conversaciones subidas de tono y le regalaba una camisa, porque —decía— se acordaba de él. Los informes elaborados por los investigadores no ahorraron calificativos para definir la relación entre los dos sospechosos:

> La actitud de Maje en la relación es totalmente interesada y está utilizando y manipulando a Salva para sus propios fines egoístas [...]. Salva emplea un tono ilusionado, entusiasta y jovial, rozando en ocasiones el ridículo [...]. Maje emplea un tono emocionalmente plano, como si realmente no tuviese ningún tipo de afecto hacia Salva.

[Oficio del grupo de Homicidios al Juzgado
de Instrucción número 14 de Valencia
del 5 de diciembre de 2017.]

Durante el mes de diciembre de 2017, los agentes de Homicidios

escucharon a Maje y observaron cómo interactuaba con todo su círculo: con José, su pareja, cerraba la compra de un piso y hacía planes de viajes; con sus amigas más íntimas se lamentaba de la penosa vida sexual que había tenido con Antonio Navarro, en contraposición con la que llevaba con su pareja actual; y a Salva le contaba una sarta de mentiras y le hacía pequeñas concesiones, como irse a cenar una pizza con él, mientras regalaba sus oídos —«tú sabes que yo estoy todo el rato acordándome de ti»—, y él alimentaba la esperanza de irse a vivir con ella en algún momento y seguía siendo su más fiel y seguro servidor, hasta el punto de, por ejemplo, ofrecerse a llevarla al aeropuerto cuando ella se fue a Italia con José.

Durante ese mismo mes de diciembre, la Policía Científica entregó a sus colegas de Homicidios un informe sobre el contenido del teléfono de Antonio Navarro. Los mensajes de WhatsApp entre él y su esposa mostraron a los investigadores una fotografía nítida de la verdadera relación de la pareja, muy alejada de la que les había dado la mujer. Así, el 4 de junio, Antonio escribió a su pareja: «No quiero a alguien para cenar entre semana y sentarnos en el sofá a mirar el móvil hasta la hora de dormir y cuando tenemos un día libre cada uno por su lado. Y no quiero a nadie que me ponga la mano encima. Por ahí no paso».

El Antonio celoso y dominante que había descrito Maje en sus declaraciones policiales era realmente un hombre enamorado de su mujer al que ella había agredido en alguna ocasión. Un mes después, el 2 de julio, Antonio pidió a su mujer sinceridad: «¿Puedes venir esta tarde a casa? Necesito que hablemos, no estoy bien. He pensado mucho y necesito hablarlo tranquilamente. Solo necesito que cuando vengas seas sincera, saber si me has fallado a nivel sentimental, somos un matrimonio y el resto de cosas debemos superarlas juntos. Yo así no voy a seguir, necesito a alguien a quien no moleste mi voz, que me entienda, que me ayude y que sea su prioridad absoluta. Y lo mismo para ella. Si tú no quieres ser esa persona, dímelo».

El 3 de agosto, dos semanas antes del crimen, Maje le envió a su marido el siguiente mensaje: «Cari, me he quitado la noche del 14 por la del 15, así no hago dos seguidas». Los agentes de Homicidios creen que en esa fecha Maje ya había puesto día y hora a la muerte de su marido. Si ella trabajaba la noche del 15, él podía dejar aparcado su coche en el garaje y así se aseguraba que la mañana del crimen —16 de agosto— él estaría en el aparcamiento donde fue asesinado. La noche del 15 de agosto Maje no estaba trabajando,

sino en casa de su amante, José, desde donde le mandó a Antonio un mensaje a las 21:36, a menos de doce horas de su muerte: «Puxi. Ya en el hospital. Goza de esa empanada hecha con amor».

Hay ocasiones en las que las investigaciones encallan en un punto y se prolongan en el tiempo sin avances o con pasos muy pequeños, que nunca son suficientes como para llegar hasta la fase de explotación, es decir, las detenciones y los registros que culminan cualquier operación policial. La operación Viuda Negra se había estancado: el grupo de Homicidios tenía claro quiénes eran los responsables del asesinato de Antonio Navarro —Maje y Salva se habían delatado en la conversación del 8 de noviembre—, pero en sus charlas posteriores no decían nada tan explícito como para ponerlos a disposición del juez y asegurarse de que los enviaría a prisión. En casos así, hay que agitar el avispero, hacer asomar a la presa para rematarla. Los investigadores barajaron varias opciones. Pensaron en tocar a José Antonio, la pareja de Maje, del que estaban seguros que nada tenía que ver con el crimen. Llamarlo a declarar podría provocar lo que buscaban, una reacción de los sospechosos; pero Esther, la jefa de grupo, encontró de forma casual otra vía. Vicente, el hermano de Antonio, mantenía muy malas relaciones con Maje, que habían empeorado cuando comenzaron a discutir sobre la herencia del fallecido. Él era, además, quien preguntaba habitualmente a la inspectora por los avances de las pesquisas. «Lo tenemos ya, pero esto lleva su tiempo, hay que reunir pruebas y en eso estamos ahora», le dijo Esther a Vicente Navarro. Esther tenía pocas esperanzas de que el mensaje llegase a Maje, ya que la mujer y su cuñado no se hablaban, pero esta vez la suerte estuvo de parte de los buenos.

El destino quiso que el 28 de diciembre de 2017, día de los Santos Inocentes, la policía tuviera lo que buscaba, la conversación que necesitaban entre sus dos objetivos. En ella, Maje le contó a Salva que había discutido con Vicente y con la familia de su marido por el reparto de la herencia y que el hermano de Antonio había hablado con Esther, «la jefa de policía», y le había dicho que la investigación «ya está finalizada, que faltan por recoger un par de pruebas más, pero ya tienen al sospechoso con nombres y apellidos». Salva se mostró como un verdadero Quijote, dispuesto a proteger a su amada contra viento y marea, y como un perfecto ignorante, desconocedor de los procedimientos policiales y con una asombrosa sensación de impunidad.

> Maje: Yo, imagínate, el corazón no me cabía, no me lo creía. Me han dejado descolocada.

Salva: Ya, ya, pero bueno, que no temas.

Maje: ¿No?

Salva: No.

Maje: Pero entonces, la Justicia, ¿qué? Es una mierda.

Salva: No, estás temiendo por mí. No temas, ya te lo digo yo.

Maje: Vale, y la Justicia, o sea, ¿no existe?

Salva: Mira, existirá, supongo, pero quizá lo que haya ocurrido es que igual tienen a alguien, a algún sospechoso, que ya hubiera tenido algún delito y quieren recabar más información para achacárselo a esa persona.

Maje: Es lo que yo he pensado.

Salva: Porque, a ver, me tendrían que estar investigando a mí y no me están investigando, ¿me oyes?

Maje: ¿Y cómo lo sabes?

Salva: A ver, para poder decirme a mí..., yo..., para estar ellos supuestamente tranquilos, primero tendrían que detenerme... para preguntarme. Yo tendría que ir a comisaría a que me preguntaran y si tengo antecedentes, si no los tengo, si tengo coartada, si no la tengo, si tengo cualquier cosa de ese tipo, tendrían ellos que haberlo averiguado y yo tengo que participar sí o sí en ello, porque no soy sospechoso si no me detienen, no tienen ningún deber de investigar mi vida. Yo soy una persona normal, yo soy una persona...

Maje: Sí, sí, de a pie.

Salva: Ellos no pueden ni pincharme un teléfono, si no me dicen: estás detenido, vamos a hacer esto... Me explico, no soy un terrorista del que tengan sospechas. Sí, sí, yo tengo que saberlo todo.

Maje: Vale, es que me ha extrañado. Claro, o sea. Yo me alegré de que encontraran al sospechoso, de verdad. Pero por otra parte me puse muy nerviosa porque no sé cómo lo están llevando.

Salva: No, porque tendrían que averiguar, mira, podrían venir al trabajo, hubieran preguntado el tiempo que llevo, si estoy fijo. Claro, todo eso lo tienen que averiguar. Tendrían que hacer muchas cosas que yo acabaría enterándome, pero se tendría que saber y a mí me lo tendrían que decir, obviamente, claro.

Maje: Ya.

Salva: Ya me hubieran detenido. Sí, sí, ya me hubieran detenido.

Maje: Si, sí, todo eso ya lo he pensado yo esta mañana.

Salva: Lo primero, lo primero, lo primero es mi declaración. Lo primero, lo primero. A ver usted qué opina de esto.

Maje: Claro.

Salva: Y no ha ocurrido.

Maje: Entonces, respiro, ¿no?

Salva: Sí, sí, te digo yo que respires, ¿vale? Respira tranquila.

En el resto de la conversación, Maje siguió cebando a Salva, seguramente porque barruntaba que se acercaba el momento en el que él podría delatarla: «Quedo contigo, me coges por detrás, me subes, ya se me va la cabeza, confundo cosas, no sé [...]. Quiero estar contigo ahí, a tu lado y volver a hacer nuestros planes y lo de siempre [...]. No te puedo decir nada más que te quiero y que estoy pensando en ti constantemente». La charla se cerró con una cita. El

2 de enero, cinco días después, se verían en un bar de Torrente. La policía no se iba a perder ese encuentro. Varios agentes acudieron y grabaron lo que dijeron. Pese al ruido y a la mala calidad de la grabación, lo que hablaron fue suficiente.

Salva: Pase lo que pase, tú no vas a tener nada que ver.
Maje: Me mientes para que esté tranquila.
Salva: Tengo una duda, la llave del garaje.
Maje: ¿Dónde está la llave?
Salva: Nadie deja esa puerta abierta, se cierra. La única salida, si te han tomado declaración...
Maje: ¿Qué tengo que decir?
Salva: Si a ti te preguntan tú no sabes nada.
Maje: Entonces, ¿me la quitaste tú?
Salva: Que desaparecieron y a tomar por culo.
Maje: Pero yo eso no lo he dicho.
Salva: Di que tú no lo sabes.
Maje: ¿Que tú las cogiste?
Salva: Sí, que yo las cogí del bolso.

Los agentes de Homicidios eran conscientes de la importancia de lo que acababan de grabar. Los dos sospechosos preparaban sus declaraciones ante una inminente detención. Necesitaban ponerse de acuerdo, sobre todo en lo referente a las llaves con las que Salva accedió al garaje donde mató a Antonio Navarro, el punto más débil de la historia que el asesino estaba dispuesto a contar: que cometió el crimen sin que Maje supiese nada. Lo que ninguno de los dos conocía en ese momento era que sus teléfonos también los habían delatado. Salva adoptó la precaución de tener el suyo apagado la mañana del crimen. Lo encendió una hora después de haber matado a Antonio. Pero los teléfonos de los dos sospechosos estuvieron juntos entre las 13:30 y las 15:30 del día del crimen en las inmediaciones de la casa de la hermana de Maje. Probablemente, allí comentaron lo ocurrido horas antes en el garaje de la calle Calamocha, donde a esa hora yacía el cuerpo sin vida de Antonio Navarro.

Tras esta cita, la policía, de acuerdo con el juez y el fiscal, decidió detener a la pareja. A las seis de la mañana del 10 de enero de 2018, agentes del grupo de Homicidios estaban apostados en los domicilios de Maje y Salva. Él, sin embargo, no pasó la noche allí, sino en el hospital de Manises, donde fue arrestado a las 9:15. Ella fue interceptada por dos agentes veinticinco minutos después, cuando salía de casa de José. Maje, como el escorpión de la popular fábula, no dejó de ser ella misma ni en sus primeros momentos privada de libertad, en los que coqueteó con los dos policías que la

custodiaban. Esther, la jefa de grupo, la dejó macerar unas horas antes de verse cara a cara con ella, con quien tanto había hablado en los meses de investigación y a la que había dado una falsa sensación de cercanía. Maje pensó que seguía dominando la situación:

—Pero, Esther... ¿Cómo me traéis aquí? ¿Cómo piensas que yo he podido hacer algo así? —Maje aún confiaba en sus armas de seducción y quiso hacer valer lo que ella pensaba que era una relación de confianza con la investigadora.

—Maje, te has caído con todo el equipo. —La inspectora dejó claro con su tono, con su lenguaje gestual y con su mirada que la viuda era su detenida y ella la jefa de la investigación.

En otro despacho de la Brigada de Policía Judicial, Salva pensaba que aún podía salir airoso o, al menos, salvar a su amada e insistía en hacer una «declaración pactada». La jefa de grupo le quitó la idea de la cabeza:

—Salva, tenemos pruebas para encerrarte muchos años. A ti y a Maje, que también está detenida. Tú verás lo que nos quieres contar. No vamos a pactar nada contigo.

Los investigadores escucharon primero a Maje. Estaba hundida y había que aprovechar el momento. Cuando llevaba ocho horas detenida, comenzaron a tomarle declaración. La inspectora Esther lanzó la primera pregunta, que sonó como un disparo:

—¿Te pusiste de acuerdo con Salvador Rodrigo para planificar y ejecutar la muerte de tu marido, Antonio Navarro?

—Sí.

El monosílabo era una confesión en toda regla, aunque lo que vino después la llenó de matices. Maje presentó a Salva como un hombre dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, que tan solo había pensado en el divorcio.

—Le dije que yo tenía que arreglar las cosas divorciándome y él me contestó que no me preocupase, que lo iba a arreglar él y ya había pensado qué hacer. Poco después, en otra conversación me dijo que lo mejor para mí era acabar con Antonio y que el mejor sitio era el garaje de mi casa porque allí no había cámaras.

Maje quería dar la impresión de haberse visto arrollada por unos acontecimientos en los que apenas había participado, desbordada por la capacidad de decisión e iniciativa de Salva:

—Volvimos a quedar a finales de julio para tomar café en Torrente. Salva me pidió las llaves de mi casa para tener acceso a Antonio. Yo no me acababa de creer que Salva le fuese a hacer algo a Antonio, no lo veía capaz, pero lo dejé pasar. Salva hizo una copia

de las llaves y a mediodía me las devolvió. Desde ese día no lo volví a ver hasta el 16 de agosto. Sí hablé con él por teléfono y me dijo que todo seguía en pie, que era la mejor opción y que no me preocupase de nada. Me dijo que no me iba a decir cómo lo iba a hacer, que no le preguntara nada y que no quería que imaginara nada ni que sufriera.

—¿No intentaste evitarlo? ¿No le quitaste la idea de la cabeza?

—Le dije que no tenía ningún sentido, que me dejase enfrentarme a mis miedos con el tema del divorcio, pero Salva estaba obsesionado con protegerme, hasta el punto de que se presentaba debajo de mi casa por si me pasaba algo cuando discutía con Antonio.

—¿Sabías cuándo iba a ocurrir, qué día iba a matar a Antonio?

—En esa conversación, Salva me dijo que iba a acabar con Antonio el día 16 de agosto en el garaje, por la mañana. Por eso me fui a dormir esa noche con José. Por la mañana me desperté en su casa y fui a trabajar. No sabía si había ocurrido algo porque quedé con Salva en que no tendríamos ningún contacto. Pero a mediodía me llamó y quedamos en vernos a las tres de la tarde en casa de mi hermana. Me dijo que había matado a Antonio.

—¿Te dio alguna instrucción para cuando hablaras con nosotros?

—No, solo me dijo que no me preocupara porque yo no tenía nada que ver y que hiciera mi vida.

Los investigadores no creyeron a la Maje atropellada por el ímpetu de Salva ni entendían la incondicional entrega de un hombre que parecía haber matado a cambio de nada:

—¿Te ha pedido Salva alguna vez alguna contraprestación a cambio del favor que te ha hecho?

—No, nunca. Es más, hace un par de meses puso un seguro de vida a mi nombre, sin que yo supiese nada. Me enfadé con él cuando me enteré.

—Al menos habrás mantenido relaciones sexuales con él...

—De forma muy esporádica y solo sexo oral. A mí él no me atrae físicamente. Salva pensaba que después de matar a Antonio íbamos a formar una familia juntos. Me dijo, después de la muerte de Antonio, que iba a dejar a su mujer, pero yo le dije que no lo hiciera, porque yo me había enamorado de José y nos íbamos a comprar una casa juntos.

Maje mentía una vez más. La policía sabía, gracias a las conversaciones que habían escuchado, que nunca le dijo a Salva toda la verdad sobre su relación con José y que seguía alimentando

sus esperanzas. También engañó hasta ese mismo día a José, su pareja, que declaró en dependencias policiales al mismo tiempo que ella. Allí se enteró de que Maje estaba acusada de haber planificado la muerte de su marido. Contó, conmocionado, que comenzó a salir con ella pensando que estaba soltera y que solo se enteró de que estaba casada cuando Maje le reveló que su marido había sido asesinado. Pese a la magnitud del embuste, decidió seguir con ella «porque me gustaba mucho». Maje le contó más mentiras: le dijo que en el momento de conocerlo —mayo de 2017— ya no convivía con su marido, que se vio forzada a casarse con él por presiones familiares y porque su trabajo como ingeniero lo obligaba a veces a viajar con ella a países musulmanes y allí tenían que estar casados.

Inmaculada, la mujer de Salva, también declaró en el grupo de Homicidios. Se resistía a creer que su marido hubiese matado a nadie. Reveló que desde agosto de 2017 —la fecha del crimen— dormían en estancias separadas, si bien llevaban una vida marital «absolutamente normal», y que nunca sospechó que su marido pudiese tener una relación extramatrimonial. Antes de acabar su declaración, quiso dejar constancia de que «Salvador es muy buena persona, siempre ayuda a todo el mundo, es un padre ejemplar y jamás he discutido con él».

Esther, la jefa de grupo e instructora de las diligencias, dejó madurar un día a Salva en los calabozos. A las 13:20 del 11 de enero de 2018 comenzó a tomarle declaración. Y lo hizo lanzándole la misma pregunta que a Maje:

—¿María Jesús Moreno y tú concertasteis la muerte de Antonio Navarro?

—Sí.

Dos detenidos, dos confesiones. Pleno.

—¿Fuiste el autor material de la muerte de Antonio?

—Sí, el autor material fui yo.

A partir de ahí, Salva no se salió de su papel. Calificó su relación con Maje primero de amistad y posteriormente de «algo más que amigos». Salva contó que, tras un accidente en el que murieron varios compañeros de Antonio Navarro, ambos «empezamos a fantasear con la idea de que Antonio no estuviera y nació poco a poco la idea de que muriera».

—¿Pero la idea de quién fue?

—Fui yo quien ideó la forma de matarlo. Se me ocurrió que podía ser en el garaje, por donde no pasaba mucha gente y que sabía que no estaba vigilado. Ese sería el sitio ideal.

—¿Maje tuvo alguna participación en esta idea?

—Ella me pedía detalles de cómo lo iba a hacer, pero yo nunca se los di. Pensé que agosto era la fecha ideal porque no había mucha gente. Accedí al garaje con una llave que me dio Maje para que aparcara mi coche.

—¿Cómo elegisteis el día para matar a Antonio?

—Lo elegí yo cuando me enteré de los días que trabajaba Antonio en agosto. No avisé a Maje del día. De hecho, creo que ella no me creía capaz de matar a Antonio.

Salva contó el crimen con todo detalle, describió el arma —un cuchillo cebollero de catorce centímetros de hoja que adquirió en una ferretería— y confesó que se puso unos guantes de nitrilo y apuñaló a Antonio tras increparlo y afearle su actitud con Maje. Después, se deshizo de la ropa que llevaba en un contenedor de basura y arrojó el arma a un pozo ciego de una finca de Ribarroja, donde la policía la recuperó gracias a sus indicaciones.

Tras el crimen, se fue a su casa, preparó la comida, comió con su hija y quedó con Maje en casa de su hermana. Le dijo: «Ya está hecho».

Los investigadores conocían cuál era la verdadera relación de Maje y Salva. Los habían oído y hasta los habían visto en dos ocasiones en los últimos meses. Pero querían oír cómo la vivía él:

—¿Qué pasó después? ¿Hablasteis del tema Maje y tú?

—He hablado con ella de lo ocurrido, no recuerdo cuándo. En octubre, quizá, pero hemos hablado poco, a mí me preocupa cómo está Maje y por eso no quería hablar sobre ello.

—¿Qué relación mantienes con Maje actualmente?

—Ella tiene una relación con un tal José. Tenemos una relación de amistad, compartimos muchas cosas, aunque no como novios. Quedamos dentro y fuera del trabajo y de vez en cuando tenemos relaciones sexuales. Yo llevo ocho años queriendo separarme de mi mujer, pero no maté a Antonio por eso. Nunca pensé en empezar una relación formal con ella cuando Maje se quedase viuda.

—Entonces, Salva, ¿por qué mataste a Antonio?

—No lo sé. Actué sin pensar. No tenía nada contra él, solo pensé que sería bueno para ella. Ella, por su familia, no llevaría bien un divorcio. Yo la quiero mucho y solo quiero que sea feliz.

El testimonio de Salva se correspondía de manera fiel con su papel en toda la historia: una marioneta en manos de una mujer capaz de manejar a los hombres a su antojo. La policía encontró en la mochila del detenido unas cuantas cartas que los dos se intercambiaron en 2016, en los meses previos a la boda de Maje. Escritas en un lenguaje adolescente y rubricadas con corazones y

con la marca del carmín de los labios de la mujer, esta, mientras planeaba su enlace con Antonio y mantenía relaciones sexuales con Tomás, le escribía frases melosas y le prometía lealtad: «Con esta breve carta quiero decirte que te quiero, que te necesito y que voy a cuidarte y a mimarte. Que soy tuya y que prometo serte fiel porque no necesito más que un hombre como tú a mi lado».

Los agentes del grupo de Homicidios cerraron satisfechos su atestado: dos confesiones y el arma homicida recuperada. El juez envió a prisión a los dos arrestados, que quisieron matizar ante él sus declaraciones en sede policial. Maje dijo haber reconocido que planificó con Salva la muerte de su marido «porque no entendí la pregunta». Sabedora de la importancia del detalle de las llaves con las que Salva accedió al garaje, dijo que se las dio «para que pudiera aparcar el coche y hacerle la compra». Pintó al detenido como un tipo loco de amor por ella: «Salva quería verme feliz, cambiaba los turnos para coincidir conmigo y estaba obsesionado conmigo». Llegó a decir que «no había forma de pararlo, se había vuelto loco».

Salva quiso enfatizar aún más ante el juez la inocencia de Maje: «Solo yo participé en la muerte de Antonio, María Jesús no tuvo ninguna participación. Hablé con ella del tema, pero solo yo lo decidí y lo ejecuté. Ella me dio las llaves por si no encontraba sitio para aparcar cuando iba a verla». El juez instructor no quería cerrar la declaración sin dar al detenido una última oportunidad para que se explicase:

—¿Está usted obsesionado con María Jesús y eso lo llevó a cometer el crimen?

—No estoy obsesionado con ella, le tengo mucho aprecio. No es cierto que matase a su marido por esa obsesión. Es amor y no obsesión lo que siento por ella. Se me fue de las manos.

Cuando Salva y Maje llevaban un mes en prisión, pasó por el grupo de Homicidios Tomás, el amante con el que María Jesús confesó haber mantenido relaciones hasta su boda y que a punto estuvo de echar por tierra el matrimonio. Su testimonio destapó muchas más mentiras de la viuda negra y mostró el verdadero alcance de su capacidad de manipulación. Lo primero que sorprendió a los agentes fue que la relación de Tomás y Maje duró mucho más de lo que ella había confesado: comenzó en mayo de 2016 y duró hasta octubre de 2017, si bien se interrumpió en los meses inmediatamente anteriores y posteriores a la boda. Así que Maje tuvo la capacidad de mantener relaciones sexuales en un breve periodo de tiempo con su marido, con Tomás, con José, con Salva y con Sergio, el guardia urbano. Además, el amante de Maje reveló a

la policía que la mujer le había dicho que el ingeniero asesinado estaba muy enfermo de cáncer y que por eso no se divorciaba de él, hasta el punto de que, cuando le reveló que había muerto, él pensó que lo había matado la enfermedad. Después, le contó que había sido asesinado por «terroristas islamistas» que le querían robar el coche.

Tomás entregó a la policía una copia de sus chats de Telegram con Maje del 4 de junio de 2017, dos meses antes del crimen. Las conversaciones revelaron que la mujer ya buscaba un candidato para eliminar a su marido:

> Maje: He tenido follón con Antonio. Van a operarle y quiere que esté con él. Y le he dicho que esto no puede seguir así. Que debemos cortar esta situación. No puedo más. Quiero irme de Valencia.
>
> Tomás: Lo primero que tengo que decirte es que, si te vas de Valencia, nos iremos juntos. Lo segundo es que Antonio no quiere entender nada o es que no se da cuenta de las cosas. Quiero que te apoyes en mí, que para eso estoy también, ¿vale?
>
> Maje: Me satura. Me agobia. Le odio.
>
> Tomás: Lo sé.
>
> Maje: Me considera de su propiedad. Quiero que se muera. No lo aguanto.
>
> Tomás: Y si tú lo ves así, imagina cómo lo veo yo. No quiero cruzármelo por la calle.
>
> Maje: Ojalá se muera. Me da igual lo que pienses. Le deseo un mal.
>
> Tomás: Estoy aquí contigo. No pienso nada malo.
>
> Maje: Machacándome. El mamón de mierda. La puta cabeza. Llevándome loca.
>
> Tomás: Tengo que respirar hondo, te lo digo en serio. Ahora mismo sería capaz de cualquier cosa. Que le den por culo y que te deje en paz. Que nos deje en paz de una vez.
>
> Maje: He querido morirme hoy.
>
> Tomás: No digas eso nunca. Por culpa de un miserable asqueroso. No puedes pensar eso. Me da asco. Ya me lo daba, pero ahora más.
>
> Maje: Me maltrata, cariño. Te lo juro. Estoy psicológicamente destruida. Esto lo va a pagar caro.
>
> Tomás: Me cago en su puta madre. Te juro que lo voy a matar. ¿Has pensado en denunciarlo? Porque te apoyaría al 200 por cien.
>
> Maje: He pensado en acabar con su vida.
>
> Tomás: Sí, yo también. Pero no quiero que destroces tu vida por una rata como esa.

Esa conversación cobró un valor especial para Tomás tras conocer la implicación de Maje en el asesinato de su marido y que el autor material fuese uno de sus amantes. Así se lo dijo a la policía:

—Ahora pienso que cuando Maje me decía que sufría malos tratos y que había pensado en acabar con la vida de Antonio estaba

lanzándome un guante para ver si aceptaba el envite y que fuese yo quien matase a Antonio, como acabó haciendo Salva.

Las sorpresas para los responsables de la operación Viuda Negra no acabaron ahí. Tres meses después, en mayo de 2018, los agentes tomaron declaración a un nuevo amante de Maje, un compañero de trabajo llamado Manuel, que confesó haber mantenido relaciones sexuales con la enfermera desde la primavera de 2016 hasta el asesinato de Antonio, en agosto del año siguiente. Manuel, también enfermero, acompañó a su amante en los momentos posteriores al crimen e incluso se encargó de trasladar en coche a los padres del ingeniero asesinado. La nómina de hombres de Maje no paraba de crecer y las mentiras que les contaba tampoco: en sus primeros escarceos sexuales, la viuda negra le contó a Manuel que Antonio la había dejado para irse a Abu Dabi a trabajar, aunque poco después se casaron.

Antonio, Manuel, Salva, José, Sergio, Tomás... La lista no se acabó con el encarcelamiento de Maje. En el centro penitenciario de Picasent —con módulos de hombres y mujeres y zonas comunes— ha mantenido relaciones con algún interno. Mientras, Salva vivió su particular metamorfosis entre rejas. En las tres entrevistas que los psicólogos mantuvieron con él entre abril y mayo de 2018, no quiso hablar en detalle de su participación en el crimen, pero sí hizo constar su malestar porque no le dejaban ver a Maje, hecho del que él responsabilizaba al psicólogo de la cárcel. Su hija y uno de sus hermanos eran las únicas visitas que recibía en prisión, donde los días se hacen eternos y hay mucho tiempo para reflexionar. En noviembre, tras diez meses privado de libertad, Salva pidió declarar ante el juez de instrucción para despojarse de su traje de caballero andante. En este nuevo testimonio, dejó claro que el crimen de Antonio Navarro fue un plan elaborado y concebido a medias entre él y Maje: «No quería que lo hiriera o que lo asustara, quería que acabara con él», dijo entre llantos y suspiros. Salva reveló ante el juez que en principio pensaron asesinar al ingeniero en julio, pero que tuvieron que retrasar sus planes hasta que Maje lo convenció para que aparcase su coche en el garaje, el lugar donde estaba prevista la emboscada urdida entre los dos. Y dio un detalle casi definitivo: ella le dio las llaves para que pudiese acceder al aparcamiento el día del crimen.

María Julita Martínez Ballester, abogada defensora de Salvador Rodrigo, hizo un escueto escrito de conclusiones provisionales de cara al juicio. En pocas líneas resumía la historia de amor y muerte de Maje y Salva: «Lo único cierto es que el señor Salvador Rodrigo

Lapiedra ha sido siempre una marioneta en manos de la acusada María Jesús Moreno Cantó, quien, desde el momento que lo conoció, fue consciente del poder de atracción que tenía sobre él, atractivo que utilizó en su propio beneficio, para engañarlo, manipularlo y conseguir que Salvador, loca y perdidamente enamorado, hiciera cualquier cosa por ella».

En el juicio, retrasado por la pandemia y celebrado entre octubre y noviembre de 2020, Salva reiteró su última versión e incriminó a Maje en la preparación del crimen en un testimonio interrumpido varias veces por los sollozos del acusado. Por la vista oral pasaron como testigos los amantes de María Jesús, sus marionetas, y todas sus víctimas colaterales: su madre, su hermano y su hermana, los padres y el hermano de Antonio, y la exesposa de Salva, una mujer menuda de aspecto frágil y voz rota. Una muerta en vida.

El jurado emitió su veredicto tras deliberar apenas seis horas. Maje y Salva eran culpables del asesinato de Antonio Navarro. Tres semanas y media después, el presidente del tribunal, José María Gómez Villora, hizo pública la sentencia que condenó a veintidós años de cárcel a la enfermera y a diecisiete a Salva, «un iluso en manos de una depredadora», tal y como dijo su abogada en su informe.

El síndrome del niño apaleado

«Mamá, quiero ir contigo.»

Sara Feraru, cuatro años

El oído pegado a la puerta. Al otro lado, silencio absoluto. Los componentes del equipo del Servicio de Protección a la Infancia accedieron al umbral del 1.º B del número 43 de la calle Cardenal Torquemada, en Valladolid, gracias a la manida treta de llamar al portero automático de varios vecinos identificándose como carteros comerciales. Una vez que estuvieron frente al piso, comprobaron que el timbre de la vivienda no funcionaba, al igual que el telefonillo. Aporrearon la puerta una, dos, tres, cuatro veces. Llamaron por su nombre a las niñas que sospechaban que estaban dentro:

—¡Sara!, ¡Andrea!, ¡abrid! Somos de servicios sociales. Solo queremos comprobar que estáis bien. Estuvimos hablando con vosotras hace unos días.

Al otro lado de la puerta, Andrea, de doce años, escribía wasaps a su madre. Tecleaba con miedo, como si el ruido de sus dedos sobre la pantalla táctil del teléfono fuese a delatar su presencia, y se esforzaba por mantener en silencio a su hermana, Sara, de cuatro años.

—Están llamando a la puerta.

Su madre, Davinia Muñoz, de treinta y seis años, militar del ejército de Tierra, contestó enseguida:

—Procura que Sara no llore. Y no des portazos.

—Vale.

—Cerrad con cuidado la puerta del salón. Móvil en silencio. Por si acaso. Ssshhh.

Los trabajadores sociales desistieron. Abandonaron el piso ese 1 de agosto de 2017 por segunda vez en pocos días sin que nadie abriese la puerta y con la seguridad de que dentro había dos niñas

solas. Al otro lado, en el salón de la vivienda, Andrea respiró cuando dejó de oírlos. La pequeña Sara había obedecido a su hermana mayor y no había hecho un solo ruido. Davinia, la madre de las niñas, hacía tiempo comprando en Mercadona, a la espera de que el equipo de servicios sociales se marchase de las inmediaciones de su casa. Las menores no estaban solas. Roberto, al que toda la familia conocía como Bob, escribió a Davinia un mensaje:

—Antes de entrar, atenta al móvil.

Davinia subió a su casa una hora después de que los trabajadores sociales aporreasen su puerta. Los había vuelto a burlar. Nadie iba a decirle cómo cuidar a sus hijas. Ni sus hermanos, ni un médico, ni un psicólogo. Bob tenía razón. Era un sabio. En qué hora había llevado a Sara al hospital.

El equipo 1 de Protección a la Infancia de la Junta de Castilla y León había acudido por segunda vez a la casa de Davinia el primer día de agosto de 2017. Fueron sin avisar porque la mujer les había dado largas, quería posponer hasta el día 3 de agosto el encuentro, imprescindible para valorar el estado de atención y cuidado de las menores. Días antes, el 28 de julio, el mismo equipo había ido al piso y tampoco les había abierto nadie, después de que Davinia telefonease con la excusa de que le habían cambiado el turno en el trabajo y no podía atenderlos en su casa ese día, tal y como habían acordado. La psicóloga, la trabajadora social y el técnico de asistencia a menores que componían la célula de servicios sociales debían decidir el futuro de Sara y Andrea después de que la Fiscalía de Menores les trasladase el expediente abierto tras la visita de Davinia con su hija Sara al hospital Campo Grande el 11 de julio.

El doctor Daniel García Villar era un veterano. Había cumplido ya sesenta años y llevaba más de tres decenios de ejercicio de la medicina. No le gustó lo que vio. Sara, la niña de cuatro años que su madre había llevado al servicio de urgencias del hospital Campo Grande, tenía la ropa manchada, el pelo sucio y enmarañado y al explorarle la boca, el doctor se dio cuenta de que la tenía completamente séptica: las caries le habían destruido todas las piezas dentales y los alveolos estaban negros.

—¿Ha llevado a la niña al dentista? Tiene los dientes devorados por la caries.

—Sí, sí. Pero me dijo la dentista que había que esperar a que se le cayesen los dientes de leche.

—¿Qué dentista le dijo eso?

—No lo sé, no me acuerdo.

Las respuestas no convencieron al doctor. Davinia llegó a

urgencias contando que no sabía por qué su hija tenía los labios tan hinchados. Los labios de la pequeña estaban edematosos y le daban a la niña un aspecto desvalido, acorde con su mirada y con su actitud: huidiza y temerosa. El médico se fijó en los hematomas que la cría tenía en los brazos y decidió hacer una exploración completa.

—Desvista a la niña. —El doctor no dejó dudas a Davinia sobre lo imperativo de su tono.

Con Sara desnuda, el médico comprobó que tenía la ropa interior muy sucia y que los moratones ocupaban gran parte de su cuerpo: las nalgas, la parte interna de los muslos, el pecho... Algunas marcas eran recientes y otras podían llevar allí siete o diez días. Sus colores iban desde el morado vivo hasta el verde amarillento.

—¿Cómo se ha hecho todos estos hematomas?

—Es muy nerviosa, se cae mucho. Además, se pelea en broma con su hermana mayor, juegan a hacerse cosquillas y a veces se hacen daño. —Davinia señaló a Andrea, que permanecía en silencio fuera del box de urgencias.

—Le vamos a hacer una analítica para comprobar si tiene problemas de coagulación y eso provoca los hematomas.

El doctor García Villar desapareció de la vista de Davinia y le pidió a una enfermera que avisase a una colega, la doctora Isabel Zurro, una forense en excedencia que sabría valorar mejor las lesiones de la pequeña.

Mientras, Davinia escribió a Bob, el hombre con el que compartía su vida desde hacía tres semanas, cuando consiguió echar de casa al padre de Sara:

—A esperar la analítica por los moratones.

—¿Analítica?

—Sí, un hemograma.

—Qué peliculeros son.

La doctora Isabel Zurro llegó al box donde Sara y Davinia esperaban. Ocho años de experiencia como forense en Santa Cruz de Tenerife la avalaban a la hora de juzgar los moratones de la pequeña. Los hematomas de la niña, según su opinión, eran producto de agarrones de dedos, especialmente los de la cara interna de los muslos, y de fuertes azotes. No se correspondían con la versión que había dado la madre sobre los juegos con su hermana: una niña de doce años no tiene la fuerza suficiente para dejar esas marcas. La sospecha empezó a crecer en el ánimo de la médica, que exploró los genitales de la niña: tenía el himen

completo y no había rastro de lesiones en esa zona. El estado descuidado de Sara —por su boca nunca había pasado un cepillo de dientes, pensó— y las lesiones, sospechosas de deberse a malos tratos, alertaron a la doctora, que llamó al 112 y pidió que la policía se presentase en el hospital.

Davinia miró incrédula las placas que le mostraban los policías de paisano. Los agentes se identificaron como componentes del grupo de Menores y le lanzaron las mismas preguntas que los médicos: cómo se había hecho esos hematomas la niña, por qué tenía la boca tan descuidada, quién se ocupaba de ella... La mujer insistió en que Sara era muy nerviosa, que jugaba con su hermana, que se caía... Las explicaciones tampoco convencieron a los agentes, que trasladaron a Davinia y a sus dos hijas a las dependencias policiales para interrogarla.

—¿Quién convive en el domicilio con usted?

—Yo y mis hijas: Andrea, que solo está reconocida por mí, y Sara. Su padre, mi expareja, Marinel Feraru, vivió con nosotras hasta el 4 de julio, que acabamos la relación. Se ha marchado al Reino Unido a trabajar con su hermano.

—¿Cuándo vio Marinel a la niña por última vez?

—El día 7 se despidió de ella en la plaza de España. Estaba presente mi hermana Rosana.

Los policías volvieron a interrogarla sobre los hematomas de Sara, sin obtener una respuesta distinta a las que ya había dado.

—¿Cómo era su relación con su expareja?

—Discutíamos mucho y me maltrataba psicológicamente. No quiero decir nada más.

—¿En qué consistía ese maltrato?

—No quiero decir nada sobre eso.

—Le informamos de que tiene derecho a ser asistida por un letrado especializado del servicio de asistencia jurídica a mujeres víctimas de malos tratos y agresiones sexuales. Puede denunciar a su expareja ahora mismo...

—No, no quiero denunciar nada. Lo único que les digo es que Marinel maltrataba a mi hija mayor. Le pegaba, la empujaba, la tiraba, le daba tortazos, le decía que no tenía padre.

—Puede solicitar una orden de protección y ser trasladada a una casa de acogida con sus hijas, donde esté segura. —Los agentes del grupo de Menores ofrecieron a Davinia todos los mecanismos de protección que la ley pone a disposición de las víctimas de violencia de género.

—No, no quiero nada de eso.

—¿Ha pegado su expareja a Sara?

—Una o dos veces. En una ocasión se le fue la mano y le marcó el culo. Pero los moratones de ahora no son de eso, han sido cosa de las niñas. Ya se lo he repetido.

Al acabar su declaración, Davinia escribió a Bob:

—Luego te cuento. Que aún no estamos en casa. Te quiero mucho.

Al día siguiente le volvió a escribir dándole detalles de su paso por las dependencias policiales:

—A ti no te he mencionado para nada. Lo que faltaba, que te molesten.

—Te dije que no tenías que ir, que menos curarla, hacen de todo. Son unos peliculeros, se creen muy listos.

Roberto Hernández Hernaiz, Bob, de treinta y cinco años, vivía desde hacía semanas con Davinia y sus hijas. Se quedaba al cuidado de ellas mientras la militar trabajaba. La mujer no se lo contó ni a los médicos ni a la policía. No quería que nada estropease su historia de amor. Y menos ahora, que Marinel estaba lejos. Muy lejos.

Marinel Feraru, de treinta y siete años, se encontraba ese 11 de julio en Rumanía. Había llegado allí la madrugada del día anterior, tras un viaje en autobús de tres días. En España llevaba varios años sin un trabajo fijo y pensaba que en su país de origen las cosas le irían mejor, aun a costa de separarse de Sara, a la que adoraba. Marinel conoció a la madre de su hija a través de Facebook en diciembre de 2010. Él vivía entonces en Valencia y Davinia pasaba en la red social los ratos muertos que le dejaba el curso que estaba haciendo en Calatayud (Zaragoza). Se intercambiaron mensajes durante un mes, hasta que Davinia le dijo que fuese a conocerla, que su hija Andrea y ella estaban muy solas en Aragón. Marinel no tenía nada que lo anclara a Valencia y en enero de 2011 se trasladó hasta el pueblo zaragozano, donde convivió con Davinia y Andrea hasta que la niña acabó el curso escolar. La pareja y la menor residieron en Cabezón de Pisuerga (Valladolid) y en Burgos, donde el 1 de junio de 2013 nació Sara. A finales de 2015 se mudaron a Valladolid. Allí, Marinel nunca tuvo un trabajo estable y la relación con Davinia se fue torciendo hasta que el 14 de mayo de 2017 la mujer le dijo que no quería seguir con él. Se había relacionado con un chico mediante una red social de contactos. Se llamaba Roberto Hernández, Bob, y era mecánico, especialista en el mantenimiento de aeronaves.

Roberto era un manitas. Presumía de sus conocimientos

mecánicos e informáticos siempre que tenía ocasión —«con una calculadora algorítmica te saco el IMEI de cualquier teléfono rápidamente, dando a un botón», escribía para impresionar a sus conquistas—, aunque esa supuesta cualificación solo le procuraba trabajos esporádicos. Residía junto a sus padres en Medina del Campo (Valladolid) y dedicaba mucho tiempo a las redes sociales. A través de una de ellas, Badoo, conoció a Davinia durante la Semana Santa de 2017. A principios del mes de mayo comenzaron a conversar por WhatsApp. Sus charlas fueron subiendo de tono hasta que la noche del 14 de mayo Davinia y Bob se conocieron en una cafetería cercana a la casa de la mujer. Ese día, Marinel aún dormía en el piso que compartía con Davinia y sus hijas. La militar le contó a Bob sus problemas con el padre de su hija, al que anunció que quería romper la relación el mismo día que conoció en persona a su amor de Badoo.

El 24 de mayo, Roberto, como un pavo real, extendió su plumaje frente a Davinia. Tiró de sus conocimientos informáticos para entrar en las cuentas de correo y Facebook de la mujer. Le dijo que quería evitar que Marinel hackease sus redes haciéndola pasar por prostituta, tal y como les había ocurrido a algunas de sus amigas tras romper con sus parejas. Bob rezumaba xenofobia en sus mensajes:

—Putos rumanos, machistas, celosos, maltratadores, vagos, gentuza. Qué asco les tengo.

Davinia contestaba con emoticonos con caras de espanto y Bob se venía arriba, dejando claro que era todo un macho alfa:

—Ni cárcel ni nada. Un tiro en la cabeza y al contenedor de basura. Como toque alguno a mis hermanas, desaparece. Lo entierro vivo. Ya lo hice una vez con un español... Pues ya ves si es rumano. Le pegué bien, lo até, lo tiré a un hoyo y lo tapé con arena. Un amigo mío lo sacó. Por mí se hubiese quedado.

El 30 de mayo, Bob pasó su primera noche en casa de Davinia, que le dio cincuenta euros a Marinel para que se fuese a dormir a una pensión. Al día siguiente, la mujer no fue a trabajar ni llevó a Sara al colegio. Quería apurar las horas con su nuevo amor. Desde entonces, Bob entraba y salía de casa de Davinia de forma intermitente. Mientras, Marinel viajó unos días a Madrid en busca de trabajo y durmió más de dos semanas en el coche de la madre de su hija, que le permitía subir al piso a asearse, siempre y cuando Roberto no estuviese allí.

A partir del 22 de junio Roberto se instaló de forma definitiva en el domicilio de Davinia junto a sus hijas, Andrea y Sara, a las que

ya conocía y con las que había pasado tiempo en casa. El 5 de junio, la pareja tuvo una conversación por WhatsApp con la pequeña de protagonista:

—Vaya risas con Sarita. Me toca la cola y me dice: ¿qué es eso? Cómo molan los niños.

—Lo bueno es que se quita la ropa también. Fiesta. Y se apunta.

—Le molan los tríos.

El 7 de julio Sara vio a su padre, Marinel Feraru, por última vez. Bob esperaba impaciente en casa junto a Andrea:

—Venid ya. Dile a Sara que le voy a comer el culete.

Solo cuatro días después, el 11 de julio, Sara amaneció con los labios hinchados y su cuerpo acumulaba ya los hematomas que le vieron en el hospital Campo Grande. Bob había salido de casa esa mañana tras pasar los días anteriores con Davinia y sus hijas. La mujer no dejaba pasar una hora sin escribirle:

—Luego voy a la farmacia, para los moratones y las infecciones en la boca.

—Para los moratones, lo mejor es andar, reactivar la circulación. —Bob era para Davinia el hombre que todo lo sabía y lo solucionaba.

—Iremos al parque, porque me da vergüenza ir a la piscina.

Minutos antes del mediodía y ante el estado de la niña, Davinia decidió llevarla al hospital Campo Grande. Se lo anunció a Bob, que hizo todo lo posible para evitar la visita a los médicos.

—¿Y eso?

—Parece que le han dado una paliza.

—Ponle hielo, yo no soy de médicos, ya lo sabes. Le van a preguntar y va a decir que ha sido Andrea o yo. Soy sabio. Recuerda.

—No, les digo que se pone nerviosa.

—Cuéntale lo del rumano. Bueno, tú sabrás.

—Claro que se lo voy a decir.

La visita al hospital de Davinia y Sara activó las alarmas de quienes tienen por cometido proteger a los menores, una maquinaria compuesta por profesionales competentes y entregados a su trabajo, pero inmersos en un engranaje poco ágil. El grupo de Menores de la policía puso el caso en conocimiento de la Fiscalía de Menores, que alertó a los servicios sociales de la Junta de Castilla y León el 25 de julio, dos semanas después del paso de Sara por el hospital. Un día después, Davinia y sus dos hijas llegaron a la sede de la Sección de Protección a la Infancia. Con los informes médicos y de la policía delante, los funcionarios le expusieron a la mujer la

gravedad del asunto. Ella trató de restarle importancia.

—Esos moratones son de las típicas peleas entre hermanos. Y Sara tiene la piel muy sensible. Por eso le salen marcas. Una dermatóloga me dijo que la niña tenía dermatitis atópica. La cría es muy inquieta, nerviosa, se tropieza, se cae...

—Mire, los informes médicos no dicen eso. Una forense la vio en el hospital y dijo que esos hematomas no los podía haber hecho una niña de doce años. No ha sido su hermana.

—Cuando acabe todo esto, voy a denunciar a esos médicos. Es una vergüenza que digan que no atiendo a mi hija. —Davinia se mostraba indignada, como víctima de una conspiración urdida por policías, sanitarios y funcionarios de los servicios sociales.

La mujer explicó que era militar desde hacía dieciocho años y que estaba destinada en el Regimiento 22, donde disfrutaba de jornada reducida.

—¿Quién cuida a sus hijas cuando usted trabaja y no hay clase, como ahora?

—A veces se encargan mis hermanos y, hasta que se fue a trabajar fuera, lo hacía mi expareja. —Sara seguía ocultando la existencia de Bob, instalado en su casa desde hacía semanas.

—¿Y desde que se fue su expareja?

—Las llevo a una guardería cerca de casa.

—En las guarderías no admiten a niñas de doce años...

—Bueno, es que es más una ludoteca que una guardería.

—Díganos qué ludoteca es, cómo se llama y dónde está.

—Es que no lo recuerdo, lo miraré. —Los trabajadores sociales no creyeron a la mujer y empezaron a pensar que las niñas pasaban mucho tiempo solas.

—Sara tiene la boca destrozada, llena de caries. ¿Por qué?

—Puede ser porque le di de mamar hasta muy tarde y porque su padre le daba muchas chucherías.

—¿Cómo trataba su expareja a las niñas?

—Desde que se ha ido estamos mucho más tranquilas. Cuando estaba él, he llegado a tener miedo, más por lo que pudiese hacerme a mí que por lo que les pudiese hacer a las niñas. Hemos discutido mucho y por eso le pedí que se marchase.

—¿Nunca lo ha denunciado o ha pedido ayuda?

—No quiero meterme en problemas.

El escenario al que se enfrentaban los servicios sociales no parecía alarmante. La policía había enfocado el caso como un episodio de violencia de género y el presunto maltratador, el padre de Sara, estaba lejos. Los funcionarios de la Junta valoraron el caso

como de nivel 2. No había un riesgo inminente y suponían que la madre protegería a sus hijas de cualquier peligro. Ella, nada más acabar la entrevista, escribió a Bob:

—Ya terminamos en breve. Me han interrogado a mí. Ahora subían las niñas.

Los trabajadores sociales se reunieron minutos después con las menores, Andrea y Sara. La mayor pensaba mucho todas sus respuestas, se mostraba bloqueada. La pequeña no se separaba de su hermana, necesitaba que una parte de su piel estuviese en contacto con la de Andrea permanentemente, buscando su cobijo y protección.

—Andrea, aquí estáis seguras. Nadie se va a enterar de lo que digáis. —Las trabajadoras intentaban en vano ganarse la confianza de la niña, mientras su hermana se aferraba a ella.

Unos muñecos de peluche sirvieron para que Sara escenificase cómo su padre a veces golpeaba a Andrea, hasta que la hermana mayor le hizo un sutil gesto para que parase. La exploración de las niñas sirvió de muy poco. Los funcionarios avisaron a Davinia de que dos días después, el 28 de julio, se presentarían en su casa para ver el entorno en el que vivían. Antes de despedirse, le hicieron una advertencia:

—No se olvide de una cosa: su obligación como madre es proteger a sus hijas.

A quien Davinia protegía por encima de todo era a Roberto. Desde que su relación había pasado del plano virtual al real, se comportaba como una adolescente que vive su primer amor. Ocultó su existencia a los médicos y a la policía el 11 de julio, y días después a los servicios sociales. Quería que fuese invisible; cuando le anunció que el juzgado había abierto diligencias ante la sospecha de malos tratos y podían llamarle como testigo, Bob dejó bien claro que prefería seguir revestido del manto de invisibilidad con el que su pareja lo había envuelto:

—Prefiero no ir —contestó Roberto a la posibilidad de acudir a sede judicial.

—Han dicho que tiene falta de higiene y que van a ir a verlas a casa.

—A casa no tiene que ir nadie. Sin timbre, a ver cómo llaman. Por eso no hay que ir al médico, hay que ir para cosas más graves y no para bobadas. A mí, cuanto menos me vean, mejor. —Roberto había inutilizado el timbre y el telefonillo de la vivienda, garantizándose así impunidad en su guarida, el piso que compartía con Davinia y las dos niñas.

Las alarmas del hospital Campo Grande no fueron las únicas en saltar esos días del verano de 2017. Rosana y Pedro, los hermanos de Davinia, fueron testigos del deterioro del estado de su sobrina Sara. Entre el 23 y el 28 de junio, Marinel estuvo en Pedrajas de San Esteban (Valladolid) junto a Andrea y Sara. Allí vieron un par de moratones en su cuerpo, pero no les dieron importancia. En sus cuatro años de vida, nunca había presentado síntomas de ser una niña maltratada y el comportamiento de su padre con ella siempre había estado libre de mácula. El 14 de julio, tres días después de la visita de Sara al hospital, una sobrina de Davinia observó varias lesiones en los dedos de las manos y en los pies de la niña. Su madre le dijo que la pequeña se había pillado con una puerta y que las heridas en los pies eran de andar descalza. El domingo, 16 de julio, Pedro organizó una comida en Pedrajas a la que invitó a Davinia, a sus hijas y a Roberto, al que habían conocido días atrás. Pedro recordó en el juzgado que «Sara rehuía a Roberto y él estaba en todo momento muy nervioso». A la hora de la cena, el tío de Sara le tocó un dedo a la pequeña y esta se quejó.

—Davi, hay que llevar a la niña al hospital. Se queja mucho del dedo y lo puede tener roto.

Davinia, ajena a lo que oía y veía a su alrededor, se besaba con Roberto en un sofá.

—Davi, hay que llevarla a urgencias —insistió el hombre.

—Toma su tarjeta sanitaria. —Davinia le entregó el documento a Pedro—. Yo no la voy a llevar después de lo que pasó en el hospital Campo Grande.

Pedro acudió con Sara al centro de salud de Íscar, desde donde la derivaron al Hospital Clínico de Valladolid para hacerle una radiografía y allí comprobaron que la pequeña no tenía el dedo roto. Pedro compró los antibióticos para su sobrina y le envió una foto a Davinia de la cura que le habían hecho en el centro médico. Ella se limitó a contestar «qué exagerado».

Los hermanos de Davinia se daban cuenta de la enorme dependencia que la mujer tenía de su nueva pareja. Desde que habían comenzado a vivir juntos, ella se había alejado de su familia y su hija pequeña estaba cada vez más triste, algo que atribuían a la marcha de su padre, y más deteriorada físicamente —hinchazones, hematomas, golpes—, algo para lo que no encontraban explicación.

El 28 de julio era un día importante para Davinia. Los servicios sociales habían acordado con ella que irían a su casa para comprobar el estado de Andrea y Sara en su entorno. Davinia salió a trabajar temprano. En casa se quedaron Bob y las dos menores. La

mujer recibió pronto un cariñoso mensaje de su pareja. A las 8:56, Bob le escribió:

—Guapa. Te quiero mucho.

Davinia le anunció que iba a llamar a los servicios sociales para anular la visita prevista para ese mismo día. Bob le instaba a ello —«lo importante es anularlo», «verás como tienes jaleo», «a ver si te entra en la mollera», «¿has llamado a la gente esta que iba a venir?»—, le contaba que Sara la buscaba como una loca —«estoy tumbado en la cama y ha entrado ya tres veces»— y le anunciaba que se iba a masturbar —«un gallolón», «voy a ver si me duermo u otra gallola»—. Minutos antes de las 11 de la mañana, la conversación entre la pareja acabó con decenas de emoticonos representando besos enviados por Davinia.

Tres horas y media después, Sara tenía un enorme hematoma en la parte izquierda de su cabeza. Una mancha de un rojo vivo se extendía desde la sien hasta el maxilar a lo largo y desde la ceja hasta la oreja a lo ancho.

—Hola. Me despierto ahora. Sarita en su habitación. He entrado y tiene el lado izquierdo de la cara hinchado. Yo alucino. —Roberto le comunicó a Davinia el estado de su hija y le mandó una foto, una imagen terrible de la pequeña con la cara amoratada.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha dado un golpe con la mesa. Hemos entrado en la habitación y parece que ha habido un terremoto. La cama sin sábanas de arriba abajo. Meada entera.

Davinia le dijo a Roberto que le pusiese pomada y que tratase con hielo la inflamación, pese a que la gravedad y aparatosidad del hematoma se percibían perfectamente en la foto. La mujer se lamentaba, como si una suerte de maldición hubiese caído sobre ella, y no se detenía a pensar ni un solo instante acerca del hecho de que el deterioro de su hija pequeña coincidía exactamente con la llegada de Roberto a su casa. Había metido al monstruo en su nido y no era capaz de verlo. Muy al contrario, seguía haciendo todo lo posible para protegerlo:

—Yo creo que tengo echado un mal de ojo o algo. Me pasa de todo. No la voy a llevar a ningún lado. Me da hasta miedo ir al médico. Siempre me pasan cosas.

Davinia cumplió la palabra dada a Roberto y llamó a servicios sociales para anular la visita domiciliaria. Se excusó diciendo que le habían cambiado el turno, que era imposible que pudiese estar en casa. La trabajadora social que la atendió no le dio tregua:

—Tenemos que ver a las niñas. Dinos en qué guardería están y

vamos a comprobarlo.

—Es que no están en una guardería, están en casa. —Davinia se quedaba sin escapatoria, notaba cómo la iban cercando.

—¿Andrea y Sara están solas en casa?

—No, no están solas, hay alguien con ellas.

—¿Quién está con ellas? ¿Tu hermano? ¿Tu hermana?

—No, no... Un amigo.

—¿Un amigo? No nos dijiste nada de un amigo cuando estuviste aquí. ¿Qué amigo es ese? Dame su nombre.

—Se llama Roberto. —Davinia reveló por primera vez su secreto mejor guardado.

—Roberto ¿qué más?

—Roberto Hernández...

—Bien. Procura estar en tu casa el 1 de agosto a las dos de la tarde. Iremos para valorar la situación.

La conversación de Davinia con el equipo de servicios sociales provocó que estos se presentasen en casa de la mujer unas horas más tarde. El telefonillo del portal no funcionaba y el timbre, tampoco. Los funcionarios se marcharon, a la espera de la visita del 1 de agosto.

Algo más de una hora después, Pedro llegó al portal de su hermana. El portero automático no funcionaba y llamó a Davinia, que estaba regresando desde el cuartel. Ella avisó a Roberto:

—Está mi hermano. Decid que se ha dado un golpe.

—Mejor que no venga nadie. Rollos después. Hoy que no la vea nadie.

Los deseos de Roberto no se hicieron realidad. Davinia y Pedro entraron en la vivienda. El tío de Sara vio a la niña tumbada en el sofá, mientras Bob le ponía en la cara una bolsa de hielo.

—¿Qué ha pasado aquí? —Pedro vio horrorizado el hematoma que amorataba el lado izquierdo de la cara de la niña.

—No lo sé, se habrá caído. —Roberto, vestido solo con un pantalón corto, respondía nervioso.

Andrea, sentada al otro lado del sofá, sollozaba y trataba de explicar lo que no se podía explicar:

—Yo estaba en mi habitación, salí y la vi así, no sé qué ha pasado.

Pedro contemplaba atónito la escena. Roberto se apartó de la pequeña y, ajeno a la situación de la niña, le pidió que le trajera pintura para pintar el piso.

—¿De qué me hablas, Bob? Mira cómo está la niña. Hay que llevarla a urgencias.

Davinia saltó mientras atendía a su hija:

—No va a ir a ninguna parte, si voy a un hospital me quitan a la niña.

Roberto abandonó el domicilio mientras los dos hermanos siguieron discutiendo unos minutos más. Pedro buscaba en Andrea las respuestas a lo ocurrido, pero la niña solo lloraba. Finalmente, el hombre se fue de casa y se marchó a buscar a su hermana Rosana con la vana esperanza de que entre los dos convencerían a Davinia para que llevase a Sara al hospital. Pero las preocupaciones de la mujer eran otras. Escribió a Roberto:

—Lo siento mucho, de verdad. Yo te quiero mucho. Siento mucho todo esto. Te voy a hacer caso como me has dicho. No voy a abrir la puerta a nadie ni a salir. Solo quiero ser feliz y no me dejan. Te necesito mucho. Me voy a ocupar personalmente de que no se metan en mi vida mis hermanos.

Mientras, Rosana y Pedro se plantaron frente al portal de Davinia. La llamaron por teléfono, le escribieron wasaps y aporrearon su puerta durante cuatro horas, en las que esperaron sentados en un banco frente al inmueble y en una cafetería cercana. Incluso contactaron con la policía, pero los agentes les dijeron que tenían que acudir a una comisaría a presentar una denuncia. Los mensajes entre Pedro y su hermana en esas horas son reveladores. A Davinia solo le importaba que no hubiese más fugas en su guarida, que su Bob permaneciese a salvo:

—Llévala a urgencias —le insistía Pedro una y otra vez.

—La niña se ha dado un golpe y le está bajando. Ya está, pero dejadme en paz, dejadnos tranquilos, que sé qué tengo que hacer.

—A ti te dejo en paz, pero a la niña no.

—La vamos a llevar Rober y yo. Dejadme en paz.

—Y nosotros vamos también.

—Nos vamos a ir nosotros solos. Me estáis dando vergüenza.

—Pues llévala y nos dices dónde. Es tu hija, llévala, por su salud.

—Buscáis problemas donde no los hay. Está flipando Rober.

—No hagamos un drama. Con lo que está pasando. La niña está psicológicamente mal y es una detrás de otra.

Una detrás de otra. Así era. En poco tiempo, el cuerpo de Sara, una niña de cuatro años, iba acumulando huellas de una violencia a la que nadie encontraba explicación: heridas en las manos, en los pies, moratones por toda su piel, los labios tumefactos, el enorme hematoma en su cabeza... Las marcas en su cuerpo también oscurecieron su carácter. Pasó de ser una niña juguetona, cariñosa,

nerviosa y dicharachera a convertirse en una cría huidiza, callada, triste y, sobre todo, asustada.

Sara estaba aterrorizada el 1 de agosto, mientras el equipo del Servicio de Protección a la Infancia aporreaba la puerta de su casa y las llamaban a ella y a su hermana por sus nombres. Bob, sentado junto a ella en el sofá, vigilaba para que no dijese nada. Los funcionarios se marcharon a su sede con una decisión que plasmaron por escrito en su informe: «Ante la falta de colaboración de la madre y la ocultación de información, así como la situación de riesgo en la que se encuentran las menores, se decide en la Comisión de Valoración con fecha 2 de agosto de 2017 la declaración de desamparo de las dos menores, con medida de tutela y acogimiento residencial».

Ese 2 de agosto, Sara se despertó muy temprano. Cuando su madre terminó de ponerse el uniforme para irse a trabajar, vio que su hija se había vestido sola y se agarraba a ella:

—Mamá, quiero ir contigo —le repetía mientras se aferraba a la mujer.

Davinia despertó a Roberto. Andrea aún dormía. Metió a su hija pequeña en la habitación que compartía con Bob. La dejó en la cama con él.

Dos horas después, Roberto marcó el 112. En la grabación se oye a un hombre nervioso, a años luz del aplomo y la seguridad rayana en la chulería que lucía habitualmente.

—Manden una ambulancia... La niña, que no respira. La he venido a ver a la cama y está blanca, la pobre.

El corazón de Sara había dejado de latir. El equipo de emergencias que acudió tras la llamada que Roberto hizo al 112 la encontró en asistolia:

—Me he despertado, he ido a su habitación y la niña no respiraba, no se movía —repetía Roberto a los sanitarios, que lograron que el corazón de la pequeña volviese a latir de forma intermitente. La vida de Sara iba y venía.

Cristina Ramos, la enfermera del 112, se fijó en que la pequeña tenía toda la cara amoratada mientras le buscaba una vena para colocarle una vía:

—¿Qué le ha pasado en la cara? ¿Es usted el padre de la niña? —preguntó la enfermera a Roberto.

—Se dio un golpe el otro día con la mesa. Yo no soy su padre, el padre es un rumano, menuda pieza.

Cristina miró de reojo las uñas de los pies de Sara. Algunas estaban levantadas y con sangre reciente. Aquello no correspondía

con un cuadro normal de parada cardiaca. Se lo señaló al médico del equipo, el doctor José Manuel Acebes, que le pidió a su compañero, el conductor Carlos Paniagua, que llamase a la policía.

El primer policía nacional que subió al domicilio de Sara encontró un escenario que «no era normal», tal y como recordó meses después en su declaración judicial. Mientras los sanitarios se esforzaban por salvar la vida de la niña, tumbada en el suelo del salón, su madre se mantuvo fría, sin derramar una sola lágrima, y su hermana permanecía en la cocina, sin decir una sola palabra, desayunando leche con galletas, ajena a la tragedia que se desarrollaba a pocos metros de ella.

Durante una hora, los sanitarios del 112 intentaron insuflar vida a Sara, que fue trasladada hasta el Hospital Clínico. Detrás de la ambulancia, la policía llevó a Andrea, Davinia y Roberto en un coche patrulla. Al llegar, allí había agentes del grupo de Menores, los mismos que se entrevistaron con la madre de la pequeña apenas veinte días antes en el Hospital Campo Grande. Davinia sentía cómo su blindaje saltaba por los aires, cómo desaparecía el foso con el que había rodeado su nueva existencia con Roberto. Mientras su hija entraba en muerte cerebral, ella tuvo tiempo de avisar a su amor con un mensaje:

—Ten cuidado, que son todos policías. Son los mismos que intervinieron la otra vez. Que van de civiles.

Los agentes preguntaron a Davinia y a Roberto por separado sobre lo ocurrido. Ella dijo que estaba trabajando, y él repitió lo que había dicho a los sanitarios. Despertó y, cuando fue a ver a Sara, la niña estaba inerte y avisó al 112. Los policías se interesaron por el aparatoso hematoma que la pequeña tenía en la cabeza. Bob y Davinia dijeron que se había dado un golpe, pero sus versiones divergían con respecto a la fecha del accidente. La madre aseguró que la habían llevado al pediatra, pero no supo decir ni el nombre ni la dirección del médico. Andrea, la hermana de Sara, solo guardaba un inquietante silencio ante las preguntas de los policías.

Minutos antes de las ocho de la tarde, Roberto comenzó a declarar en calidad de testigo ante la policía. Mintió desde el primer momento: dijo que conocía a Davinia desde el año 2002 y que en el 2017 se reencontraron en Valladolid. Le dio tiempo a mentir muy poco más. El forense había examinado a Sara, que ya presentaba muerte cerebral, y había comprobado que tenía dos fisuras anales recientes y una lesión en la vagina y que carecía de himen. Había sido víctima de una agresión sexual.

—Tenemos que interrumpir esta declaración, Roberto. Estás

detenido.

Una hora después, la policía acudió a buscar a Davinia al Hospital Clínico.

—Estás detenida, Davinia.

Durante el trayecto hasta las dependencias policiales, la mujer se quejó de la maldición que pensaba que había caído sobre ella:

—Siempre que estoy de guardia, a mi hija le pasa algo. Parece que lo hacen adrede.

Sara dejó de existir a la mañana siguiente, el 3 de agosto de 2017. Su madre declaró ante la policía esa misma tarde que notaba que Sara le tenía miedo a Roberto, pero que no le dio importancia. Él no quiso declarar. Ambos acabaron en prisión.

Los médicos forenses Elena Sanz Cid y Luis Fombellida Velasco realizaron la autopsia del cuerpo de Sara. Describieron detalladamente todas las lesiones que presentaba el maltrecho cuerpo de la niña —heridas de variada localización y antigüedad— y las indubitadas señales de la agresión sexual que sufrió en sus últimas horas de vida. Explicaron minuciosamente el mecanismo de la muerte: «El traumatismo craneal —causa del fallecimiento— se ha producido por movimientos de aceleración y desaceleración acaecidos dentro de la caja craneal, al impulsar esta y chocar contra una superficie plana que contunde, al golpear la cabeza en la zona frontal con un objeto romo grande. Este mecanismo deforma y comprime la caja craneana sin llegar a la fractura».

Los médicos concluyeron su informe con una terrible definición médica que resume el horror vivido por Sara en sus últimas semanas de vida, desde que su madre decidió meter a un monstruo en su casa: «Nos encontramos ante el síndrome del niño apaleado».

Marinel Feraru recibió la noticia de la muerte de su hija en Rumanía. Llegó a España, declaró en el juzgado y contrató a la abogada Isabel Palomino, del despacho vallisoletano Negotia, para que defendiera sus intereses. La letrada le contó la gravedad de lo ocurrido con Sara y precisó de la ayuda de un psicólogo para explicarle con detalle las lesiones que describía el informe de autopsia de su hija.

Roberto Hernández fue condenado a prisión permanente revisable. A Davinia Muñoz, el Tribunal Superior de Justicia de Castilla y León le rebajó la pena hasta los trece años de prisión.

En octubre de 2017, cuando Davinia llevaba más de dos meses en la cárcel, escribió una larga carta a Roberto que finalizaba con corazones y dibujos de besos trazados con una grafía adolescente y cuatro frases:

Me tienes enamorada.
Muchos besos te doy.
Estoy triste porque no te los puedo dar en persona.
Lloro porque no puedo estar junto a ti en estos momentos.

En el juicio, celebrado en abril de 2019, la acusación particular, que actuaba en nombre de Marinel, el padre de Sara, ni siquiera acusó a Davinia. Ella aseguró a los psiquiatras que la visitaron en su encierro que Marinel era el único apoyo que tenía desde que ingresó en la cárcel. En su declaración ante el tribunal del jurado dijo que solo empezó a sospechar de Roberto cuando conoció el informe de autopsia. La declaración de los forenses en el juicio fue el único momento en el que Davinia ensombreció el gesto.

La madrastra de Gabriel

> «Tranquilo, el niño va a aparecer vivo.»
>
> ANA JULIA QUEZADA, ASESINA
> DE GABRIEL CRUZ, AL PADRE DEL NIÑO

—Acaba de salir. Va camino de la finca.

Al otro lado del teléfono móvil, el responsable de la unidad de élite de la Guardia Civil encargada de investigar la desaparición del niño Gabriel Cruz en un pueblecito del interior de Almería llamado Las Hortichuelas, en el Parque Natural del Cabo de Gata, sabe que aquel domingo será el momento decisivo para descubrir dónde está el pequeño, vivo o muerto. Varios oficiales se encuentran en una sala que llaman puesto de mando y en la que hay pantallas donde se ve a tiempo real lo que sucede.

Algunos otros guardias civiles están apostados cerca de la finca de la familia del niño desaparecido. Muy pronto, la mujer llega al terreno de Rodalquilar, un lugar donde antes iban a trabajar los mineros en busca de oro, situado solo a cinco minutos en coche de donde había desaparecido Gabriel. Los guardias la vigilan y hacen fotografías desde lejos como si fueran *paparazzi* del crimen. Avisan a sus jefes:

—Está andando por la finca, trasteando.

En el puesto de mando se masca la tensión. En Madrid, el coronel jefe de la UCO, Manuel Sánchez Corbí, va recibiendo las noticias. Los guardias apostados frente a la finca siguen haciendo fotos de la mujer. Ahora está quitando unos tablones, va y viene, saca algo de un agujero cerca de la piscina y lo cubre con una manta. Se dirige con ella al coche.

Los agentes envían una fotografía al móvil del jefe de la investigación:

—Necesitamos otra imagen, no se acaba de ver qué lleva en la manta.

Instantes después, otra fotografía llega al puesto de mando. Y a

las pantallas. Una manita asoma desde una esquina de la manta. Está caída, hacia el suelo, como sin vida. No parece moverse, pero los que la ven quieren mantener un hilo de esperanza, quieren creer que Gabriel sigue vivo, inconsciente quizá, herido, pero con un soplo de vida. El jefe de la investigación da las órdenes:

—No la perdamos. La dejamos salir de la finca y, en cuanto se pueda, la detenemos.

Ocho coches camuflados de la Guardia Civil están dispuestos entre la finca de la que sale Ana Julia Quezada con el niño en el maletero de su coche y la casa familiar. Además, el automóvil de la mujer, pareja del padre del niño, ha sido balizado y lleva micrófonos, de forma que los investigadores oyen a tiempo real lo que va haciendo la que ya saben con seguridad que es la culpable de la desaparición de Gabriel.

La han seguido desde que salió de casa esa mañana hacia las diez y media de aquel domingo 11 de marzo. Los ha conducido hasta la finca, la han visto hacer una llamada con su móvil, tirarle con aire indiferente algunas piedras a su perra y finalmente entrar al cortijo, quitar unos tablones de madera que había colocados cerca de la piscina y abrir el maletero del vehículo, sacar una toalla de colores...

Son las once y nueve de la mañana cuando los guardias civiles fotografían a la mujer con el cuerpo casi desnudo del crío envuelto en una toalla.

Después de echar arena sobre el agujero y regresar al coche, Ana Julia sale de la finca y conduce su Nissan Pixo de forma un tanto errática mientras va maldiciendo al niño, a los guardias civiles y a la enorme movilización social que se ha generado para localizarlo. Al niño lo llaman «el Pescaíto», por lo que el dibujo de un pez está por todas partes. La Guardia Civil ha bautizado el caso como operación Nemo en recuerdo de Gabriel y del famoso pez de la película. Con su cuerpo en el maletero, su madrastra masculla: «¿No quieren un pez?, les voy a hacer un pez, mis cojones».

Son minutos de tensión. La mujer conduce por la autovía del Mediterráneo, toma una salida hacia Almería y sigue por la costa. Cuando acerca el coche a un acantilado y aparca, una pareja de paisano se pone a su lado y empieza a hacerse selfis como dos turistas despreocupados. En realidad, son dos guardias civiles.

En cuanto puedan, la detendrán. No van a dejar que tire el cuerpo de Gabriel al mar, tampoco que se tire ella misma. Pero después de mirar la zona durante unos segundos, Ana Julia vuelve a arrancar el automóvil y se va. Los guardias turistas avisan por sus

transmisores y otros compañeros retoman el seguimiento. La ven deambular por varias carreteras secundarias, llega hasta Aguadulce, pasa por El Parador y después por La Gangosa. Incluso se mete en una zona de invernaderos; también se acerca a unos contenedores de basura. Han pasado unos treinta minutos de tensión. El jefe de la operación sobre el terreno comenta:

—Esta no sabe qué hacer con el niño.

El micrófono colocado en el coche de la asesina lo confirma. Se le oye decir: «¿Dónde lo puedo llevar yo?, ¿a un invernadero?, no puedo, no puedo». Finalmente, Ana Julia Quezada pone rumbo a la avenida Bulevar, en Vícar, donde está la casa en la que vive con Ángel, el padre del crío que lleva en el maletero. Está muy cerca de meter el coche en su garaje cuando los guardias civiles le cierran el paso. Mientras unos agentes la sujetan y la informan de que está detenida, otros abren el maletero y pierden toda esperanza ya. Gabriel Cruz está envuelto en una especie de sábana, impregnado de tierra. Muerto. Su cuerpo solo está vestido con un calzoncillo con dibujos infantiles y un calcetín naranja en el pie derecho. Junto a la puerta del coche, rodeada y ya con las esposas puestas, la mujer grita que su perra está en el coche y que ella no ha sido quien ha matado al crío.

La noticia llega a los guardias que han participado en la búsqueda de Gabriel Cruz, dieciséis, veinte horas al día. Uno de ellos se derrumba y se sienta en el suelo, otro se echa a llorar. Los que están más cerca de la detenida descubren dentro del coche dos guantes negros y una caja de tranquilizantes Lorazepam de 1 miligramo. Uno de los guardias que está a su lado advierte que Ana Julia tiene las manos y la ropa manchadas de tierra. Otro aún recuerda la mirada fría de la mujer, más fría que las de las decenas de etarras que detuvo en su vida anterior en el norte. Ni siquiera entonces Ana Julia Quezada, una superviviente, pierde la calma. Mira al guardia civil que tiene más cerca y le dice:

—Vengo de jugar con mi perra en la playa.

Acababa de terminar la búsqueda de Gabriel Cruz, el Pescaíto. Los investigadores de la Guardia Civil vivieron en doce días entre finales de febrero y principios de marzo de 2018 lo mismo que ocurrió en Galicia con la desaparición de la joven Diana Quer durante quinientas jornadas. Los dos crímenes fueron sucesos que conmovieron España y que atrajeron a decenas de periodistas. Crímenes mediáticos. Algunos de los agentes de la UCO que los investigaron y los resolvieron fueron los mismos.

Los guardias civiles de Almería habían revisado a fondo la zona

donde el niño Gabriel Cruz había desaparecido. Un camino de tierra une la casa de la abuela paterna de Gabriel, Carmen, con la de sus primos. Por allí no pasaba ni Dios. El que se había llevado al crío era alguien de la zona. Se trataba de averiguar para qué lo había hecho y dónde lo podía tener.

> A las 15:45 horas del 27 de febrero salió del domicilio de su abuela paterna, sito en calle Mayor sin número de la barriada de Las Hortichuelas Bajas-Níjar, el menor de edad Gabriel Cruz Ramírez, tomando un camino rural que lleva a unos escasos 50 metros al domicilio de uno de sus tíos, donde se dirigía a jugar con sus primos.

No pasaba ni Dios. Una zona casi desértica, apenas setenta y tres vecinos en Las Hortichuelas Bajas, un pueblo de casas blancas que sirvieron incluso para rodar alguno de esos *spaghetti westerns* en los años sesenta del siglo pasado. Todo había ocurrido, además, a la hora de la siesta. Gabriel pasaba aquel puente del día de Andalucía en casa de su abuela paterna cuando salió al camino rural para ir adonde vivían sus primos. Allí no le abrieron y regresó al camino, muy cerca de la puerta de la abuela Carmen. Dos personas se encontraban en la vivienda: su abuela y la pareja de su padre, una mujer dominicana llamada Ana Julia Quezada Ruiz. Los investigadores asumen que alguien se lo ha llevado. No descartan la posibilidad de un agresor sexual. Hay un *camping* cercano, en Las Negras, donde vive gente alternativa, itinerante... Un depredador sexual podría haber tenido un encuentro casual con Gabriel y cazarlo, igual que el Chicle había hecho con Diana Quer tiempo atrás en Galicia.

La abuela de Gabriel recuerda que lo vio por la ventana mientras se iba hacia casa de los primos. Su madrastra salió de la vivienda unos diez minutos después para ir a pintar la finca que el padre tenía en Rodalquilar. La anciana se quedó en la casa y hacia las cinco de la tarde asegura que vio pasar por el camino desierto una furgoneta de color blanco y sin los cristales traseros. No es de nadie del pueblo, por allí no pasa nadie, ese camino solo lo usa la familia y nadie que no lo conozca pasa por allí, insiste la mujer. Una prima de la abuela también asegura haber visto por la zona una furgoneta blanca, en la que ella cree que iban dos hombres magrebíes. Los investigadores van a repasar todas las furgonetas blancas alquiladas en la zona aquellos días.

Mientras siguen esa pista, los guardias civiles buscan también a posibles enemigos de la familia, gente que quisiera hacerles daño. La madre del crío desaparecido, Patricia Ramírez, les cuenta que hay un tipo que lleva tiempo acosándola. Mucho tiempo, más de

dos años ya. Ella lo ha denunciado varias veces, aunque no ha servido de mucho. El tipo tiene una orden de alejamiento de ella, una orden que se ha saltado al menos siete veces desde finales del mes de noviembre. Los investigadores se presentan la noche del 28 de febrero en la casa donde ese hombre vive con su madre, en el pueblo de Antas, 61 kilómetros al norte de Las Hortichuelas por la A-7, un recorrido de unos tres cuartos de hora.

El acosador sostiene que estuvo con su madre a la hora en que secuestraron al niño Gabriel. Tiene un aliado, la pulsera electrónica que lleva en el tobillo y que debe saltar cuando se acerca a Patricia; es un dispositivo que registra sus movimientos por un sistema GPS. El problema es que los registros indican que la pulsera falló o fue desconectada entre las cuatro y media y las cinco y media de la tarde del secuestro de Gabriel Cruz. A partir de esa hora, el dispositivo resucita y vuelve a pitar, situándolo ya en una calle de Antas, su pueblo. Casi no ha tenido tiempo para ir a Las Hortichuelas, secuestrar a Gabriel y volver a su casa.

Los investigadores registran la casa del acosador. Es un tipo peculiar, obsesionado con la madre de Gabriel desde que la conoció en el año 2015. Ella hacía de *speaker* en algunas carreras populares que organizaba la Diputación de Almería y él participaba en casi todas. Se ofuscó con ella de forma enfermiza. Primero la miraba fijamente, luego le enviaba cartas y poesías al trabajo, a veces la seguía... Cuando los guardias civiles le preguntan, el hombre no recuerda dónde tiene aparcado su coche. Luego descubrirán que lleva dos semanas, igual que su teléfono móvil, dentro de un taller de Córdoba. Durante el registro, los guardias civiles encuentran además una gota de sangre en la cocina. Cuando le preguntan por eso, el tipo contesta con frialdad, no parece que su mente esté allí con ellos:

—Será de un pollo que ha matado mi madre para comer.

Al abrir el armario del dormitorio, los guardias civiles descubren un gran lienzo hecho a grafito. Es un hermoso retrato de la madre de Gabriel, la mujer de la que tiene una orden de alejamiento. No hay duda, es ella. El tipo pinta muy bien y ha titulado el cuadro *Simplemente, un ángel*. En la papelera de la habitación, otro guardia civil recupera una fotografía de la misma mujer. El hombre la ha roto en pedazos y los ha tirado allí, muy poco antes de que los agentes llegaran.

La familia del acosador de Patricia relató cómo, tiempo atrás, quien era un joven prometedor había perdido contacto con la realidad. Todo parecía ir bien, había terminado la carrera de

Empresariales, tenía una novia, un trabajo. Pero, por motivos desconocidos, cayó en una depresión, perdió a su pareja y dejó el empleo con una simple nota escrita en la que se despedía de su jefe. Desde entonces, todo había ido a peor. Ya solo se aliviaba pintando y corriendo, cada vez más. Así conoció a la madre de Gabriel. Y se obsesionó.

Los datos de la pulsera demostrarían que el hombre había vuelto a quebrantar la orden de alejamiento de la madre de Gabriel, de forma que acabó siendo detenido y llevado a prisión para cumplir una pena de tres meses de cárcel que tenía pendiente por acercarse demasiado y demasiadas veces a Patricia Ramírez. Pero en un gesto de enorme lucidez, la propia madre, a pesar del enorme sufrimiento que le había ocasionado, descartó ya entonces ante la Guardia Civil que su acosador pudiera haberle hecho nada a su hijo.

Entre tanto, los investigadores se habían fijado en el comportamiento de Ana Julia Quezada, la pareja del padre de Gabriel. Ella había sido la última persona en ver al crío antes de que lo secuestraran. La mujer, nacida en República Dominicana, había conocido al padre de Gabriel en un bar llamado Black que ella regentaba en Las Negras, un pueblecito turístico del cabo de Gata, cerca de Las Hortichuelas. Ángel Cruz acudía de vez en cuando como cliente y ambos conectaron. La Nochevieja de 2016 iniciaron su relación sentimental. En septiembre de 2017 ya estaban viviendo juntos. El crío Gabriel, al que no le gustaba demasiado la novia de papá, vivía en casa de su madre y pasaba algunos fines de semana con el padre y su pareja nueva. Una de las primeras fotografías que vieron los guardias civiles estaba hecha por el padre y los mostraba a los dos, Gabriel y Ana Julia, sentados juntos dentro del coche. La mujer lanza un beso a la cámara del teléfono móvil. A su lado, Gabriel sonríe.

Los investigadores comprobaron que Ana Julia Quezada asumía un papel protagonista en la búsqueda del crío, así como en las reuniones para saber cómo iban las pesquisas y quiénes eran los posibles sospechosos, y advirtieron, además, que influía mucho en las decisiones de Ángel, el padre de Gabriel. Desde muy temprano, la mujer opinaba que se trataba de un secuestro, que alguien se había llevado al niño, y animaba a ofrecer una recompensa millonaria para conseguir recuperarlo pronto, recuperarlo vivo.

El sábado 3 de marzo han pasado cuatro días de la desaparición del Pescaíto. Cientos de personas participan en las batidas en su busca; millones de ciudadanos más lo siguen por televisión. Esa mañana, los padres de Gabriel se reúnen con el psicólogo Francisco

Murcia, que los está ayudando a sobrevivir con ese inmenso dolor. Tras sopesarlo bien, deciden subir la recompensa a quien aporte alguna pista sobre el paradero de su hijo: de diez mil a treinta mil euros. Ana Julia no está presente en la reunión, pero conoce bien los planes de su pareja, Ángel «se lo cuenta todo», y respalda la idea de la recompensa millonaria. Pero algo se tuerce. Cuando la mujer llega al lugar de la reunión, Ángel y ella se meten en el cuarto de baño para hablar en privado. Tras unos minutos, Ana Julia sale de allí nerviosa, con mala cara. Se acaba de enterar de que los guardias civiles han rechazado la idea de los padres. Nadie ha llamado reclamando un rescate, hay que esperar.

Ana Julia queda desconcertada. Los investigadores no suben la recompensa. Y piensan que, así lo ha escuchado ella decir al padre y a otras personas, si Gabrielillo hubiese sufrido el ataque de un delincuente sexual, un pederasta, es extraño que no haya aparecido algo; la mayoría de esos tipos, una vez conseguido lo que quieren, huyen y dejan pistas, el cuerpo del niño, algo de su ropa... Y se ocultan hasta que atacan a otro pequeño en otro lugar. Así que esa gente que ha llegado desde Madrid para descubrir al culpable no acepta ofrecer más dinero y no cree que haya sido un pederasta. No hay muchas más posibilidades si no es ninguna de esas dos cosas (secuestro o ataque); los guardias civiles tendrán que buscar por otros lados, mirar entre otras personas, los más cercanos a la familia. De hecho, al día siguiente, el 4 de marzo, los guardias dejan que ella sepa que se va a rastrear la zona de Rodalquilar, donde está la finca familiar. Instantes después, la mujer le dice a su pareja, el padre de Gabriel:

—Tranquilo, que el niño va a aparecer vivo.

Esa misma tarde, después de comer, Ana Julia decide moverse. Convence a Ángel de salir a buscar a Gabriel por su cuenta. Ellos dos solos, sin avisar a la Guardia Civil. Le sugiere rastrear una zona concreta. Le dice que el día anterior ella perdió su teléfono móvil por allí cuando estaba buscando al crío. Es una zona por donde ella solía pasear con su anterior pareja, Sergio, un aspirante a rockero con el que se había trasladado al cabo de Gata desde Burgos, su primera parada en España. Guiado por Ana Julia, Ángel llega con ella a unos cuatro kilómetros del camino donde Gabriel había sido secuestrado. La mujer le dice al padre que se separen para buscar por más sitios en menos tiempo. El hombre se dirige a una zona de ruinas, mientras que su pareja se adentra en unos juncos. Pasan apenas tres minutos cuando vuelve corriendo, gritando y con un trozo de tela blanca entre las manos:

—¡Ángel, la camiseta de Gabriel, la camiseta de Gabriel!

El padre, aturdido, trata de asimilar lo que le está diciendo su novia. Ella no le deja pensar y le grita que la ha encontrado allí cerca, en el cañaveral, y que es la camiseta de su hijo. Está segura, fue ella misma la que había ayudado a Gabriel a vestirse el día que desapareció. El padre duda, no sabe qué responder, todo le parece muy extraño, no acaba de reconocer aquella camiseta blanca. Ana Julia le toca, le chilla, le dice algo más que lo va a terminar de convencer:

—La camiseta es de Gabriel, todavía huele a Gabriel.

El padre llama de inmediato a la Guardia Civil. Varios agentes se presentan pocos minutos después. Mientras, Ana Julia ya se ha ido al puesto de mando desde donde se coordina la búsqueda del crío. Al jefe de bomberos que la ha visto llegar tan alterada no le cuadra la historia; sabe que veinte voluntarios y policías locales habían registrado esa zona aquella misma mañana. Pero se calla sus dudas porque la mujer ha llegado chillando, cojeando. Ha dicho que se había caído y que se había hecho daño en la cadera y el tobillo por los nervios que sintió cuando vio la camiseta, cuando fue a por ella sin pensar en nada más, sin mirar dónde pisaba. Poco después, feliz del hallazgo, ya en casa, Ana Julia le contará a su pareja que estaba tan alterada que los del puesto de mando de la búsqueda de Gabriel habían tenido que darle un tranquilizante.

En realidad, Ana Julia llegó al puesto de mando pidiendo a gritos un calmante. Un médico se acercó entonces a tomarle la tensión. Pero cuando escuchó sus latidos, comprobó que la tenía como un reloj, perfecta, como un niño dormido. No necesitaba tomar nada para los nervios y nada le dieron. El sanitario sí le vendó el tobillo derecho porque Ana Julia insistía en que le dolía mucho y no podía andar. Cojeaba. Cojeaba a ratos, eso sí. Una joven voluntaria que, conmovida por el caso de Gabriel, había llegado desde Madrid hasta Almería para ayudar en la búsqueda del niño, contaría después que se sorprendió porque Ana Julia cojeaba y dejaba de cojear de forma muy notoria, según el momento del día.

Aquella tarde fue el jefe de bomberos el que llevó a la mujer en coche hasta su casa. En ese trayecto, Ana Julia se mostró aparentemente débil, casi llorosa, ante un hombre. Ella era una víctima, no la entendían, necesitaba protección:

—Seguro que la Guardia Civil me está investigando a mí por lo del niño.

El hombre trató de tranquilizarla:

—Es normal, nos estarán investigando a todos.

Ana Julia consiguió evitar que a la mañana siguiente se rastreara la zona de la finca donde estaba el cadáver, pero la aparición de la camiseta —las pruebas de ADN revelaron finalmente que era de Gabriel— acabó por señalarla como sospechosa. La ropa, además, estaba seca a pesar de que durante los días anteriores había llovido con fuerza en la zona, algo muy poco habitual. Es decir, alguien la había colocado allí justo antes de encontrarla. Posiblemente la propia Ana Julia.

Los investigadores supieron entonces que la mujer estaba implicada de algún modo en la desaparición del crío, pero no sabían si se trataba de un asunto económico y si contaba con algún cómplice que lo tuviera secuestrado. Los que defendían esa posibilidad creían que los cómplices de Ana Julia no pedían rescate porque había demasiada presión de la Guardia Civil y los medios de comunicación. Que esperarían a que disminuyera la atención sobre el caso. Decidieron trabajar con la idea de que Gabriel podía estar vivo y buscaron posibles cómplices de su madrastra. Estaban seguros de que ella cometería un nuevo error muy pronto. Si el niño estaba muerto, ya no había remedio ni prisas; si estaba vivo, Ana Julia los llevaría hasta él.

El lugar donde apareció la camiseta tampoco era casual. Muy cerca de esa zona vivía Sergio, el hombre con el que Ana Julia Quezada había llegado a la provincia de Almería tres años atrás. Comenzaron yendo de vacaciones y acabaron mudándose. Montaron un bar, Sergio tocaba la guitarra y se casaron. Pero las cosas terminaron muy mal. Dos guardias civiles fueron a ver al hombre para comprobar su historia. Lo que les contó fue que ya no se hablaba con Ana Julia. Cuando eran pareja, ella lo había convencido de poner el bar solamente a su nombre. Menos papeleo, no habría problemas. Pero cuando se separaron, en octubre de 2016, ella no le dio ni un duro. Tampoco cuando traspasó el bar en septiembre del año siguiente. Los guardias civiles piensan que la mujer ha colocado allí la camiseta de Gabriel para señalar a su exmarido como sospechoso. De hecho, Ana Julia llega a decir que Sergio vive cerca de allí, que no es buena persona y que odia a los niños.

Dos días después de que Ana Julia encontrara la camiseta de Gabriel, su hija Judit, de veinticuatro años, llega desde Burgos, donde vive con su padre. La joven no acaba de entender lo que está pasando desde que el 28 de febrero su madre, que había estado casi cinco años sin hablar con ella, la llama a las doce de la noche para decirle:

—Gabrielillo ha desaparecido. Se fue a jugar con unos primos y no ha vuelto. No sabemos nada de él.

Judit siguió comunicándose con su madre los días siguientes, por primera vez desde que ella rompiera con su padre y los dejara en Burgos. Para ella, Ana Julia Quezada era casi una desconocida. Hasta que una de esas noches su madre reclamó su presencia:

—Necesito que bajes aquí conmigo. Te necesito, quiero que estés a mi lado.

La joven no creyó que fuera su madre la que encontrara la camiseta de Gabriel, le pareció mucha casualidad. Preguntó por teléfono primero a Ángel, su pareja, y luego a ella misma. Ana Julia no dejó pasar la ocasión de apuntar a Sergio, al que ella conocía de Burgos y con el que no tenía buena relación.

—¿Dónde la encontraste? —le preguntó su hija.

—En una zona de depuradoras donde yo iba a pasear con Sergio, estaba encima de unos arbustos.

El día antes de que su hija cruzara España para ir a su encuentro, Ana Julia Quezada la había llamado por teléfono. En la conversación, la mujer quiere que ella apunte a su exmarido.

—Te paso al psicólogo que nos está ayudando para que le cuentes lo que piensas de Sergio.

Los investigadores de la Guardia Civil seguían convencidos de que Ana Julia había participado en el secuestro del niño Gabriel y sabía dónde estaba el crío o dónde habían dejado su cadáver. Decidieron seguir utilizando el canal de un familiar de Ángel. Le iban contando cosas que él trasladaba al padre del crío y este, a su pareja, la misma mujer que lo abrazaba y le daba tranquilizantes para superar el trauma, la que dormía con él. Se trataba de que cometiera un error, otro más, y Ana Julia Quezada llevara a los agentes hasta los cómplices que pudiera haber tenido o el lugar donde estuviera el pequeño.

La mujer telefonea a un amigo a la República Dominicana y le comenta, quizá consciente de que alguien puede estar escuchando la conversación:

—La policía ya solo lo busca muerto. Están revisando las antenas de los teléfonos por si algún pederasta hubiese pasado por aquí y se lo hubiera llevado.

Ana Julia no deja pasar la oportunidad de señalar a la madre de Gabriel:

—Es una hija de puta, es mala persona y le debe dinero a mucha gente. Mucha gente la odia, y eso también lo están investigando.

Poco después, los guardias civiles siguen a Ana Julia, creen que

va a dar un paso en falso. La mujer conduce el coche de Ángel, los investigadores ven que da vueltas y, sin sentido, pasa por la zona de Campohermoso. Finalmente, cambia de idea y acude a casa de su cuñada. Muy posiblemente, en ese viaje se deshizo de la ropa de Gabriel en algún contenedor. No quería correr el riesgo de que su hija, que iba a llegar, pudiera descubrirla.

La tarde del lunes 5 de marzo, Judit llegó a Almería con un amigo. Un pariente del padre de Gabriel las guio hasta el pueblo y la casa familiar. Allí estaba su madre, que no salió siquiera a saludarla, y otros amigos que apoyaban a la familia. Judit vio al padre de Gabriel destrozado y trató de consolarlo:

—¿Por qué no te tomas algo, Ángel? ¿Una cerveza?

—No puedo, estoy tomando medicación.

Su madre le dijo que ella sí quería esa cerveza. Judit se dirigió al novio de su madre:

—Ánimo, Ángel, seguro que Gabriel aparece. Venimos con fuerza, mañana buscaremos nosotros.

Después de cenar, Judit, su amigo, Ana Julia y Ángel fueron a dormir a casa de la abuela de Gabriel. Al llegar, Ana Julia no pudo evitar quejarse de la cantidad de gente que había por allí, decenas de voluntarios que habían llegado desde toda España y querían colaborar en la búsqueda del niño; también periodistas y curiosos.

—Cuántos putos coches hay aquí, joder, no puedes ni aparcar el tuyo. Habrá que decirles que se vayan.

El padre de Gabriel trató de calmarla:

—Tranquila, algunos son gente que está apoyando a mi madre.

A la mañana siguiente, Ana Julia despertó temprano a su hija Judit. Le dijo que tenían que ir a una finca en Rodalquilar, una finca del padre de Gabriel que habían tenido alquilada a una pareja y ahora estaba vacía.

—Es el único sitio donde tengo paz, donde estoy tranquila. Vamos.

Judit no entendió por qué su madre no quiso llevarse a la perra a esa finca. Allí podría correr y, si no, iban a dejar solo al animal. En realidad, Ana Julia nunca la llevó hasta el día que ella desenterró el cuerpo de Gabriel. Posiblemente, la mujer no quería arriesgarse a que la perra oliera el cadáver que ella había dejado allí.

La visita a la finca fue turbulenta. Llegaron en el coche de Judit. Su madre abrió las ventanas y les enseñó la casa. Luego, salió hacia la piscina y se quedó fumando muy cerca de donde solo ella sabía que estaba sepultado Gabriel. Su hija no sabía qué hacían allí, pero

tras tantos años sin saber de su madre, sin sentir su cariño, Judit solo quería ayudar y propuso rastrear la zona de la finca:

—¿Habéis buscado a Gabriel por aquí?

La madre no se inmutó.

—Ayer busqué con Mabel, pero nos quedamos a medias, si queréis seguir vosotros...

Judit y su amigo salieron fuera de la finca. Cerca de la puerta encontraron un pantalón. Su madre pareció disgustarse cuando la vio volver con la ropa en la mano:

—Eso es basura. Tíralo. Vámonos, aquí no hay nada.

No había pasado ni media hora desde que habían llegado. Ana Julia ordenaba irse del lugar hasta donde habían ido, decía, buscando paz. Los tres se acercaron caminando a la piscina. En ese momento, la mujer comienza a arrancar unos tablones de madera mientras llora y grita. Debajo está el cuerpo del niño, pero Judit no lo sabe. Tampoco sabe aún que su madre es una asesina:

—Estate quieta, te vas a hacer daño. Tranquilízate. Vamos a cerrar las ventanas y las puertas y volvemos a Las Hortichuelas.

Judit no lograba entender a su madre. Su madre. Que la había dejado en Burgos con su padre, que había estado años sin hablarle. Que había dejado un rastro de dolor y víctimas en la primera ciudad de España adonde llegó con apenas dieciocho años. Una mujer mulata alta, exuberante, llena de vida, que aterrizó en un club de carretera castellano para vender su cuerpo, quizá también su alma, y enviar dinero a su familia. Antes ya lo había hecho alguna de sus hermanas. Eran los años noventa y en España, país siempre campeón en prostitución y trata de mujeres, la carne fresca que más se cotizaba en los clubs era la dominicana, el país de Ana Julia Quezada. Y en un pueblo dominicano había dejado a su primera hija, una recién nacida llamada Ridelca.

Tuvo que ser un *shock* para una joven dominicana aterrizar en 1991 en una carretera de Burgos para tener sexo de pago con hombres, casi todos bastante mayores que ella. Ana Julia tuvo que tragarse el asco y alquilar su cuerpo en un lugar llamado El Carro, a las afueras de Rubena, un pueblo de apenas ciento cincuenta habitantes. Un sitio oscuro de luces rojas y taburetes cerca de la autovía y la carretera nacional, a trece kilómetros de Burgos, hasta donde la policía llegaría en 1999 para rescatar a cinco mujeres venezolanas obligadas a prostituirse en ese lugar. Dentro encontraron, además de dos millones de pesetas (12.000 euros) en billetes, a cinco mujeres colombianas, una brasileña y dos dominicanas. Posiblemente entre las sábanas baratas de El Carro

aprendió Ana Julia cuáles eran las armas que funcionaban para sobrevivir con los hombres. Ellos la follaban, la jodían; ella tenía que aprender a usarlos a ellos si quería sobrevivir y salir de allí. Pero no era una víctima. Era diferente.

Cuando la policía llegó a El Carro, Ana Julia Quezada ya había salido por su propio pie de aquel sitio. Más bien se había ido de la mano de un hombre, un cliente al que conoció allí y que se enamoró de ella. Se llamaba Miguel Ángel y era uno de los camioneros que pasaban por el club. Una noche de otoño de 1992, el joven transportista de Burgos, de veinticinco años, acudió a El Carro y pagó por tener sexo con Ana Julia. En diciembre de ese año, los dos se van a vivir juntos. Ella se queda embarazada y en marzo de 1993 se casan. Luego nacerá Judit.

Todo parece ir bien en el matrimonio. Miguel sigue trabajando, Ana gana algo de dinero en el servicio doméstico y como camarera. Su hija Judit va creciendo sin problemas. En 1995, Miguel Ángel le propone a Ana Julia que traigan a España a su primera hija, Ridelca. Aquel bebé que dejó en su país ya tiene tres años, vive en una chabola con la abuela, que no puede cuidarla como debería. Son una familia. Su sitio está aquí, con ellos.

Pero cuatro meses después de llegar a España, el 3 de marzo de 1996, la niña Ridelca aparece muerta en el patio de luces de la casa de Burgos. Se ha caído por la ventana, dice su madre, que grita y solloza cuando llega la policía municipal. No pueden siquiera interrogarla sobre lo ocurrido. Es una mujer destrozada. Ha sido una desgracia. Nadie repara entonces en que, para sufrir aquel accidente, la niña ha tenido que coger una mesita, pegarla a la pared, subirse a ella, abrir la doble ventana del séptimo piso que la protegía del frío de Burgos y saltar o caerse. Nadie da importancia tampoco al hecho de que su cuerpo aparece en el suelo, lejos de la pared, como si alguien la hubiera empujado. Solo una mujer, en aquella época amiga de Ana Julia, se dio cuenta entonces de que ella hablaba de la muerte de su hija «como el que cuenta que se le ha roto un plato viejo».

El marido de Ana Julia fue quien descubrió el cuerpo. Él se había ido a dormir, agotado tras trabajar. Cuando, a las siete de la mañana, entró en la habitación para dar un beso a las dos crías, vio que la cama de Ridelca estaba vacía. Después de que la policía se marchara y el juez dictaminara que todo había sido un accidente, Ana Julia le contó una historia:

—Hace dos noches vi a la niña entre las ventanas.

El hombre no podía creérselo.

—¿Por qué no me lo dijiste? Habríamos hecho algo para evitar esto.

Pero la madre de la cría muerta no le dio importancia:

—Yo la regañé. No pensé que lo volvería a repetir.

Fue un accidente. La cría era sonámbula. O traviesa. Según a quien se lo contara, Ana Julia cambiaba la versión de lo que había ocurrido en la muerte de su primera hija. Asunto zanjado. La vida siguió. Pasaron siete años más juntos, casados, criando a Judit, ahora su única hija. Ana Julia trabajaba en una carnicería. Todo parece ir bien. Incluso muy bien. En 2003, el matrimonio acierta la bonoloto y gana 93.400 euros. Se van de crucero y viajan también a República Dominicana. El dinero dura cuatro o cinco años. Luego, el marido de Ana Julia empieza a sufrir algunos episodios extraños de salud. En dos ocasiones tiene fuertes fiebres que hacen que lo lleven a urgencias. Los médicos nunca averiguaron el motivo de esas calenturas. Por aquellas fechas, Miguel Ángel había suscrito un seguro de vida. La beneficiaria del 50 por ciento del dinero si moría era su mujer. Finalmente, sobrevivió. A principios de 2009, un sorprendido Miguel Ángel escucha lo que Ana Julia le dice una noche cuando regresa a casa después de trabajar:

—Ya no te quiero. Quiero el divorcio, Miguel. Se me acabó el amor.

Fue una separación complicada. El hombre intentó recuperar a Ana Julia hasta el verano de 2009, cuando se separaron definitivamente. En principio, los dos estuvieron de acuerdo en las condiciones: Miguel le pagaría 700 euros al mes, Ana Julia se quedaría con la casa y la niña.

Durante dos años, el camionero paga la pensión, eso sí, a duras penas. En 2011 trata de hablar con Ana Julia para explicarle que sus ingresos han bajado y que no llega, que no puede darle ese dinero. La conversación acaba con la mujer denunciándolo por acoso y con el hombre detenido. Fue condenado a veintiún días de trabajos sociales y se le prohibió acercarse o hablar con su exmujer. Lo más grave es que Miguel Ángel perdió a su hija Judit: dejó de verla durante cuatro largos años.

Por aquella época, Ana Julia había conocido al dueño de un bar de Burgos, un viudo llamado Javier. Era un hombre frágil, dieciséis años mayor que ella, con serios problemas con el alcohol y de salud, alejado de sus hijos. El viudo se encaprichó de la dominicana y no le negaba nada. Ana Julia dejó de trabajar en el bar y se instaló en su casa. Algunos días, la recaudación diaria de 300 o 400 euros desaparecía sin que nadie pidiera explicaciones. Los hijos de Javier

trataron de apartarlo de ella, que llegaba a darle chupitos de *whisky* y tabaco contra todos los consejos médicos.

Durante dos años y medio, Ana Julia vivió con Javier y le exprimió su dinero y su salud. Viajaron dos veces a República Dominicana y el hombre le pagó una casa en Concepción Vega. Le costó 45.000 euros. Cuando Javier murió, su familia descubrió que existía un seguro de vida puesto a nombre de Ana. La mujer cobraría 35.000 euros. Durante la agonía de Javier por el cáncer, en el Hospital Universitario de Burgos, Ana Julia le propuso casarse para poder cobrar una pensión de viudedad. Los hijos lo impidieron. Sí consiguió que el hombre, antes de morir en diciembre de 2012, le firmara autorización para pedir un crédito de 6.000 euros. Ella usó ese dinero para pagar una operación de aumento de pecho en Corporación Dermoestética. Dos días después, Javier moría en el hospital. La mujer se quedó incluso con la cadena de oro, la medalla, un sello y la esclava que llevaba cuando ingresó en el hospital.

El 4 de diciembre de 2012, los hijos de Javier asisten atónitos al espectáculo de Ana Julia en el tanatorio. Llora, grita, se retuerce. La acompaña un hombre desconocido que tiene algo llamativo en el cuello, la huella de una traqueotomía, una agresiva operación en la garganta. Es la nueva pareja de Ana Julia. Cuando salen del velatorio, los dos van al cine y luego a cenar algo.

El nuevo hombre de Ana Julia se llama Juanma, también es mayor que ella y también está gravemente enfermo, padece un cáncer de garganta que lo matará en 2015. Los familiares de Juanma llegaron a denunciar a Ana Julia, que se llevó al menos 17.000 euros del hombre, de los que 1.300 fueron para hacerse otro retoque de cirugía plástica. Lo consiguió, dicen, siempre con una sonrisa en la boca.

Antes de la muerte de Juanma, Ana Julia ya había conocido a un tipo más joven, rockero. Trabajaba en el *Diario de Burgos* y le gustaba la música. Comienzan a salir juntos y deciden empezar de cero en Almería. Judit, su hija, es un obstáculo. Ana Julia se deshace de ella con mucha soltura. Sabe que al cumplir los dieciocho años había llamado a su padre. La joven decía que lo echaba de menos, que quería verlo, que la ayudara a sacarse el carné de conducir... Así que Ana Julia cogió su móvil y llamó a la abogada de su exmarido con una propuesta beneficiosa, dijo, para todos:

—Podemos vender la casa o mi parte de la casa. Dile a Miguel que se quede también con la niña. Yo voy a empezar una nueva

vida, tengo que quitarme las cargas que llevo.

Así se separó Ana Julia Quezada de su hija Judit, que años después había llegado a la provincia de Almería para apoyarla, aunque, aquellos días de marzo, la hija, una mujer de veinticuatro años ya, no entendía algunas cosas que hacía y decía su madre:

—La madre de Gabrielillo no lo quiere, solo lo usa para sacarle dinero a Ángel.

Eso sí, Judit veía que Ana Julia era muy cariñosa con Ángel, el padre del niño desaparecido. Veía cómo lo besaba y lo abrazaba. En aquellas circunstancias tan dramáticas, la mujer le anunció sus planes para el futuro:

—Ángel es muy bueno. Lo paga todo. No me deja pagar nada, ni casa, ni comida, ni nada. Estamos a punto de casarnos. Ya tenemos listos los papeles.

Ana Julia le pidió a su hija que se quedara unos días más con ella. Estaba convencida, le dijo, de que el niño estaba muerto.

—Gabriel no va a volver. Al niño se lo han llevado y lo han matado. Yo ya no voy a poder trabajar más, tendré que dejarlo para cuidar de Ángel porque me va a necesitar.

Los últimos días antes de que detuvieran a su madre, Judit sentía que no conocía a esa mujer. En plena búsqueda del niño, Ana Julia Quezada se acercaba a su hija de veinticuatro años y le decía sonriendo, mientras se movía sensualmente:

—¿A que tengo buen cuerpo todavía? Voy al gimnasio dos o tres veces a la semana, mira cómo me estoy quedando.

El momento más incómodo ocurrió el 7 de marzo. Judit se levantó temprano y se metió en la ducha. Ya desnuda, escuchó como su madre entraba tras ella y se acercaba riendo:

—Vengo a quitarte el agua caliente.

Esa misma actitud seductora había asomado varias veces en el comportamiento de Ana Julia con algunas de las personas que participaban en la búsqueda de Gabriel. «Era su arma siempre, era el comportamiento que había aprendido», comenta una de ellas.

Los días pasan sin novedad. Ana Julia parece resistir. Los investigadores, que ya conocen el pasado en Burgos de la mujer, están convencidos de que tiene la llave para llegar a Gabriel. El crío era un obstáculo, se llevaba parte del amor del padre, su pareja. Y según iba creciendo, cada vez era peor. Pero durante esos días nadie ha llamado pidiendo un rescate. Conociendo lo bien que Ana Julia se maneja con los hombres, cómo los utiliza, los guardias civiles no descartan que la mujer tenga algún cómplice que esté escondiendo al crío. Incluso que tenga alguna deuda con algún proxeneta que

ahora ha decidido cobrársela. Los jefes de la investigación deciden esperar. Piensan que Ana Julia Quezada ha matado a Gabriel en un «90 por ciento», pero hay una posibilidad de que lo tengan retenido en algún lugar. Como hicieron muchas veces los criminales de ETA, en algún momento se equivocará y los llevará al lugar donde está Gabriel, vivo o muerto.

El viernes 9 de marzo tiene lugar una gran manifestación en Almería pidiendo la liberación y el regreso de Gabriel. Antes de que comience, los investigadores llaman a Ángel, el padre, para tomarle declaración. Ana Julia acude también, no se separa de él. A la salida, la mujer le anuncia:

—Angelito, hoy no, porque hay mucha gente por las calles, pero mañana el niño va a aparecer.

El sábado, Gabriel no aparece. Los guardias civiles deciden que no deben esperar más. Van a hacer llegar a Ana Julia otro mensaje más, el último, para presionarla. Si el martes no se ha movido, la detendrán y tratarán de que ella confiese antes de llevarla ante el juez.

No será necesario. El domingo 11 de marzo, el trabajo de la UCO y la Guardia Civil de Almería tuvo premio. Ana Julia Quezada no aguantó más y fue a la finca para sacar el cuerpo. Ya detenida y derrotada, los guardias civiles la conducen al registro de su casa. Un funcionario que ya sabe dónde va a dormir esa noche se le acerca:

—Es mejor que te des una ducha y te cambies. Coge ropa cómoda, vas a ir a la cárcel. Ahora viene una guardia civil para estar contigo.

La respuesta de Ana Julia Quezada fue la misma que le funcionó en El Carro, en Burgos, con aquel camionero, con el viudo en el bar de Burgos, con el rockero en tierras de Almería y con el padre de Gabriel en el cabo de Gata. Enseña su mejor sonrisa y le dice en voz baja al funcionario:

—Okey, gracias, pero luego el tanga me ayudas a elegirlo tú, ¿quieres?

Cuando la joven agente de la Guardia Civil entró en la habitación y ordenó a Ana Julia que fuera a la ducha, vio la cara de aquel hombre, atónito, mientras salía hacia la calle.

Muerte de un concejal

«Eres mi único punto débil.»

Pedro Nieva, acusado de organizar
el asesinato de Javier Ardines, a su mujer

«¡Papá está tirado en la carretera!» Alba, la hija de Javier Ardines, un pescador, un paisano, como se llama en Asturias a los hombres que se han hecho a sí mismos, pensó que su padre había sufrido un infarto y que los enfermeros de la ambulancia aparcada en el camino de la urbanización en la que vivía su familia luchaban por salvar su vida. La azarosa vida de su padre, nacido en los años sesenta de familia emigrante en Bélgica, que había regresado tiempo después a Asturias y se había metido en política como concejal en Llanes, acabaría aquella mañana. Su padre llevaba seis meses nervioso, inquieto, durmiendo mal. No decía nada, pero ella se lo notaba.

Javier Ardines no sufrió un infarto aquel 16 de agosto de 2018. Alguien lo había esperado temprano a la salida de su casa y lo golpeó en la cabeza con un objeto muy contundente; luego sabrían que fue un bate de béisbol de los que cuestan ocho euros en las tiendas de los chinos. Un reguero de sangre salía desde su cabeza hacia la cuneta de la carretera donde sufrió el ataque. Una zona rodeada de bosques y montes, apenas veinte casas componían la urbanización.

El cadáver del edil de Llanes, un concejo asturiano paradisiaco entre playas y montañas, lo había encontrado un vecino del camino de Belmonte de Pría cuando iba a pasear al perro aquella mañana. Otro hombre contaría luego que los perros ladraron fuerte aquella madrugada. A ochenta metros del cuerpo de Ardines estaba su Citroën Berlingo gris, con la puerta del conductor abierta y el motor en marcha. Delante, cerrando el paso, una desgastada valla metálica amarilla de las que se usan en las obras. Tiradas en el suelo, otras

dos vallas iguales. Había sido una emboscada. El que había ido a por el concejal lo esperó al amanecer a la salida de la urbanización donde vivía, le cerró el paso y, cuando aquel bajó del automóvil, acabó con su vida. La esposa de Ardines recordaría luego un comentario de su marido, unos diez días antes de su muerte, acerca de que alguien había dejado una valla igual en la carretera, cortando el paso, que le hizo bajar del vehículo para apartarla. Fue un ensayo del asesinato. Cada mañana, Ardines solía salir muy temprano a pescar.

El hijo de Ardines, un chaval residente en Madrid que trabajaba de socorrista en la playa llanisca de Cuevas del Mar durante aquel verano, manifestó a la Guardia Civil su convicción de que se trataba de un crimen «político». Su padre formaba parte del nuevo equipo de gobierno de Llanes, constituido por una alianza de Izquierda Unida con Foro Asturias y grupos vecinales, después de décadas de dominio del PSOE. Décadas de enorme crecimiento urbanístico e inmobiliario en el concejo, al que algunos habían rebautizado como la Marbella del Norte. El nuevo gobierno local del que formaba parte Ardines había decidido frenar los desmanes turísticos y acabar con algunas situaciones de enchufismo. Después de muchos años, se iban a convocar oposiciones y habría gente que perdería el trabajo. Ardines, encargado de Turismo y Playas, había recibido algunos insultos por redes sociales, incluso la tía de un policía municipal que podía perder su puesto lo increpaba...

El hijo del concejal también señaló que su padre había tenido problemas con el dueño de un bar en la cercana playa de Guadamía por prohibir aparcar cerca de los bufones de Pría, un espectáculo de la naturaleza que, como otros lujos naturales de Llanes, Ardines quería proteger del turismo masivo, lo que le había generado algunas disputas con dueños de locales, hoteles, *parkings*... Un primo del concejal asesinado explicó que el dueño del bar de Guadamía había dicho públicamente que Ardines era «un hijo de puta que me quiere arruinar», después de que prohibiera aparcar coches cerca de su establecimiento. Incluso una vez se le oyó decir: «Voy a matar a ese hijo de puta». Un día después del asesinato, se veía a aquel hombre muy afectado en un supermercado de Llanes. Se daba golpes en el pecho y juraba que no era capaz de hacerle ningún mal y que había hablado demasiado.

Varias personas en Llanes y su concejo habían hecho lo mismo. Y la Guardia Civil de Llanes y de Gijón y los agentes de la Unidad Central Operativa llegados desde Madrid deberían averiguar si alguien había sido capaz de pasar de las palabras gruesas en redes

sociales y las pintadas en algunos muros cercanos a playas llaniscas a los hechos sangrientos. Entre otros, tuvieron que comprobar si era cierto aquel rumor que hablaba de sicarios llegados de México para vengar la demolición de un hotel en la playa de Barro.

Sin embargo, tanto los hijos como la esposa de Ardines contaron muy pronto a la Guardia Civil otro episodio igual de inquietante, pero mucho más privado, de la vida de su padre. Nuria, su viuda, explicó a los agentes lo que había ocurrido durante el puente de la Constitución del año anterior. Mientras ella estaba en Líbano, su marido se quedó en Llanes. Hasta la ciudad asturiana viajaron la prima de Nuria, Katia, y el marido de esta, Pedro Nieva, que vivían en el País Vasco. Desde que eran muy jóvenes, las dos parejas formaban un grupo casi inseparable cuando se reunían en Asturias para pasar juntos vacaciones, puentes o días libres.

Nuria relató que aquel 6 de diciembre de 2017 su esposo, su prima Katia y su marido, Pedro Nieva, fueron a comer a la sidrería Muros. En un momento dado, Pedro se levantó de la mesa para ir al baño. Dejó allí su teléfono móvil, que estaba grabando sin que su esposa y Ardines lo supieran. Y lo que grabó demostraba que Katia y Ardines mantenían una relación sentimental con un fuerte componente sexual.

Nieva se guardó la grabación durante casi ocho meses y a principios de agosto, diez días antes del asesinato de Ardines, no resistió más y envió por WhatsApp el audio de la conversación a la mujer del concejal. También a su hija, Alba.

La grabación había caído como una bomba en la familia. Katia, la amante, era además la prima hermana y amiga íntima de Nuria desde que eran niñas. Los investigadores la escucharon. Comienza hablando Pedro Nieva con su esposa, Katia, y en la mesa se encuentra también Ardines, el concejal asesinado.

—¿Quieres un poquito o qué?

—No, yo no quiero.

Entonces Pedro Nieva va al baño y deja el móvil grabando. Se distingue la voz de Katia, su mujer, que cambia el tono para hablar con Ardines. Ambos están deseosos de quedarse a solas; el marido de Katia les estorba.

—Estabas trabajando...

—Ibas a venir el martes, pero como que no, ya me parecía a mí que te dejara sola...

—Era demasiado. Es que iba a venirme, ¿cómo vas a ir? ¿Y qué tengo, que ir yo en la furgoneta luego el miércoles? Vaya chorrada, te esperas, si total qué vas a hacer allí.

—Se lo podías haber dicho... Pues bueno.

—Yo, calentar la casa, le dije, pues ir calentando la casa para cuando llegues... Menos mal que no sabe cómo la caliento [risas], si no, agárrate que vienen curvas.

—Calla, calla.

—No, no, déjate.

—Llevamos años librando.

—Sí, madre mía, hay que tener cuidado.

—No, ahora es mucho más fácil.

—¿Sí? Bueno, bueno, cuando te confías es lo peor, eh... Hay que tener cuidado.

—No, no es confiarse, pero es más fácil, sí es, hombre, nos ven juntos por ahí... Si tú vas a mi casa, pues no pasa nada, que ya tenemos una edad que ya no se piensa en esas cosas.

—Ya, ya es igual.

—Ya no tienes veinte años.

—Está la flor al dente...

—Dónde van estos carcamales ya.

—Claro.

—Prudencia, todo eso, por supuesto.

—Sí, sí, déjate, déjate, madre mía... Bueno, no te preocupes, que enero llega enseguida, en enero me escaparé.

—Ah, ¿sí? ¿Vienes en enero?

—Sí, porque quiero barnizar las puertas y todo. Vendré, que tengo que estar un día con el carpintero y todo. Vendré sola.

En ese momento, el marido de Katia vuelve a la mesa de la sidrería y la conversación cambia. Ardines sigue hablando de la comida.

—Hace tiempo que no comía un flan que estuviera tan bueno como este.

Y la esposa de Nieva remata:

—Aquí, ah, ¿sí? Aquí suelen hacer muy rica también la tarta de queso, me ha parecido raro que hayas pedido tú eso.

Poco antes de que lo mataran, la mujer de Ardines le pidió explicaciones por esa charla. El concejal le dijo que Katia y él no estaban liados y anunció que hablaría con Pedro Nieva para solucionarlo. Aquellos días de agosto, Pedro Nieva siguió escribiéndose por WhatsApp con la hija de Ardines: «Lo siento, pensé que podría superarlo y no quería hacer sufrir a nadie, pero no puedo más»; «Dice que estaban tonteando, pero lo dicen ellos mismos... Lo peor es que llevan muchos años».

La revelación de que Ardines y Katia llevan tanto tiempo

engañando a sus parejas revienta a las dos familias, tan inseparables en los veranos de Llanes que tienen casas vecinas en la urbanización. Katia y su marido tienen dos hijos, Julen y Lander. Ardines y Nuria otros dos, Iván y Alba. Aquellos días, Pedro Nieva explica a la hija del concejal que ha guardado el audio durante meses, que lo ha oído «mil veces», que lo escuchaba con cascos, en silencio, que no era capaz de oírlo hasta el final, y que «me rompo cada vez que lo escucho».

Tras el asesinato de Ardines, la Guardia Civil pregunta a Katia por la grabación y por su relación con la víctima. Katia tiene cuarenta y siete años y conoce al concejal desde que era niña, cuando iba a veranear a Nueva de Llanes. Luego, dice, cuando Ardines se casó con su prima Nuria, esa amistad fue creciendo. Katia explica que la conversación grabada aquella sobremesa era solo algo de «picardía entre adultos», poco más que un tonteo. Admite que la gente hacía comentarios de su relación con el concejal y que el 7 de agosto la hija de Ardines le habló de la grabación. Entonces ella se lo negó en un mensaje: «No sé qué decirte, estoy sobrepasada con lo que ha hecho Pedro. De una conversación ha hecho un mundo. Llevo mucho tiempo con problemas de celos con él».

La hija de Ardines le hace ver que lo que ha oído en la grabación no le gusta. Katia le escribe de nuevo el 9 de agosto para bajar juntas a la playa de Cuevas. Alba Ardines no responde. Entonces Katia telefonea a su amante, que le reprocha que no lo avisara antes, en diciembre, para arreglar el asunto antes de que todos se vieran en verano. «Sé que habló con Pedro por teléfono y que Pedro le dijo a su hija que íbamos a separarnos», explicó Katia a la Guardia Civil.

Los investigadores han registrado ya el Bramadoria, el barco de pesca de Ardines. Los rumores en el pueblo están disparados. Quien atacó a Ardines debía de haber estado antes en la zona, aislada, y saber sus costumbres. Conociendo al concejal, se habría resistido. Los guardias civiles han comprobado a todas las personas que acudieron a los centros de salud cercanos aquel 16 de agosto por si Ardines, al defenderse, hubiera herido a sus atacantes. La madrugada del crimen y la mañana siguiente, sesenta y tres ciudadanos pasaron por las consultas de urgencias de la zona, pero ninguno estaba relacionado con el caso.

Los vecinos son escrutados. Es un mundo pequeño. Todos se conocen. El médico que ha levantado el cadáver de Ardines es el marido de una mujer que iba a salir con él a navegar aquella

mañana. Ella es aficionada a la fotografía y Ardines la invitó a salir a la mar. La mujer explica que al concejal le gustaba tontear, pero nada más. Otro vecino llama la atención de los investigadores. Se llama Jorge y vive a diez metros apenas de donde se encontró el cuerpo de Ardines. Cuando lo interrogan, descubren otra historia de sexo y rencores en las faldas de los Picos de Europa.

—Yo estaba casado y mi mujer entró en Izquierda Unida, con Ardines. Empezaron una relación de amistad y pensé que podían tener algo más. Él se acercaba mucho a ella, le hablaba al oído, se reían... Luego, mi mujer recibía llamadas en las que él le preguntaba si yo estaba en casa.

El hombre admitía que, presa de los celos, había comprado unos micrófonos que dejaba activados en su casa cuando salía a trabajar. También, que había grabado a su esposa hablando con una amiga que la advertía de que su marido era listo y se daría cuenta de lo que estaba pasando... Cuando se lo reprochó a la mujer, ella le negó que fuera cierto y él necesitó ayuda psicológica después de que una tarde de otro puente de la Constitución, esta vez en 2014, Ardines se la llevara aparte en un bar y tonteara delante de sus narices. No pudo más y se enfrentó a él.

—Ardines, yo no me meto en tu casa, no te metas tú en la mía. Yo no me chupo el dedo.

El concejal, siempre echado para adelante, no se arredró:

—Estamos hablando de política... Mira, porque estoy en política y no..., si no, te partía los morros.

Al final, aquel hombre, enfermero de profesión, se había separado y terminó viviendo cerca de Ardines y su familia por casualidad; de hecho, se llevaba bien con el padre del concejal. No había tenido nada que ver con su muerte, aunque insistió a los investigadores en que la víctima era muy «zalamero» con las mujeres y eso podía haber generado mucho odio contra él.

La inspección del lugar del crimen y la autopsia van a dar algunos resultados prometedores. Los atacantes de Ardines le rompieron el cráneo y lo dejaron tirado en la carretera. Tanto en las piernas y brazos del concejal como en la valla metálica que colocaron para impedirle pasar se encuentra «una sustancia oleaginosa anaranjada». Las otras dos vallas utilizadas para la emboscada tienen también salpicaduras de esa extraña sustancia. El primer informe pericial sobre esos restos apunta a que puede tratarse de «un condimento de alimentos, un producto farmacéutico o de defensa personal». Finalmente, descubrirán que es gas pimienta. Ardines había sido atacado con un espray.

En la furgoneta del concejal, además, se han recuperado restos de ADN que estaban en el volante y la palanca de cambios. Los resultados de laboratorio van a desvelar otro asunto privado de Ardines. Los restos pertenecen a una mujer de veintinueve años que vive en una localidad muy cercana. También hay ADN de esa mujer bajo la uña del dedo anular del concejal asesinado. En realidad, hay restos de ella por todas partes, mezclados también con ADN de Ardines. En una de las vallas usadas para la emboscada, en el asiento trasero de la furgoneta, en la camiseta y las sandalias de la víctima...

Los investigadores localizan e interrogan a la mujer. Formaba parte de un grupo de senderismo y conocía a Ardines. De hecho, tiene una explicación que la sitúa junto a él la tarde antes de que lo mataran. «Hace dos años empezamos a tener relaciones íntimas. El último año llegamos a quedar cinco días en una semana. Me recogía con su furgoneta cuando yo trabajaba de tarde y luego íbamos a un lugar apartado y oscuro para tener relaciones. La semana antes de su muerte quedamos varias veces en la depuradora de Poo y también cerca de mi trabajo. Fuimos a un camino cerca del cementerio de Llanes y tuvimos relaciones en su furgoneta.» Desde aquel encuentro, no recordaba haber vuelto a ver a Javier hasta el día anterior a su muerte.

La joven montañera había tenido sexo con Ardines la tarde antes de que lo mataran. Quedaron cerca de la casa del hombre, en plena naturaleza. Los guardias civiles creen que todo el ADN de la mujer que han encontrado en la escena del crimen y el cuerpo del concejal puede ser una transferencia originada en el acto sexual. Anotan ese episodio erótico del concejal como un dato que avala su fama de mujeriego y que pudiera haber provocado la ira de algunos en el concejo. La joven montañera, de hecho, también tenía pareja.

Los investigadores de la Guardia Civil no abandonan la línea laboral o política del crimen. Interrogan a los trabajadores interinos más o menos enchufados en el Ayuntamiento, cuyos trabajos estaban amenazados por las medidas anunciadas por el concejal Ardines. Son al menos dieciséis personas que podían perder su puesto cuando el consistorio, tras años de espera, convocara las oposiciones. Verse en la calle, escriben los investigadores, «llegado un punto de desesperación, podría haber sido el desencadenante de una sinrazón suficiente como para planear atentar contra la vida de Francisco Javier Ardines».

En esa lista de dieciséis funcionarios la Guardia Civil incluye a empleados de limpieza, el conserje del polideportivo, el encargado

de Prensa del Ayuntamiento, el responsable de la Casa de la Cultura, la coordinadora del Centro Cívico de Posada de Llanes y el coordinador de Deportes de Llanes. La mayoría había seguido una estrategia legal en su batalla contra Ardines y el nuevo gobierno local. Recurrían todas las decisiones y convocatorias para dilatar las posibles oposiciones y mantenerse en sus trabajos. Tenían motivos para guardar rencor a Ardines, pero nada hacía pensar que alguno de ellos pudiera estar detrás del asesinato.

Mientras tanto, los guardias civiles no han perdido de vista a Katia, la amante de Ardines y prima de su mujer. Su marido, Pedro Nieva, descubrió la relación en diciembre y la había difundido en agosto, diez días antes del crimen. Era un candidato a odiar a Ardines, también a matarlo. El problema es que la noche y la mañana del asesinato Nieva había estado en su casa en Amorebieta (Vizcaya), a más de doscientos kilómetros de allí. Así lo demostraba el rastreo de su teléfono móvil.

Pese a ello, los guardias civiles hacen que uno de sus agentes K-9, Marley, un extraordinario perro de aguas especializado en la búsqueda de restos biológicos, husmee en el coche de Nieva. También colocan una baliza en el vehículo y pinchan los teléfonos. Rastrean las comunicaciones y los movimientos de Nieva y de su esposa desde que el hombre averiguó, aquel diciembre de 2017, que ella lo engañaba.

Descubren que el 10 de diciembre, un día después de la grabación en el restaurante donde su mujer alardeaba de cómo calentaba con el concejal Ardines la casa de verano en Llanes, Nieva le envía mensajes de WhatsApp a su mujer. «Puedo sentir cómo me olvidas», «me muero de pena por dentro». En los días siguientes, ella lo anima a empezar de nuevo juntos, pero su marido le contesta: «Te he querido más que a mi vida, recuérdalo siempre», «no es de mí de quien tú estás enamorada», y le remite una fotografía de Javier Ardines. Incluso le confiesa:

—Eres mi único punto débil.

Por aquellas fechas, a principios de 2018, solo Nieva y Katia saben lo ocurrido. Él no se lo dice a nadie. Ella, por su parte, decide ocultárselo a Ardines y a su prima. Los matrimonios hacen vidas separadas durante el invierno. Ellos viven en Amorebieta y no viajan a Llanes, donde están el concejal y su familia. Katia intenta convencer a su marido de que todo ha sido un tonteo sin importancia. Pero Pedro vive atormentado, escuchando la grabación una y mil veces. Comienza a visitar por internet páginas de tiendas espía donde adquirir micrófonos y otros dispositivos de vigilancia,

posiblemente para seguir espiando a su esposa, también para colocar micrófonos en su coche, hackear su teléfono móvil... Durante ese invierno entra en páginas que ofrecen test de paternidad garantizados. Pedro no sabe cuántos años hace que su esposa le es infiel con Javier Ardines. Se obsesiona con que su hijo pequeño no se parece físicamente a él. Quizá sea hijo del concejal de Llanes. Nieva no se lo quita de la cabeza.

En realidad, Katia y Ardines llevaban más de treinta años de historia. Una historia apasionada, prohibida, que comenzó cuando ella tenía dieciséis años y Ardines era ya el novio de su prima Nuria. Aquel verano se enrollaron una noche. Nuria se enteró poco después y se enfadó, pero solo habían sido unos besos y ella perdonó a su prima y a su novio. Cosas de críos. Al verano siguiente Katia y Javier volvieron a quedar y tuvieron sexo por primera vez. Ella tenía diecisiete años. Desde entonces no habían dejado de tener relaciones. Tampoco cuando Ardines se casó con su prima ni cuando Katia se casó con Pedro. Ni cuando tuvieron hijos, dos en cada pareja. Los dos matrimonios eran inseparables en aquellas noches de sidra y verano. Y cuando podían, Katia y Javier Ardines buscaban el momento y el lugar: una casa, una playa, un bosque, para recuperar el tiempo. Así habían seguido durante tres décadas, cada vez con las sospechas más fundadas del marido. Ante la Guardia Civil, Katia fue capaz de recordar los detalles de la última noche de sexo con Ardines, en el verano de 2017, el último antes de que estallara todo. Había sido aprovechando las fiestas del Cristo, en Nueva de Llanes. En esa ocasión, ella había dejado a su esposo trabajando en el País Vasco, y pudieron citarse en su casa.

El invierno y la primavera pasaron muy lentos para Pedro Nieva. La Guardia Civil recuperaría la información contenida en su teléfono móvil, donde quedaba el rastro de su obsesión por la relación de su esposa con el concejal Ardines. Katia, su mujer, su vida, sigue negándole que sea cierto lo que ha oído. Tras escuchar miles de veces aquella grabación, Nieva entra en un estado de «celos, desazón y rabia», según reflejó un informe de la Guardia Civil. Ese estado se agrava cuando se acerca el verano y Katia le dice que pasará el mes de agosto en su vivienda de Asturias, como siempre, ¿por qué no?... Si no hay nada que esconder. Nieva se opone y la amenaza. Si va a Llanes, entregará la grabación a la mujer de Ardines, a su prima.

Su amigo Jesús Muguruza contaría luego que lo notaba triste aquellos días. Muguruza es un tipo duro, vasco, casado con una marroquí, con dos hijos y antecedentes por trapicheo de drogas

mucho tiempo atrás. En los últimos años solo había tenido un roce con la ley por una infracción relacionada con la pesca, una de sus aficiones. Conoció a Pedro Nieva cuando hizo una obra de electricidad para un cuñado. Pasaba un mal momento, casi no tenía para dar de comer a su familia. Ambos conectaron bien y desde entonces Nieva lo llamó varias veces para que hiciera algunas obras de mantenimiento. Muguruza llegó a decir que Nieva le había «salvado la vida» con aquellos encargos.

Al principio de aquel verano, Pedro volvió a echar mano de él para descargar escombros de una obra en Arrigorriaga. Muguruza notaba a su amigo «muy bajo de ánimo» y le preguntó qué le ocurría. Nieva se desahogó:

—Mi mujer me está poniendo los cuernos. Se acuesta hace años con un primo suyo allí en Asturias, donde tenemos la casa de vacaciones. Tiene un barco, es un pescador, joder.

Así, entre los escombros de una obra, Nieva masculla su impotencia ante Muguruza. Los días pasan y se acerca el momento en que Katia, su esposa, va a volver a Llanes. Allí la espera Javier Ardines. Nieva se desahoga con su amigo y empleado Muguruza y acaba por hacerle una propuesta. Esta vez no tendrá que deshacerse de basura ni apañar una obra:

—Si le das una paliza, yo te pagaría un buen dinero.

Muguruza se niega. Nieva le pregunta entonces si conoce a alguien que pueda hacerlo. Y el obrero recuerda a su compadre argelino, un tal Yilali, con el que coincide a veces pescando en Ondarroa. Yilali es un buscavidas, ha robado en casas y en algún coche, no tiene trabajo conocido, le gusta tomar drogas, puede ser el hombre indicado.

—A veces me ha preguntado si conozco a alguien para dar algún palo o para darle unas hostias a alguien, Pedro. Creo que este lo haría, porque me ha dicho que necesita dinero y que le da igual lo que haya que hacer para conseguirlo.

Un par de días después, Nieva llama a Muguruza y le pide que fije una cita con el argelino dispuesto «a dar unas hostias» a aquel tipo que se acuesta con su mujer. Los tres quedan en una cafetería de Ocharcoaga, cerca de casa de Yilali, un individuo bajito, moreno, de pelo corto, que llega andando. Tras las presentaciones, Pedro va al grano:

—Quiero que le des una paliza a un tipo en Asturias.

El argelino, como esperaban, acepta, aunque propone hacerlo con un viejo compinche.

—Es un hombre muy fuerte, lo haremos los dos. No habrá

problema.

El viernes 27 de julio, poco antes de que todo estalle, Nieva acude sin su esposa a Llanes. Es su última oportunidad para hacerlo solo. Uno de sus hijos irá a pasar las vacaciones el domingo 29 y Katia ya le ha dicho que ella se trasladará a la casa familiar el 5 de agosto, la semana siguiente. Con Nieva van su amigo Muguruza y el argelino, cuyo nombre real es Djilali Benatia. Viajan en el Audi A6 de Pedro, que sufre una avería cerca de Pámanes, en Cantabria, y los deja tirados. Tienen que llamar a un taxista y a la grúa. Acaban en el aeropuerto, donde alquilan un coche y siguen el viaje hasta Llanes. Cuando llegan, Muguruza anuncia que no quiere estar cerca de donde ocurrirá todo y Nieva lo deja en una playa cercana, la de Guadamía. Nieva va entonces a su casa y a la de Ardines y enseña al argelino las entradas y salidas desde la urbanización hacia la autopista con el País Vasco. Muguruza asegura que en el viaje de ida hablan del dinero que se pagará por el trabajo, unos 800 euros, y que Nieva encarga solo una paliza y pide que no le peguen a Ardines «por arriba», en alusión a posibles golpes letales en la cabeza.

Aquella tarde el argelino regresa contento a su casa de Bilbao, un piso de unos cincuenta metros cuadrados donde vive con su pareja, sus dos hijos y una hija de una relación anterior de la mujer. Djilali Benatia es un tipo de cuarenta años que lleva buscándose la vida en el País Vasco desde 1999. Allí conoció a su compadre, Maamar Kelli. Últimamente pasa los días por la zona de la Gran Vía de San Francisco, en Bilbao, uno de los centros de prostitución y trapicheo de drogas de la ciudad. Le han propuesto un buen negocio. Le han dicho que el patrón tiene mucho dinero y que le pagarán muy bien. Primero le dijeron que debía dar una paliza a un hombre, luego, que tenía que matarlo. Él se había negado. Le darían la paliza, no lo matarían. Iban a hacerlo al lado de la casa del tipo. El lugar no estaba mal. Era oscuro y no pasaba gente. Lo esperarían temprano y lo atacarían cuando saliera a pescar. Porque era pescador, como él. Eso sí, en el viaje de ida y vuelta a Asturias ha tenido que regatear un poco con el tal Pedro. Primero le pidió 20.000 euros por hacer el trabajo, luego bajó a 15.000, después a 12.000. Por menos, le avisó, no lo haría. Al final, el hombre había aceptado pagarles 11.000 euros. Joder, si tenía un Audi A6, movía dinero. En el mismo viaje de vuelta había cogido una riñonera y había sacado 5.000 euros. Se los dio y le dijo:

—Cuando hagáis el trabajo, te doy el resto.

Entonces fue cuando Pedro Nieva le dio la foto del hombre. El

pescador. Un español normal, no parecía muy grande.

—Sale de casa todos los días a las seis o seis y media de la mañana. Va en una furgoneta Citroën Berlingo gris. Y va solo.

Con los 5.000 euros en el bolsillo, Benatia fue a visitar a su viejo compinche, Maamar. Este aceptó el trabajo. Ambos habían robado pisos años atrás en Cantabria y el País Vasco. Unos días después, el 30 de julio, los dos argelinos viajaron hasta la casa de Ardines en Belmonte de Pría. Al llegar a la urbanización, entre bosques y montañas, vieron unas viejas vallas de obra abandonadas. Cogieron una y la dejaron junto a la salida de la casa de Ardines. Esperaron. Comprobaron que iba solo en el automóvil y lo siguieron hasta Llanes, donde lo vieron coger su barco de pesca y salir a la mar. Lo que les habían dicho era verdad. Aquel hombre salía de su casa solo y bien temprano y el escenario era una zona muy tranquila y solitaria. Ese era el mejor momento para hacer el trabajo.

Los argelinos regresaron al día siguiente, de madrugada. Colocaron la valla en la carretera y esperaron a que Ardines saliera, hacia las seis de la mañana. Sin embargo, el concejal esquivó la valla y continuó con su vehículo, las ruedas pisando la hierba junto a la carretera.

Los dos hombres volvieron enfadados a Bilbao. No iba a ser tan sencillo. Kelli le pidió un adelanto y su amigo se negó. Benatia llamó a Muguruza varias veces aquella noche. El trabajo no iba a ser tan fácil. Muguruza les prometió mil euros más. Benatia fue a ver a su amigo y le entregó 1.200 euros como anticipo. Le dijo, eso sí, que había que aplazar el trabajo.

—No podemos ir ahora, hay que esperar por lo menos hasta después del 10 de agosto, el tipo ha dicho que hay fiestas en los pueblos de alrededor y que circula mucha gente por las noches.

Aquellos días de agosto, mientras el plan estaba en marcha, Pedro Nieva trató de impedir hasta el final que su esposa fuera a Llanes, donde se encontraría de nuevo con su amante, Javier Ardines. La mañana del día 5 ella tiene hechas las maletas. Los dos discuten y Katia sale hacia Asturias en su BMW; una hora después, su marido la sigue en su Audi. Lleva la grabación de móvil que hizo a los amantes ocho meses atrás y que no había enseñado a nadie más que a su mujer. Son más de doscientos kilómetros de autopista que Nieva recorre pisando el acelerador hasta que llega a su casa, junto a la de Ardines. Encuentra a su mujer deshaciendo las maletas. Vuelven a discutir. Rompen. Pedro le dice que se separa, que no aguanta más. A la una de la tarde, da un portazo, se sube al coche y regresa al País Vasco. Su mujer se queda en Llanes.

Furioso, Nieva decide entonces enviar por WhatsApp la grabación a la familia de Javier Ardines. Lo hace poco después de las tres y veinte de la tarde. La manda a la esposa del concejal y a su hija Alba. La bomba estalla en la familia de Ardines, que anuncia a su amante que va a solucionarlo. Al día siguiente, el concejal llama a Nieva y hablan en dos ocasiones durante poco más de tres minutos.

El 12 de agosto, Ardines borra de su teléfono tres mensajes de WhatsApp que se ha intercambiado con Pedro Nieva. Cuando sale de la playa de Cuevas de Mar, se cruza en coche con Katia. Se saludan con la mano, sin hablarse. Esa tarde, pasadas las ocho, el concejal bloquea en su teléfono primero a Katia, la que ha sido su amante durante años, y luego a su marido, Pedro Nieva. Todo indica que los puentes están rotos.

El 13 de agosto, Pedro Nieva conduce otra vez desde Amorebieta hasta Llanes. Llega de noche, sin avisar a su esposa, pensando quizá en sorprenderla con su amante, pero Katia está sola en la casa. Según la mujer, ambos conversan, se reconcilian y pasan la noche juntos. Por la mañana, el marido tiene que regresar al País Vasco para llevar a su madre a una residencia de ancianos.

La tarde del 15 de agosto, el cónyuge engañado cuelga una entrada en su página de Facebook. Una foto de dos amantes sobre la que se lee: «Después de una traición, ¿crees que se puede ser feliz?». Él está en Portugalete, su esposa en Llanes, pero ella lee el mensaje y le responde enfadada con un mensaje de WhatsApp:

—De verdad, hasta los cojones estoy.

Su mujer le llama «bocas» y niega haber «follado con nadie». Su marido le contesta que se ha estado riendo de él durante años. Katia le pide que quite eso de su Facebook, que está en la parte pública y lo puede ver todo el mundo. Él le responde que no sabe hacerlo.

Aquella misma tarde, Benatia llama a Maamar y quedan en que lo recogerá de noche en su casa, en el barrio de Recalde. Iba a ser el último viaje a Llanes. Antes de subir al coche, el argelino entra en un bazar chino y compra un bate de béisbol por ocho euros. También lleva dos botes de gas pimienta. A las dos de la madrugada salen hacia la casa de Ardines.

Con los sicarios ya camino del lugar del crimen, Pedro sigue torturándose. A las dos menos cuarto de la madrugada había escrito a su mujer: «¿Tú tampoco puedes dormir?». Katia se ha quedado frita en el sofá de su casa asturiana viendo la televisión. No contesta y el hombre le envía entonces una especie de manual sacado de YouTube con los «pasos para reconstruir tu relación después de una

traición» y, finalmente, ante el silencio de su esposa, una canción de James Blunt llamada «Goodbye, my lover» con subtítulos en español. No hay respuesta.

A las cuatro y media de la madrugada, los dos sicarios están otra vez apostados detrás del muro de una finca, junto a la salida del hogar del concejal de Llanes. Benatia lleva un chándal del Athletic de Bilbao y unas zapatillas Nike; Maamar va con otro chándal. Ambos van encapuchados y llevan guantes para no dejar huellas. Tienen que esperar hasta las seis y veinte de la mañana, cuando escuchan acercarse el motor del vehículo del concejal. Esta vez habían colocado dos vallas de obra más: el tipo tendría que parar. Así fue. Ardines abrió la puerta de la furgoneta y dejó el motor en marcha. Se bajó para apartar las vallas. Maamar llevaba su bate de béisbol, Benatia el mango de un pico que tenía en su casa. Y, cada uno, un bote de gas pimienta en la otra mano. Salieron detrás del muro y lo atacaron.

Ardines estaba quitando ya la segunda valla cuando vio a sus asesinos. Usó la barrera como un escudo para defenderse. Benatia admitió que trató de rociarle la cara con el espray de gas pimienta, pero casi todo cayó en la cerca y en el suelo. El concejal empezó a gritar: «¡Socorro, socorro!».

Ardines tiró la valla y salió corriendo por la carretera. El sicario, más rápido, lo alcanzó por detrás, lo golpeó con el mango del pico en las piernas y lo hizo tropezar. Su compinche llegó a su altura y le dio con el bate de béisbol en la parte posterior del cráneo. El concejal cayó fulminado, de cara, y quedó tumbado en la carretera. Benatia confesó que lo golpeó una vez más y luego se fue corriendo hacia el coche.

—Vámonos, Maamar, ya está, vámonos.

Los dos subieron al coche y dejaron al concejal tirado con un reguero de sangre manando de la cabeza.

—¿Le has dado más? He oído un golpe —preguntó Benatia a su compinche.

—Le di en la rodilla, se le veía el hueso, vámonos.

En el viaje de regreso, los dos pensaban que podían haber matado a aquel hombre. Con los nervios, uno de los botes de gas pimienta se disparó mientras viajaban y tuvieron que bajar las ventanillas del coche para poder ver y respirar. Así, con el cristal del copiloto bajado, los grabó la cámara del peaje de la autopista en dirección al País Vasco hacia las ocho menos cuarto de la mañana. Llegaron a Bilbao de día. Benatia subió a su casa y le entregó a su amigo otros 1.300 euros. Ya se habían repartido la mitad del

anticipo que les habían entregado. Luego, llamó a Jesús Muguruza para decirle que el trabajo estaba hecho. No le contestó. Se puso a navegar por internet y leyó la noticia de la muerte de Ardines. No era solo un pescador. Era un político. Llamó a su compinche y le dijo en árabe: «El señor ya no está».

Esa mañana, un vecino había encontrado en la carretera el cadáver de Javier Ardines. La casa de Katia está muy cerca. La mujer se entera pronto de la noticia y no duda en escribir a su marido, que sigue en el País Vasco.

—Tiene un golpe en la cabeza. Se ha muerto Javier.

—¿Se sabe algo más?

—Parece que le han hecho algo... Pedro... ¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada. Te lo juro.

—Tienes que venir. Te va a llamar la Guardia Civil.

—He estado en casa sin poder dormir toda la noche, como todas las noches. Iré, yo no he hecho nada. Lo peor es que tú no me crees.

—Lo peor es que me miran a mí.

El 17 de agosto, Muguruza y Benatia quedan en un *parking* del barrio de Ocharcoaga, en Bilbao.

—¿Qué pasó, Yilali?

—No lo sé. Maamar se pasó dándole golpes. Mira, Jesús, tienes que decirle a tu amigo que nos tiene que dar más dinero, 25.000 euros. El tipo era un político y está muerto.

—Déjame que hable con Pedro.

El 18 de agosto, después de que la noticia del asesinato de un concejal en Llanes saltara a todos los medios en España, Benatia lleva en su coche a Maamar Kelli hasta Barcelona. El sicario está nervioso por la repercusión del crimen, no sabía a quién había matado, y decide coger un avión y esconderse en Argelia durante un tiempo.

Dos días después, Muguruza entrega a Benatia otros 20.000 euros.

—El dinero es mío, eh, que Pedro no está ahora. Te daré los otros 5.000 cuando vuelva. Como digas algo, acabas igual que Ardines.

El sicario llamó a la mujer de su socio, que estaba escondido en Argelia, y le entregó la mitad del dinero, 10.000 euros. Habían cobrado ya 12.500 euros cada uno por matar al concejal. Insiste en que solo fue por una paliza, pero es un precio fuera de mercado. Dar una paliza no cuesta tanto dinero, hay quien lo hace por tres o cuatro mil euros, según las tarifas callejeras que conocen los investigadores de la UCO.

Tras el asesinato de Ardines, Katia vuelve a su casa con Pedro Nieva y sus dos hijos. Siguen viviendo en Amorebieta y están bajo la lupa de la Guardia Civil. El ambiente es tenso. El marido la culpa de traicionarla. La mujer sospecha que él puede haber tenido algo que ver con el asesinato de su amante. En una comida con amigos, con alguna copa de más, el hombre no puede evitar hacer comentarios que hieren a su esposa. Un matrimonio amigo comenta que una empleada del Lidl a la que conocen le pone los cuernos a su marido. Nieva no puede resistirse y le espeta a su mujer:

—Hay putas que cobran dinero y otras putas que lo hacen gratis. Hay putas y zorras.

Katia no se calla:

—¿Eso es por mí?

—Claro que es por ti. Ya lo sabes.

—Vete a tomar por culo. Déjame en paz.

La mujer cuenta a su hermana lo que ocurrió después. Que su marido meó sobre una camisa nueva suya y la dejó tirada en la casa. Katia parece decidida a separarse, aunque admite que «me hundiré en la miseria». Depende económicamente de él y lo sabe. La Guardia Civil define su relación como de «sumisión económica». La mujer lleva un lujoso tren de vida sin trabajar y disfruta de dos casas. Buenos coches, buenas viviendas. Su marido ha dado trabajo incluso a sus dos hermanos. Los investigadores descubren que Nieva hace casi todos sus pagos en metálico, que tiene ingresos muy superiores a los de un electricista. Luego encontrarán más de 18.000 euros en billetes en su casa. Los vinculan con instalaciones eléctricas, el trabajo al que se dedica, pero creen que sus ingresos extra pueden provenir de ayudar a realizar otro tipo de instalaciones eléctricas, las imprescindibles para montar plantaciones *indoor* de marihuana dentro de naves o locales.

Los investigadores que escuchan las conversaciones del matrimonio se quedan sorprendidos cuando descubren que el esposo ofendido y atormentado contacta con una mujer que se anuncia como «Morena cachonda, jovencita viciosa» para tener sexo de pago. Lo hace en más de una ocasión. En más de dos.

Aquel mes de octubre, en plena investigación por el asesinato de su marido, Nuria, la viuda de Javier Ardines, telefonea a Pedro Nieva. Él no contesta, pero devuelve la llamada al día siguiente. Hablan casi durante media hora. Le explica la infidelidad de su marido y Katia, le anuncia también su intención de separarse.

—Le dije que si volvía a Asturias yo rompía el matrimonio y os entregaba la grabación.

Hablan de la investigación para encontrar al asesino de Ardines y Pedro le comenta a la viuda:

—La policía no me ha llamado. Creo que tienen un ADN.

Nuria, que sospecha que Nieva sabe más de lo que dice, trata de conseguir algo de información. Le asegura que ella prefiere saber qué ocurrió con su marido.

—Prefiero que me digan la verdad y poder perdonar... Nadie tiene el derecho de matar a nadie.

Nieva le da la razón y responde con un tópico:

—Pues no. La vida es lo más sagrado que tiene uno. Nadie tiene el derecho de quitarle la vida a nadie.

Los investigadores repasan la conversación. Ni una sola vez Pedro Nieva le ha dado el pésame a Nuria o le ha dicho que siente la muerte de su marido.

La noche del 12 de noviembre, agentes de la Guardia Civil entran en la casa familiar del matrimonio en Llanes y colocan micrófonos en los dos dormitorios y otro más en el salón para escuchar las conversaciones entre Pedro Nieva y su esposa. Van a citar a la mujer para que declare. Lo hacen el 15 de noviembre y gracias a los micros escuchan su reacción y la de su madre, a la que telefonea, nerviosa, después de hablar con los guardias:

—Me han llamado a declarar, iré con Pedro.

—Estaría bueno... Cago en la madre que lo parió, esto es muy fuerte. Para qué coño te llaman si tú no has visto ni oído nada, si ya has declarado.

Cuando su hija le da la razón, la mujer no puede evitar un comentario:

—Y a Pedro no lo llaman, ¿no?

—No, no lo han llamado.

Al día siguiente, Pedro lleva a su mujer en coche hasta Llanes. Los guardias civiles van a tomarle declaración. El marido se queda por la zona esperando. El tiempo se le hace eterno. A las ocho de la tarde llama a su esposa y los guardias civiles dejan que hable con ella. Te falta mucho, una hora... A las diez vuelve a llamarla. Cuando Katia sale del cuartelillo y entra en el Audi A6 de su marido, está agotada, rota, llorando. La Guardia Civil ha colocado un micrófono dentro del vehículo y va a escuchar lo que sucede.

—Creen que has sido tú, Pedro. Van a ir a por ti.

—Pues que me detengan.

—Ya puedes buscarte un buen abogado.

Los investigadores han apretado a Katia. Le han hablado de viajes secretos de su marido a Llanes, de sus teléfonos, alguno de

ellos encriptado, de algunas amistades peligrosas, de que maneja demasiado dinero para un electricista... Nieva no parece nervioso cuando responde:

—Yo no he sido. Que vengan a por mí. No tienen ni una prueba. Si hubiera querido matarlo, tengo dos escopetas y un rifle en casa.

Aquel mes de noviembre, los guardias civiles de la UCO ya han recuperado la agenda de teléfono de Nieva. Han encontrado el número y el nombre de Muguruza, creen que viajaron juntos hasta Llanes... El cerco se está estrechando cuando Pedro Nieva aparece en una operación contra el tráfico de drogas en Medina de Pomar (Burgos). Sospechan que ha realizado allí una instalación eléctrica para la plantación de casi mil plantas de marihuana. El diario *El Comercio* publica que las pistas del crimen del concejal apuntan al País Vasco y a un móvil sentimental. Kelli, que había regresado de Argelia, lee la noticia y vuelve a escapar a su país, esta vez en barco desde Valencia. Acabará escondiéndose en Suiza, donde lo detendrán acusado de varios robos.

Katia y su marido siguen juntos. Incluso parece que su tormentosa relación mejora por momentos. En diciembre, Nieva quita el dispositivo GPS que había puesto en el coche de su mujer para espiarla y averiguar adónde iba. En febrero, la Guardia Civil va a detenerlo, lo mismo que a Muguruza y al sicario Benatia. El cuarto hombre, Kelli, había tratado de borrar sus huellas viajando a Llanes con un teléfono móvil a nombre de una persona que no existía. De hecho, el móvil localizado en el lugar y la hora del crimen de Ardines estaba a nombre de un tal Ibrahim. Los investigadores de la UCO de la Guardia Civil recordarían entonces un caso en Venezuela. Habían cazado a un secuestrador porque el teléfono que usaba en sus extorsiones era el mismo que había dejado en el colegio de sus hijos por si había alguna emergencia. Los agentes, rememorando esa historia, rastrearon los posibles lugares en los que ni siquiera un sicario mentiría al dar su teléfono: Ikea, El Corte Inglés, un gimnasio, el colegio de sus hijos. ¡Bingo! El móvil que llevaba uno de los asesinos de Ardines era el mismo que figuraba en la ikastola de uno de los hijos de Maamar Kelli como contacto de la familia en caso de necesidad.

A día de hoy, los cuatro acusados se encuentran encarcelados a la espera del juicio por el asesinato de Ardines. Katia sigue viviendo en Amorebieta y continúa casada con su marido, a quien visita en prisión. Ante los investigadores refirió algunos episodios en los que Pedro se mostró violento, como aquella vez que en una romería golpeó a un chaval que se acercó borracho a su mujer y le enseñó el

pene. Katia confesó que al principio pensó que su marido había matado a su amante, pero que luego había descartado esa posibilidad.

La mañana antes de que Javier Ardines fuera asesinado, Pedro Nieva, el marido de Katia, le envió un mensaje por WhatsApp. El concejal no llegó a verlo porque después de la tormenta y las grabaciones había bloqueado a su antiguo amigo. Pensaba que con eso bastaría. Lo que llegó a su teléfono era un mensaje sin palabras. Solo un signo. Un punto final.

* * *

El juicio por el crimen del concejal Javier Ardines no se había celebrado en el momento de terminar este libro. La Fiscalía solicita veinticinco años de cárcel para cada uno de los cuatro acusados: Pedro Nieva, Jesús Muguruza, Djilali Benatia y Maamar Kelli. Dos de ellos, Nieva y Kelli, han mantenido siempre su inocencia. El relato de este capítulo se ha basado en la investigación de la Guardia Civil y en las confesiones de los otros dos acusados, Muguruza y Benatia. Ambos se retractaron después y achacaron sus confesiones a presiones de la Guardia Civil.

«Me gustan los maduritos»

> «Ven, ya verás qué braguitas más sexis me he puesto.»
>
> Candy Angelin Arrieta, acusada del asesinato de José Antonio Delgado

Sentía el frío del cuchillo en el cuello y el calor de las descargas eléctricas por todo su cuerpo. «Si nos mientes, estás muerto.» No había casi luz mientras oía las voces de dos hombres dándole órdenes y percibía la sombra de una mujer buscando entre sus cosas. Nadie iba a salvarlo. Temblando, Florin pensó que ahí acababa su trayecto. El que, once años atrás, lo había llevado desde Rumanía a España. Aquella noche de julio creyó que iba a morir cerca de Gallur, un pueblo de Zaragoza.

Florin se ganaba la vida conduciendo camiones, tenía treinta y siete años y se sentía solo en España. Por eso se había apuntado aquel verano a la red social Badoo, un enorme escaparate donde hombres maduros buscan relaciones más o menos rápidas con mujeres. En ese lugar virtual conoció aquella tarde de julio de 2019 a Daniela Mendoza, una joven dominicana de veinticuatro años. Daniela estaba cerca, apenas a hora y media de distancia en coche, y era guapa. *Sexi* fue la palabra que más usó Florin. A las seis de la tarde, el camionero rumano le envió un flechazo de amor, la señal de «me gustas» en Badoo. Ella respondió rápidamente. Pasaron a hablar por WhatsApp.

—Hola, guapa.

—Hola.

—¿Qué tal?, me gustaría conocerte.

—¿Nos vamos a tomar algo?

—Sí.

—Ven. ¿Tienes coche?

Ella quería verlo. ¿Cuándo podía acercarse hasta su pueblo? Ella quería que fuera aquella misma noche. Florin improvisaba, no se

creía la suerte que había tenido en su primera incursión en Badoo.

—Estoy en el trabajo ahora hasta las nueve.

—Si quieres, luego —respondió ella.

Florin no tuvo dudas. Y si las tuvo, las cuatro fotografías que Daniela había colgado en su perfil las disiparon. Era una mujer preciosa. Morena de piel, joven, 1,75, delgada, sexi. En una de las imágenes aparecía con un vestido de verano, como bailando; en otra llevaba un vestido corto y ajustado de color rosa, con flores. Miraba de perfil. De las otras dos fotografías Florin ya no se acordaba. Cuando acabó su turno, fue zumbando a su casa en Zaragoza. Se duchó con prisas y cogió su coche, un Renault Clio rojo. Tendría que volver a conducir hasta Gallur, pero ese viaje merecía la pena. Iba a ser un viaje de placer por la A-68.

Diez, veinte, cuarenta kilómetros. Florin no veía la hora de llegar a encontrarse con esa mujer. Decía en su perfil que estaba soltera, que buscaba una relación seria. El viaje podía ser en vano. Pero el último mensaje de WhatsApp que le había enviado mientras él estaba de camino prometía una noche memorable. «Ya verás qué braguitas me he puesto. Te van a encantar.»

El camionero pisó el acelerador y llegó a Gallur antes de lo previsto. Ella lo iba guiando por teléfono. Siguiendo sus instrucciones, atravesó el pueblo, cruzó un puente de hierro y la vio. Lo estaba esperando en el lado izquierdo de la carretera, saliendo hacia Tauste, delante de una casa. Florin frenó y le abrió la puerta del coche. Daniela sonrió radiante y le dio un beso mientras se sentaba de copiloto: «Hola, amor. ¿Has traído cervezas?».

Antes de contestar, el camionero se dio un momento para mirarla de arriba abajo: era de noche y había refrescado, pero la mujer llevaba una camiseta de tirantes muy corta, apenas le tapaba los pechos. Se fijó en ellos. Eran grandes. La miró luego de abajo a arriba: vestía un pantalón rosa, muy corto; se le adivinaban las nalgas. En dos palabras: muy sexi.

Su voz melosa con deje caribeño interrumpió sus fantasías. «Amor, tengo frío, me he dejado la chaqueta en casa de mi abuelo. ¿Me llevas? Está aquí mismo.» No supo decir que no y siguiendo sus indicaciones metió el Renault Clio por un camino de tierra. Apenas cuatro minutos después, llegaron frente a una casa aislada en las afueras. «Apaga las luces del coche, amor, no quiero que mi abuelo te vea», le dijo ella antes de salir. Florin obedeció. No supo por qué, pero entonces sintió algo de miedo mientras esperaba. Abrió la puerta del automóvil, quizá sería mejor estirar las piernas.

No tuvo tiempo ni los vio venir. Dos tipos encapuchados lo

sacaron del vehículo a golpes. Lo arrastraron por el suelo y lo ataron de pies y manos. Florin gritaba. Le taparon la boca con cinta americana. Ahí sintió por primera vez el frío del cuchillo sobre su cuello. El calor insoportable de las descargas eléctricas, 12.000 voltios abrasando sus piernas. Y aquella frase: «Si nos mientes, estás muerto». Apenas pudo verla a ella, que miraba en su coche, buscaba entre sus cosas. Daniela no hablaba. Entre golpes y amenazas le quitaron el móvil, el dinero, la tarjeta de crédito con su pin... Todo lo que llevaba encima, hasta las zapatillas de deporte.

Por fin, lo metieron otra vez en el Renault. Cinco minutos después, lo dejaron tirado entre unas cañas. Vio una carretera y llegó herido y sangrando a casa de una mujer, que llamó a la Guardia Civil. Días después, Florin buscó el perfil de Daniela en Badoo. La llamó a su móvil. Pero Daniela ya no estaba en la red de contactos. Su número figuraba a nombre de una ciudadana rumana.

El 3 de septiembre, Julián, un maduro empresario de Tudela, en Navarra, recibió un «me gusta» en su perfil de Badoo. Quien se lo mandaba era una chica llamada Bella. Era muy joven, muy guapa. Era brasileña y vivía cerca de él, en Pamplona, a una hora de distancia por carretera. Julián tenía cincuenta y ocho años, era un hombre separado y ya había conocido algunas mujeres en Badoo. No era su primera vez. No se lo ocultaba a sus hijos, que conocían algunas andanzas de su padre, un tipo maduro pero bien conservado que se cuidaba y solía hacer ejercicio físico.

Hasta que Bella lo eligió, Julián había sido prudente en ese mundo de encuentros erótico festivos por internet. Le gustaba saber cómo era la mujer con la que había contactado antes de ir a verla en persona. Pasaba tres semanas, hasta un mes, chateando con ellas antes de dar el paso, el encuentro físico, real. Incluso alguna vez pedía opinión a sus hijos.

Por eso, a Julián le sorprendió que Bella fuera tan directa, tan al grano. Parecía un tío. Desde el primer mensaje, desde las primeras fotografías que le enviaba, todo quedaba al descubierto. La joven brasileña aparecía con poca ropa. Y decía que quería conocerlo. Que él le gustaba. ¿Podía ser esa misma noche? Eso sí, ella ya no estaba en Pamplona, sino en Tauste, un pueblo de Zaragoza a solo 45 kilómetros de donde él vivía. Si él quería, podían verse en solo una hora. Julián no acababa de fiarse. Le parecía todo demasiado rápido, demasiado bonito. Fue cuando el hombre le habló de la diferencia de edad entre los dos, más de treinta años. Pero Bella lo tranquilizó con una confesión que lo explicaba todo:

—Me gustan los maduritos.

Julián no tenía coche, de forma que no pudo ir aquella noche al encuentro con la joven y ardiente brasileña. A lo largo de todo el día siguiente, Bella siguió enviándole imágenes y mensajes de contenido sexual. Luego, le propuso coger el tren que paraba en Luceni, un pueblo de Zaragoza cercano a Tauste. Eran cuatro paradas desde Tudela, una hora de trayecto más o menos. Ella lo esperaría en la estación y luego irían a un hotel. Julián estaba sorprendido del calor y las prisas de aquella joven latina. No paraban de llegarle más fotos suyas, más mensajes. El último ya no dejaba lugar a dudas de lo que iba a pasar si el empresario se decidía a subirse a aquel tren.

—Me he depilado el coño para que me folles bien.

Después de ese mensaje, la mujer le hizo una videollamada. Cuando colgaron, Julián cogió una bolsa con ropa y dinero y salió hacia la estación.

El tren llegó a Luceni hacia las diez y diez de la noche. Cuando bajó, Julián no vio a nadie en el andén. Pero segundos después, Bella le telefoneó:

—Amor, estoy detrás de las vías, he venido con una amiga porque no conozco el pueblo y nos hemos confundido. Ella tiene coche y nos lleva al hotel. Ven.

A tientas, Julián cruzó al otro lado de la estación de tren. Vio a Bella acercarse bajo la luz de unas farolas. Pensó que era más guapa que en las fotografías que le había enviado. Su rostro, su sonrisa, sus caderas, sus pechos, estaban cada vez más cerca de él. Casi podía tocarla cuando sintió un golpe en la cabeza, algo duro, una llave inglesa, quizá. Aturdido, se tambaleó, vio una sombra y empezó a correr. Oyó entonces como Bella gritaba: «Mata a ese hijo de puta, que se escapa». Poco después, la sombra lo alcanzó y lo derribó, rodaron juntos por un terraplén. Sin tiempo para pensar, Julián luchaba por su vida en el suelo con otro hombre cuando vio a Bella muy cerca, frente a su cara. Le había puesto una pistola en la cabeza: «Estate quieto o te mato».

Le quitaron el dinero —unos 650 euros—, la maleta con su ropa, la tarjeta del BBVA, la tarjeta sanitaria, sus gafas, el reloj y el teléfono móvil. Lo ataron de pies y manos, le taparon la boca y le pusieron una capucha en la cabeza. Lo metieron en el maletero de un coche. Pasaron quince, veinte minutos. Entonces le ordenaron bajar y lo obligaron a entrar en una nave. Mientras lo golpeaban, pusieron música muy alta, casi insoportable, reguetón a todo trapo.

—Danos el número de pin de tus tarjetas. Y el móvil de tu familia. Vamos a pedir un rescate por ti. Si no pagan, te cortaremos

un dedo y se lo mandaremos a ver qué hacen.

Julián fue valiente. También fue inteligente.

—Solo puedo daros mil euros. Llevaos mis tarjetas de crédito. No tengo más dinero. Haced lo que queráis conmigo.

Lo volvieron a meter en el coche. Poco después, Bella se acercó a él.

—Te vamos a tirar a un río. Te quedas allí quieto. No te quites la capucha hasta que nos vayamos.

Cuando levantó la cabeza, vio como se marchaba el automóvil. Caminó como pudo, casi arrastrándose, hasta una carretera cercana. Le dolía mucho una pierna. Después sabría que le habían roto el peroné. Casi no podía moverse. Vio a dos hombres subidos a unos tractores y se acercó hacia ellos. Gritó:

—Ayuda. Me han secuestrado. Ayuda.

Su nombre no es Bella ni Daniela Mendoza. No nació en Brasil ni en la República Dominicana. En realidad, es una mujer venezolana y su segundo apellido, Landazábal, significa «campo ancho» en euskera. Ya ha borrado los dos perfiles de Badoo con los que captó y sedujo a dos hombres maduros para atraerlos a su terreno y asaltarlos. Antes de venir a España, se presentaba en Facebook con su identidad verdadera, su estado civil, su fe y su país: «Candy Angelin Arrieta Landazábal. Solterita. Jesucristo es mi fortaleza. Venezuela. Zulia. Maracaibo».

Madre joven y soltera, Candy Arrieta no tuvo reparos en pedir ayuda al todopoderoso Hugo Chávez, el presidente de su país, que entonces respondía como un cacique a toda clase de peticiones de ciudadanos necesitados. Si a Chávez o a su gente le caías bien, podías conseguir casa y comida. Dependía de su santa voluntad. Muchos otros lo habían logrado. Así que Candy no lo dudó y escribió directamente a la cuenta de Twitter del presidente venezolano en 2015: «Hola, mi presidente. Por favor, necesito una vivienda, tengo cuatro hijos. Respóndeme. Soy chavista de corazón». En realidad, solo tenía un hijo. La mentira no sirvió. Nunca consiguió lo que quería y cuatro años después llegaba en avión a España. Poco después de pisar suelo en Barajas, pidió asilo político. Dijo que en su país, como a tantos otros, la perseguían por sus ideas.

La estancia de Candy en España es un misterio. Pasó fugazmente por Madrid. Y su siguiente rastro seguro la sitúa en Alicante, donde trabajó como camarera en un bar. Los investigadores trataron de averiguar si, como cientos de mujeres venezolanas que han llegado a nuestro país durante los últimos años, formaba parte de una red

de trata de mujeres, carne fresca del Caribe para puteros españoles con dinero y ganas de sexo. No encontraron ninguna prueba. El bar de Alicante donde trabajó también fugazmente era un establecimiento normal. Parece que Candy era un espíritu libre, se movía en España por su cuenta. Su petición de asilo político, además, le garantizaba un tiempo, un margen para buscarse la vida.

Muy poco después de pasar por Alicante, en junio de 2019, la joven venezolana aparece en Zaragoza. Luego contaría que había ido allí con una amiga y tuvieron un pequeño accidente de tráfico; se dieron un golpe contra un coche que conducía un tipo atractivo, un malote. El tipo era Mohamed Achraf, un marroquí violento que había regresado hacía poco tiempo a Pedrola, el pequeño pueblo de Zaragoza donde vivía su madre y también dos mujeres, dos antiguas novias a las que había maltratado. La pulsera electrónica que llevaba en su tobillo no mentía. Registraba cada movimiento que hacía para que no se acercara a ellas.

Achraf y Candy empezaron a salir juntos en junio, muy pronto después de aquel encuentro. El 6 de julio de 2019, ella escribía en su muro de Facebook: «Nuestro primer mes juntos. Makaveli Angelin». Makaveli era el nombre que usaba el marroquí. El mensaje está rodeado por siete globos en forma de corazón. Apenas veinte días después de que formaran pareja, empezaron los ataques a hombres maduros de Badoo. Han salido impunes al menos de dos de ellos, pero no han conseguido demasiado dinero, poco más de 700 euros y un viejo coche. Buscan a una tercera víctima. Candy se hace otro perfil en la red de contactos. Esta vez se llamará Dulce Ángel y elegirá mejor al primo. Tiene que ser alguien con dinero. No importa que esté más lejos de Aragón, ella sabrá atraerlo hacia allí.

A las 10:40 horas del 10 de septiembre, el padre de José Antonio Delgado denuncia en la comisaría de la Ertzaintza en Getxo (Vizcaya) que su hijo ha desaparecido. Explica que José Antonio tiene cincuenta y cuatro años y está separado, y cuenta que el viernes anterior les había dicho que iba a pasar el fin de semana fuera. No les comentó con quién se iba. Eso sí, parecía contento cuando se despidió de ellos.

—Si no me lo paso bien, volveré pronto; pero si me divierto, volveré el lunes directamente al trabajo.

José Antonio Delgado no volvió el fin de semana, ni el lunes. No apareció por el trabajo. Tampoco llamó a su hermana, que cumplía años ese día. El viernes se había ido con ropa y sus dos teléfonos móviles en su Mercedes 220 rojo. Su amigo Fernando iba a ser el

primero en dar una pista sobre su posible paradero. El día que desapareció, los dos se habían visto en el centro de salud de Las Arenas. Hablaron de unas pruebas médicas, de un tratamiento experimental y del fin de semana que tenían por delante. José Antonio estaba ilusionado.

—He quedado con una tía. Es sudamericana. Acaba de volver y me ha dicho de pasar el fin de semana con ella. A la tarde iré a buscarla y nos iremos a Zaragoza. Igual antes pasamos por Logroño, no sé. Mira, la tengo aquí. Está buena, ¿eh?

José Antonio le enseñaba a su amigo la fotografía del perfil en Badoo de aquella mujer, Dulce Ángel. Aquella misma noche del viernes, a las once y media, Fernando envió un mensaje de WhatsApp al móvil de su amigo para saber qué tal le iba con la misteriosa sudamericana. No hubo respuesta. Fernando insistió el sábado y también el lunes. Su amigo estaba mudo, perdido. No daba señales de vida; nunca había hecho nada igual.

Los investigadores de la policía vasca empezaron por solicitar información de los teléfonos del desaparecido. Y consiguen datos muy pronto. El rastro del teléfono que usaba para los asuntos de trabajo había dejado de dar señal el 9 de septiembre a las 14:30 cerca de un pueblo llamado Garrapinillos, en la provincia de Zaragoza. El móvil personal del empresario vasco lo sitúa también en una localidad de la misma provincia, llamada Alagón, hacia las dos de la madrugada del día que desapareció. Desde entonces, los dos teléfonos estaban muertos.

La Ertzaintza sigue también el hilo de sus tarjetas de crédito y de su coche, el Mercedes 220. Estudian las redes sociales en las que se movía, incluida la página de citas de Badoo, donde era «muy activo». Averiguan que cada viernes, además, debe ponerse unas inyecciones para una enfermedad que sufre en los huesos. Está siguiendo un tratamiento experimental en la Sanidad vasca. Los investigadores contactan con la Policía Nacional y la Guardia Civil por si hubiera podido sufrir un accidente y estuviera en algún hospital. Negativo. Tampoco ha estado alojado con ese nombre en ningún hotel ni hostal de la provincia de Zaragoza. Es una desaparición de alto riesgo y se moviliza a todas las fuerzas de seguridad españolas, también a Interpol. Han descubierto, además, que un hombre que no es José Antonio ha sacado un total de 1.500 euros en seis cajeros automáticos de Utebo, Figueruelas y Zaragoza usando sus tarjetas de crédito y el pin.

La mención a una mujer sudamericana a la que había conocido en Badoo hace saltar la alarma en la Guardia Civil de Zaragoza. Allí

saben de dos hombres que han sido atacados en los últimos meses. El último, la semana pasada. Son dos asaltos sin resolver. Los ganchos habían sido una mujer dominicana llamada Daniela y otra brasileña de nombre Bella, pero tras los violentos ataques las dos habían borrado sus perfiles de Badoo. El *modus operandi* era el mismo. Habían atraído a un hombre maduro a Aragón. El rastro de las tarjetas de crédito de las víctimas había llegado hasta unas imágenes grabadas por las cámaras de seguridad de un banco. Un tipo oculto bajo una gorra había sacado dinero con la tarjeta de la primera víctima, el camionero rumano. Los investigadores ampliaron las imágenes y vieron que el hombre tenía tatuajes en los gemelos de sus piernas.

Los guardias civiles de Zaragoza van a colaborar con los investigadores de la Unidad Central Operativa, una unidad de élite con sede en Madrid que se encarga de los casos más complicados, que también son, a veces, los más mediáticos. En la UCO se toma una decisión rápida: un agente, un veterano cabo, va a abrirse un perfil en Badoo. Es un hombre maduro que da el perfil de víctima para esas mujeres sudamericanas. En la web de encuentros sexuales, el guardia se hace pasar por un empresario en busca de una relación de pareja, algo serio. Además, ha puesto en su perfil que vive en Zaragoza, cerca de donde están ocurriendo los asaltos. Espera que Daniela, Bella o Dulce Ángel se ponga en contacto con él y le envíe un flechazo de amor para fijar una cita donde intenten atacarlo. Pero de momento nadie le dice «me gustas».

El 13 de septiembre, una semana después de la desaparición de José Antonio Delgado, un hombre de etnia gitana llama al telefonillo de la lujosa casa familiar en Getxo. Pregunta por el desaparecido y también por su coche, el Mercedes 220. Los padres, sorprendidos, le piden que suba. Asustados, llaman a familiares y a la policía vasca: «Venid todos, ha venido un quinqui». Mosqueado por tanto follón, el gitano sale corriendo, pero es abordado en la misma calle por los ertzainas.

Fernando, que así se llama, explica que estaba ahí para hacerle un favor a su primo Antonio. Cuenta que el día 9 vio en su perfil de WhatsApp que su primo tenía un coche nuevo muy pintón y decidió llamarlo para echarse unas risas. Pero su primo no estaba para coñas. Le dijo que había visto el Mercedes en la página milanuncios.com, que le había gustado y que había hablado con un tipo que se lo había vendido en Utebo (Zaragoza). Antonio le había dado 11.000 euros en mano y tenía que pagarle otros 10.000 más. Pero aquel individuo no le dio el permiso de circulación ni tampoco

le dijo que el coche tenía cuotas pendientes de pagar con la financiera de Mercedes Benz. En realidad, le había contado una milonga, le dijo que el coche era de su padre, que ya estaba mayor y, como ya no conducía, quería venderlo.

El hombre le había dado mala espina desde el principio, pero Antonio no hizo caso a su corazonada: la posibilidad de hacerse con un Mercedes Benz por ese dinero era una ganga. Ahora se arrepentía. Como su primo Fernando vivía en Barakaldo, se había ofrecido a ir a casa del dueño del coche para arreglar cuentas. Allí se encontró con todo ese marrón y ahora lo estaban interrogando.

La Ertzaintza avisó a los investigadores de la Guardia Civil, que localizaron muy pronto al primo Antonio, que aún tenía el Mercedes del desaparecido. Los agentes recuperaron las fotografías donde se anunciaba el coche en internet. Al estudiarlas, descubrieron que las imágenes habían sido tomadas en la calle Moncayo, muy cerca de la estación de tren de Luceni, el lugar de la emboscada a la segunda víctima, Julián, el empresario de Tudela. Estaban cerca.

Antonio les contó a los guardias civiles que el 7 de septiembre, apenas un día después de que José Antonio Delgado hubiera desaparecido, había quedado con un hombre en el Mercadona de Utebo. Los dos regatearon sobre el precio del Mercedes Benz, mil euros arriba o abajo, y quedaron para cerrar el trato dos días más tarde. A la segunda cita ya no fue aquel hombre de pelo corto. Esta vez apareció una mujer que le enseñó el coche y le llevó los papeles.

—Aquel hombre me llamó y me dijo que no podía venir. Me dijo que me traería los papeles la mujer que cuidaba a su padre, que no me preocupara, que era de fiar. Ella me enseñó hasta el DNI del dueño del coche.

El DNI era el de José Antonio Delgado, el hombre desaparecido. Los guardias civiles recuperaron las grabaciones de las cámaras de seguridad del Mercadona de Utebo y se las pusieron al comprador del Mercedes. Este reconoció sin dudar unas imágenes. Las de un hombre de 1,75, moreno, pelo corto y con un tatuaje en la mano izquierda. Los agentes tenían ya la cara de un hombre sin nombre que estaba vendiendo el coche de un desaparecido. En cuanto a la vendedora, no había ninguna imagen suya. Dos investigadores transcribieron la declaración del primo Antonio, en la que afirmaba que ella era morena, con «un trasero voluminoso» y «los pechos, también», aunque él la describió con palabras más explícitas. Tan nítido era el recuerdo que tenía del cuerpo de aquella joven latina

que si la volviera a ver «la reconocería sin lugar a dudas».

El 16 de septiembre, los agentes ya han recuperado el coche de José Antonio Delgado. Mientras esperan los análisis de huellas, deciden probar con un método de la vieja escuela. Van a enseñar la imagen del vendedor del coche robado a un veterano guardia civil de la zona por si el tipo estuviera fichado. Un hombre que estuviera implicado en dos asaltos tan violentos y una desaparición no podía ser un novato, tenía que tener otros marrones anteriores. Y el sargento de la Guardia Civil de la zona se lo confirmó: el de las imágenes era un viejo conocido. Se llamaba Mohamed Achraf, su madre vivía en Pedrola y había sido denunciado dos veces por maltratar a otras tantas parejas. Por eso llevaba todavía una pulsera de seguimiento telemático, para evitar que se acercara a menos de 150 metros de la última de ellas. El guardia civil es una mina y señala que Achraf ha vuelto al pueblo hace unos seis meses y se ha instalado en una nave del polígono de la Ermita, un taller de coches. Con él vive desde hace poco tiempo una mujer de la que no tiene más datos.

Los investigadores van al Centro Cometa, responsable del seguimiento de las tarjetas colocadas a algunos maltratadores. Van a colaborar con ellos de forma rápida y eficaz. Sus brazaletes no pueden quitarse ni a martillazos. Emiten una señal GPS que permite saber dónde se encuentran en cada momento. Y si quien la lleva puesta incumple sus límites, en este caso acercarse a la mujer a la que ha maltratado, la señal pita y advierte. Así que la lectura del GPS del brazalete es una fuente inagotable de datos sobre lo que el marroquí ha hecho durante las últimas semanas. Lo sitúa en el lugar del segundo asalto, el del empresario navarro, cuando se produjo el ataque. Y, aún más interesante, lo localiza la tarde del 6 de septiembre muy cerca de la estación de tren de Luceni, donde Dulce Ángel había citado al empresario vasco desaparecido.

El brazalete del maltratador reproduce casi al segundo todos sus pasos el día de la desaparición de José Antonio Delgado. Sus datos y coordenadas geográficas indican que Achraf acudió a la estación aquel 6 de marzo. Allí secuestran al empresario vasco y luego lo llevan a la nave de Pedrola. A las 20:53 su brazalete llega allí con él. Durante treinta y ocho minutos permanece en la zona, donde todo indica que el empresario vasco fue torturado. Luego, Achraf regresa a la zona de la estación. Esa madrugada pasa por Utebo, donde saca dinero de un cajero con la tarjeta del empresario. La tarde noche del 8 de marzo, la pulsera de Achraf lo ubica de nuevo en la parada del ferrocarril y de allí se va a un descampado cercano,

donde pasa, según la señal telemática, unos cuarenta minutos.

Los guardias civiles creen que el cuerpo del empresario vasco puede estar en esa zona desierta. La primera visita del marroquí al descampado habría sido para reconocer el lugar y comprobar que estaba vacío. La segunda, la de los cuarenta minutos, habría sido para cavar el agujero donde depositar el cuerpo del hombre, que aún respiraba cuando fue enterrado, como se sabrá después. Cuando los guardias civiles llegan a las coordenadas que marca la pulsera del maltratador, allí no hay nadie, ni siquiera se acerca un pastor que lleva a sus ovejas arriba y abajo. Tienen que rastrear ese camino a pie. Lo hacen. Y no tardarán mucho. A las 8:45 horas del 27 de septiembre notifican que han encontrado el cuerpo de una persona. Un animal lo había desenterrado parcialmente. Los análisis revelarán que sus pulmones tenían tierra; es decir, sus asesinos lo habían enterrado vivo.

Mientras tanto, otros agentes vigilaban la nave donde vivía Mohamed Achraf. Pasaba el tiempo dentro, casi no salía. Junto a él fotografiaron a una mujer, sudamericana, que también se ausentaba poco del taller. En Madrid y en Zaragoza, otros guardias civiles han seguido rastreando las redes sociales hasta dar con varios perfiles a nombre de Angelin Arrieta. Comprobaron que la mujer posaba abrazada a Achraf bajo el lema «Jesucristo es mi vida. Axell es mi bebé. Achraf es mi amor».

Averiguan también que otro hombre había entrado en el chat de Facebook y había respondido por redes sociales a los mensajes de amor que escribía Candy. El tipo se llama José Antonio Meléndez. Estudian su perfil de Facebook y descubren que ha estado en Zaragoza con la pareja. Una imagen los muestra a los tres. Candy está en primer plano, sonriente. Detrás, Achraf, y al fondo, Meléndez, con su gorra calada. Los guardias civiles averiguarán más tarde que tiene tatuajes en los gemelos. Meléndez es la persona que sacó dinero del cajero con la tarjeta de la primera víctima la madrugada del 27 de julio. Es el segundo encapuchado que atacó a Florin. ¿Por qué no participó en los siguientes ataques? Los agentes descubrirán que este hombre, con antecedentes por robos y malos tratos, cometió otro delito, fue detenido y el 6 de agosto había ingresado en la cárcel de Castellón 1, donde estuvo aquellas semanas, en las que no había disfrutado de ningún permiso de salida.

Además de este tercer individuo, los guardias civiles que navegan por las redes sociales descubren otras imágenes en las que Candy aparece sonriente y provocativa, feliz, jugando una partida

de billar, posando con el culo en pompa. La segunda víctima y el hombre a quien vendió el Mercedes Benz la reconocen sin dudar. Los agentes que vigilan discretamente la nave saben que dentro está la novia de Mohamed Achraf y que ella es la dominicana Daniela Mendoza, la brasileña Bella y la venezolana Dulce Candy.

Los guardias civiles son conscientes de que es urgente registrar la nave donde vive la pareja. Están convencidos de que, si no pasa mucho tiempo, pueden encontrar pruebas del asesinato de José Antonio Delgado, quizá también de las otras dos agresiones anteriores. Cinco días después del hallazgo del cadáver, consiguen la orden judicial para entrar en el edificio. Durante todo ese tiempo, vigilan y comprueban que Achraf y Candy están encerrados allí. Los tienen rodeados, vigilados día y noche, sus teléfonos están pinchados. En una de las conversaciones, el marroquí pide a un amigo que le consiga una pistola «con chupete» (silenciador). El 2 de octubre, a las 15:50, los guardias civiles irrumpen y detienen a Mohamed Achraf y su pareja, Candy Arrieta Landazábal.

El registro va a ser un éxito. En la nave hay varias piezas del Renault Clio y el teléfono móvil de Florin, el rumano, su primera víctima. También, una pistola táser de 12.000 voltios con la que posiblemente le propinaron las descargas eléctricas aquella noche de julio. Los agentes encuentran también una pistola marca Kimar, posiblemente la misma con la que la mujer apuntó en la cabeza a Julián, la segunda víctima. Ante la mirada de Mohamed y Candy, los investigadores recuperan las gafas graduadas de la última víctima, José Antonio Delgado, incluso un palo de golf y la bolsa de palos marca Emporio Armani que llevaba en el maletero de su Mercedes Benz cuando fue a encontrarse con su amiga de Badoo.

El registro se alarga y las pruebas contra la pareja se acumulan. Pese a todo, Candy mantiene una actitud desafiante con los investigadores. Les levanta la voz, se queja, dice que ella no tiene nada que ver con los ataques; de pronto se dirige a uno de los guardias:

—Tengo que ir al baño.

Una guardia civil revisa antes el aseo para comprobar que no hay ningún objeto con el que Candy pueda intentar escapar o agredirles. Está limpio. Candy entra y cierra el pestillo. Los agentes están en guardia y no quitan ojo a la puerta. Poco después oyen que la mujer tira de la cadena y sale, vuelve al salón y se recuesta en un sofá. Una corazonada le dice a uno de los guardias civiles que debe registrar el baño. Cuando entra, observa en el fondo de la taza del váter una cadena y un aro de oro. No duda en meter la mano y

recuperarlos. Las dos joyas eran de José Antonio Delgado, el hombre al que habían asesinado.

Candy y Mohamed no han sido juzgados aún por el asesinato de José Antonio Delgado y los otros ataques a Florin y Julián. Todo apunta a que ella sostendrá que el hombre la tenía encerrada en la nave y la obligaba a ofrecerse como gancho para atraer a hombres maduros y asaltarlos. Los investigadores no lo creen. La definen como una mujer mentirosa que fue aumentando su violencia e incrementando los robos. No olvidan que el día en que su carrera criminal terminaba en España, derrotada, mientras ellos buscaban y encontraban pruebas en su contra en aquella nave, Candy, el Dulce Ángel de Badoo, se quedó dormida.

El asesino que no se confinó

«¿A cuántos indigentes han asesinado
en los últimos años en Barcelona?»

Juan Carlos Granja,
intendente de los Mossos d'Esquadra

El 13 de marzo de 2020 los españoles sabían que ese día era el último en el que disfrutarían de su libertad sin limitaciones. A media tarde de aquel viernes 13, el presidente del Gobierno anunció la inminente entrada en vigor del estado de alarma para intentar detener la imparable expansión de la COVID-19. El miedo al virus y la incertidumbre ante unas medidas que cambiarían la vida de todos atenazaban a millones de personas. No era el caso de Thiago, un brasileño de treinta y cinco años que llevaba un año instalado en la provincia de Barcelona. Había vivido en casas ocupadas y desde el mes de enero su hogar era una destartalada caravana en la que acumulaba ropa vieja, mantas y enseres inútiles, el paradigma del ajuar del vagabundo.

Josep Maria Tarrés había adquirido la *roulotte* cuatro años atrás en Roses (Girona) por 800 euros. En 2020 estaba para el desguace, así que tampoco le supuso ningún quebradero de cabeza enterarse de que Thiago había ocupado su caravana. Chapurreando español, el brasileño prometió que pagaría a plazos 250 euros a cambio de que le dejase vivir allí. El 13 de marzo, a las puertas del confinamiento, Tarrés le dijo a su peculiar inquilino que moviese la caravana. No lo quería en su terreno. No le inspiraba demasiada confianza. El hombre había protagonizado algún incidente con los vecinos que requirió la presencia de los Mossos d'Esquadra. El 14 de febrero se había peleado con una pareja que lo acusó de robarles, mientras él respondía que le habían sustraído un teléfono móvil. La bronca acabó sin denuncias. Once días más tarde, varios vecinos se quejaron de que Thiago había entrado con un hacha en una tienda de Les Planes. Era un tipo raro, de aspecto estrafalario, pocas

palabras y mirada perdida. En sus desplazamientos a pie, se daba la vuelta continuamente y miraba a todas partes como si se sintiese perseguido. Tarrés prefería que estuviese lejos de él y de su familia, aunque no quería perderlo definitivamente de vista hasta que acabase de pagar lo que debía, ya que de momento solo le había abonado 160 euros, un dinero que obtuvo vendiendo una sierra mecánica en una tienda Cash & Converter y ayudando a un vecino a mover sacos de arena para una obra.

El 13 de marzo, Thiago llevó la caravana hasta la calle Molí de la urbanización Les Planes. Allí tenía unas inmejorables vistas sobre el parque de Collserola, en el límite entre los municipios de Barcelona y San Cugat. No era mal lugar para estar confinado, pero Thiago no tenía intención de encerrarse.

La primera semana de confinamiento, Barcelona se convirtió en una ciudad fantasmal. El lugar que Juan Marsé, Eduardo Mendoza y Manuel Vázquez Montalbán habían elevado a la categoría de personaje literario era un sitio irreconocible. Por las ordenadas calles del Eixample solo se veían agentes de policía, *riders* que llevaban comida de un sitio a otro en bicicletas provistas de aparatosas cajas y los habitantes invisibles de las ciudades, los vagabundos que dormían en soportales y cajeros de bancos refugiándose del frío húmedo que ese mes de marzo aún se resistía a abandonar Barcelona.

La rutina de los Mossos, que llevaban cuatro días dedicados casi en exclusiva a hacer cumplir el estado de alarma, se rompió el 18 de marzo. A las 23:00 horas, Larysa Petina avisó al 112 de que un hombre que dormía en la calle Cerdeña, en la confluencia con Aragón y la avenida Diagonal, al calor de los conductos de aire de un supermercado, sangraba abundantemente. Los servicios de emergencia solo pudieron certificar la muerte de Laureano Almeida Damora, nacido sesenta años atrás en Orense. Su asesino lo había sorprendido durante el sueño y lo había herido en la garganta con una certera cuchillada que provocó que se desangrara en pocos minutos. El criminal arrojó el arma, un viejo cuchillo de cocina de unos quince centímetros de hoja y mango de madera, junto al lugar del crimen. Del arma no se pudieron obtener huellas y ninguna cámara grabó el ataque, en el corazón del Eixample.

La Guardia Urbana detuvo minutos después del aviso a una persona, un vagabundo de nacionalidad uruguaya, tras recabar varios testimonios que lo situaban en la escena del crimen, pero la poca solidez de los testigos y la falta de pruebas obligaron a los Mossos a poner en libertad al sospechoso. Laureano era una de esas

personas apartada de forma definitiva por la sociedad, alguien que había perdido hacía tiempo cualquier arraigo. Su hermana hasta respiró aliviada cuando recibió la llamada en la que le comunicaron que Laureano había sido asesinado en Barcelona. En ese marco, cualquier investigación se complica; no hay personas cercanas a la víctima y en este caso no se produjo ninguna discusión previa ni diferencias por ocupar una esquina o por un cartón de vino. Las primeras gestiones de los Mossos para arrojar luz sobre el crimen fueron completamente estériles.

—¿A cuántos indigentes han asesinado en los últimos años en Barcelona?

Cuatro semanas después de la muerte de Laureano, el intendente de los Mossos d'Esquadra Juan Carlos Granja, responsable de la División de Investigación Criminal (DIC) de Barcelona, lanzó la pregunta a los policías que acababan de regresar de la escena de un nuevo crimen cometido el 16 de abril de 2020. Granja se había hecho cargo de la DIC de la capital catalana unos meses atrás, avalado por sus éxitos en la demarcación de Metro Sur, donde había resuelto de forma exitosa, entre otros, el asesinato de Pedro Rodríguez, el guardia urbano víctima de un endiablado triángulo de amor y muerte formado por él y por sus dos compañeros detenidos, Rosa Peral y Albert López.

—¿A cuántos vagabundos han matado así, dormidos, sorprendiéndolos, sin opción a defenderse?

Granja repitió la pregunta a los suyos. Su olfato le decía que se enfrentaba al peor escenario posible para un investigador: un asesino en serie. Frente a él tenía el atestado realizado cuatro semanas antes, el 18 de marzo, correspondiente al asesinato de Laureano Almeida. El nuevo crimen, que había vuelto a romper la rutina del cuerpo policial, dedicado casi en exclusiva a proponer para sanción a los que se saltaban el confinamiento, había ocurrido en la calle Lepanto, cuatro calles al sur del lugar del asesinato de Laureano, junto al Auditori. Quince minutos a pie separaban las dos escenas. Eran los dos únicos homicidios registrados en la ciudad desde que se instauró el estado de alarma. El escenario del crimen resultaba muy parecido al de la calle Cerdeña. La víctima, un marroquí de veintidós años nacido en Beni Chiker llamado Imad Allouss, un follonero bien conocido por los vigilantes del teatro y los trabajadores de los comedores sociales, estaba durmiendo a las dos de la tarde cuando su asesino le reventó el cráneo a golpes. Dos mendigos de origen francés, Jessy Gael Farraudiere y Jean Pierre Herbillon, avisaron a los agentes de seguridad del Liceu de que

Imad sangraba abundantemente por la cabeza. Muy cerca de su cuerpo, los Mossos hallaron el arma homicida, una barra de acero de encofrado de setenta centímetros, curvada en uno de sus extremos.

El intendente Granja estaba seguro de que los dos mendigos habían sido asesinados por la misma persona, una opinión que no era compartida por parte de su equipo, que veía demasiadas diferencias entre los dos crímenes. En el primer caso, la víctima tenía sesenta años y el ataque se había producido por la noche y empleando un arma blanca. Imad era un veinteañero y murió molido a golpes a mediodía. Ambas víctimas dormían cuando fueron atacadas, ambas vivían en la calle y en los dos casos el criminal arrojó el arma en las inmediaciones. Las similitudes pesaron más que las diferencias y el equipo investigador trabajó con la hipótesis defendida por Juan Carlos Granja: se enfrentaban a un asesino en serie. Y seguiría matando hasta que lo detuviesen. Había que trabajar muy rápido en un marco tan excepcional como el que vivía el país ante la pandemia.

Pocas horas después del asesinato de Imad, llegaron las imágenes del crimen del marroquí a la comisaría de Les Corts, sede de la DIC de Barcelona. La cámara de un bar situado frente al Liceu captó al asesino. Era una toma lejana en la que no se apreciaban con claridad los rasgos del criminal, pero sí su manera de actuar: se veía cómo golpeaba a un bulto en el suelo —la víctima— tres veces, desaparecía de la escena y pocos segundos después volvía a aparecer para seguir golpeando al vagabundo a la altura de la cabeza. Ira, rabia, odio. Las imágenes sugerían, como dijo un investigador, que el asesino estaba enfadado con el mundo. El comentario dio nombre a la operación: Angry, «enfadado» en inglés.

La DIC desplegó un dispositivo basándose en la premisa de que en la calle había un asesino en serie, un eficaz depredador que actuaba de forma rápida y cautelosa a la vez, mirando a su alrededor antes de actuar. Su ataque era tan enérgico como letal, no tenía relación con sus víctimas y no le interesaba robar nada, solo quería descargar en pocos segundos su furia homicida. Era alguien extremadamente peligroso.

Los agentes de Policía Científica se afanaron por encontrar huellas o restos biológicos en los escenarios de los crímenes, sin ningún éxito, mientras que los investigadores se dedicaban a la búsqueda de imágenes de cámaras de seguridad que permitieran seguir el rastro del asesino tras sus crímenes y de testigos que lo hubiesen visto en los instantes previos y posteriores a sus acciones.

Además, un equipo de analistas, entre los que se contaban un par de perfiladores criminales, recopiló la información procedente de las patrullas que trabajaban en la calle y estudió detenidamente la lista de reclusos que habían salido en libertad o de permiso en las fechas cercanas a los asesinatos.

No hubo que esperar mucho tiempo para que los investigadores pudieran ver nítidamente el rostro de su objetivo. Las cámaras del Metro de Barcelona registraron su imagen colándose en la estación de Glòries minutos después de la muerte de Imad. El mismo hombre que, lleno de ira, descargaba media docena de golpes sobre el cráneo del indigente se giraba para colarse en los tornos, mirando involuntariamente a la cámara. Tocado por una gorra del Barça con la visera detrás, gafas de sol, mitones en las manos, un pantalón corto encima de uno largo, una mochila a la espalda y una botella de plástico colgada de la bolsa. Era inconfundible. Un aspecto único y una manera de actuar errática, según su recorrido en el metro. En la siguiente estación a Glòries, Clot, el asesino se apeó y cambió de dirección, saliendo a la superficie en Urquinaona, cuatro estaciones después. ¿Se había equivocado? ¿Se sentía perseguido?

Apenas habían comenzado a analizar las grabaciones del criminal y a sacar impresiones de la imagen más nítida de su semblante cuando el asesino volvió a la acción. Su periodo de enfriamiento apenas duró treinta y seis horas. A las cuatro de la madrugada del 18 de abril, en la calle Caspe, junto al teatro Tívoli, Ramón Barberán Giner, un turolense de sesenta y siete años que dormía tapado por unos cartones, murió apaleado. Las cámaras captaron al criminal llegando al portal donde dormía su víctima armado con un palo y mirando a su alrededor en los momentos previos al ataque. Otra vez una acción rápida, fulminante y a la vez cautelosa. Las imágenes no dejaban dudas de que se trataba del mismo asesino y su firma era idéntica. En las inmediaciones de la escena apareció de nuevo el arma homicida, un palo de madera redondo de un metro de longitud que podía hacer las veces de mango de una azada o de una pala. Un mendigo que dormía en la acera de enfrente de la misma calle Caspe contó a los Mossos que días atrás se despertó porque alguien lo estaba golpeando en las piernas y en los pies, lo que confirmó la hipótesis de que el criminal aporreaba bultos, masas de mantas, sacos y cartones, objetivos desprovistos de formas humanas.

Tres asesinatos fulminantes, con tres víctimas elegidas entre las capas más vulnerables de la sociedad en una Barcelona confinada. La prensa apenas prestaba atención a los crímenes, volcada en la

información de la pandemia, por lo que los Mossos pudieron trabajar alejados de los focos que tanto incomodan la labor policial. Casi la totalidad de los efectivos de la DIC de Barcelona fueron destinados a la operación Angry. Los agentes de Homicidios contaron con la colaboración de los compañeros que habitualmente se dedicaban a los robos o a los delincuentes multirreincidentes. Además, tras el crimen de Ramón Barberán, el intendente Granja pidió ayuda al grupo de vigilancias y seguimientos de la central de Mossos.

Desde el 19 de abril, medio centenar de agentes de paisano patrullaba cada noche las calles de una desierta Barcelona en busca del monstruo que se había cobrado ya tres vidas. Los investigadores de la DIC llegaron a la conclusión, tras estudiar detenidamente la geografía de sus crímenes, de que el asesino volvería a actuar en el Eixample y que el punto neurálgico por el que siempre pasaba era la plaza de Urquinaona. Era su zona de seguridad y, además, era donde podía encontrar con mayor facilidad a sus víctimas, personas que dormían en la calle. Los analistas de los Mossos elaboraron un censo de los indigentes que vivían al raso gracias a la información que suministraban los patrulleros. Solo en la zona delimitada, la que preveían que podía volver a ser el escenario de un nuevo crimen del asesino en serie, ochenta personas vivían a la intemperie.

El trabajo de los analistas se combinó con la clásica labor policial. La imagen del asesino colándose en el metro se mostró a doscientos agentes de Mossos y Guardia Urbana que habitualmente prestaban servicio en el centro de la ciudad, por si alguien lo reconocía. Su aspecto era suficientemente peculiar como para no haber pasado inadvertido y su carácter hacía pensar que podía haber protagonizado algún incidente previo. Nadie lo reconoció, era alguien invisible para quienes pasan sus jornadas lidiando en la calle con individuos de toda ralea. Su rostro tampoco era familiar en los comedores sociales ni en los albergues de la ciudad, donde los Mossos se hicieron visibles para rebajar el miedo y la inseguridad que se extendía entre el colectivo de los sintecho con la misma rapidez que el virus. Si desde todas las administraciones esos días se pedía aislamiento y distancia social para combatir la enfermedad, la policía autonómica lanzó el mensaje contrario entre los encargados de atender a los indigentes: debían permanecer juntos, evitar dormir solos, porque eso los convertiría en blancos fáciles para el monstruo que andaba suelto.

Cada mañana, la primera planta de la comisaría de Les Corts era

el escenario de una reunión en la que se analizaban los avances de la investigación. El intendente Granja se veía a diario con el responsable de Homicidios, los jefes de área, *mossos* de Policía Científica y analistas. En esos encuentros se compartía la información que aportaban los agentes que vigilaban las calles, se cotejaban las listas de presos que habían salido en libertad y hasta se supo el número de bidones como el que llevaba el asesino vendidos por la cadena de tiendas de deportes Decathlon. La foto de una botella como la que portaba el criminal se convirtió en el icono del grupo de WhatsApp llamado «Cas Angry», integrado por los doce responsables del operativo.

Los agentes de Policía Científica no encontraron vestigios útiles en las escenas de los crímenes, pero sí analizaron con todo detalle las imágenes de las cámaras del metro en las que se veía al asesino. Gracias a ellas, determinaron que su estatura podía oscilar entre los 175 y los 177 centímetros y que tenía los brazos musculados y vascularizados. Pese a lo que cuentan las ficciones televisivas y cinematográficas, no existe ningún sistema informático en el que se pueda introducir la imagen de una cara anónima y obtener en pocos minutos una identidad, por lo que la operación Angry se desarrolló en la calle, donde medio centenar de policías buscaban cada noche a su objetivo entre las sombras de la Barcelona confinada. Los responsables del dispositivo entregaban la foto del sospechoso obtenida de los vídeos del ferrocarril subterráneo a los agentes que participaban en la búsqueda. Antes, escribían en la mejilla de la imagen el número de carné profesional del agente al que le entregaban la foto, quien debía devolverla al acabar su turno. La obsesión era blindar la información, evitar a toda costa filtraciones, que la cara del asesino apareciese en la prensa y eso provocase su huida. Los policías que salían cada noche de caza por las calles del Eixample sabían que no se podían precipitar, tenían instrucciones muy precisas del intendente Granja: si alguien reconocía al sospechoso, no había que detenerlo; había que seguirlo para encontrar su guarida, donde podrían hallar pruebas de sus crímenes.

Durante nueve noches, las que mediaron entre el 18 y el 27 de abril, por las calles de Barcelona se desarrolló una singular cacería en la ciudad semidesierta. Las potenciales víctimas del depredador dormían en la calle, a modo de apetitoso cebo para el monstruo, y a su alrededor se apostaban cincuenta policías que se esforzaban por hacerse invisibles para capturarlo. La lluvia que cayó casi de manera ininterrumpida esas noches contribuyó a que la Barcelona

de la operación Angry se asemejase a Los Ángeles que patrullaba Rick Deckard en busca de los replicantes Nexus 6 en *Blade Runner*.

Minutos después de las 23 horas del 27 de abril, sonó el teléfono del intendente Granja. Estaba en su casa, en compañía de su mujer y sus dos hijos, de siete y diez años, a los que apenas veía desde que se puso al frente de la persecución del asesino en serie.

—Hay otra víctima, otro mendigo muerto a palos en la calle Rosselló. —El agente de Homicidios transmitió la novedad de manera telegráfica.

—Voy hacia allá.

Granja subió a su vehículo y puso rumbo al Eixample. El escenario estaba en el mismo distrito que los crímenes anteriores, en la misma zona plagada de policías de paisano desde hacía diez noches.

La noticia del nuevo asesinato llegó a los Mossos gracias a una pareja de origen ruso, Viacheslav y Olga, que se habían cruzado con un tipo que les infundió sospechas. Iba con la mirada perdida y con una barra en la mano. Los testigos se metieron rápidamente en su portal y desde el balcón vieron como el mismo hombre se acercaba a un sintecho que dormía en la calle y lo golpeaba. Mientras trataban de atender al herido, pararon un coche patrulla y comunicaron lo que habían visto.

Minutos después de la primera llamada a Granja, uno de los responsables del operativo en la calle marcó el número del intendente, que ya estaba en su coche camino de la escena del crimen.

—Jefe, dos compañeros de multirreincidentes que estaban en Urquinaona han visto a un tipo que se parece al sospechoso. Con la lluvia no lo han podido ver bien, pero se parece mucho al de la foto. Lo tienen centrado en una parada de autobús.

Granja activó el grupo de vigilancias, especialistas en seguir el rastro de cualquiera haciéndose invisibles. Una docena de agentes, repartidos en varios coches, se dirigieron a la parada. Allí encontraron a su objetivo, que tenía el mismo aspecto estrafalario que conocían: pantalones cortos encima de unos largos, gorra, mochila, guantes y botella. Miraba hacia todas partes, cambiaba el sentido de la marcha, hasta que finalmente se subió en el paseo de Gracia a un autobús nocturno. Ya era suyo. Habían pasado veinte minutos desde el descubrimiento del cadáver.

Con el sospechoso en el autobús, el intendente Granja dio la orden de que todas las patrullas uniformadas en la calle suspendiesen la búsqueda y apagasen los dispositivos luminosos y

sonoros de los coches. La presa no se podía asustar, debía seguir su camino confiado, pensando que de nuevo podría regresar a su guarida impunemente.

Durante treinta interminables minutos, los agentes de vigilancias siguieron al autobús nocturno en que viajaba el sospechoso. El intendente Granja y varios *mossos* de la DIC lo seguían a distancia hasta que se bajó en San Cugat. También ellos se apearon de los automóviles y lo persiguieron. Él caminaba, cambiaba de dirección, realizaba cortos esprints... Una vez más, su comportamiento era errático, tanto que los agentes recibieron la orden de detenerlo sin esperar a que llegase a su destino. No podían arriesgarse a que huyera.

Minutos después de que el sospechoso fuese esposado, el intendente Granja llegó al lugar donde se encontraba. El policía llevaba en la mano la impresión de la imagen captada por las cámaras de la estación de Glòries. Lo miró a la cara. No había ninguna duda. Era el mismo tipo.

—¿Cómo te llamas? —El intendente comenzó el interrogatorio en el mismo lugar de la detención.

—Me llamo Thiago Lages Fernandes. —El arrestado hablaba castellano con dificultad, mezclando palabras en portugués.

—¿De dónde vienes, Thiago? ¿Qué has hecho esta noche?

—De pasear, vengo de pasear.

—¿Dónde vives?

—Por allí, a unos veinte minutos a pie, en una caravana. —El hombre señalaba en dirección a Les Planes.

Thiago fue trasladado a la comisaría de Les Corts, mientras en el lugar de su último crimen los agentes de Homicidios comprobaban la identidad de la nueva víctima. Se trataba de Jean Pierre Herbillon, nacido hacía treinta y dos años en la localidad francesa de Fourmies. Era el indigente que días antes había avisado a los vigilantes del Liceu del asesinato de Imad, sin sospechar que él sería víctima del mismo hombre semanas más tarde. Junto a la escena del crimen, los agentes hallaron una barra de encofrador idéntica a la empleada para matar al marroquí.

Una vez en las dependencias de Les Corts, el intendente Granja se entrevistó durante diez minutos con el monstruo que acababa de perder su siniestra partida con los Mossos.

—Thiago, ¿sabes por qué estás aquí? ¿Por qué te hemos detenido?

—No, no sé nada. Yo solo estaba paseando... —El detenido hablaba muy rápido, mezclando español y portugués.

—Esta noche han matado a un hombre en la calle. Le han dado varios golpes en la cabeza. ¿Tú tienes algo que ver con eso?

—No, no... Yo solo venía de pasear.

—¿Has matado a alguien?

—No, no, no he matado a nadie.

Thiago se cerraba en banda. No había manera de sacarle ninguna información sobre los crímenes, y su aspecto y su manera de hablar y actuar indicaban que algo no funcionaba bien en su cabeza.

—¿Tú vas al médico con frecuencia? ¿Te pasa algo?

—Sí, voy al médico por el estómago.

—Ya, pero me refería al psiquiatra. ¿Has ido alguna vez a un médico para ver si estás bien de la cabeza?

Las respuestas de Thiago se tornaron incoherentes. Su tono era amable y colaborador, pero de sus palabras no iba a salir nada útil para la investigación.

—Solo te queremos ayudar, así que quédate aquí tranquilo. Te daremos un bocadillo y luego descansa. —El intendente Granja dio por finalizado así su informal interrogatorio, convencido de que estaba ante los crímenes de un loco, los crímenes que no tienen historia, tal y como escribió el catedrático de Medicina Legal Pedro Mata en el siglo XIX.

A las cuatro de la madrugada del 28 de abril, el fiscal jefe de Barcelona recibió un correo electrónico en el que los Mossos le daban cuenta de la detención del sospechoso de haber matado a cuatro indigentes durante el estado de alarma. Los responsables de la investigación durmieron muy pocas horas tras la detención del asesino, del que comenzaron a llegar datos con cuentagotas. Pocas horas después del arresto se supo que una analista de los Mossos que viajaba en tren se había topado con Thiago en la estación de Vallvidrera a las diez de la noche, apenas una hora antes de cometer su último crimen. A la agente le infundió sospechas el hombre, que hablaba solo, hacía extraños movimientos y llevaba escondida bajo la manga una barra de hierro, la misma que emplearía poco después para matar a Jean Pierre. La *mossa* siguió a Thiago hasta la estación de Gracia, incluso lo grabó con su teléfono móvil y llamó al 112 para trasladar sus sospechas. Este encuentro sirvió para que los investigadores trazaran la ruta del asesino: llegaba al centro de Barcelona desde San Cugat en tren y aprovechaba estos desplazamientos para coger en las zonas de obras de las estaciones los objetos que utilizaba como armas. Tras sus crímenes, tomaba un autobús en la plaza de Urquinaona que lo

devolvía a su lugar de residencia. Apenas una hora antes de su último asesinato, Thiago estuvo muy cerca de una agente de policía y, minutos después de acabar con la vida de Jean Pierre, se topó con una patrulla de los Mossos de la comisaría de Sant Martí que lo sancionó en la misma calle Rosselló —lugar del crimen— por saltarse el confinamiento sin causa justificada.

Tras el arresto de Thiago, los Mossos registraron la caravana que le servía como hogar desde comienzos del año 2020. Allí, entre multitud de ropa y objetos inservibles, los agentes hallaron la indumentaria con la que el asesino había quedado registrado en las imágenes captadas tras sus crímenes: unas gafas similares a las que llevaba el 16 de abril, una chaqueta reflectante color naranja, negro y blanco, unos tirantes de goma color negro, una gorra roja del FC Barcelona y unos guantes negros sin dedos. También lo que vestía en el ataque letal del 18 de abril: un pañuelo tipo palestino gris, blanco, rojo y negro a cuadros, una cazadora gris marca Dissident, una gorra roja con visera azul del FC Barcelona y unos mitones negros.

Con el asesino en prisión, los investigadores intentaron seguir su rastro por todo el mundo. Para acreditar su identidad, solo contaban con un documento, su carné de conducir, que decía que se llamaba Thiago Lages Fernandes, nacido en la localidad brasileña de Belo Horizonte el 25 de enero de 1985. Los Mossos avisaron a la Policía Nacional y a la Guardia Civil para comprobar si en sus demarcaciones quedaban crímenes sin resolver que correspondiesen con el *modus operandi* y con el tipo de víctimas de Thiago.

Hicieron lo mismo con las policías de países cercanos, especialmente Francia y Portugal. Un criminal con la furia homicida que había acreditado el objetivo de la operación Angry podía haber matado antes. Sin embargo, hasta la fecha no se tiene constancia de que Thiago haya actuado en otros lugares. Sí se sabe que entró en Portugal a través del aeropuerto de Lisboa, donde reside su hermana Tatiana, el 5 de diciembre de 2018, procedente de Brasil, su país de origen. En marzo de 2019, fue detectado en una casa ocupada en Les Planes. El 27 de noviembre de 2019 fue identificado por primera vez en San Cugat por los Mossos, que le recriminaron que ocupara un terreno. El 16 de enero de 2020 la Guardia Civil lo detuvo en Zaragoza por robar en el interior de un vehículo y, tres días después, la policía lo sancionó en la misma ciudad por infracción de las leyes de extranjería. A finales de ese mes, el 29 de enero, Thiago estaba de vuelta en San Cugat, porque allí fue identificado por los Mossos después de que una vecina alertase de

que estaba pintando una escultura del municipio.

La cooperación policial internacional a través de Interpol permitió a los Mossos trazar el recorrido delictivo de Thiago en Brasil. Él solo dijo, tras ser detenido, que había sido carnicero y que tenía un hijo en su país de origen, algo que certificó la policía brasileña. Thiago había convivido durante siete años con una mujer llamada Edianez Antunes, que en 2017 lo denunció por amenazas y cinco años antes lo había acusado de no pagar la pensión alimenticia que le correspondía. Hacía tiempo que Thiago había perdido contacto y, probablemente, su anclaje con el mundo real. En 2016 estuvo ingresado seis meses en un centro psiquiátrico y antes había tenido varios encuentros con la policía, que lo detuvo por diversas razones: posesión de droga, acoso a una mujer, agresiones a agentes, propinar una paliza a un travesti al que se negó a pagar...

A la hora de escribir estas líneas, la instrucción de los crímenes de Thiago sigue su curso judicial. Ni siquiera se sabe si su estado mental le permitirá sentarse en un banquillo, pero lo que parece seguro es que pasará a formar parte de la lista de enfermos psiquiátricos confinados en los establecimientos penitenciarios españoles, donde solo les queda esperar a que les llegue el final, sin arreglo ni tratamiento posible. Hace mucho que los reclusos con problemas mentales son el gran agujero negro de nuestro sistema penal.

Agradecimientos a cuatro manos

Estas páginas no existirían sin la ayuda de unas cuantas personas, que merecen mi reconocimiento. Desde la Oficina de Prensa y Relaciones Informativas de la Policía, Enrique Sacristán hizo de gran facilitador, al igual que Ricardo Gutiérrez desde la Jefatura Superior de Policía de Madrid. En la Brigada de Policía Judicial de Madrid, mi entrañable y querida «Pringue», encontré la ayuda de unos cuantos grandes investigadores: Quique G. Reales, Juan José Bernal —salisteis de Homicidios, pero Homicidios no ha salido de vosotros—, Fernando Vadillo y Manu Hernández. En la UDEV Central, el comisario Enrique Juárez me dispensó hasta su último día en activo el mismo cariño que en las últimas tres décadas, y un par de los suyos, Jesús Gil Torrado y Carlos Segarra, me contaron su infatigable lucha para devolver la paz a una familia. En Valencia, Esther Maldonado y su grupo —así será siempre— me ayudaron a reconstruir una compleja y exitosa investigación en la que se sobrepusieron a la trágica pérdida de Blas Gámez, al que tanto deben tantos. En Valencia también recibí la siempre generosa ayuda de uno de los más destacados miembros de la aristocracia del periodismo de sucesos, Javier Martínez. Los Mossos d'Esquadra me dejaron franquear puertas que suelen permanecer cerradas y me hicieron sentir en Barcelona como en mi casa: gracias por ello a Patricia Plaja, Eva Abellán, Toni Rodríguez, Juan Carlos Granja y Ramón Chacón. El abogado Víctor Salas y sus colegas Isabel Palomino, Isabel Martín y Juan Molpeceres fueron imprescindibles para elaborar algunos capítulos de este libro. Y dos personas que sufren un insoportable e inacabable dolor me consta que dieron su consentimiento y aprobación a una parte de estas páginas: gracias muy especiales a Alba Ferrer y a Marinel Feraru.

MANUEL MARLASCA

Este libro no habría sido posible sin la colaboración desinteresada de los agentes de la Unidad Central Operativa de la

Guardia Civil. El teniente coronel Javier Rogero, el comandante Juan Jesús R. Reina y el teniente Ángel García me regalaron su tiempo y me contaron parte de su agotador trabajo para dar con los asesinos del niño Gabriel Cruz, el empresario José Antonio Delgado y el pescador y concejal llanisco Javier Ardines. La joven y brillante periodista asturiana Olaya Suárez me ayudó a entender el asesinato del concejal. Si el futuro no me traiciona, espero jubilarme y leer sus crónicas negras desde algún lugar de El Rinconín en Gijón o el chiringuito de Toranda, en Niembro.

Al frente de la UCO de la Guardia Civil estuvo en ese último caso el coronel Manuel Sánchez Corbí. No hay espacio aquí para explicar todos sus sacrificios, también familiares —como los de muchos otros guardias civiles—, para hacer de este país un lugar más seguro, primero en el País Vasco, luego en toda España. Vaya desde aquí mi agradecimiento más sincero a tantos años de servicio.

Gracias a la inspectora Patricia Sánchez comprendí lo ocurrido cerca de Astorga con el crimen de una peregrina. Tres personas de la Sección de Homicidios y Desaparecidos de la UDEV Central han hecho mejor este libro, igual que mejoran las calles y las vidas de los ciudadanos. El inspector Felipe Nieto y sus compañeros Óscar Alonso y Fran Márquez me ayudaron a entrar en la mente y los recovecos de los asesinos de los niños Ruth y José, la peregrina Denise Thiem y las jóvenes Marina Okarynska y Laura del Hoyo. Esos policías abordan los crímenes, y sobre todo la consecución de apoyo y justicia para las víctimas, casi como un asunto personal, trabajan más de lo saludable y cobran menos de lo debido. Ojalá los lectores de este libro nunca necesiten sus servicios, pero, si algún día eso ocurriera, estarán en buenas manos.

LUIS RENDUELES

Territorio negro
Manuel Marlasca y Luis Rendueles

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© Manuel Marlasca y Luis Rendueles, 2021
Por acuerdo con Carmona Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2021

ISBN: 978-84-08-24203-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta